

REGÁLAME MARGARITAS

D.D. Gianni

D. D. Gianni

Regálame margaritas



: @ddgianni_books

: https://www.amazon.com/author/ddgianni

Los hechos y/o personajes de la historia son ficticios y producto de la imaginación de la autora, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/3Nf1TatkRPZCyt370H0G7V?si=af218484fcaa4c8f

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

INDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo 1
Epílogo 2

Prólogo



«*Y vivieron felices y comieron perdices*».

Sí, esa frase insigne con la que finalizaban la mayoría de los cuentos que me leían cuando era pequeña o que leía yo misma ya de adulta, no dejaba de ser una idea bonita y romántica, pero... la vida real poco (o nada) tenía que ver con eso, y la propia vida te iba demostrando que no siempre había un «felices para siempre».

Supongo que por eso existían personas escépticas que ya no creían en el amor eterno o simplemente en el amor, y también los testarudos románticos que esperaban impacientes la llegada del gran amor.

Yo no era ni la una ni la otra. No era incrédula ni pesimista, no pensaba que el amor era reservado para unos pocos, pero no estaba esperándolo porque era imposible saber cuándo lo conocerías, si es que lo hacías. Quizás nunca lo llegaba a conocer o quizás lo conocía en la situación menos esperada.

Como decía mi amiga Lori: «Llegará justo a tiempo, porque nunca se llega tarde al amor de tu vida»

Y, justamente, por no llegar tarde, pero no al amor de mi vida sino al nacimiento de mi sobrino, me sucedió.

En mi vida sufrí dos accidentes.

Uno fue con un coche que me arrolló y el otro fue Tanner Cappellari.

Y aunque los dos fueron en el mismo momento, Tanner, sin duda, fue la colisión más grande.



Capítulo 1

«Estábamos haciendo nuestros planes, pero olvidamos que el destino también tiene planes.»
—Fiodor Dostoievski



Salí apresuradamente de la oficina hacia el *parking* donde había dejado aparcado mi coche. Hacía unos minutos me habían avisado que mi hermana estaba en trabajo de parto. Ava era madre primeriza y sabía que estaba asustada, así que quería estar a su lado para brindarle mi apoyo. Además de Ava, tenía un hermano llamado Levi, ambos mayores que yo. Ava tenía 36 años; Levi tenía 33 y yo, 28.

Corría por las calles de Montevideo todo lo deprisa que me era posible y que mis tacones y mi vestimenta me permitían, porque estaba usando un traje de falda corta y chaqueta ajustada que impedían que me moviera con soltura. En mi desquiciada carrera hacia el *parking* noté que mi teléfono comenzó a sonar. Me llevé el teléfono a la oreja sin dejar de correr ni mirar quién me llamaba.

—Diga.

—Daryl, soy Eric —dijo, mi cuñado—. Necesito pedirte un favor.

—¿Ava?

—Ella está bien, un poco nerviosa, pero lo está controlando bastante bien, y seguimos en trabajo de parto.

—Estoy yendo para allí. Dime que necesitas.

—¿Estás corriendo? —preguntó, supongo que al escuchar mi voz agitada por la carrera.

—Sí, estoy corriendo hacia el *parking* porque quiero llegar antes de que Ava entre a sala de partos.

—Tranquila, supongo que Ava tiene para unas horas más.

—¿En serio? —dije, deteniendo mi carrera.

—Bueno, no lo sé con seguridad, pero el doctor piensa que aún faltan unas horas.

—Igual, prefiero darme prisa en llegar. ¿Cuál es el favor que necesitas?

—¿Te complico si te pido que compres un gran ramo de rosas para regalarle a Ava y al bebé? Te lo pido porque yo no quiero moverme de su lado.

—Está bien, me encargo de eso. Nos vemos en un rato.

—Gracias, Daryl. Te esperamos, pero ven tranquila y con cuidado.

Corté la llamada y sin tener en cuenta lo que había dicho Eric retomé la carrera cruzando la avenida principal, pero solo había dado unos pasos cuando me percaté de que era la única que cruzaba la calle y que había pasado olímpicamente del semáforo. Me detuve en seco y levanté el rostro rezando para que el muñeco del peatón verde estuviera iluminado. No fue así. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, el semáforo estaba en rojo para los peatones.

Inmediatamente giré el rostro hacia la izquierda y vi que un coche se acercaba directo hacia mí y, en vez de reaccionar y moverme, quedé paralizada. Fue como si el tiempo se detuviera. Escuché el rechinar de los frenos y cerré los ojos preparándome para el inminente impacto contra mi cuerpo. El golpe llegó, pero apenas se sintió como un empujón que me hizo perder el equilibrio y caer sentada. Pude ver que dos hombres bajaron del coche y vinieron corriendo hacia mí con los rostros desencajados, parecían aterrorizados, tanto como yo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó, el que tenía más edad.

No pude responder. La garganta se me había cerrado.

—Señorita —dijo, el mismo hombre, acuclillándose a mi lado—, ¿puede escucharme? ¿Cómo se encuentra?

—¡Pudimos haberla matado! ¡Cómo se le ocurre cruzar con luz roja! ¿No tiene apego a su vida? Es una inconsciente —dijo, el más joven.

Subí el rostro para mirar a quien me estaba diciendo toda esa sarta de cosas (no sin razón) y recibí otro fuerte impacto. Menos mal que ya estaba sentada en el suelo, porque el impacto de la mirada de ese hombre seguramente me hubiera causado el mismo efecto y me hubiera caído de culo. Realmente, la fuerza e intensidad de su mirada me sorprendieron. Sentí algo inexplicable al contemplarlo, algo que nunca había sentido. Era joven y muy atractivo, y si bien al principio su mirada era reprobatoria, noté el cambio cuando se topó con mis ojos. En ese momento me pareció que quedó tan confundido como yo. No sé, quizás fueron cosas mías, pero fue como si se hubiera encendido una chispa.

—¿Puede escucharme? —reiteró, el señor mayor, rompiendo la magia de ese instante—. ¿La llevamos al hospital?

¿Hospital? En ese momento recordé a mi hermana y al bebé. Mi mirada se desplazó del rostro apuesto del joven al del señor mayor.

—El bebé. —Fue lo único que salió de mi boca haciendo palidecer al señor.

—¡¿Está embarazada?! —exclamó, el joven, abriendo los ojos desmesuradamente y también acuclillándose junto a mí.

—¡Ay, Dios mío! No me hagas esto, Dios. Que no le haya pasado nada a su bebé —suplicó, el señor mayor, que tendría unos 60 y tantos años.

—Antonio, no perdamos tiempo, tenemos que llevarla al hospital. Ayúdame a subirla al coche —pidió, el joven, intentando tomarme de un brazo para ayudarme a ponerme de pie.

—¡No! —grité, aterrada—. Ahora tengo que comprarle flores.

Los dos hombres quedaron paralizados y me miraron sorprendidos y confusos, y luego se miraron entre ellos en un mudo lenguaje que no podía ocultar su desconcierto.

—¿Flores? ¿Al bebé? Creo que piensa que lo perdió, pobrecilla. Debe ser que por el susto está delirando —susurró, el señor mayor, apesadumbrado y negando con la cabeza, mientras el otro me miraba con los ojos como platos.

—Antonio, hay que llevarla al coche —repitió, cada vez más preocupado.

Se colocaron a mi lado, me tomaron de los brazos y me ayudaron a ponerme de pie.

—Enciende el coche —dijo, el más joven, tomándome en sus brazos y, cuando volvió a mirarme, nuevamente sentí esa conexión que nunca había sentido. Me miraba como…, en realidad, a mí me parecía que me miraba como si yo fuera lo más hermoso del mundo, pero como bien había dicho el otro hombre, seguramente estaba delirando. Pero, delirando o no, su mirada me hizo ruborizar y estremecer.

Cuando reaccioné estaba dentro de un lujoso y enorme coche. Iba en la parte de atrás sentada junto a él, que me observaba con atención. El señor mayor conducía y me miraba de tanto en tanto a través del espejo retrovisor.

—Quédese tranquila porque estoy seguro de que a su bebé no le pasó nada, ambos van a estar bien. El coche apenas la tocó y la caída no fue tan grave. Creo que su… trasero fue el que se llevó la peor parte —afirmó, el joven, con un tono más suave del que había utilizado hasta ese momento y haciendo que me ruborizara sin poder evitarlo.

Negué con la cabeza mientras él seguía todos mis movimientos.

—No es mi bebé. —Pude decir al fin, haciendo que me mirara confundido y que el señor Antonio volviera a mirarme por el espejo.
—No entiendo. ¿Está embarazada?
—Por supuesto que no, me dirigía al hospital a acompañar a mi hermana que está por dar a luz a su primer hijo. Además, tengo que comprar unas flores porque mi cuñado me las encargó para obsequiárselas a ella y al bebé. Aunque ahora ya no me va a dar el tiempo. —Me lamenté, pero inmediatamente lo miré—. ¿Podrían llevarme al hospital?

Por unos segundos solo me miró, y yo, un poco más tranquila, también aproveché para observarlo con atención. Desde el primer momento en que lo había visto me había parecido guapísimo, pero de cerca ese hombre era aún más impresionante. Tendría 35 años o poco más. Alto, musculoso, elegante, llevaba su pelo castaño reluciente y prolijamente cortado tentándome a enredar mis dedos en él y… sus ojos, unos maravillosos ojos castaños con destellos dorados y enmarcados con largas pestañas, que no se despegaban de mí. Vestía con un carísimo traje de firma de tres piezas en color gris oscuro, camisa blanca y corbata en distintas tonalidades de gris. Se veía perfecto.

—¿No está embarazada? ¡Gracias, Dios! —exclamó, Antonio, y pude notar que el joven sonrió levemente, entonces mis ojos se posaron en sus labios, tenía los labios carnosos que le daban un toque sensual a su ya perfecto rostro y su sonrisa era puro pecado.
—Llevémosla al hospital con su hermana y así también la examinan a ella —dijo, el Adonis.
—Por supuesto, señor Cappellari.
—¿Cómo se siente? ¿Le duele algo? —preguntó.
—No, estoy bien. Solo me lastimé la rodilla y esta mano —dije, levantándola para mostrarle la herida y sin mencionar el trasero que, como bien había dicho, también estaba un poco magullado —, pero no es nada grave. Lamento esta situación y les pido disculpas a ambos.

Inmediatamente sacó un pañuelo blanco de su saco y lo apoyó en mi rodilla sangrante. Su mano presionó esa zona y mi cuerpo se volvió a estremecer.

—¿Le duele mucho? —preguntó, seguramente por mi sobresalto.

—No, solo me arde un poco.

—Sus medias se rompieron —afirmó, mirando los agujeros que se habían hecho en mis medias de seda, y luego negó imperceptiblemente con la cabeza—. Antonio, dame tu pañuelo para limpiar la mano de la señorita… —No terminó la frase y me miró como para que yo lo hiciera.

—Daryl Domenech.

—¿Domenech? —preguntó, y pude notar cierta sorpresa en su voz y su gesto, lo que hizo evidente que mi apellido le resultaba conocido y supuse que se debía a que conocía nuestra empresa o a alguno de mis hermanos.

Asentí con la cabeza.

—¿Es familiar de los dueños de la empresa «Domenech Construcciones»?

—Es de mi familia. La fundó mi padre y ahora somos mis hermanos y yo quienes la dirigimos. —Apreció como abría los ojos por la sorpresa y eso me extrañó, pero no pregunté nada.

—Encantado, señorita Domenech, mi nombre es Tanner Cappellari —dijo, al fin, y estiró su mano para saludarme. Sus manos eran suaves y el apretón fue fuerte, pero delicado—. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias.

—Lamento haber sido quien la provocó.

—Lo importante es que no sucedió nada grave, aunque déjeme decirle que es muy imprudente al cruzar la calle con luz roja.

—Sí, lo sé, lo siento.

Me miró y asintió.

—Él es Antonio Pinas, mi chofer.

—Es un placer conocerla, señorita Domenech —dijo, Antonio, mirándome por el espejo retrovisor.

—Igualmente, señor Pinas.

Antonio le entregó su pañuelo y él me vendó la mano. Yo lo dejaba hacer mientras aprovechaba para observarlo. Me limpiaba con mucha delicadeza, pero yo no podía dejar de temblar. Aún tenía la adrenalina corriéndome por las venas y la mano que él me sujetaba no dejaba de moverse.

—Está temblando —dijo, mirándome a los ojos y sosteniendo mi mano con fuerza como para que dejara de hacerlo.

—Aún estoy nerviosa —afirmé, y, con delicadeza, retiré mi mano de la suya y las crucé sobre mi regazo.

—¿Por eso llevaba prisa? ¿Por su hermana? —consultó, con suavidad.

—Sí, quiero estar a su lado porque es primeriza y está asustada. Ahora no creo que llegue. —Me lamenté.

—Igual debió constatar la luz del semáforo, su vida está primero —repitió, mirándome con seriedad.

—Estaba distraída porque me había llamado mi cuñado por el tema de las flores, pero tiene

razón y les vuelvo a pedir disculpas a ambos por la situación que les hice vivir y por la pérdida de tiempo.

—¿Cómo se llama su hermana? —preguntó, dejándome confundida.

—Ava.

—Bonito nombre, al igual que el suyo.

—Gracias.

El señor Antonio me volvió a mirar por el espejo retrovisor y sonrió. Cappellari solo me siguió mirando intensamente haciendo que mi estómago se agitara como si tuviera en su interior un nido de avispas y, aunque su cercanía me alteraba, también me resultaba reconfortante. Aun así, el trayecto de 15 minutos me pareció de horas.



Al llegar al hospital y, para mi sorpresa, Cappellari bajó del coche y cerró su puerta. Habló algo con el señor Antonio, que también había salido del coche para abrirnos las puertas, y éste último me saludó, se volvió a montar en el coche y se fue. Miré a Cappellari confundida.

—¿Usted también tenía que venir al hospital? —pregunté, aunque sospechaba que lo había hecho para asegurarse de que me hacía examinar por un doctor.

—No; quiero hablar con el doctor que la examine para asegurarme de que se encuentra bien —respondió, confirmando lo que pensaba.

—No es necesario, señor Cappellari, le reitero que estoy bien, incluso ya estoy más tranquila —afirmé, porque me negaba a que me acompañara.

—Señorita Domenech, le aseguro que no soy de los que evitan las responsabilidades y, en este momento, usted es mi responsabilidad —señaló, con seriedad—. Le aconsejaría que no pierda el tiempo discutiendo conmigo porque siempre hago lo que quiero. Si desea ver a su hermana, la acompaño y luego pediremos que la examine un doctor. —Supuse que con el tono gélido de su voz había intentado intimidarme, pero evidentemente no me conocía.

—Usted siempre hará lo que quiere, pero da la casualidad de que yo también —afirmé, desafiándolo y consiguiendo que me mirara totalmente descolocado—. Le agradezco enormemente la molestia que se ha tomado en traerme hasta aquí, pero ni yo soy su responsabilidad ni usted la autoridad. A partir de este momento siga su camino que yo seguiré el mío. Adiós, Cappellari.

Mientras hablaba, él me miraba con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y el cuello tenso. Evidentemente y, como él me había hecho saber, no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, pero yo no tenía por qué seguir sus órdenes… por más atractivo y seductor que me pareciese ese hombre.

No le di tiempo a nada, giré, le di la espalda y entré al hospital. Sentía que me temblaba todo el cuerpo y no sabía si era de indignación, consternación o nerviosismo. En cuanto subí al ascensor me tranquilicé un poco. Quería ver a mi hermana y luego ir por emergencia a que me curaran las heridas. Sabía que llegar con la rodilla y la mano vendadas con pañuelos no era lo mejor, pero seguro que en su circunstancia, mi hermana no lo notaría.

Ya en el quinto piso, llamé a mi cuñado para saber la situación de Ava y me dijo que podía ingresar a la sala porque solo estaba con él.

—Daryl, que bueno que llegaste. ¿Por qué demoraste tanto? —Se lamentó, Ava, y estiró sus brazos hacia mí.

—Discúlpame, tuve un contratiempo, pero ya estoy aquí —dije, acercándome a la cama y tomándola de las manos, cosa que fue un terrible error.

—¡¿Qué te pasó en la mano?! —exclamó, Ava, con gesto de horror.

—Nada, nada, no te preocupes. Un pequeño accidente.

—¿Te lo hiciste ver por un doctor? Y tienes toda sucia la chaqueta. ¿Te caíste? —consultó, al ver mi ropa de color beige con alguna mancha de tierra.

Iba a responderle, pero una contracción la hizo quejarse sonoramente y apretar mis manos hasta casi cortarme la circulación.

—¡Ay, Daryl! Estoy extenuada —comentó, cuando el dolor había disminuido.

—Vamos, amor mío, tú puedes —dijo, Eric, acercándose a Ava y dándole un beso en la frente.

—Dime en que puedo ayudarte, hermanita.

—Quiero que vayas a hacerte ver la mano por un doctor —dijo, haciendo de madre como siempre hacía—. Y no me dijiste porque tienes toda sucia la chaqueta y… —Se inclinó para mirar mi falda y exclamó—: ¡También tienes una herida en la rodilla!

Mi hermana me cuidaba como si fuera mi mamá. Mis padres habían fallecido en un accidente de tránsito cuando yo tenía 11 años, ella 19 y Levi 16. Aunque en esos primeros años habíamos vivido con una tía, Ava había autoasumido el rol protector de madre y por eso estaba segura de que iba a ser una excelente mamá. Con el pasar de los años, Levi también se había vuelto muy sobreprotector con nosotras, seguramente porque era el único hombre de la casa. Actualmente, cada uno vivía por su lado. Ava era la única que se había casado y Levi y yo estábamos solteros y sin compromiso. Mi hermana era una preciosa mujer de pelo castaño y ojos color caramelo, este último rasgo que compartíamos los tres, aunque Levi y yo teníamos el pelo rubio.

—No es nada. Me tropecé y caí de culo al suelo, pero te aseguro que solo es un raspón.

—¡Ve ahora mismo a que te curen o te juro que me levanto de esta cama y te llevo yo, aunque tenga el bebé por el camino! —gritó, un poco para descargar el dolor y otro para reprenderme como siempre hacía cuando quería que hiciera algo que yo me negaba a hacer.

—Daryl, ve a curarte porque sabes que es capaz de cumplir su amenaza —pidió, mi cuñado.

—Está bien, lo hago para que te quedes tranquila, pero te aseguro que no es urgente, además de que quería quedarme contigo.

—Ve, a-h-o-r-a —repitió.

—Eres muy mandona, ¿lo sabes?

—Lo sé. Vete a que te vea un doctor.

—Ya vuelvo —dije, bufé, le di un beso y salí de la habitación escuchando a mi hermana gruñir de dolor ante una nueva contracción.

Apenas cerré la puerta me topé con una cara recientemente conocida. Cappellari estaba apoyado contra la pared de frente a la puerta de la habitación de mi hermana, con los brazos cruzados sobre el pecho en una pose que parecía despreocupada, aunque me miraba con seriedad.

Fruncí el ceño. Volví a soltar un bufido y me acerqué a él.

—O es muy testarudo o un acosador, o quizás las dos cosas —dije, y noté que quiso disimular

una sonrisa, pero no pudo.

—Con el debido respeto, no confío en usted y es primordial que se haga revisar las heridas con un doctor, y está visto que aún no lo hizo —dijo, mirándome los vendajes que él me había realizado.

Esperen…, ¿no confiaba en mí? ¿Me acababa de insultar dando a entender que era irresponsable? La rabia y la indignación me invadieron, pero estaba en el hospital y debía controlarme aunque eso me requiriera de un esfuerzo titánico. Arqueé una ceja y lo miré con la mayor seriedad que pude, en realidad con una mirada asesina.

—No confía en mí —afirmé—. Con el debido respeto, ¡¿quién es usted para opinar?! No sabe nada de mí. Puede irse por donde llegó.

Comencé a caminar por el pasillo resistiendo la tentación de gritarle alguna que otra cosa más. Ese hombre me sacaba de mis casillas tanto como me arrebataba el aliento. Por el ruido de sus pasos me di cuenta de que caminaba detrás de mí, pero no volteé en ningún momento. Vi que a unos metros había un baño y decidí entrar para quitarme las medias que estaban rotas y limpiarme un poco la ropa. Esperaba que cuando saliera ya no estuviera, pero dudaba mucho que eso fuera a suceder. ¡Era terco como una mula!

Como había supuesto, estaba esperándome afuera del baño.

—Sigue aquí —dije, y puse los ojos en blanco acompañándolo con un gesto de desagrado.

—Usted lo dijo, soy muy testarudo.

—Y también acosador. —Su sonrisa fue imposible de ocultar.

Seguimos caminando rumbo a emergencia en completo silencio. En cuanto llegamos me paré frente a él y lo miré con seriedad.

—Hasta aquí llegó, Cappellari. De ninguna manera permitiré que ingrese a la emergencia conmigo —afirmé, poniendo una de mis manos en su pecho para detenerlo, pero juro que sentir el ritmo de su corazón y el calor de su cuerpo hizo que el mío se acelerara demasiado.

Cappellari me miró y luego miró mi mano, pero no la sacó, al contrario, dio un paso al frente y se acercó más a mí, cuando volvió a mirarme a los ojos sus pupilas se habían dilatado y su mirada era salvaje. Retiré la mano como si su cuerpo me quemara. Sentí que el pecho se me hinchaba dando lugar a una presión extraña. Hice el amago de apartarme, pero me lo impidió tomándome de la mano que había estado en su pecho. Mi respiración se cortó.

—La espero aquí —susurró, en mi oreja, y esa voz y su aliento cálido en mi piel lograron que se me contrajeran los músculos bajo el vientre.

Giré y entré en emergencia lo más rápido que mis piernas me lo permitieron. Allí me limpiaron, desinfectaron y me vendaron las heridas, indicándome como curarlas en los días siguientes para evitar infección.

Cuando salí y, tal como me lo había dicho, seguía allí. Apenas traspasé la puerta, en dos zancadas cerró la distancia entre nosotros.

—¿Qué le dijeron? ¿Está todo bien?

—Tranquilícese. Está más nervioso que mi hermana y ella está por dar a luz —dije, y él me miró con el ceño fruncido—. Como le había dicho, las heridas son superficiales, unos simples raspones que debo curar por unos días.

—Eso es una gran noticia —dijo, y realmente pareció aliviado.

—Bueno, me tengo que ir porque quiero estar con Ava —aclaré, aunque debo decir que me costaba dar el primer paso para alejarme de él porque sabía que no lo volvería a ver. ¡¿Qué me sucedía con ese hombre?!

—Sí, por supuesto —dijo, aunque él también parecía reacio a alejarse.

—Le agradezco lo que hizo por mí… por supuesto que no el que me haya arrollado con el coche, me refiero a la ayuda que me brindó después —dije, haciendo una buena demostración de torpeza. Ufff, odiaba sentirme así.

—El agradecimiento no se merece. Espero que salga todo bien con su hermana.

—Gracias. Bien, supongo que acá nos despedimos. Un gusto conocerlo —dije, y sentí una gran tristeza alojarse en mi estómago, pero decidí pasarla por alto.

—Supongo que sí. No dude en llamarme si necesita vendas, gasas estériles o cinta adhesiva —dijo, con media sonrisa, y luego agregó—: Cuídese y mire el semáforo antes de cruzar.

Después de eso se alejó, dejando un espacio frío y vacío frente a mí. Mientras observaba, tanto su espalda como su elegante figura alejarse cada vez más, me di cuenta de que nunca nadie me había provocado emociones como las que Tanner Cappellari me provocaba. Por unos segundos no me pude mover, hasta que el ruido de una puerta al cerrarse me sacó de mi ensimismamiento. Negué con la cabeza y caminé rápidamente hacia la sala en la que estaba Ava. Cuando llegué la estaban preparando para llevarla a la sala de partos. Lo primero que llamó mi atención fue un gigantesco ramo de rosas blancas acompañado de un oso de peluche del mismo color y que era aún más grande que el ramo.

—Daryl, son increíbles. Muchas gracias por comprar tremendo obsequio. Y ese oso es espectacular.

—Eric, debe haber una equivocación porque yo no fui quien lo compró —respondí, confusa.

—La tarjeta dice que son para la Señora Ava Domenech. Me extrañó que utilizaras el apellido de soltera —señaló.

—¿Para Ava Domenech?

Eric fue por la tarjeta y me la entregó. Efectivamente estaba el nombre de soltera de mi hermana. En ese momento una idea cruzó por mi mente. Recordaba haberle comentado a Cappellari que tenía que comprarle un ramo de flores a Ava y también que él me había preguntado el nombre de pila de mi hermana. Había sido él, no encontraba otra explicación. Por un momento sentí agradecimiento, que desapareció en el instante en que comprendí que no quería deberle nada.

—Debe haberlo comprado mi secretaria. Ahora recuerdo habérselo pedido —mentí, porque no pensaba contar lo sucedido con Cappellari.

—Tuvo un gusto exquisito. Agradécele de mi parte —dijo, Eric, y yo asentí con la cabeza.

En ese momento le pidieron a Eric que se fuera a preparar para poder acompañar a Ava a la sala de partos y yo me acerqué a ella para darle un gran abrazo y desearle mucha suerte.



Sentada en la sala de espera y ante la falta de noticias, la impaciencia y el nerviosismo crecían a pasos agigantados y sentía que el tiempo pasaba muy lento. Mi teléfono sonó y en el silencio del lugar ese sonido pareció ser estridente haciéndome dar un respingo. Lo saqué de mi bolso y vi que era mi hermano.

—Hola, Levi.

—Hola, Dal —dijo, como acostumbraba a llamarme—, ¿cómo está Ava? ¿Ya nació nuestro sobrino?

—Ya ingresó a sala de partos, pero aún no tengo noticias.

—¿Cómo estaba?

—Estaba un poco nerviosa y bastante dolorida, pero lo manejaba bastante bien. Ava es muy valiente.

—Lo sé. Todo va a andar bien. Tenme informado, por favor, y avísame apenas nazca. Yo estoy llegando mañana —dijo, porque mi hermano se encontraba en la ciudad de San Francisco, EE. UU., por asuntos de la empresa que no habíamos podido posponer.

—Te aviso enseguida. Cuídate.

—Tú también. Nos hablamos.

Los tres hermanos trabajábamos en la empresa familiar. Era una empresa constructora fundada por mi padre. Levi y yo éramos arquitectos, al igual que lo había sido mi padre, y Ava decoradora de interiores. Hacía unos meses que la empresa no atravesaba su mejor momento financiero porque la situación del sector era compleja, pero teníamos la esperanza de que trabajando duro la sacaríamos adelante. Por ese motivo mi hermano había viajado a EE. UU. a reunirse con unos potenciales clientes que buscaban una empresa para la construcción de un edificio. Levi me había pedido que lo acompañara, pero yo no había querido dejar a Ava porque sabía que el nacimiento del bebé era inminente.

Por otro lado, la competencia había olido la sangre y estaba encima nuestro, por lo que últimamente teníamos que lidiar con varios «buitres» que querían negociar la adquisición de nuestra empresa, pero nosotros estábamos dispuestos a salvarla, así que no le dedicábamos tiempo a toda esa mierda de potenciales compradores. Nosotros seguíamos en pie y estábamos dispuestos a dar batalla.

Estaba guardando el teléfono en el bolso cuando volvió a sonar. Esta vez era un número desconocido.

—Diga.

—Habla Tanner Cappellari.

—Y después dice que no es acosador —bromeé, y para mi sorpresa, largó una carcajada.

Era la primera vez que escuchaba su risa y me resultó un sonido cálido y agradable, y deseé poder volverla a escuchar.

—Solo quería saber de su hermana y el bebé —afirmó, dejándome totalmente sorprendida y desconcertada ante su interés.

—Aún no hay noticias, estoy esperando. Pero… ¿cómo consiguió mi número?

—Como le dije, yo siempre consigo lo que quiero —afirmó, nuevamente con arrogancia, y aunque a esa altura ya no lo ponía en duda, me molestó que lo dijera de esa forma tan altiva.

—No creo que todo, pero en fin…

—¿Me está provocando? —preguntó, con voz ronca y el estómago se me agitó, pero en ese momento Eric salió de la sala de partos con una gran sonrisa y yo me olvidé de Cappellari y de todo lo que me estaba diciendo y haciendo sentir.

—Discúlpeme, pero en este momento no puedo hablar. —Corté la llamada y salí al encuentro de mi cuñado porque estaba desesperada por noticias—. ¿Cómo están?

—Ambos están bien —dijo, abrazándome—. Es hermoso, es igual a Ava.

Lloramos emocionados. La felicidad de saber que mi hermana estaba bien y que ya tenía a su bebé con ella era indescriptible.

—Felicidades, Eric. Es maravilloso.

—Felicidades para ti también, tía. Lo vamos a llamar Alvin porque quiero que los nombres de mis hijos comiencen con la inicial del nombre de Ava —afirmó, radiante de felicidad.

—Es un precioso nombre.

Un rato después pude pasar a la sala para verlos. Alvin era un hermoso bebé y quedé totalmente enamorada de él. Mi hermana estaba feliz y emocionada como nunca la había visto y no dejaba de mirar embobada a su primogénito.

Salí del hospital un par de horas después sintiéndome feliz y tranquila. Cuando saqué el teléfono para llamar a Levi y contarle las novedades, recordé que le había cortado la llamada a Cappellari, pero asumí que no me volvería a llamar ni nos volveríamos a ver, así que seguí mi camino sabiendo que era mejor olvidar todo lo sucedido con él.

Capítulo 2

«A veces lo que se cruza por casualidad nos hace más feliz que lo que buscamos.»
—Anónimo



Llegué a mi piso sintiéndome físicamente exhausta después de un día agotador, pero más allá del cansancio, estaba feliz. ¡Era tía! Estaba segura de que iba a disfrutar mucho de ese pequeño, además de malcriarlo bastante porque las tías no tenemos por qué decir «no», de eso se encargan los padres. Alvin ya era parte de mi vida y siempre iba a contar conmigo.

Cuando estaba yendo al baño mi teléfono sonó. En ese momento recordé que con mi grupo de amigos habíamos quedado en reunirnos en un bar para celebrar el cumpleaños de uno de ellos, más precisamente de Robert. Tomé el teléfono y vi que era Lori y no dudé de que su llamada fuera para recordarme la reunión. Lori era mi mejor amiga, había sido esa persona que había estado a mi lado casi toda mi vida, en las buenas y en las malas. Era esa amiga real que, con los años, se convirtió en mi red de seguridad y yo en la de ella.

—Lori.

—¿Ya estás lista? —preguntó, con ansiedad.

—No; y ni cerca de estarlo, pero puedes felicitarme.

—¿Felicitarte?

—¡Soy tía! —exclamé—. Ya nació Alvin. No te imaginas lo hermoso que es, es igualito a Ava.

—¡Felicidades, tíaaa! Qué alegría, Daryl. ¿Cómo está Ava?

—Ambos están muy bien. Ava está cansada, pero enormemente feliz. Según ella siente como si la hubiera arrollado un camión —comenté, y esa comparación me recordó lo sucedido en la tarde y, sobre todo, me hizo recordar a unos ojos castaños que me miraban con intensidad.

—Me imagino. Mañana voy a conocerlo. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Estás muy cansada como para ir a la reunión de esta noche?

Me tomé unos segundos para pensar. Si bien lo estaba, no quería dejar de saludar a Robert, así que no me lo cuestioné mucho.

—Recién llegué del hospital. Ceno algo rápido, me doy una ducha y salgo para allí. Seguramente llegue un poco más tarde de la hora fijada por Robert, pero por lo menos lo voy a acompañar un rato.

—No te preocupes, lo importante es que vayas.

—Allí estaré. Nos vemos, Lori.

—Nos vemos, tíííaaa.



Llegué a la Disco Bar «In The Shadows» cercano a la medianoche. Un lugar de moda en la ciudad y que al ser viernes estaba atestado de gente. En la puerta ya pude observar una gran multitud, así que asumí que dentro estaría completísimo. No me equivoqué. Por suerte, Robert era amigo de uno de los dueños y todos sus invitados estábamos en una lista para ingresar sin tener que hacer fila. El lugar tenía dos pisos y en el de abajo era donde mi amigo nos reunía para el festejo de su cumpleaños. Ese piso era un *pub* con la típica barra y mesas distribuías alrededor de un pequeño escenario en el que había noches en las que tocaba alguna banda u otras, como esa, que eran dedicadas al *karaoke*. En el piso de arriba era la discoteca y allí había una gran pista de baile donde pasaban las canciones que estaban de moda, también un sector de sillones con pequeñas mesas y dos barras de bebidas. Ambos pisos se comunicaban por una magnífica y ancha escalera iluminada con luces LED cuyos colores variaban sutilmente. Los pisos eran totalmente independientes y, si estabas en el piso de abajo no escuchabas ni veías nada de lo que sucedía arriba y viceversa.

Cuando llegué al lugar mis amigos estaban en pleno brindis de cumpleaños. Era un grupo divertido y ruidoso, y estaba segura de que era el grupo más agitado del lugar.

—Daryl, llegaste justo —dijo, Lori.

—No me podía perder el brindis —bromeé, acercándome a Robert—. Feliz cumpleaños y perdón por la hora en la que aparezco.

—Gracias, Daryl. No te preocupes por la hora, me alegro de que pudieras venir. Me dijo Lori que hoy nació tu sobrino. Felicidades.

—Muchas gracias. Es hermoso, estoy enamorada de ese bebé —dije, y seguí saludando al resto del grupo mientras también era felicitada por el nuevo integrante de la familia.

—Después del brindis vamos a hacer una competencia para ver quien inaugura el *karaoke* —me informó, Leandro, otro de nuestros amigos.

—¿Qué? —dije, sorprendida—. Pensé que el que iba a cantar era Robert.

—¿Por qué voy a pasar vergüenza yo solo? —preguntó, riendo—. La idea es que todos subamos al escenario, la competencia es para ver quien rompe el hielo.

—Debería ser Daryl por llegar tarde —propuso, Leandro, y yo lo fulminé con la mirada.

—Le perdonamos el retraso porque nació su sobrino, pero eso no significa que se salve de cantar —dijo, Robert.

—¿Y de qué trata la competencia? —pregunté, sabiendo que a mis amigos podía ocurrírseles cualquier cosa vergonzosa.

—El último en tomar el trago sube al escenario. Y hay que hacer todos los pasos, si se saltean alguno van derecho al escenario —afirmó, Robert.

—¿Es tequila? —pregunté, señalando todo lo que había sobre la mesa y que estaban distribuidos estratégicamente. Cada uno de nosotros tenía un vaso con tequila y un plato con una rodaja de limón y sal.

—Exacto —respondió, Lori, situándose a mi lado.

—Bueno, no es tan complicado. Solo tengo que recordar los pasos. Nunca me acuerdo qué va primero, ¿la sal o el limón? —consulté.

—Sal, tequila y limón —dijo, Lori.

—Bien, espero que no me digas el orden cambiado para que pierda —dije, sonriendo.

—Aaah, eso lo vas a averiguar después —afirmó, Lori, con tono enigmático, haciéndome entornar los ojos.

—¡Bebamos tequila con gracia y sin modestia! —exclamó, Dalia, una de nuestras amigas.

—Coordinémonos —pidió, Robert—. Todos delante de un vaso y lo hacemos a la cuenta de tres. ¿Listos?

—Listos —respondimos.

Miré a Lori que me miraba con una gran sonrisa y me dio la sensación de que mi amiga ya llevaba varios tequilas encima. Le hice un guiño y me preparé porque sabía que mi grupo era muy competitivo, además de que no quería subir al escenario por nada del mundo.

—Uno…, dos…, tres —contó, Robert—. ¡A beber!

Lamí el hueco que quedaba entre el pulgar y el dedo índice y coloqué en él la sal para que quedara pegada; lamí la sal; tomé el trago de golpe y por último me llevé el limón a la boca, pero en ese momento levanté la mirada y algo llamó mi atención. Un grupo de personas bajaba la escalera y me pareció ver un rostro conocido. Presté tanta atención que mi mano quedó sujetando el limón en mi boca. El ardor en la garganta y el ácido del limón me hicieron reaccionar y hacer una mueca de desagrado. Cuando abrí los ojos me encontré con todos mis amigos señalándome y riendo. En ese momento recordé la competencia y comprendí que, por mi distracción, había perdido unos minutos valiosos.

—Daryl fue demasiado lenta para este grupo de expertos en tequila —dijo, Robert, mientras todos me ovacionaban—. Te toca subir al escenario e inaugurar el *karaoke* de esta noche.

—No, por favor —supliqué—. Voy a torturar los oídos de todos.

—Eran las reglas del juego. Y ya sabemos que cantas mal, pero no te preocupes porque no creo que nadie se queje, como mucho te abuchearán un poco, pero nosotros te defendemos —dijo, Lori, palmeándome la espalda.

—No me ayudas en nada, Lori. Eres una pésima amiga.

—No, solo soy sincera.

Unos minutos después un chico de unos treinta años, alto, con pelo castaño, subió al escenario con el dichoso micrófono dispuesto a dirigir las actuaciones de la noche.

—Ha llegado el momento tan esperado por todos ustedes. Damos por inaugurada la noche de *karaoke* en «In The Shadows»—dijo.

El público irrumpió en aplausos, silbidos y ovaciones. El presentador hizo algunas bromas sobre el estado de ebriedad de algunas personas del público y luego se centró en el bendito *karaoke* explicando el funcionamiento y los turnos para cantar.

—Vamos a lo importante. ¿Voluntarios? —consultó.

—¡Aquí! —gritó, Robert, señalándome.

—Al escenario, Daryl —dijo, Lori, dándome un empujoncito mientras disfrutaba de mi desconsuelo.

—¡Daryl!, ¡Daryl, ¡Daryl, ¡Daryl! —Comenzaron a corear todos mis amigos.

Mi sentido del deber me obligó a levantarme del asiento y dirigirme al escenario. A partir de ese momento me convertí en el foco de atención de todos los que estaban allí. Entre silbidos, aplausos y gritos de aliento, me encaminé a paso lento y vacilante hacia el escenario. El presentador me recibió y me entregó el micrófono. Ya no había vuelta atrás.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Daryl.

—¿Tienes claro que aquí se canta por diversión, Daryl? Porque parece que vas al matadero —bromeó, y todos largaron una sonora carcajada—. Bueno, cuéntanos por qué has decidido cantar.

—No lo decidí. Sucede que acabo de perder una competencia de tequila. Espero que me disculpen por el dolor de cabeza que les voy a causar con mi desafinada voz —dije, logrando que todos rieran y me alentaran mucho más, sobre todo mi grupo de amigos que seguían coreando mi nombre.

—Con ese rostro y esa voz de ángel, dudo mucho que nos hagas sufrir —dijo, haciendo que todos silbaran, y agregó—: A ti te va a ir muy bien una canción de «La Oreja de Van Gogh». Déjame ver —comentó, pensativo—. Ya sé, vas a cantar... «Rosas». No te preocupes si no la sabes porque en aquel monitor —dijo, señalándolo—, te aparecerá la letra.

—Está bien, creo que me la sé —respondí, sabiendo que iba a protagonizar uno de los momentos más vergonzosos de toda mi vida.

Unos segundos después la música inundó la sala. La preciosa canción comenzó y yo tomé el micrófono con las dos manos y me dije a mí misma que iba a divertirme. Traté de olvidarme de que estaba sobre un escenario y que muchos ojos estaban sobre mí esperando por mi lamentable actuación. Miré el monitor donde comenzó a aparecer la letra e hice lo que pude. Estaba tan concentrada que no me di cuenta de que la multitud había quedado en silencio. La canción me gustaba tanto que comencé a disfrutar del momento. Me entregué a la música mientras escuchaba a todos aplaudir y alentarme. En ese momento sonreí y dejé de mirar el monitor desviando mi mirada hacia el público que, para mi sorpresa, parecían disfrutar de mi actuación. Eso me animó y le puse un poco de onda a mi actuación moviendo mi cuerpo al ritmo de la música, hasta que miré hacia la barra y el corazón se me debocó y se me cortó la respiración. Mis ojos se encontraron con unos ojos castaños con destellos dorados que me miraban perplejos y, por unos segundos, perdí el hilo de la canción.

Cappellari estaba de pie junto a la barra y me observaba atentamente y con seriedad. Mi atención quedó prendida en su rostro porque no podía despegar los ojos de los suyos, nuevamente parecía que entre nosotros había una conexión que me tenía atrapada. Para más, en ese momento yo cantaba la parte de la canción que decía:

—…*Escapando una noche de un bostezo de sol. Me pediste que te diera un beso. Con lo baratos que salen mi amor. Qué te cuesta callarme con uno de esos…*.

Lo que me faltaba era que ese hombre pensara que le estaba pidiendo que me besara. Con gran esfuerzo desvié la mirada y volví a mirar el monitor tratando de tranquilizarme porque el corazón ya iba a un ritmo preocupante y sentía que las piernas me temblaban tanto que no sabía si me seguirían sosteniendo. La canción terminó y los aplausos, vítores y ovaciones no se hicieron esperar. No sabía ni cómo había cantado, pero el público parecía entusiasmado. Eso me hizo sonreír. Pero lo que más me sorprendió fue ver que todos se ponían de pie y comenzaban a gritar.

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!...

—Parece que quieren volver a escucharte —dijo, el presentador, que volvió juntó a mí.

—Deben estar locos. No puedo creer que quieran seguir con esta tortura —bromeé, y le entregué el micrófono.

—Cantas muy bien. Es más, el público no quiere que te bajes del escenario, ¿verdad? —dijo, mirando hacia ellos.

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!... —comenzaron a gritar, y quienes se hacían escuchar más no podían ser otros que mis amigos. ¡Los iba a asesinar!

Sin poder evitarlo dirigí una ojeada hacia la barra y volví a encontrarme con su intensa mirada. No sé por qué me importaba que estuviera allí y mucho menos entendía todo lo que me provocaba, pero su presencia me alteraba tanto que me costaba centrarme, además de sentirme muy nerviosa y expuesta. Tenía que salir de allí lo antes posible.

—Ahora es el turno de mi amigo Robert que está festejando su cumpleaños. Gracias por el apoyo y disculpen mis chillidos —dije, pero no pude dar ni dos pasos porque el presentador me tomó del brazo.

—No puedes defraudar a tu público. Que suba al escenario su amigo Robert y cantan juntos.

Su idea fue secundada por todos y comprendí que no iba a ser tan fácil abandonar ese maldito escenario.

—No, prefiero que cante solo él —afirmé, pero en un segundo Robert estaba junto a mí y me pasaba un brazo por los hombros para que no pudiera huir.

—Aquí me tienes —dijo, Robert, mirando al presentador.

—¡Perfecto! ¿Hacen un dueto?

—No —dije.

—Sí —dijo, Robert, y por supuesto, ninguno de los dos tuvo en cuenta mi respuesta.

—Les voy a elegir… «Colgando en tus manos» de Carlos Baute y Marta Sánchez. ¿Les parece bien?

—Perfecto —respondió, Robert, sonriente, mientras yo observaba todo sabiendo que ya no tenía escapatoria.

—Los dejo entonces para que deleiten al púbico —dijo, entregándole otro micrófono a Robert.

—Dejaste la vara muy alta, así que voy a poner todo mi esmero para que no me abucheen —bromeó, Robert—. Actuemos un poco. Dame la mano y cantemos como dos enamorados así los divertimos.

La canción comenzó y, parados uno frente al otro y tomados de la mano, comenzamos a cantar. El público enloqueció. Mientras me obligaba a seguir la letra trataba de reprimir la turbadora sensación de ser objeto de su atención, juro que podía sentir su mirada centrada exclusivamente en mí, cosa que me alteraba de una manera como nunca me había sucedido. No pensaba volver a mirarlo y menos cantando esa canción tan romántica. Robert actuaba bastante y me miraba como si yo fuera el amor de su vida, además de cambiar la letra y decir mi nombre cada vez que Carlos Baute decía «Marta». Una actuación fenomenal. Yo no sé ni como lo hice, pero de algún modo conseguí terminar la canción y, cuando me disponía a salir rápidamente del escenario, Robert me abrazó. Verlo tan contento y saber que estaba disfrutando de su cumpleaños hizo que mi incomodidad disminuyera un poco. Dejamos el escenario tomados de la

mano y escuchando que seguían pidiendo otra, pero esa vez pensaba fugarme de allí así tuviera que echarme a correr.

—No estuvimos tan mal. Gracias, Daryl.
—Aunque debería asesinarte, me alegra saber que lo disfrutaste.

Mientras caminaba volví a mirar hacia el lugar en el que había estado Cappellari, pero ya no se encontraba allí. Lo extraño fue que sentí una perturbadora mezcla de alegría y desazón, pero no pensaba analizar lo que eso podía significar. No sabía por qué ese hombre me provocaba palpitaciones, aunque pensándolo bien, seguramente se las provocaba a más de la mitad de las mujeres que estaban allí porque era atractivo y *sexy* a rabiar, además de misterioso. Distraída como estaba no me di cuenta de que alguien se había parado delante nuestro hasta que colisionamos.

—Perdón, lo siento estaba… ¡Eros! —exclamé, al levantar la vista y ver que era un amigo.

A Eros lo había conocido en el gimnasio y siempre conversábamos y, aunque me había invitado a salir un par de veces y nunca había aceptado, nos llevábamos muy bien.

—No conocía tu veta artística, preciosa —bromeó.
—¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? —pregunté, saludándolo con un abrazo—. Te presento a Robert, un amigo.
—Encantado de conocerte —saludó, Eros.
—Lo mismo digo. Te veo luego, Daryl —dijo, Robert, le dio la mano a Eros y se dirigió hacia donde estaba nuestro grupo.
—¿Presenciaste mi papelón? ¡Qué vergüenza!
—¿Vergüenza? Eres la atracción de la noche.
—¿La atracción? Ni que fuera un mono de circo, aunque seguro que los monos deben cantar mejor que yo —comenté, logrando que Eros largara una carcajada.
—Para nada, de verdad tienes una voz muy dulce y lo hiciste muy bien.

Iba a responder, pero otra grave y sensual voz masculina me hizo girar el rostro hacia la derecha. Quedé paralizada. Él estaba allí, a solo unos centímetros de mí y el impacto de su presencia fue demasiado potente.

—¿Cómo está, señorita Domenech? —saludó, con la formalidad que le conocía, mientras me miraba esperando una respuesta.

Era tal la alteración que me provocaba que mi capacidad de habla y mi cerebro iban a ritmos diferentes y no podía responder. El ceño fruncido de Eros me hizo reaccionar.

—Señor Cappellari.
—¿Se conocen? —preguntó, Eros, confundido.
—¿Ustedes se conocen? —pregunté, también sorprendida.
—Este cara de palo es el amargado de mi primo —dijo, Eros, palmeándole el hombro—. ¿Y ustedes de dónde se conocen?
—Nos conocimos hoy. Tu primo me arrolló con su coche —señalé, mostrándole la mano vendada.

—¿Qué?

—Iba conduciendo Antonio y te aseguro que lo hacía muy bien. La señorita fue la que cruzó con luz roja —afirmó, mirándome con seriedad, pero en vez de molestarme, lo encontré más seductor que nunca.

—¿Arrollaste a Daryl? —preguntó, Eros, mirando a su primo horrorizado.

—No fue nada grave, ya vez que hasta puede cantar —ironizó—. ¿Y ustedes de dónde se conocen?

—Somos amigos —respondí, sin dar más explicaciones.

—Daryl, te invito una copa así compensamos lo mal que te ha tratado mi familia —dijo, Eros, y su primo lo perforó con una mirada severa.

—Te lo agradezco, Eros, pero estoy con un grupo de amigos y debería volver con ellos.

—Bueno… otro día será, preciosa.

—Por supuesto —afirmé.

—Voy por nuestros tragos —dijo, Eros, mirando a su primo, y añadió—: Después te veo, preciosa. —Y desapareció en cuestión de segundos.

Miré a Cappellari que seguía allí y me miraba… me miraba con ese rostro perfecto que me hacía perder el hilo de mis pensamientos y me acaloraba.

—Hoy me cortó la llamada y me dejó hablando solo —dijo, y su voz tuvo un tono a sutil reproche y me hizo sonrojar por haber actuado de manera tan descortés ya que solo se había preocupado por mí y mi familia.

—Discúlpeme, es que en ese momento salía mi cuñado de la sala de partos con la noticia del nacimiento de mi sobrino, como comprenderá, eso era lo más importante para mí, pero lamento haber sido tan poco gentil.

—Siendo así, puedo disculparla. ¿Cómo están su hermana y el bebé?

—Ambos están bien. Es un varón y se llama Alvin.

—Felicitaciones.

—Gracias. Y ahora, si me disculpa, tengo que volver con mis amigos. —En ese momento recordé algo y detuve mi andar y lo volví a mirar—. Usted fue quien le envió las rosas y el peluche a mi hermana, ¿verdad?

—Así es. Lo hice porque me comentó que tenía que comprarlas y supuse que no le iba a dar el tiempo. En realidad, fue Antonio quien lo hizo —acotó, como restándole importancia a su gesto.

—Pero imagino que fue usted quien se lo pidió, así que se lo agradezco mucho —expresé, con sinceridad, porque realmente apreciaba mucho el gesto que había tenido—. Dígame como le puedo hacer llegar el dinero que gastó.

—Fue un obsequio —afirmó, y por primera vez noté que me miró con algo parecido a la simpatía—. Me alegra saber que le gustaron.

—Le encantaron, tanto las rosas como el peluche. Fue un gesto muy lindo y eran hermosos. Mi hermana quedó fascinada. De verdad, gracias.

—Y a usted, ¿le gustan las rosas? Porque también eligió cantar una canción que lleva ese nombre —señaló, y finalmente su mirada se suavizó y esbozó una tímida sonrisa que a mí me dejó encandilada.

Negué con la cabeza.

—No; a mí me gustan mucho más las margaritas —afirmé, sonreí y me alejé de él.

Mientras caminaba hacia donde se encontraban mis amigos podía sentir su mirada fija en mi espalda y era como si me quemara la piel y un remolino de electricidad me recorriera entera. No sé qué me sucedía con él, pero evidentemente no me era indiferente.



Apenas llegué con mi grupo de amigos los aplausos y felicitaciones por mi interpretación fueron interminables. Hasta hicieron un brindis por Robert y por mí porque, según ellos, éramos los mejores cantantes de la noche.

—¿Quién es ese bombón con el que conversabas? —preguntó, Lori, cuando todos se habían calmado.

—Apenas lo conozco. Es primo de Eros, que también está aquí —respondí, porque a mi amiga no le había llegado a contar lo sucedido con Cappellari ni ella me había preguntado por mis heridas, supongo que asumiendo que era un simple accidente doméstico.

—¿Eros está aquí? —preguntó, buscándolo con la mirada, porque también eran amigos.

—Sí, estuve conversando unos minutos con él.

—No lo vi, pero su primo sí que llamó mi atención por completo, porque déjame decirte que ese hombre no pasa desapercibido. Aunque tiene algo que resulta… intimidante —afirmó, mirando hacia donde suponía que seguía estando Cappellari, porque yo estaba de espaldas a ese lugar y no quería girar para comprobarlo.

—Deja de mirar hacia allí, por favor —supliqué.

—El guaperas no está mirando hacia aquí, no te estreses —dijo, palmeándome el hombro—. Está mirando a ese grupo que ahora está cantando a todo pulmón —señaló, porque en ese momento había dos chicas y dos chicos haciendo *karaoke*—. ¿Y a ti que te pasa con él? ¿Por qué te alteras tanto?

—¿Qué quieres decir?

—No es complicada la pregunta, pero te la repito porque es obvio que el bombón te dejó un poco… aturdida —ironizó—. ¿Qué te pasa con él?

—No digas bobadas, no me dejó aturdida. Es que… si supieras la forma en que nos conocimos, me entenderías.

—¡¿Ya lo conocías?! —exclamó—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no quise preocuparte.

—¿Preocuparme? —preguntó, con el ceño fruncido—. ¿Te hizo algo?

—Me arrolló con su coche cuando estaba yendo al hospital a acompañar a Ava —respondí, mostrándole la mano porque al estar de pantalones la venda de la rodilla no se veía.

—¡¿Quéééé?!

Con los ojos desorbitados, Lori me observaba y escuchaba atentamente mi relato.

—Te dejé sin palabras. Raro en ti —señalé, sonriendo.

—¿Así se conocieron? Ustedes sí que colisionaron sus mundos —dijo, al fin y sin dejar de reír.

—¿Esa es tu conclusión? Por lo menos podrías preguntarme como estoy.

—No es necesario porque ya veo que estás bien, pero…

—Pero ¿qué?

—Algo le pasa contigo porque no te ha sacado los ojos de encima —dijo, volviendo a mirar por encima de mi hombro.

—Me dijiste que estaba mirando hacia el escenario —reproché.

—Te mentí —confesó, encogiéndose de hombros para restarle importancia a su comportamiento—, en realidad, no ha dejado de mirarte. Ese hombre está interesado en ti y no creo que sea por lo del accidente, creo que su interés viene por otro lado... te quiere en su cama o él en la tuya, la que esté más cerca.

—Lori, deja de decir bobadas —pedí, aunque sus palabras hicieron que mi estómago se agitara de una forma brusca.

—Pues si lo miraras te darías cuenta de que no son bobadas. Esté pendiente de ti y… viene hacia aquí.

—¿Qué? —Miré a Lori y noté que sus ojos se concentraban por encima de mi hombro mirando fijamente algo o a alguien que estaba detrás de mí, y supe que esa vez no me había mentido, Cappellari estaba allí.

—Señorita Domenech —llamó, e inmediatamente volteé hacia esa voz que generaba cosas raras en mi estómago y ... más abajo.

—Señor Cappellari.

—¿Podría hablar con usted? —consultó, mirándome fijamente.

—¿Qué tal? Soy Lori, amiga de Daryl —dijo, mirándolo o, mejor dicho, evaluándolo de pies a cabeza.

—Encantado, señorita Lori. Yo soy Tanner Cappellari —saludó, con una sonrisa apenas perceptible.

—El que la arrolló con su coche.

—El mismo —dijo, con seriedad, y volvió su mirada hacia mí—. ¿Tiene un minuto? Porque necesito hablar con usted.

—Sí, por supuesto —respondí, mirando a Lori para que desapareciera, pero mi amiga no parecía entender las indirectas y, en vez de marcharse, lo miró y cruzó sus brazos sobre el pecho.

Cappellari la miró y luego volvió a mirarme.

—¿Me acompañaría a tomar una copa? —me preguntó, y supongo que su invitación fue con la intención de alejarnos de la indiscreta de mi amiga.

—Estoy celebrando el cumpleaños de un amigo y no me gustaría abandonarlos —respondí, señalándole a mi grupo.

—Te veo luego —dijo, Lori, y agregó—: Un gusto conocerlo, señor... señor… bueno, no importa —dijo, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Es un poco complicado su apellido y bastante estirado... igual que usted. —Sin decir más, giró y se fue, dejándome perpleja, aunque él no parecía asombrado ni contrariado.

—Simpática su amiga —ironizó.

—Lo es, y muy buena persona, así como también muy directa —señalé, y me pareció que en su rostro asomó una leve sonrisa—. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Lo pensé mejor y quiero que me retribuya el obsequio que le envié a su hermana.

—¿Qué le retribuya? —pregunté, sin entender a qué se refería.

No sé por qué, pero nos habíamos aproximado y estábamos muy cerca el uno del otro. Podía sentir su delicioso aroma invadiendo mis sentidos, su cálido aliento mezclándose con el mío y mi

corazón latiendo de forma desaforada.

—Me dijo que quería pagármelo y, aunque antes le dije que no, cambié de opinión y decidí que quiero que lo haga —afirmó, mirándome con intensidad y dejándome totalmente sorprendida.

—Por supuesto, es lo que corresponde. Solo dígame cuanto gastó y como le hago llegar el dinero —respondí, aunque todavía no salía de mi asombro, y no por el pago porque estaba claro que él no tenía obligación ninguna de hacerme ese favor, sino porque no parecía que fuera una persona que lo necesitara y, a mi parecer, pedirlo así era poco delicado.

—No me refiero a dinero —dijo, negando con la cabeza—. Quiero que me lo devuelva cenando conmigo. Una cena por un ramo de rosas y no me verá más en su vida.

¡¿Qué?!

—¿Cenando? Le agradezco, pero…

—No hay «peros», señorita Domenech, usted me debe un favor y me lo va a devolver cenando conmigo —afirmó, con un tono entre áspero y dulce, y mirándome con esa intensidad que me ponía tan nerviosa, aunque no me amedrenté y lo miré alzando una ceja. ¿Ni siquiera me tuteaba y me estaba invitando a cenar? Su descaro era inconcebible.

—Mire, señor Cappellari, desde que nos conocemos, y convengamos que solo hace unas horas de eso, siempre me ha tratado con formalidad y frialdad, entonces… ¿qué le hace creer que querría cenar con usted?

Dio otro paso al frente y se inclinó hacia mí con una mirada depredadora que hizo que mi sangre vibrara en mis oídos con fuerza. Mi cuerpo se estremeció de pies a cabeza, pero no retrocedí.

—A lo de la formalidad lo podemos corregir ahora mismo, Daryl —señaló, dejando de lado el trato formal, y agregó—: A lo de la frialdad…, te aseguro que lo podemos solucionar en la cena. Te aviso el día y la hora. —Dio un paso hacia atrás, giró, dándome la espalda, y comenzó a caminar hacia la escalera que llevaba al piso superior donde se encontraba la discoteca.

Me quedé allí, observando cómo se alejaba y subía los escalones, dejándome en el más abismante desconcierto.

Capítulo 3

«Un beso es solo un beso, solo tiene la importancia que tú quieras darle. Puede no significar nada...o puede cambiarlo todo.»
—Laura Gallego García



Había llegado a mi piso y todavía seguía procesando sus palabras y actitud. ¿Por qué quería cenar conmigo? No lo entendía. Debido a mi conversación con él, mis amigos me habían acosado a preguntas, sobre todo Lori, pero solo les había dicho que era un conocido, aunque con eso me ganara una risa irónica por parte de mi amiga. Luego de nuestro encuentro no lo había vuelto a ver y un rato después me había ido del lugar porque realmente estaba muy cansada. Pero al llegar a mi piso el recuerdo de ese hombre me acompañó a cada instante y regresó más persistente una vez que me metí en la cama haciéndome imposible conciliar el sueño. Solo podía pensar en todo lo sucedido con él y en sus maravillosos y expresivos ojos mirándome intensamente. Si bien su apariencia física y todo el magnetismo y misterio que lo rodeaban hacían que la idea de cenar con él me resultara… interesante, no había dudado en descartarla porque nunca me había gustado que me obligaran a nada y mucho menos un desconocido… presuntuoso. ¡Y vaya que era presuntuoso y seguro de sí mismo! Y eso me molestaba. Aunque no sabía que me molestaba más, si el hecho de que más que una invitación fuera una imposición, o el no comprender todos los efectos que ese hombre ocasionaba en mí.



El día siguiente era sábado y no tenía que ir a la empresa, así que me desperté con la idea de ir al hospital y pasar un rato con Ava y Alvin. Supuse que Levi también pasaría porque ese día llegaba de EE. UU.

Estaba terminando de desayunar cuando el timbre del telefonillo me sobresaltó.

—¿Sí?

—Señorita Domenech, hay una entrega para usted —dijo, el conserje de mi edificio—. En un minuto estoy por su piso.

No recordaba haber realizado compra alguna, así que no tenía idea de lo que podía ser. El timbre de la puerta principal sonó y me encaminé hacia allí con mucha curiosidad. Abrí la puerta y me encontré con el conserje llevando en su mano un hermoso y gran ramo de margaritas blancas.

—Llegaron para usted —dijo, extendiéndomelas.

—Gracias, señor Valero —expresé, tomando el precioso ramo de flores.
—Nada que agradecer. Que tenga un buen día, señorita Domenech.
—Gracias, usted también.

Cerré la puerta y miré el precioso arreglo floral. Me encantaban esas flores, simpáticas, sencillas, discretas y fuertes. Una flor que tenía su hechizo y a mí me traía muchos recuerdos. Mientras las observaba vi que había una tarjeta. Abrí el pequeño sobre y la saqué:

«Son para recordarte que tenemos una cena pendiente.
T. Cappellari»

Había recordado mis flores favoritas. Muy a mi pesar, mi corazón comenzó a latir salvajemente en mi pecho. Pero no pude dejar de cuestionarme sus razones para ese obsequio.
¿A que jugaba?
¿Me estaba tratando de seducir?
Con esa idea plantada en mi mente no pude evitar sentir las míticas mariposas en el estómago que se sienten cuando algo te ilusiona.
¿Dije ilusiona?
Bueno, no ilusiona… ¿o sí?
¿Y cómo había conseguido mi dirección? Evidentemente, Cappellari tenía recursos para averiguar lo que quisiese, pero prefería no saberlos.
Dejé las margaritas en un jarrón con agua y me fui a vestir para ir a visitar a Ava. Tenía que dejar de pensar en él, pero cuanto más me obligaba a evitar ciertos pensamientos, más se resistían a abandonar mi cabeza.
Me apresuré a salir de casa y un rato después llegué al hospital. Mi hermana estaba amamantando a Alvin y se veía radiante, se notaba que sentía una desbordante felicidad, y yo no podía estar más dichosa por ella.

—Por unos minutos no te encontraste con Levi. Vino directo desde el aeropuerto, pero estaba tan cansado que le exigí que se fuera a dormir —dijo, Ava, mientras ponía a Alvin en la cuna y se acomodaba el sujetador y el camisón.
—¿Qué dijo de su sobrino?
—Que es igual a él y que le va a enseñar todo lo que sabe —dijo, Ava, riendo.
—Uyuyuy, eso puede llegar a ser un gran problema, sobre todo en lo que respecta a mujeres.
—Tremendo tío seductor le tocó —afirmó, Ava, sin dejar de reír.
—Levi es un gran hombre. La mujer que lo conquiste será afortunada —dije, sabiendo que, cuando mi hermano se enamorara y tuviera una relación formal, sería respetuoso y protector.
—Hablando de enamorarse. Ahora puedes decirme la verdad sobre quién me envió las rosas y el oso de peluche —señaló, mirándome con los ojos entornados—. Y ese cuento de que fue tu secretaria solo se lo creyó Eric, porque a mí no me engañas.

Exhalé con fuerza sabiendo de que no me libraría de contarle la verdadera historia.

—Te las envió Tanner Cappellari, pero no veo por qué relacionas el obsequio con enamorarse porque te aseguro que no tiene nada que ver con eso.
—¿Quién?
—No lo conoces y, hasta ayer, yo tampoco lo conocía.

—¿Y entonces por qué lo nombras y te olvidas de respirar?
—¿Qué? ¿Por qué dices eso?
—Daryl, puedo estar atravesando el puerperio y sentirme y verme cansada y agobiada, pero te aseguro que mis sentidos están funcionando muy bien, no estoy ciega ni sorda.

Bufé como un animal enjaulado porque no tenía escapatoria. Le hice un resumen de lo sucedido mientras mi hermana, con cada palabra que yo pronunciaba abría más los ojos y la boca. Aclaro que me guardé la información del encuentro en «In The Shadows» y, por supuesto, también la del ramo de margaritas recibido esa mañana porque Ava era demasiado romántica y de espíritu fantasioso y sensible como para estar dándole material para crear una historia de amor.

—¡¿Te arrolló con su coche?!
—No grites que vas a despertar a Alvin —pedí.
—¿Te hiciste ver por un doctor? ¿Estás herida? ¿Por qué…
—Detente ahí —exigí, levantando la mano e interrumpiéndola—. Me tienes aquí y puedes comprobar que estoy en perfectas condiciones, solo fueron unos rasguños en la mano y la rodilla que ayer, gracias a tus exigencias y chantaje, me hice curar en emergencia. Nada de qué preocuparse.
—Así que el tipo envió las flores solo para sacarse la culpa de encima. Entonces a ese oso de peluche lo voy a decapitar.
—Detente ahí —repetí, volviendo a levantar la mano—. Estás exagerando la situación y culpándolo de algo que en realidad fue un descuido mío. Cappellari y su chofer lo único que hicieron fue tratar de ayudarme, incluso el obsequio fue para eso porque le había comentado que tenía que comprar las flores y no me daba el tiempo. El peluche fue una idea de él.
—¿Cómo dijiste que era su apellido? —consultó, pensativa.
—Cappellari. ¿Por?
—No sé, me suena de algo…, pero no recuerdo de qué —dijo, restándole importancia.
—Yo nunca lo había escuchado.
—No puedo creer que hayas vivido todo eso y ayer estuvieras como si nada —me reprendió, olvidándose de Cappellari y sus ideas románticas.
—Es que no sucedió nada grave y no te estoy mintiendo. Tú eres una exagerada.

En ese momento una enfermera ingresó en la habitación para controlar a Ava y al bebé y yo salí al corredor para darle privacidad. Me senté y abrí el *WhatsApp* para leer los mensajes que habían enviado mis amigos al grupo que teníamos. La mayoría eran fotografías de la noche anterior en el *pub* y muchas de ellas eran de mi actuación en el *karaoke*, tanto sola como cuando había cantado con Robert. Dentro de todas ellas una llamó mi atención. La había enviado Lili, otra de mis amigas que también estaba esa noche en el pub y la foto era del momento en el que me encontraba conversando con Cappellari. La forma en la que me miraba me erizó toda la piel del cuerpo. Su mirada era intensa y sus ojos parecían arder de deseo, era como una mirada depredadora y el que me la estuviera dirigiendo a mí hizo que un intenso calor me recorriera el cuerpo entero. Leí el mensaje que acompañaba a la fotografía.

Lili
«Daría lo que fuera para que
me miraran de esa forma 😍.

Qué suertuda eres Daryl!»

Los siguientes mensajes eran de mis amigos y en todos opinaban sobre la fotografía y me gastaban toda clase de bromas, sobre todo de índole sexual. No respondí, pero no pude dejar de observar la fotografía y lo hice con una sonrisa en los labios.

¿Por qué ríes?, me recriminé, pero no dejé de hacerlo, y es que a una chica le gusta sentirse apreciada y esa mirada sí que era admirativa.

Mientras seguía mirando las fotografías que habían enviado, mi teléfono sonó, pero el teléfono no lo tenía entre mis contactos.

—Diga.

—Habla Cappellari —dijo, con ese tono ronco de voz que hacía que mi cuerpo se estremeciera.

Si bien ya me había llamado el día anterior, en ese momento no le había prestado atención al número ni lo había agendado como contacto.

—¿Cappellari? Podría comenzar por decirme cómo consiguió mi teléfono y mi dirección. ¿Es algo de la mafia italiana? —pregunté, y para mi sorpresa lo escuché reír.

—Puede que alguno de mis ancestros, pero ahora nos dedicamos a actividades legales.

—¿Conseguir datos personales y privados es legal?

—No hice nada ilegal, te lo aseguro. Además, como te comenté, suelo conseguir lo que quiero, y la dirección no fue tan complicada de conseguir, la obtuve por Eros.

¡Iba a matar a Eros!

—Eros… voy a tener que hablar seriamente con él.

—El único culpable soy yo porque lo amenacé.

—Ya veo, entonces no estoy tan equivocada con lo de la mafia italiana —afirmé, y esa maldita risa volvió a acelerar mi corazón—. Le agradezco las margaritas, son preciosas.

—Me alegra saber que te gustaron.

Y esas simples palabras, pero dichas con un tono dulce y seductor, me dejaron momentáneamente sin palabras.

—Y ahora dígame por qué tengo el gusto de estar hablando con usted —dije, y volvió a reír.

—Te recuerdo que dijimos que no más formalidad... y, en lo posible, tampoco sarcasmo.

—¿Dijimos? Yo no recuerdo haber dicho nada, pero no importa, estoy de acuerdo en tratarnos con menos formalidad. Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? —repetí, dejando el trato formal.

—Me debes un favor, ¿lo recuerdas?

—No podría olvidarlo. Te escucho —dije, pensando en que llamaba por la cena.

—Necesito una acompañante para asistir a un evento social.

Si su invitación a cenar ya me parecía extraña y aceptarla totalmente inconveniente, un evento en el que estaríamos acompañados de otras personas me parecía aún más. Pero lo que más me desconcertaba era él. No sabía qué pensar sobre ese hombre que no dejaba de aparecer en mi vida.

—No, absolutamente no.

—Absolutamente sí, porque necesito acompañante.

—Dudo mucho que no puedas conseguir a otra persona para que te acompañe —afirmé, porque estaba segura de que ese hombre conseguía todo lo que quería con solo chascar los dedos.

—Quiero que seas tú —señaló, dejándome sorprendida porque no entendía su interés.

—¿No tienes pareja, amigas, conocidas o alguien que te pueda acompañar?

—Por supuesto que tengo —respondió, pero sin aclarar que era lo que tenía—, pero te repito, esta vez quiero que seas tú.

—¿Por qué?

—Porque quiero. —Fue su escueta respuesta y luego añadió—: Y tú ¿tienes pareja?

Podría haberle mentido diciendo que estaba en pareja para librarme de ese «compromiso», pero no lo hice y no quise cuestionarme los motivos que me llevaron a decir la verdad.

—No.

—Perfecto, entonces no tienes excusa —afirmó, y yo bufé sin ninguna delicadeza.

—Tienes dos segundos para contarme en qué consiste el evento antes de que cuelgue —afirmé, escuchando su risa.

—Es de gala. —Fue lo único que respondió.

—¿Cuándo es? —pregunté.

—Esta noche.

—¿Esta noche?

—Eso fue lo que dije.

—Ya veo. Te dieron plantón a última hora y por eso recurres al «favor» que dices que te debo —dije, con un retintín en la palabra favor.

—No, en absoluto. Paso por ti a las ocho de la noche —señaló, y cortó la llamada.

Una vez más lograba dejarme en un estado de perplejidad absoluta. Lo acompañaría, pero solo para sacarme esa deuda de encima y no tener que verlo más.

¿En serio?, ironizó, mi conciencia, pero decidí no prestarle atención.



Justo a las ocho de la noche me avisó de que venía llegando. Estaba tan ansiosa que ya hacía un buen rato que estaba lista. Había elegido un vestido largo con caída y finos tirantes, en color azul noche y con algo de pedrería. El escote de la espalda era pronunciado y se ajustaba a la cintura y las caderas haciéndome ver muy elegante y también sensual. En el pelo me había hecho un semirrecogido y estaba usando unos pendientes extralargos. Me había esmerado mucho y no quería cuestionarme las razones, pero inevitablemente lo terminé haciendo. No tenía motivos para querer impresionarlo, pero sabía que aquella noche quería deslumbrarlo. Sí, no me iba a mentir a mí misma. Quería gustarle. Quería que me viera atractiva, glamorosa y *sexy*. Quería que pareciera que tenía todo controlado, aunque él descontrolaba todo en mí.

Y eso fue lo que sucedió.

Lo encontré justo afuera de mi edificio, de pie al lado de un Audi negro de alta gama con los cristales tintados, y su actitud gritaba confianza. Estaba vistiendo esmoquin y se veía imponente, jodidamente *sexy*, masculino y perfecto. Ese hombre estaba hecho por el mismísimo demonio

para pecar. Debería estar prohibido ser tan apuesto.

Sus ojos me recorrieron entera para luego posarse en los míos. Era una mirada admirativa y tan intensa que hizo que me sintiera expuesta y me estremeciera de pies a cabeza. Caminé hacia él sin saber que esperar, pero seguro que lo que menos esperaba era que sonriera tan maravillosamente. Sin darme cuenta yo también lo estaba haciendo, y es que ese hombre me dejaba sin respiración cada vez que sonreía.

—Gracias por acompañarme. Estás muy bella —dijo, cuando estuve a su lado, y se sintió tan sincero que hizo que mi ansiedad bajara un par de peldaños.

—Gracias por el halago. Respecto a lo otro, no me dejaste muchas opciones —señalé, sonriendo y para intentar romper un poco el hielo.

No respondió, solo se limitó a mirarme y sonreír. Me abrió la puerta del coche como todo un caballero y luego lo rodeó y se sentó frente al volante.

—¿Hoy no te acompaña Antonio? —pregunté, porque me extrañó que no condujera su chofer.

—Hoy preferí conducir yo —respondió, y en cuanto nos pusimos en movimiento encendió la radio del coche y la hermosa voz de Amy Winehouse llenó el coche con «You Know I'm No Good».

—¿Te gusta esta cantante? —pregunté.

—Fue una excelente cantante de *soul*, pero mi gusto musical es variado, aunque me gusta mucho el piano.

—¿Lo tocas?

—No, pero me gusta escucharlo.

Preferí no decirle que yo sí lo tocaba, no sé por qué no lo hice, pero me guardé esa información. Disimuladamente lo observé por unos segundos sin creerme que estaba en su coche y lo acompañaba a un evento que… no tenía idea de que se trataba.

—¿De qué se trata el evento? —pregunté.

—Es una boda.

—¡¿Qué?! —exclamé, girando para mirarlo—. ¿Una boda? ¿En serio? Detente, no puedo ir a una boda en la que no conozco a nadie, ni siquiera a los novios.

Volteó el rostro y me sostuvo la mirada sin inmutarse como si esa situación le pareciera normal, y luego volvió a prestar atención al tránsito.

—¿Qué diferencia hay con otro tipo de evento? —preguntó, muy tranquilo.

—Una boda es algo muy íntimo y familiar —expliqué.

—Y los amigos de los novios pueden asistir en pareja —dijo, con mucha naturalidad, pero esa afirmación logró dejarme perpleja.

¿En pareja? Casi comienzo a hiperventilar.

—Nosotros no somos pareja, es más, ni siquiera somos amigos.

—Es solo esta noche y después no volveré a molestarte. Con lo de hoy saldamos nuestras cuentas y te prometo que te llevaré a tu casa en cuanto me lo pidas.

Suspiré al comprender que ya no podía hacer nada.

—Así que los novios son amigos tuyos. ¿Saben que vas a ir acompañado?

—Tuve que mencionárselos por un tema de organización —respondió, y siguió concentrado en el tráfico.

—¿Cómo se llaman?

—¿Los novios?

—No, tus abuelos —ironicé, haciendo que largara una carcajada contagiosa que me dejó obnubilada y no pude evitar sonreír a pesar de esforzarme por mostrarme seria—. Estamos hablando de los novios, ¿por quién te voy a preguntar?

—Es que ese vestido que llevas puesto me distrae —dijo, sin dejar de reír y ese comentario volvió a acelerarme el pulso y sentí que las mejillas me ardían—. Los novios se llaman Andreina y Joshua, y mis abuelos se llamaban Catalina y Aurelio.

No comenté nada, si lo que pretendía era que me mantuviera en silencio, con su comentario del vestido el muy maldito lo había logrado.

Llegamos al salón en el que se realizaba la fiesta y nos dirigimos directamente a la mesa asignada. Fuimos los últimos en llegar a la mesa que era para diez personas y solo éramos dos mujeres en ella. Me presentó como su amiga y resultó que todos ellos eran un grupo de amigos suyos. Noté que todos me miraban con curiosidad, seguramente porque era una total desconocida. Sus amigos resultaron muy simpáticos y no perdieron oportunidad para hacer bromas sobre nuestra relación, además de provocarlo un poco.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Tanner? —Me preguntó uno de ellos, cuando Tanner estaba conversando con otro.

—No estamos saliendo, solo somos amigos —respondí, logrando que sonriera de una forma desconfiada que no me pasó desapercibida.

—¿De qué hablan? —preguntó, Tanner, que en ese momento se unió a nuestra conversación.

—Dado que Daryl no conoce a nadie, le estaba diciendo que en esta mesa se encuentra en las mejores manos —mintió, sonriendo divertido.

—¿En las mejores manos? Imagino que te refieres a las mías —dijo, Tanner, haciendo que yo me atragantara con el cóctel y su amigo largara una carcajada.

—¿Por qué dijiste eso? —susurré, cuando me recompuse.

—Porque estás conmigo y te aseguro que no voy a permitir que ninguno de estos libertinos se acerque a ti —susurró, en mi oreja haciéndome estremecer.

—No necesito un príncipe en brillante armadura que me cuide.

—Seguro, pero esta noche me tienes a mí y te aseguro que no tengo nada de príncipe encantador —señaló, sin borrar la sonrisa de su rostro.

¿Qué estaba insinuando? ¿Por qué se comportaba de aquella forma? En ese momento tenía que concentrarme hasta en respirar, pero de ninguna manera pensaba quedarme callada.

—Respuesta equivocada, Cappellari. Por si lo olvidaste, estoy sentada en esta mesa porque me arrollaste con tu coche y después me chantajeaste, así que… no eres de fiar —respondí, peleando con la sonrisa que insistía en emerger al ver que la de él se había esfumado. Y en ese momento fue él quien se mantuvo en el largo silencio de quien no sabe qué decir o prefiere no hacerlo.

Seguimos conversando con el resto de sus amigos, pero durante toda la velada podía notar su cercanía, mirándome a cada instante, comentándome algo en ciertas ocasiones, pero, sobre todo, estando pendiente de mí. Aunque con él conversaba poco porque con sus amigos se enfrascaban permanentemente en temas de fútbol donde muchas de las veces terminaban en conversaciones acaloradas por ser hinchas rivales, yo conversaba con la otra chica sentada a la mesa ya que parecía tan fuera de lugar como yo, aunque en realidad no era incomodidad porque todos eran muy simpáticos.

En determinado momento los novios fueron a la pista de baile e invitaron a los presentes a acompañarlos. Inmediatamente la pista se llenó de gente bailando y divirtiéndose.

—¿Van a ir a bailar? —Nos preguntó, Alberto, uno de sus amigos.

—No —respondió, Tanner, con determinación, y su negativa no me molestó en absoluto porque si bien me encantaba bailar, con él no me atrevía por todo lo que me provocaba, así que prefería quedarme con las ganas.

—Daryl, ¿a ti te gustaría bailar? ¿Me acompañarías? —insistió, mirándome a mí e ignorando totalmente la seria mirada de Tanner, quien abrió la boca para responder por mí, pero me le adelanté.

—Me encantaría, gracias por invitarme —respondí, ganándome una mirada recriminatoria de su parte, que ignoré totalmente.

Abandoné la silla bajo su atenta y seria mirada, y tomé el brazo que tan amablemente me ofreció Alberto.

Llegamos a la pista donde ya estaban todos, porque el único que se quedó en la mesa fue Tanner, y mi llegada fue festejada y aplaudida por todo el grupo. Bailé con todos y cada uno de sus amigos mientras notaba su intensa y seria mirada fija en mí, pues cada vez que alguno de sus amigos me hacía dar un giro, lo veía observándome de esa forma.

—Veo que te diviertes —afirmó, con aquella voz ronca llena de sensualidad, porque tenía que ser sincera, ese hombre era el más atractivo que había visto en mi vida, no solo por su apariencia física, sino por el aura sensual y poderosa que lo rodeaba como algo intrínseco a su persona y que lograba envolverme por completo, al igual que lo hacía su tentador y varonil perfume.

Me estremecí y giré lentamente para encontrarme frente a frente con él. Su mirada nuevamente me desestabilizó. ¿Por qué tenía ese poder sobre mí? No recordaba que ningún hombre me hubiera puesto tan nerviosa y… vulnerable, y eso me resultaba preocupante y me incomodaba.

—Bienvenido, Tanner. Al fin te decidiste a unirte a nosotros y divertirte —dijo, otro de sus amigos.

—Si lo hiciste por Daryl, puedes volver a la mesa porque te aseguro que se está divirtiendo más con nosotros de lo que lo hace contigo —bromeó, Alberto.

Tanner ni los miró, siguió con sus ojos fijos en mí de esa forma que me hacía sentir escalofríos.

—¿Viniste a acompañarnos o necesitas decirme algo? —pregunté, porque quizás quería irse.

—Vine a bailar… contigo—dijo, entrelazando su mano con la mía y haciéndome girar, mientras escuchábamos la ovación de todos sus amigos.

Lo último que necesitaba era bailar con él, pero no podía negarme. Había una electricidad que corría entre nosotros demasiado fuerte como para que él no la notara. Para mi tortura, se movía muy bien, el muy maldito era sensual y elegante hasta para bailar. No nos tocábamos, salvo por nuestras manos unidas y algún que otro roce de nuestros cuerpos que siempre propagaba calor por todo el mío, pero se percibía una clara tensión sexual en el ambiente. A lo mejor era el champagne que había tomado, pero me sentía bien y lo estaba disfrutando, aunque me sentía acalorada… muy acalorada. ¿Habrían subido la temperatura del lugar?

—Para no bailar mucho, lo haces muy bien —señalé, y no podía apartar los ojos de él.

—Será que tengo la compañera ideal —dijo, y nuevamente sentí que estaba jugando a la seducción.

Sacudí la cabeza en un intento desesperado por dejar de mirarlo. Cuando la canción finalizó, decidí ir a descansar porque mis pies me estaban matando y porque quería alejarme de él.

—Voy a volver a la mesa porque estoy cansada —le avisé.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Solo si tú quieres, no lo hagas por mí —respondí, porque después de todo era la boda de sus amigos.

—Vámonos —dijo, y volvió a tomar mi mano.

Nos despedimos de todos sus amigos quienes bromearon pidiendo mi número de teléfono y se llevaron una mirada seria por parte de Tanner.

—Dame un segundo —dije, deteniéndome apenas salimos del salón.

—¿Qué sucede? —preguntó, preocupado, mientras yo me inclinaba para sacarme los zapatos —. ¿Estás bien?

—Solo necesito sacarme los zapatos porque mis pies me están matando.

—¿Vas a caminar descalza? Te puedes hacer daño —señaló.

—No hay probleee —Sentí como era elevada del suelo por sus fuertes brazos y no tuve otra opción que enroscar mis brazos en su cuello—. ¿Qué haces?

—Te llevo hasta el coche así no tienes que caminar descalza —afirmó, pero al hacerlo giró la cabeza y rozó con los labios la piel sensible bajo mi oído, y yo no pude evitar soltar un jadeo ahogado.

—¿Me puedes bajar? —exigí, con el ceño fruncido para disimular mi aturdimiento.

—No.

—De verdad, bájame —repetí, porque por más que el calor de su cuerpo me envolvió como una armadura protectora haciéndome sentir demasiado bien, no quería tener ese tipo de contacto con él.

—Ssssh —dijo, para hacerme callar, y eso me molestó.

—¡No me digas «Ssssh»! —gruñí, pero sin darme cuenta de que había acercado demasiado mi rostro al de él.

—Entonces voy a tener que hacerlo de otra forma —afirmó, una de sus manos rodeó mi nuca, me acercó a su rostro y lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre los míos…, ardiendo. Su forma de silenciarme fue efectiva y lo único que emití fue un jadeo de sorpresa.

Aprovechó mi jadeo para profundizar el beso con su lengua y… se desató un huracán. Su beso

era exigente y posesivo haciéndome olvidar del mundo que me rodeaba.

¡Me estaba besando!

Tanner Cappellari me estaba besando y no era cualquier beso, me estaba devorando con una pasión abrumadora, me estaba poseyendo con su boca. Sus labios tan llenos, tan suaves, se movían hábilmente sobre los míos. Todo había ocurrido en un instante y estaba abrumada, pero podía reconocer que su beso era delicioso y apasionado. Era un beso voraz, ardiente, dominante.

Sin previo aviso me dejó en el piso y empujó su propio cuerpo contra el mío, atrapándome entre él y una pared que estaba detrás. Sus brazos me rodearon en forma intensa, íntima, y yo… no hice el menor esfuerzo por liberarme. Y entonces lo sentí. Su longitud dura rozando mi muslo y en vez de apartarme, me pegué más a él. Enardecido, deslizó la mano por mi espalda hasta la parte inferior de la columna y luego volvió a subirla lentamente, dejando como una marca de fuego que rápidamente se propagó por todo mi cuerpo. Sus manos no se quedaban quietas y, aunque lo dejaba hacer, las mías seguían inmóviles en sus hombros.

—Dios... —murmuró sobre mis labios, y volvió a asaltar mi boca.

Estaba en medio de un torbellino personal, pero respondí a ese beso con la misma vehemencia con que me lo ofreció. Era un completo asalto a todos mis sentidos. No quería pensar en nada, solo quería seguir allí, en sus brazos, sintiéndolo a él y sintiendo todo lo que despertaba en mi cuerpo. La pasión bullía entre los dos en forma abrumadora.

Unas risas que se escucharon a lo lejos nos dieron el golpe de realidad que necesitábamos y ambos nos paralizamos. Tanner se apartó jadeante. Todo mi cuerpo temblaba al igual que el de él y necesitaba apoyarme en la pared para que me diera estabilidad.

—¿Vamos a mi casa o a la tuya? —preguntó, jadeante.

¿Quería acostarme con él? Por supuesto que sí. Quería que me llevase donde quisiese, pero cuando mi mente se calmó un poco, comprendí que no sabía nada de ese hombre, ni siquiera si tenía pareja. Inspire con fuerza intentando llevar el suficiente oxígeno a mi cerebro para actuar con cordura. Había tomado una decisión y, por más que mi cuerpo me pedía a gritos que lo pensara mejor y el diablillo que tenía sentado en el hombro izquierdo me repetía «Hazlo», sentía que no era correcto y yo nunca hacía lo que no se sentía correcto.

Negué con la cabeza.

—A ninguna, por lo menos no iremos juntos.

Tras unos segundos de asombro, Tanner se recompuso, arqueó sus cejas y me miró con seriedad.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor. Esto es un error —respondí.

—¿Error? Permíteme ser honesto, yo te deseo y tú a mí. ¿Dónde está el error?

—Yo no dije que te deseara —mentí, y al ver que en la calle había varios taxis aparcados en fila que seguramente esperaban por algún invitado a la boda que no hubiera ido en coche, me volví a poner los zapatos y caminé rápidamente hacia allí.

—¿A dónde vas? —preguntó, desconcertado.

—Me voy en un taxi, Tanner. Ya saldé mi deuda contigo… y permíteme ser honesta —dije,

repitiendo sus palabras—, la misma no incluía ir a tu casa o la mía.

El sarcasmo me ayudaba a camuflar el estado de nervios y la excitación de la que era presa. Me subí al taxi y suspiré cuando cerré la puerta. No miré hacia atrás. Mis labios ardían y ese beso me atormentaba más que cualquier otro que hubiese recibido en mi vida y me había dejado deseosa de más.

Mierda, lo había besado. ¡¿En qué estaba pensando?! ¡Mierda, mierda, mierda!

Apoyé la cabeza en el asiento sin poder dejar de pensarlo. No podía olvidar lo delicioso que había sido, el calor de su sensual cuerpo junto al mío, su excitación y su exquisito aroma.

Ese recuerdo me acompañó todo el trayecto y, sobre todo, cuando estuve sola en mi cama imaginándome lo que hubiera pasado si estuviera con él.

Solo había sido un beso, pero aquel beso sería mi gloria y mi perdición.

Capítulo 4

«Besos como el suyo deberían venir con una etiqueta de advertencia. No pueden ser buenos para el corazón.»
—Colleen Hoover



Al día siguiente me desperté cercano a las diez de la mañana. Estaba desayunando y mi hermana me avisó que le daban el alta y podían volver a su casa, así que hice planes para ir en la tarde a pasar un rato con ellos.

Seguí desayunando, pero estaba inquieta. Lo que me molestaba era que el recuerdo de Tanner Cappellari no me abandonaba en ningún momento. El muy persistente regresó apenas me desperté. La figura imponente de ese hombre con su actitud autoritaria y seria, no salía de mi mente y eso me molestaba. Cerré los ojos y me presioné el puente de la nariz. Me levanté de la butaca y abandoné la cocina decidida a dejar de pensar en él. Resolví hacer un poco de ejercicio para distraerme y pensar en otra cosa. Primero iba a correr un rato por la rambla y luego iría al gimnasio con la esperanza de dejar de pensar en él porque mi mente parecía tomar vida propia y el beso compartido me asaltaba a cada minuto y me lo imaginaba en los más diversos escenarios. Necesitaba sacar ese beso de mi mente.

—¡Deja de ser tan idiota! —me dije, en voz alta, para ver si lo entendía de una maldita vez. Sin embargo, no valía la pena discutir conmigo, tenía claro que iba a perder porque mi mente solía ir por el camino que quería y últimamente ese camino siempre me llevaba a él.

Recorrí el primer kilómetro sumergida en mis propios pensamientos, que no eran otros que ese maldito y perfecto hombre y todo lo que me hacía sentir. Me había conectado los *AirPods* y escuchaba «Crazy» por DJ Goja y Lunis. Seguí corriendo, tratando de concentrarme en el ritmo, en la respiración agitada, en las pulsaciones, sin ninguna distracción más allá de la música y… de repente lo vi.

¿En serio? ¡Gracias vida por ponérmela fácil! ¡Maldita mi suerte!

Venía corriendo en mi dirección y durante un segundo consideré la posibilidad de voltear y evitar el encuentro, pero estaba segura de que ya me había visto y no quería que pensara que era una cobarde.

¿Por qué últimamente me lo tenía que encontrar en todos lados?

Por un momento tuve la certeza de que nuestros encuentros no eran casuales, pero descarté la idea de inmediato. Él no tenía como saber que solía correr por la rambla. Cuando estábamos a pocos metros de distancia, ambos nos detuvimos. Una cosa era Tanner formal y otra muy distinta era Tanner informal. Parecía más joven, más rebelde y, aunque sonara irónico, más inalcanzable. Su mirada me recorrió el cuerpo entero y fue como si me desnudara con ella, pero cuando sus pupilas se clavaron en las mías no disimuló el reflejo de un deseo profundo y poderoso.

—Domenech —saludó, cortando mis pensamientos.
—Cappellari.

Por largos segundos permanecimos en silencio, solo nos observábamos. Su presencia, su proximidad, me alteraban tanto que estaba segura de que mi cuerpo temblaba visiblemente, y estábamos en pleno verano. Lo vi avanzar hacia mí y retrocedí unos pasos, pero igual logró invadir mi espacio y pegarse a mi cuerpo. Agachó la cabeza para quedar a mi altura, sus labios rozaron mi oreja y el aire tibio de su respiración calentó mi piel.

—Que sea la última vez que huyes de mí, Pecas.

¿Cómo me había llamado? ¿Pecas? Seguramente era porque tenía algunas en la nariz, pero modestia aparte, siempre había pensado que no me quedaban mal. Igualmente, él no tenía ni el derecho ni la confianza para llamarme así.

—Me llamo Daryl y yo no hui, solo me fui porque ya había cumplido mi palabra de acompañarte, o mejor dicho, tu orden.
—Yo creo que no.
—Sería bueno que terminaras con este juego, Cappellari.
—¿Te parece un juego?

Lo miré a los ojos, pero no pude responder porque él lo hizo por mí.

—No lo es, Pecas... te aseguro que no lo es.

Se alejó, me miró intensamente y siguió corriendo. No hice ningún además de detenerlo ni dije nada, pero mi mirada siguió viendo cómo se alejaba de mí hasta que estuvo tan lejos que ya casi no lo distinguía. Suspiré como una idiota mirándolo desaparecer. Caminé hasta el gimnasio como una autómata esperando allí encontrar la paz mental que buscaba.



Después de unas cuantas horas en el gimnasio que cansaron mi cuerpo, pero no mi mente, me di por vencida. Era un lugar en el que siempre, de una manera u otra, encontraba relax, pero ese día no había forma de encontrar nada. Me hubiera gustado disfrutar de ese momento como siempre hacía, pero mi mente de manera malévola no hacía otra cosa que rememorarlo y sin poder poner nada en claro.
Volví a mi piso para almorzar, cambiarme de ropa e ir a lo de Ava. Le había enviado un mensaje a mi hermano para avisarle que estaría allí y pedirle que pasara para poder estar los tres juntos por un rato.
Cuando llegué a lo de Ava, Levi ya se encontraba allí.

—¡Hermanito! Te extrañaba —dije, yendo hacia él y dándole un gran abrazo.
—Yo también te extrañé, Dal.
—¿Ustedes dos se olvidan de que también existo? Me pongo celosa —dijo, Ava, frunciendo los labios como si se estuviera por largar a llorar.

Levy y yo la miramos, luego nos miramos entre nosotros y fuimos directamente hacia ella para envolverla en un abrazo triple.

—Eres una tonta. Sabes que ambos te amamos —afirmé.

—Eso no tendríamos ni que aclararlo porque deberías saber que es así. Además de que siempre vamos a contar el uno con el otro —dijo, Levi.

—Lo sé. Debe ser que estoy viviendo la tristeza posparto.

—¿Tristeza posparto? ¿Eso existe? —preguntó, Levi.

—Claro que existe. No les pasa a todas las madres, pero creo que yo la estoy viviendo porque hay veces que tengo muchas ganas de llorar. Es un desequilibrio hormonal y, por lo que estuve leyendo, es algo que la mayoría de las mujeres experimentan justo después del parto. Es como una mezcla de emociones que te abruma —explicó, Ava, y ambos la abrazamos.

—Entonces vamos a tener que hacer algo. Dile a la señora que te ayuda en la casa que se quede un rato con Alvin y salgamos los tres a tomar un café. Seguramente necesitas salir a tomar un poco de aire —propuse.

—Es una estupenda idea —dijo, Levi.

—¿Les parece? —consultó, Ava, un tanto dudosa, probablemente por dejar a Alvin.

—No vamos a demorar mucho, te lo prometo —aclaró, Levi.

—Mientras te cambias de ropa, voy a darle un beso a mi sobrino —dije, encaminándome hacia el dormitorio de Ava porque la cunita estaba allí.

Un rato más tarde los tres estábamos en una cafetería cercana y Levi nos ponía al tanto del resultado de las negociaciones con la empresa de EE. UU. y de las cuales estaba muy conforme. Seguramente necesitaríamos tener varias reuniones más, pero teníamos grandes chances de que nos adjudicaran la construcción de un edificio en la ciudad de San Francisco. Mientras conversábamos unas risas llamaron mi atención y miré hacia la puerta de entrada. No estaba preparada para lo que vino a continuación. En ese momento Tanner Cappellari hacía su entrada triunfal con una pareja. Lo acompañaba una mujer que rondaría los 40 años y un hombre que quizás tenía algunos más.

¡Menuda suerte la mía, me dije.

Después del beso de la noche anterior y del encuentro de esa mañana en la rambla, lo que menos quería era volverlo a ver, pero parecía que la suerte no estaba de mi lado.

¿Sería casualidad? Realmente, no encontraba una explicación lógica a nuestros permanentes encuentros. Hasta el accidente nunca lo había visto, porque estaba segura de que si me hubiera cruzado con él no lo olvidaría, pero después de conocernos no paraba de encontrármelo. Estaba desconcertada.

Lo peor es que entre nosotros sobrevolaba el recuerdo del beso compartido. Bueno…, eso no había sido un beso, sino una liberación de deseo y de la necesidad más absoluta.

Como él no miraba hacia nuestra mesa pude seguir observándolo. Parecía ser una reunión de negocios porque todos vestían formalmente con impecables trajes y llevaban maletín. ¿Ese hombre trabajaba hasta los domingos? ¿Se relajaba alguna vez? Más allá de eso, se veía imponente. Una camarera los acompañó hasta una mesa cercana a la nuestra y él se sentó de frente a mí. Mis hermanos no lo veían porque estaban de espaldas a él, lo que me daba la posibilidad de observarlo sin que se dieran cuenta que era lo que llamaba mi atención. Fue en medio de mi disertación mental que volví a escuchar la voz de Levi.

—¿Qué dices, Dal?

Mi mente se había alejado tanto de la conversación con mis hermanos que ni siquiera había estado escuchando sus voces.

—No lo sé —dije, encogiéndome de hombros.

Ambos me miraron por largos segundos, de seguro esperando a ver si cambiaba la respuesta porque la que había dado los había descolocado y me miraban horrorizados. ¿Por qué mi respuesta era tan mala? No entendía nada, hasta que…

—¿No sabes si te gustaría ser la madrina de Alvin? —preguntó, Ava, mirándome con desilusión, mientras Levi me miraba como si me hubiera salido otra cabeza.

—¿Qué? ¡Por supuesto que sí! No hay nada que me haga más feliz. Perdón, Ava, estaba distraída —dije, tomándole las manos por encima de la mesa.

—Sí, me pareció —dijo, Levi, y añadió—: ¿Hay algo que te preocupe?

—Me quedé pensando en la empresa y… ya saben, ese tema me tiene inquieta —mentí, porque si bien eso me tenía preocupada, en ese momento era una persona la que ocupaba mis pensamientos.

—No tienes por qué estarlo. Estoy seguro de que todo va a salir bien. Entonces, seremos los padrinos de Alvin.

Sonreí orgullosa. Además de tía sería la madrina de mi sobrino. De la felicidad que sentía me había olvidado hasta de que Tanner se encontraba a unos metros de allí, hasta que levanté la vista y me encontré con unos ojos castaños fijos en mí y la sonrisa se me borró.

Esa mirada era… no sabría describirla. Seguro me miraba con asombro, pero también con una contundente seriedad. Sin dejar de mirarme, se puso de pie, saludó a la pareja que estaba con él y les dijo algo, marchándose luego del lugar tan rápido como había llegado.

¿Se iba porque yo estaba allí? Unas horas antes se había comportado como si tuviera interés en seguir viéndome, pero al parecer no era así porque había salido despavorido apenas me vio. Me invadió un malestar inusual que me fue indisimulable.

—Daryl, ¿te sientes bien? —preguntó, Ava.

—Hoy me duele mucho la cabeza —mentí, nuevamente, sintiéndome horrible por no ser capaz de disfrutar de ese momento con mis hermanos y, encima, decirles una mentira tras otra.

—Ya me parecía que algo te sucedía—dijo, Levi, observándome—. Mejor vamos yendo así puedes descansar y Ava vuelve con Alvin.

—No se preocupen por mí, puedo tolerarlo. Cuando llegue a casa tomo algún analgésico —propuse, porque no quería que terminara la reunión por mi culpa.

—No, está bien. Yo tampoco quiero dejar a Alvin tanto tiempo —dijo, Ava.

—Nosotros mañana nos vemos en la empresa —señaló, Levi, que no dejaba de observarme.

—Me llaman si precisan algo, voy a estar en casa —señaló, Ava—. Espero que ahora que seguramente firmemos un nuevo contrato nos dejen de molestar todos esos desgraciados que quieren sacar tajada de nuestra situación y saquear nuestra empresa.

—Eso espero —dijo, Levi, con gesto preocupado.



Cuando llegué a mi piso sentía una molestia anímica que no podía identificar. Algo no estaba bien. Necesitaba hablar con alguien. Decidí llamar a Lori.

—Hola, Lori.
—Estaba por llamarte —dijo, apenas me atendió.
—Y yo pensaba ir por tu casa. ¿Puedo?
—Eso no precisas preguntarlo. ¿Estás bien?
—Sí, lo estoy, pero quiero contarte algo.
—¿Algo? ¿Y ese *algo* tiene que ver con el rey de los pijos con el que conversabas el otro día? —ironizó.
—Si te refieres al primo de Eros, sí.
—Ya me lo imaginaba. No demores.
—Ya salgo para allí.

Quince minutos después llegué a lo de mi amiga, que me esperaba con gran ansiedad. Me abrió la puerta y, prácticamente, me empujó dentro de su casa.

—Siéntate y comienza a confesar todo lo que has callado —ordenó, señalándome amenazadoramente con el dedo.
—¿Te han dicho alguna vez que eres muy impaciente?
—Por supuesto, y la gran mayoría de las veces fuiste tú. Pero te aclaro que no me dices nada que no sepa —dijo, mientras se sentaba y palmeaba el sillón a su lado.
—¿Te parece ir a la rambla y caminar un rato? Es una tarde muy linda.
—No te desvíes del tema. Siéntate —ordenó.

Me mordí el labio inferior, me sentía inquieta. Mi nerviosismo se debía a que iba a admitir lo que no había querido reconocer en voz alta, todo eso que me hacía sentir ese hombre y nunca había sentido por nadie.

—Te veo muy afectada. ¿Qué tan malo es lo que tienes para contar?
—No es malo. Es que… anoche fui a una boda con Tanner Cappellari y a la salida… nos besamos.
—¿Fuiste a una boda con él? Y te besaste con «Don Perfecto» —afirmó, sorprendida, pero después de unos segundos largó una carcajada.
—Si te vas a reír de mí, no te cuento nada.
—Perdona, pero no me lo imagino siendo romántico.
—Yo no dije que haya sido romántico, fue… ardiente —señalé, y al recordarlo volví a morderme el labio.
—¿Ardiente? —preguntó, con expresión descreída.
—Al besarme.
—Al besarte.
—¿Por qué repites lo que digo?
—¿Cómo fue el beso ardiente? —consultó, sin prestar atención a lo que había dicho.
—¿Cuántos tipos de besos ardientes hay? —ironicé, porque parecía una conversación entre dos locas.
—Yo qué sé. ¡Cuenta de una buena vez! —exigió, prestándome toda su atención.

Le relaté todo lo sucedido con Tanner siendo interrumpida a cada minuto para que ampliara o detallara la información que le estaba dando. Cuando terminé el relato se quedó en silencio.

—Y ahora no hablas —ironicé.

—Así que lo dejaste plantado después del beso que te revolucionó todas las hormonas hasta el punto de ebullición —afirmó, pensativa.

—Es un buen resumen y... sí, eso hice.

—Y lo hiciste porque no quisiste complicarte —manifestó, siguiendo con esa mirada pensativa.

—Algo así.

—Pero ¡qué estupidez!

—¿Qué? —pregunté, confundida, porque estaba segura de que Lori me iba a apoyar, sobre todo porque Tanner no parecía caerle muy simpático.

—No puedo creer que no aprovecharas la oportunidad de tener sexo con ese dios griego.

—No te entiendo. Me dijiste que te pareció un pedante.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. No necesita ser simpático si es bueno en la cama, y convengamos que tiene toda la pinta de serlo. Por lo menos parece tener las herramientas, porque ¡Dios bendiga a la madre que lo trajo al mundo!

La miré y no pude evitar largar una carcajada, y ella me siguió.

—Entonces ¿piensas que debí acostarme con él?

—¿Y a ti qué te parece?

—No sé. La realidad es que no lo conozco y no sé nada de su vida. Hasta puede que esté saliendo con alguien.

—¿Te parece que si tuviera pareja te habría llevado a una boda donde estaban sus amigos? Sería demasiado cínico.

—Bueno… pensándolo así. Igual, no creo que vuelva a saber de él. Como te dije, hoy se largó de la cafetería apenas me vio.

—Eso es extraño porque por lo que me comentaste del encuentro en la rambla, pareciera que tiene intenciones de poner en práctica un plan sólido de seducción. Quizás sea porque te vio acompañada.

—No creo que fuera porque estaba acompañada. No sé…, tampoco le encuentro explicación a su actitud tan radical. Podría no haberme saludado, pero ¿irse? Fue demasiado.

—¿Se habrá ido por ti? ¿No será que recibió alguna llamada o algo que lo hiciera tener que salir de allí?

—No me pareció. Me estaba mirando con la sorpresa reflejada en su rostro y noté que miró a mis hermanos y luego de eso se fue.

—No sé qué decirte, pero estoy segura de que la historia con «Don Perfecto» aún no se terminó. Si insiste en acostarse contigo…

—Me voy a negar —afirmé, negando con la cabeza.

—¡Ni se te ocurra, Daryl Domenech! ¡Dale a tu cuerpo alegría, Macarena! —aconsejó, como siempre decía.

—¿Debería? ¿Me animas a eso?

—Ya sabes que dicen que, detrás de una gran mujer siempre hay una amiga loca animándola constantemente. Yo te voy a animar, de eso puedes estar segura, porque imagino que quieres acostarte con él, así que aprovecha y disfrútalo. Yo me propondría tener un *touch and go.*

Y tras esa perla de sabiduría, aceptó ir a caminar un rato por la rambla.



Después de pasar una tarde preciosa y de cenar con Lori, volví a mi piso con mejor ánimo, pero no había terminado de sacarme los zapatos cuando mi teléfono sonó. Lo saqué del bolso y vi que era Eros. Ahora que sabía que era primo de Tanner Cappellari, hasta él me lo recordaba. ¡Ufff!

—Hola, Eros.
—Hola, preciosa. ¿Todo bien?
—Sí, todo bien. Recién llego de pasar la tarde con Lori. ¿Y tú?
—Con ganas de salir a cenar contigo. ¿Qué dices?
—¿Hoy?
—Sí, hoy. ¿Tienes otros planes?
—No, para nada. Solo me tomaste por sorpresa, pero me gusta la idea, así que acepto tu invitación —respondí, porque siempre me divertía mucho con él.
—¿Paso por ti a las ocho?
—Perfecto, nos vemos más tarde.

Salí de la ducha y me vestí con un pantalón blanco y una blusa azul marino. Me recogí el pelo en una coleta alta y algo despeinada y me maquillé muy suavemente. Estaba poniéndome las sandalias cuando mi teléfono sonó. Nuevamente era Eros y me llamó la atención porque aún faltaba un buen rato para la hora en que había quedado en pasar por mí.

—Eros.
—Daryl, te tengo que pedir disculpas porque me surgió un imprevisto y voy a tener que cancelar lo de esta noche. ¿Podemos dejarlo para otra oportunidad? —dijo, apesadumbrado.
—Por supuesto que sí, no te preocupes. Llámame en otro momento.
—De verdad, lo siento.
—Eros, por favor, sabes que conmigo no hay problema. ¡Somos amigos! —exclamé, para que entendiera que no me molestaba en absoluto.
—Pero seguramente ya estás lista y…bueno, quizás puedas aprovechar y salir a divertirte —señaló.
—No creo, lo que voy a aprovechar es la posibilidad de meterme temprano en la cama.
—Diversión y cama no son excluyentes —afirmó, socarrón.
—Lo tengo claro, pero te aseguro que con el cansancio que tengo, la cama solo me trae deseos de dormir.
—Buuu. No seas amargada, Daryl.
—¿Sabes?, estás muy raro.
—Yo soy raro —dijo, riendo—. En estos días te llamo, preciosa. De verdad, discúlpame por el cambio de planes.
—Nada que disculpar. Nos hablamos.
—Gracias.

No habían pasado ni cinco minutos cuando mi teléfono volvió a sonar. Como lo seguía

teniendo en la mano, lo miré y… quedé paralizada. El nombre en la pantalla era «Cappellari». Sí, desde su última llamada lo tenía agendado con su apellido. Por unos segundos me quedé inmóvil y sin saber qué hacer, aunque el ritmo de mi corazón se había acelerado porque sentía una inesperada urgencia de escuchar su voz. Mientras seguía sonando traté de serenarme para actuar con sensatez porque no tenía idea de los motivos de esa llamada. Ese hombre me desconcertaba.

—Diga.

—Habla Cappellari.

—Lo sé. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Podemos vernos? —consultó, y me pareció que antes de seguir había soltado el aliento—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Las palabras de Lori resonaban en mi cabeza como uno de esos sonidos agudos que no puedes evitar escuchar. Además, quería volver a verlo, no lo podía negar. Tanner Cappellari me gustaba y no la pasaba mal con él. Mientras decidía si aceptar o no, se me cruzó la idea, no tan descabellada, de que Eros había cancelado para que saliera con su primo, es más, habría apostado de buen grado a eso.

—¿Qué copa? —pregunté, para hacerlo sufrir un poco, y logré dejarlo sin palabras porque por unos segundos solo escuché su respiración.

—Nunca me habían preguntado eso —dijo, al fin—. ¿Te refieres al nombre del trago?

—Me refiero al plan, porque supongo que si llamaste para invitarme a una copa es porque tienes un plan.

—No, no tengo ningún plan, solo ganas de verte y charlar contigo.

—¿Charlar sobre tu huida de la cafetería hoy en la tarde? —pregunté, con tono mordaz, porque no pensaba dejársela pasar.

—Sí, y también de la tuya después de la boda —contraatacó, y nuevamente quedamos en silencio por largos segundos.

—Acepto el desafío —dije, al fin—. Aunque, no hoy, porque ya es muy tarde.

—¿Tarde? Será tarde para algunas cosas, pero es temprano para otras —afirmó, con cierta picardía.

—Es probable, pero para la que tengo en mente es la hora ideal.

—¿No me digas que ya tienes ganas de ir a dormir? —preguntó, y noté que lo hizo en tono seductor, y esas palabras volvieron a recordarme el consejo de Lori.

—Yo no dije eso.

—¿Y qué es lo que tienes en mente?

—No es asunto tuyo en absoluto, Tanner —respondí, y largó una carcajada.

—¿Te puedo decir lo que yo tengo en mente, Pecas?

—Me llamo Daryl. ¿A qué estás jugando?

—Ya te dije que no estoy jugando en absoluto. Te lo demostraré. Ábreme la puerta.

—¿Qué?

Y los golpes en la puerta de mi piso me sobresaltaron.

¿Estaba allí?

Imaginarlo tras esa puerta hizo que un cosquilleo de nerviosismo me subiera por la espalda y mi estómago brincara. Fui hasta la puerta caminando despacio porque me temblaban las piernas. Antes de abrir me arreglé el pelo con las manos y, para demostrar un poco de control, traté de

adoptar el gesto más despreocupado que mis nervios me permitieron. Abrí con toda la seguridad que pude, y el pulso se me desbocó. Me miraba a los ojos con un brillo cautivador y había abandonado su gesto ceñudo y su sonrisa era luminosa. Realmente me quedé sin respiración, y más cuando extendió la mano y me obsequió un hermoso ramo de margaritas.

—Me dijiste que eran tus flores favoritas y supongo que las otras que te envié ya se deben haber marchitado.

—Lo son, gracias. Me sorprende que lo recuerdes. —Tomé el ramo, olí las flores y lo volví a mirar a él.

—La sorpresa es una de mis armas secretas —afirmó, con una sonrisa ladina, y yo no pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Qué haces aquí, Tanner?

—Quería charlar contigo y… reconozco que soy un jodido impulsivo —respondió, con mucha naturalidad.

—No te hacía impulsivo, más bien imperturbable, pero ya veo que me equivoqué.

—Soy impulsivo contigo, con nadie más —aclaró, y mi pulso se disparó a las nubes.

—Recuerdo haberte dicho que estaba cansada —dije, evitando comentar nada sobre lo último que había dicho.

—Yo te veo bien —señaló, recorriendo todo mi cuerpo con la mirada—. Además, veo que estás lista para salir. —Justo con esa última frase me guiñó el ojo.

—Iba a salir con Eros, pero le surgió un imprevisto —dije, observando su reacción con detenimiento.

—Sí, lo sé —afirmó, con naturalidad.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, entornando los ojos.

—¿Me vas a invitar a pasar o pretendes que conversemos en la puerta? —preguntó, sin borrar esa sonrisa que no sabía si me gustaba o irritaba, aunque le quedaba muy bien.

Bufé y me aparté para permitirle entrar, cerré la puerta y, cuando giré lo encontré observándolo todo sin disimulo ninguno.

—¿Tienes algo que ver con la cancelación de Eros?

—Puede que sí. —Fue su única respuesta y sin remordimiento ninguno.

—¿Tú le pediste que lo hiciera?

—No se lo pedí, se lo ordené —respondió, con seriedad.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque no quiero que salgas con él, quiero que salgas conmigo. —Su voz sonó ronca, oscura, provocativa y muuuy masculina.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé, aunque debo admitir que su interés me generó una alegría irracional.

—¿Qué tiene eso de malo? ¿Puedo sentarme? —preguntó, señalando los sillones.

—Tanner, dime de una vez que es lo que pretendes.

—¿Me puedo sentar? —repitió.

—Puedes —respondí, poniendo los ojos en blanco—, yo voy a poner las margaritas en un jarrón con agua y vuelvo enseguida porque me debes una explicación.

—Vives en un lindo lugar —comentó, haciéndome detener, mientras él iba caminando por la estancia observando todo con tranquilidad, ajeno a la conmoción que estaba provocando en mí.

De repente se dirigió al mueble en el que tenía un portarretratos con mis hermanos y lo tomó para observarlo.

—Son mis hermanos, Ava y Levi.

—Era con ellos con quienes estabas hoy en la tarde —afirmó, dejó el portarretrato en su lugar y me miró.

—Sí, eran ellos. Y hablando de esta tarde, ¿por qué te fuiste al ver que yo estaba allí?

—Porque… me puse nervioso. Te vi con tus hermanos y… no sé —dijo, encogiéndose de hombros.

¿Yo lo ponía nervioso? ¿A Tanner Cappellari? No tenía claro si estaba diciendo la verdad, pero tenía que admitir que me gustaba saber que yo le generaba nerviosismo.

—Voy a buscar el jarrón para las flores —dije, sin saber que decir a su comentario.

—¿Por qué te gustan las margaritas? —preguntó, con genuina curiosidad, y volví a detener mis pasos.

—Es algo personal —respondí.

—¿Recuerdos de algún amor? —insistió.

—Se puede decir que sí —reconocí, y noté que por un momento su rostro se endureció y se tensó.

No estaba mintiendo porque me refería al amor de mi familia, aunque tenía claro que él había preguntado por amor romántico.

—Entonces, no te vuelvo a regalar margaritas —dijo, mientras se acercaba lentamente hacia mí y yo hacía un gran esfuerzo por tratar de convencer a mi corazón de que se serenara.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te recuerden a otra persona —susurró, en mi oreja, me miró, me tomó por la cintura para pegarme a su cuerpo y yo me tuve que esforzar en no olvidarme de respirar.

Sin dejar de mirarme, bajo la cabeza y… me besó.

Ese beso era el de dos hambrientos desesperados por saciarse. Sin darme cuenta mi mano libre le rodeó su cuello y me pegué aún más a él, respondiendo con toda esa necesidad que él me hacía sentir, porque sus besos eran capaces de derretir un *iceberg,* eran besos inolvidables. Yo no recordaba haberme sentido así nunca. Mi cuerpo se sentía pequeño entre sus brazos. Su lengua, sus labios y sus dientes me recorrían por completo hasta hacer que el deseo primario tomara una dimensión desconocida para mí.

—Daryl —susurró, como si me reclamara—. Me enloqueces y no puedo contenerme, pero si quieres que nos detengamos… tiene que ser ahora —susurró, sobre mis labios y noté que sus manos temblaban al deslizarlas por mi cuerpo.

Volví a recordar las palabras de mi amiga, pero algo me hizo frenar, algo no me hacía sentir bien. Era como un obstáculo en el camino que no sabía sortear y me impedía avanzar, y yo siempre trataba de serme fiel. Entendía que era la única forma de vivir honestamente conmigo.

—Creo que es mejor que nos detengamos —dije, jadeante, y logrando que él se alejara unos centímetros para poder mirarme a los ojos un tanto sorprendido y desilusionado.

—Deja de pensar, Pecas —susurró, y la punta de su nariz acarició la mía.

—Es lo mejor —repetí, aunque cada vez estaba más insegura.

—¿Eso es lo que realmente quieres?

—Es lo que *debemos* hacer.

—Te pregunté si era lo que querías.

—No importa lo que quiero, Tanner. Lo que importa es que no sé nada de ti ni de tu vida. Irrumpiste en la mía como un tornado y no sé nada de la tuya. Ni siquiera sé si tienes pareja —dije, y noté que se tensó.

—¿Te parece que estaría acá si la tuviera?

—No sé qué responder a eso porque no te conozco. Eres un total desconocido para mí.

—No estoy en pareja. —Negó con la cabeza y se alejó un poco más, pero me siguió mirando con intensidad—. ¿A quién te recuerdan las margaritas? —preguntó, mirando el ramo que aún yo llevaba en la mano—. ¿Estás enamorada?

—Tienen un significado muy especial —respondí, y noté que volvió a tensarse.

—¿Alguien especial?

—Mi familia. Me recuerdan a ella, a mi casa familiar y mi niñez, por eso me gustan tanto. Ya no tengo a mis padres conmigo y ellas me trasportan a la época en que los tenía. Sin duda una época feliz —confesé, con una sonrisa sincera.

Tanner se echó hacia atrás como si mis palabras hubiesen sido un puñetazo. No sé qué fue lo que sucedió, pero su rostro se ensombreció y hasta me pareció que su mirada reflejaba tristeza. Negó con la cabeza bajando la mirada, parecía que se estaba desmoronando y que no me podía mirar a los ojos.

—No puedo hacer esto, perdóname —dijo, y comenzó a caminar hacia la puerta y salió de mi piso dejándome totalmente desconcertada.

—¿Qué es lo que acaba de suceder? ¿Ustedes lo entienden? —pregunté, mirando las margaritas.

Y sí… ya estaba tan desconcertada que hablaba hasta con las flores. Al verlo alejarse había sentido una puntada en el pecho que me había sorprendido. Tanner me gustaba, lo deseaba y hubiera querido llevarlo a mi cama, pero algo me decía que con él era preferible ir despacio... o quizás, no ir.

Capítulo 5

«El amor es una dolencia deliciosa y un mal apetecible, al extremo de que quien se ve libre de él reniega de su salud y el que lo padece no quiere sanar.»
—Ibn Hazn de Córdoba



A la mañana siguiente me levanté más temprano de lo que habitualmente lo hacía porque ya no podía estar en la cama. No había podido pegar ojo porque lo sucedido con Tanner me tenía confundida, pero había decidido que no iba a perder más tiempo dándole vueltas. No lo entendía. Tenía muchas preguntas y quería respuestas, pero seguro que no las iba a obtener. Suspiré y me froté la sien, tenía un dolor de cabeza asesino, algo que me sucedía a menudo cuando no descansaba bien.

Me moría por contarle a Lori lo sucedido la noche anterior con él, pero había decidido olvidarme de ese hombre y hacer como si nunca lo hubiera conocido, como si ni siquiera hubiera existido, así que hablar de él no me iba a ayudar. Con el que tenía que hablar era con su primo. Le envié un mensaje.

Yo:
«Traidor! Así que ahora eres casamentera? 😡»

La respuesta no se hizo esperar:

Eros:
«Mi primo es un buen tipo. Además, era eso o yo era hombre muerto.
Perdón 🙏 »

No le respondí. Eros necesitaba más que ese mensaje para que lo perdonara. Seguí desayunando y, mientras lo hacía, miraba los dos ramos de margaritas, porque aún tenía el que me había regalado la primera vez, y por más que intentaba no pensarlo, su recuerdo volvía constantemente, sobre todo el de los ardientes besos compartidos, y un sentimiento cálido me iba rodeando y mi cuerpo hormigueaba de deseo. Negué con la cabeza y, nuevamente, me obligué a dejar de divagar en todos aquellos pensamientos. Tenía que alistarme para ir a trabajar, así que abandoné la cocina y fui a cambiarme para ir a la empresa. Debía centrarme en el trabajo, que no era poco.

Levi ya se encontraba en su escritorio cuando llegué. Pasé por allí a saludarlo y luego me encerré en el mío. Mientras estaba trabajando recibí llamada de mi amigo Robert.

—Hola, Robert.

—¿Cómo está mi amiga la más hermosa?

—¿Qué me vas a pedir? —pregunté, porque cuando el saludo comenzaba así, era porque necesitaba algo de mí.

—Uy, eso dolió —dijo, con voz de ofendido, y hasta me lo imaginé llevándose una mano al pecho porque a Robert le gustaba sobreactuar para llamar la atención y hacer reír a los demás.

—Lo siento, hoy estoy malhumorada porque dormí poco.

—Hay veces que se duerme poco, pero te levantas con mejor humor —bromeó.

—No es mi caso, te lo aseguro. No hay nada destacable en la noche anterior.

—Entonces necesitas salir a divertirte —afirmó.

Y ya sabía yo que su llamada venía con alguna intención.

—¿Qué sugieres?

—Ir a ver ópera.

—¿Ópera? ¿Con quién tienes un compromiso? —cuestioné, y lo escuché bufar.

—La hija de mi jefe es cantante de ópera profesional y hoy en la noche se presenta en la obra «La bohème» en el Teatro Solís. Mi jefe tiene un palco corporativo y me dijo que me espera y… preferiría ir acompañado.

¡¿Por qué todos me pedían que fuera su acompañante?! ¿Acaso tenía escrito en la frente con grandes letras un cartel que decía: «Acompañante disponible para lo que necesites»?

Suspiré. Robert no se merecía que descargara en él mi mal humor de ese día.

—Tienes suerte porque me gusta la ópera —dije, al fin—. ¿A qué hora nos encontramos en el teatro?

—Eres la mejor. No lleves tu coche. Paso por ti a las ocho, ¿te queda bien?

—De acuerdo. Nos vemos luego.

—De verdad, gracias por el favor.

Ten cuidado con los favores porque luego hay que devolverlos, pensé, al recordar lo sucedido con… Cappellari, pero no lo dije en voz alta.

—Nada que agradecer. Nos vemos.

Por más que estaba cansada, el salir con Robert siempre era un muy buen plan porque mi amigo era muy divertido, además de que me encantaba la ópera y también pensaba disfrutarla.

Al mediodía me reuní con mi hermano para analizar el informe de los estados financieros que nos habían preparado en el departamento de contabilidad de la empresa y las cifras no eran nada alentadoras. Necesitábamos con urgencia el contrato de la empresa de San Francisco con la que Levi ya había realizado gestiones, pero aún no nos habían confirmado.

En la tarde salimos juntos a supervisar e inspeccionar el desarrollo de la construcción de una casa que estaba realizando nuestra empresa. Nos aseguramos de que los aspectos técnicos se ajustaran al proyecto y conversamos con los empleados para darles algunas indicaciones. Al finalizar la inspección, Levi se fue a inspeccionar otra obra y yo volví a la empresa porque tenía una reunión con un cliente para evaluar un proyecto.

Cuando llegué a casa apenas me quedaba tiempo para ducharme y alistarme para ir al teatro.

Elegí un vestido rojo muy elegante y con un toque de sensualidad. En el pelo me hice unas ondas y me maquillé resaltando mis ojos. Cuando me miré en el espejo asentí conforme, me veía muy bien. En ese momento el timbre del telefonillo sonó y el conserje me avisó que mi amigo me estaba esperando. Fui hasta el *living* por mi teléfono y no pude evitar que mis ojos se posaran en las margaritas. El rostro de Tanner nuevamente apareció en mi mente, porque la realidad era que no lograba dejar de pensar en él y eso me tenía frustrada, además de abrumada con todo lo que sentía.

—Ya no importa, Daryl, ya no importa —me dije, guardé el teléfono en el bolso y me encaminé hacia la puerta.

Apenas salí a la calle vi a Robert de pie junto a su coche. Estaba impresionante. Usaba esmoquin y se veía muy elegante y atractivo.

—Estás preciosa, Daryl —dijo, saludándome con un beso en cada mejilla.
—Gracias, tú también te ves muy bien.

En el trayecto fuimos escuchando música y charlando sobre nuestros amigos y la posibilidad de volver a salir con todo el grupo. Cuando llegamos quedé impactada con lo hermoso e iluminado que se veía el Teatro Solís. Su belleza arquitectónica siempre me dejaba sin aliento. Robert me ayudó a salir del coche y en el *hall* de ingreso nos quedamos conversando con algunos de sus compañeros de trabajo. Reía de una broma que había hecho uno de ellos cuando un escalofrío me recorrió la espalda. Giré lentamente la cabeza y me quedé sin aliento al ver a Tanner a pocos metros de distancia, estaba rígido y con sus ojos fijos en mí, esos ojos que brillaban y parecían furiosos. Desde donde me encontraba podía notar su enfado y hasta apreciaba la vena hinchada de su cuello. No sabía si saludarlo o ignorarlo totalmente, pero no necesité pensarlo mucho porque sin despegar su furiosa mirada de mí, giró y se dirigió hacia los palcos.

Para mi tormento, nuestro palco estaba justo frente al de él y, cada tanto, nuestras miradas se encontraban. Estaba acompañado por una señora que tendría 60 y poco años, muy elegante y bonita, y también muy parecida a él. Extrañamente apenas hablaban y me había parecido que Tanner la miraba con cierta frialdad, al igual que me estaba mirando en ese momento a mí. Pude notar que su acompañante lo miró y luego siguió el trayecto de su mirada hasta encontrarse con la mía. Al principio me observó y luego, para mi asombro, me sonrió con genuina alegría y me hizo un guiño. De la sorpresa que me causó su actitud no supe que hacer y bajé la mirada inmediatamente. Luego de eso no volví a mirar hacia allí, pero tampoco pude prestar atención a la ópera, no oía ni una sola nota porque mi mente estaba en otro lado. Mi mente estaba en él.

En el *intermezzo* Robert me invitó a ir por unas copas de *champagne*, pero yo tenía que ir al servicio a refrescarme porque sentía el rostro acalorado. Con la presencia de Tanner me encontraba tan nerviosa que mis mejillas ardían.

Caminaba distraída por el pasillo que me llevaba a los aseos cuando alguien me tomó del brazo y tironeó de mí. De la sorpresa pegué un gritito, pero igualmente me vi arrastrada hacia unas cortinas y en un segundo mi espalda colisionó con una pared quedando atrapada entre esta y… Tanner.

¡¿Qué le pasaba a ese hombre?!

Había pegado su cuerpo al mío y me inmovilizaba, además de hacerme sentir lo mucho que me deseaba.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamé, apoyando mis manos en su pecho para empujarlo, aunque no pude moverlo.

—Esto —respondió, agachó la cabeza y reclamó mi boca.

Un gruñido gutural surgió de su garganta al primer roce de sus labios con los míos. Su lengua me los acarició y, cuando jadeé, la introdujo en mi boca y me descubrí respondiendo con la misma pasión. Nuestras lenguas danzaban juntas y él se apoderaba de todo, hasta de la poca sensatez que tenía cuando él estaba cerca. Era un beso devastador, posesivo. Solo se separó fugazmente cuando nos quedamos sin aire, para reanudar el beso aún más profundamente. Sus cálidos labios eran tan tentadores que ya no podía pensar. Había anhelado tanto sus besos y a él, que sentía como que al fin podía respirar. Una de sus manos se deslizó por debajo de mi falda y acarició mi muslo y en ese momento comprendí que estábamos en el teatro y que alguien podía vernos, y haciendo un esfuerzo titánico aparté mis labios de los suyos.

—¿Qué haces, Tanner? ¿A qué juegas? Suéltame.

—Ya te dije que no estoy jugando. ¿Por qué estás con ese tipo?

Sus palabras me sorprendieron así como su tono acusador. Por unos segundos quedamos en silencio, solo mirándonos a los ojos.

—¿Y a ti que te importa? Yo no tengo que darte explicaciones de mi vida.

—¿Te acuestas con él?

—Suficiente. Apártate —exigí, intentando empujarlo, pero no se movió ni un centímetro.

—Sabes tan bien como yo que algo sucede entre nosotros. No actúes como si no te dieras cuenta porque eso es una mierda. Tenemos que hablar —señaló.

—¿Hablar? Y quien me asegura que no vas a salir huyendo despavorido como haces siempre. Además, yo no tengo nada para decirte.

—Yo sí —dijo, y volvió a pegar sus labios a los míos y yo volví a responder con el mismo ardor que él, pero de repente, se separó y apoyó su frente en la mía—. ¿Qué me hiciste, maldición?

Sin decir nada más, se apartó, me miró aterrado y se fue, dejándome totalmente desconcertada. Las piernas me temblaban, el corazón latía a un ritmo preocupante y el cuerpo me ardía de deseo.

¿Y me había preguntado qué le había hecho? Pues yo me preguntaba qué me hacía él a mí. ¿Qué me sucedía con Tanner Cappellari? ¿Por qué me alteraba de esa forma y mi determinación siempre flaqueaba?

Me tomé unos minutos para tranquilizarme y, cuando estuve segura de que las piernas me iban a responder, salí de allí y me dirigí al palco con una decisión tomada.

—Acá estás —dijo, Robert, sonriente y ofreciéndome una copa de *champagne*.

—Robert, tengo que irme, te pido disculpas.

—¿Sucede algo?

—Mi hermana está sola y necesita que vaya a ayudarla con Alvin —mentí, porque no se me había ocurrido otra cosa, pero no podía seguir allí—. Muchas gracias por la invitación, realmente lo disfruté mucho —dije, mientras tomaba mi bolso y le daba un beso en ambas mejilla.

—Yo te llevo a lo de tu hermana —dijo, poniéndose de pie.

—No es necesario, de verdad, si te vas por mi culpa me sentiría peor. Quédate con tus

compañeros de trabajo que yo me voy en un taxi.

—No puedo dejarte ir sola.

—En la puerta había una fila de taxis, no te preocupes.

—Está bien, avísame cuando llegues —pidió.

Me despedí de sus compañeros y salí de allí sin mirar hacia el palco de Tanner. Ni siquiera sabía si él seguía allí, pero no iba a verificarlo. Me sentía avergonzada por sucumbir a sus encantos. Era la segunda vez que me besaba y salía huyendo. Realmente no entendía nada.

Cuando llegué a mi piso estaba aún más desconcertada, pero también me sentía algo triste. Tanner siempre huía de mí. Estaba segura de que había una historia detrás de sus huidas y expresiones de temor con las que me miraba y me hubiera gustado descubrirla, pero sospechaba que esa historia era la que impedía que volviéramos a estar juntos.

Cuando me fui a la cama me sentía más confusa y lo estuve más cuando mi teléfono sonó con la entrada de un mensaje suyo.

Cappellari:

«Discúlpame»

¿Era broma? No pude evitar que se me escapara una risa incrédula. ¿Qué se dice a un mensaje en el que se disculpan por besarte? Porque suponía que sus disculpas eran por ese «detalle». Ese mensaje me atormentaba aún más y aumentaba mi desconcierto. Permanecí un rato mirando el teléfono y luego lo dejé sobre la mesa de noche, pero era tanta mi indignación que, después de dar muchas vueltas en la cama, me senté, lo volví a tomar y sin pensarlo mucho le respondí.

Yo:

«Vete a la mierda!»

—¡Vete a la mierda, Tanner Cappellari! —espeté, mientras dejaba el teléfono sobre la mesa de noche con tanto ímpetu que resbaló y chocó con la lámpara antes de estamparse en el piso.

Comenzó a sonar antes de que pudiera levantarlo. Estiré el brazo para tomarlo pensando que con el golpe había activado algún sonido, pero al mirarlo quedé atónita. Era una llamada entrante de él.

Por unos segundos no supe que hacer, pero enseguida tomé la decisión de no atenderlo. Si mis palabras lo habían ofendido, el problema lo tenía él. A fin de cuentas, yo no tenía que darle explicaciones de nada.

El teléfono dejó de sonar, pero al segundo comenzó nuevamente, así que lo apagué. No pensaba perder más energía con esa persona y sus contradicciones y ambigüedades.

Como sabía que no me iba a ser fácil conciliar el sueño, tomé el libro que estaba leyendo en esos días y continué donde lo había dejado, pero pasaba las páginas sin prestar la menor atención a lo que leía. Media hora más tarde el sonido del telefonillo me sacó de mis lúgubres pensamientos. Me levanté de la cama, iracunda, fuera de mí.

—¿Sí?

—Señorita Domenech, discúlpeme que la moleste a esta hora, pero tengo aquí una situación… complicada y no sé cómo resolverla. Hay una persona que pide verla y quizás sea mejor que baje

—sugirió, el señor Valero, y me pareció que de fondo se escuchaba una voz conocida que hablaba mientras él lo hacía—. ¿Podría venir hasta el vestíbulo?

—¿Qué sucede?

—Prefiero que lo vea usted misma —sugirió, el conserje.

—Está bien. Deme unos minutos, por favor —pedí, totalmente desconcertada y preocupada.

Me calcé las pantuflas y me puse una bata sobre el camisón. Cuando salí del ascensor la imagen que se me presentó me dejó paralizada. Tanner estaba de pie junto a la mesa del conserje o, mejor dicho, sujetándose de esta y balanceándose adelante y atrás como si se fuera a caer en cualquier momento. Miraba a un serio señor Valero esbozando una sonrisa de... borracho.

¡Estaba borracho!

Muy borracho.

Llevaba el esmoquin con el que lo había visto esa noche en el teatro, pero en ese momento la camisa estaba sacada del pantalón y la pajarita colgaba torcida. Su pelo, siempre prolijo, estaba alborotado, pero, aun así, estaba tremendamente guapo. Desde luego que era una imagen que no esperaba ver porque no imaginé que alguien como él, tan estricto y formal, se pudiera emborrachar de esa manera.

En cuanto me acerqué me alcanzó un intenso olor a *whisky* que me hizo entornar los ojos y negar con la cabeza.

—Señorita Domenech, discúlpeme que la haya hecho venir, pero comprenderá que…

—No se preocupe, señor Valero, yo me encargo.

—Daryyyyyl, teneeeeemozzz que hablaaar —dijo, arrastrando las palabras como los borrachos, con la cabeza ladeada y los ojos entornados, porque parecía que no los podía mantener abiertos ni enfocar muy bien.

—Sospecho que no vamos a hablar mucho —dije, tomándolo del brazo para guiarlo hacia el ascensor.

—Aaaah… quieres hacer ootra coooozzaaa mázzz divertiiiiidaaaa —comentó, sonriente y con toda la confianza etílica del mundo, y noté que el conserje tuvo que disimular la risa.

—Espera a mañana y me verás de lo más divertida viéndote lidiar con una resaca descomunal —señalé, empujándolo para que entrara en el ascensor—. ¡Vamos! Apóyate en mí —exigí, tomándolo del brazo mientras me miraba y seguía sonriendo.

—¡Ssshhh! No griteeees. Eres muy mandonaaa y… ¡qué hermoooosaaa ereeeezzz! —exclamó, mirándome con una sonrisa bobalicona.

Mientras subíamos me seguía mirando sonriente y no parecía estar avergonzado ni incómodo, pero yo no podía estar más seria. En determinado momento noté que su rostro palideció y su sonrisa se borró.

—Tooodo da vueltazzz. Tengo ganas de vomitarrr.

¡Lo que me faltaba!

—Ni te atrevas a hacerlo aquí, aguanta hasta que lleguemos al baño. Quédate quieto y no te muevas.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cristal como si realmente estuviera haciendo un gran

esfuerzo. Llegar hasta la puerta de mi piso supuso varios tropiezos en los que casi caemos los dos, pero logramos llegar sanos y salvos, aunque viendo el estado de Cappellari «sano» no le aplicaba en absoluto.

Apenas entramos en mi piso lo tironeé para guiarlo al baño, pero se detuvo.

—Al baño, ¡ahora! —exigí.

—Yaaa se me pasó. Y nooo griteeezzz —dijo, frunciendo el ceño como si mi voz le hiciera daño, además de seguir balanceándose porque no podía mantener el equilibrio.

—Creo que es mejor que te metas en una cama y duermas la mona, pero ahora espérame aquí —dije, arrastrándolo hasta el sofá, y sabiendo que no tenía muchas opciones porque estaba borracho como una cuba.

—¿Contigo? —preguntó, con esa sonrisa de borracho que me hacía gracia y me enfurecía a partes iguales.

—Ni en tus sueños —gruñí, aunque debo confesar que era uno de mis sueños recurrentes.

Se dejó caer en el sofá, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Me aparté y lo observé con los brazos cruzados.

—¿Qué haces aquí, Tanner?

No respondió.

Me acerqué y lo zarandeé por los hombros.

—Tanner.

Abrió los ojos y me miró desorientado, pero luego sonrió.

—¿Daryl? ¿Eres reaaal o una alucinazzzióóón? No lo sé —dijo, sonriendo y negando con la cabeza—, pero eres lo más bonitoooo que vi en mi vida. —Volvió a cerrar los ojos, pero lo dijo con tanta emoción que mi corazón se aceleró al instante.

No podía negar que Tanner me hacía sentir emociones nuevas. Escucharlo decir eso me había gustado demasiado y estaba sonriendo como una tonta. Con solo mirarlo me di cuenta lo mucho que me gustaba, pero su voz me sacó de mi burbuja de alegría.

—Pero aléjateeee de míií. No zzzzooooy bueno para ti.

Lo dijo sin abrir sus ojos, pero los míos se agrandaron para mirarlo perpleja. ¿Por qué había dicho eso? ¿Estaría delirando? Y cuando pensé que no diría nada más, su próximo comentario me dejó aún más desconcertada.

—He intentado mantenermeee alejadoooo de ti, … pero no puedo, ¡maldizzziióóón!

—Sí, es evidente que no lo estás consiguiendo —dije, aunque sabía que no me escuchaba.

Me acerqué para mirarlo más detenidamente y lo que vi me estrujó el corazón. Tenía el rostro contraído en un gesto de pesar. No entendía nada. ¿Por qué se sentía así? ¿Sería que estaba en pareja? ¿Qué escondía Tanner Cappellari?

Todas esas preguntas se agolpaban en mi cabeza mientras los minutos pasaban y yo

permanecía observándolo, hasta que me di cuenta de que se había dormido. Su bello rostro se había suavizado y sus largas pestañas rozaban sus mejillas haciéndolo parecer más joven y menos… altanero y lejano. Su respiración era relajada y estaba totalmente inconsciente. Decidí no despertarlo, era mejor dejarlo dormir en el sofá. Fui por una manta y una almohada y, cuando volví a su lado, hice malabares para sacarle la chaqueta y los zapatos. Le subí las piernas para que estuviera más cómodo y le puse la manta por encima de su cuerpo y la almohada bajo la cabeza. Mientras él estaba ajeno a mi presencia, volví a observar cómo dormía.

—¿Por qué viniste aquí? —susurré para mí misma, porque sabía que no iba a obtener respuesta de su parte.

Ya no podía hacer nada más. Dejé una lámpara encendida con una luz tenue por si se despertaba, porque era probable que no recordara nada ni supiera dónde se encontraba. Lo volví a mirar y me fui a mi dormitorio. Me metí en la cama mirando hacia la puerta que había quedado entornada para poder escuchar los ruidos del *living*, que en ese momento solo eran unos pequeños ronquidos de borracho. Aún no podía creer que Tanner Cappellari estuviera durmiendo a unos metros de mi habitación. Estaba claro que él no era consciente de eso y yo no tenía idea de cómo reaccionaría en la mañana, aunque imaginaba que saldría huyendo como en las últimas veces que nos habíamos encontrado y, sobre todo, por la resaca y la vergüenza que iba a tener encima.



Me desperté sobresaltada debido a ruidos que parecían provenir de la cocina. Había tardado mucho en conciliar el sueño, pero cuando los ruidos me despertaron estaba profundamente dormida. Abrí los ojos de golpe y me destapé. No sabía la hora, pero noté que había amanecido. Salté de la cama, me puse la bata y salí del dormitorio hacia la cocina. No había muchas opciones, solo había una persona que podía estar allí. Recorrí el pasillo en dirección a la cocina con paso rápido. A medida que avanzaba el aroma que provenía de la cocina me desconcertó por completo y, cuando llegué, la imagen me dejó paralizada. Tanner cocinaba y verlo tan … hogareño y a gusto moviéndose en mi cocina me dejó maravillada. Vestía solo con camisa y pantalón, y se había arremangado la camisa hasta los codos dejándome ver los músculos de sus brazos, además de notar que tenía los hombros más anchos y fuertes de lo que había imaginado. Él no había notado mi presencia, así que por unos instantes contemplé esa excitante imagen que jamás hubiera imaginado y luego, haciendo el menor ruido posible, me senté junto a la barra de la cocina a disfrutar del espectáculo que era ese hombre cocinando. Preparar el desayuno era un detallazo que no podía pasar por alto. Se sorprendió cuando giró y sus ojos se encontraron con los míos, pero enseguida se recompuso.

—Buenos días, Daryl —dijo, sosteniendo la sartén en la que había hecho huevos revueltos.

—Buenos días, aunque sospecho que no deben ser muy buenos para ti —comenté, pero enmarcando una ceja para demostrarle que estaba esperando una explicación.

—Tienes razón. Parece que tuviera un boquete en el cráneo —dijo, haciendo un gesto de dolor.

—Te puedo dar un analgésico que te va a ayudar un poco, por lo menos con los malestares del cuerpo, lo del orgullo es otro tema —ironicé, sabiéndolo avergonzado.

Me miró serio y asintió.

—Gracias, te agradecería ese analgésico para la cabeza, tengo claro que lo de mi dignidad y mi orgullo por los suelos no tiene solución.

—De verdad, no comprendo como pudiste llegar aquí en el estado en el que te encontrabas.

—Yo tampoco, no recuerdo nada. Sé que después de la ópera me fui a un bar y… —Me miró un tanto preocupado y agregó—: ¿Ayer dije algo?

—¿Algo? ¿Algo cómo qué?

—No sé… algo que te hubiera… sorprendido —dijo, sin mucha más explicación.

—Dijiste muchas cosas, pero nada especial —respondí, porque en ese momento no pensaba preguntarle sobre su insistencia afirmando que no era bueno para mí.

Me pareció que exhaló como si mi respuesta le diera tranquilidad.

—Me tomé el atrevimiento de preparar el desayuno porque quería… —Suspiró y bajó la cabeza como si estuviera buscando las palabras adecuadas, luego carraspeó, me volvió a mirar y añadió—: disculparme por haber venido aquí en el lamentable estado en que lo hice y agradecerte el que no me hayas dejado en la calle.

—Bueno… el desayuno es un lindo gesto, pero vas a necesitar más que un desayuno para que pueda perdonarte —afirmé, y él sonrió.

—¿Una cena esta noche? En mi casa.

—¿En tu casa? Mmm, no lo creo —dije, entornando los ojos con desconfianza.

—Quiero que empecemos de nuevo, sin expectativas ni reproches. Te invito a comer pizza y tomar unas cervezas y, si tengo suerte…

—Ya me parecía —dije, interrumpiéndolo y negando con la cabeza, aunque él sonreía de forma indolente y *sexy*.

—Eres muy mal pensada, Pecas. Iba a decir que… si tengo suerte, quizás te quedes a ver una película conmigo.

Y allí estaba otra vez esa sensación de vulnerabilidad que siempre sentía con él y que tanto me molestaba, pero que no disminuían las ganas de volverlo a ver, porque la verdad era que no podía apartarlo de mi mente.

—¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las ocho?

—Yo llevo las cervezas.

Capítulo 6

«Hay algo que da esplendor a cuanto existe, y es la ilusión de encontrar algo a la vuelta de la esquina.»
—G. K. Chesterton



Y allí estaba, frente al refrigerador del supermercado tratando de elegir una marca de cervezas, aunque en realidad mi mente no estaba analizando las bebidas, sino los posibles escenarios que se me presentaban esa noche con Tanner.

Déjate de comportarte como una cría que las botellas de cerveza no tienen la respuesta a tus inseguridades, me dije.

Le hice caso a mi conciencia y decidí silenciarla por el resto de la noche porque ya era suficiente de tantos debates conmigo misma. Sin dar más vueltas, elegí una caja de seis cervezas Corona, una marca tradicional que solía gustarle a todos.

También había estado mil horas decidiendo la ropa que llevaría, no tenía idea de cómo vestir para una cena en su casa. Casi había llamado a Lori para que me aconsejara, pero al final había desistido porque mi amiga me iba a acosar a preguntas y aún no estaba preparada para admitir todo lo que me sucedía con él. Después de sacar mil prendas, había optado por un *jeans* negro y una blusa de tirantes en color beige y negro y los infaltables tacones. No iba formal pero tampoco demasiado informal. Me había maquillado en forma natural, pero resaltando los ojos y me había dejado el pelo suelto.

El edificio donde vivía Tanner era moderno, elegante y suntuoso, como todo lo que lo rodeaba porque vivía en un barrio residencial. Aparqué mi coche a unos metros de la puerta del edificio y me dirigí hacia allí. El vestíbulo era enorme y estaba decorado con un gusto exquisito. El conserje se acercó apenas puse un pie dentro del edificio.

—¿En qué puedo ayudarla?
—Me espera el señor Tanner Cappellari.
—¿Su nombre?
—Daryl Domenech.
—La acompaño hasta los ascensores. El señor Cappellari la está esperando —afirmó, al escuchar mi nombre, señal de que ya estaba avisado de mi llegada, y estiró su brazo para indicarme el camino.
—Gracias —respondí, dirigiéndome hacia allí y seguida por él.
—El señor Cappellari vive en el *penthouse* —dijo, y él mismo presionó el botón.

Penthouse. ¡Cómo no!

—Gracias. —Me limité a decir, sin verbalizar lo que pensaba.

Mientras subía aproveché los espejos que revestían todo el ascensor para darme una última miradita y asentí. Me encontraba nerviosa e inquieta. En realidad en la vida me había sentido tan nerviosa. Sentía como un enorme cosquilleo en el estómago solo de pensar que estaría a solas con él y nada menos que en su casa. Me sudaban las palmas de las manos y mi corazón no quería desacelerarse. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, inspiré con fuerza y salí. Me encontré en otro gran y elegante vestíbulo en el que había una puerta doble en color blanco. Me acerqué, respiré profundamente y, cuando subí la mano para tocar el timbre, la puerta se abrió.

—El portero me avisó que estabas subiendo. Bienvenida, Daryl. —Se hizo a un lado—. Pasa, por favor.

—Gracias.

El lugar era increíble e inmenso. Sus techos eran altísimos y las paredes de cristal te ofrecían una magnifica vista de la ciudad, pero el hombre que estaba a mi lado era aún más increíble. Vestía informalmente y estaba *sexy* como el infierno. Llevaba unos *jeans* oscuros y una camisa blanca y daban ganas de arrancársela y…

Detente, Daryl, me reprendí.

—Traje lo prometido —dije, ofreciéndole la bolsa con las cervezas.

—Es bueno saber que eres una mujer de palabra —afirmó, tomándola.

—¿Ya ordenaste la pizza? —pregunté, mientras lo observaba dirigirse a la cocina y dejar la bolsa sobre la barra de madera oscura.

—No lo hice porque no sabía si serías puntual y no quería que se enfriara.

—Ya ves que soy muy puntual.

—Eres la mujer perfecta —afirmó, con una sonrisa pícara, logrando que me ruborizara un poco.

Mientras él destapaba dos cervezas y guardaba el resto en la nevera, seguí inspeccionando el piso. De repente mis ojos se posaron en un ramo de margaritas igual a los que me había enviado días anteriores. Estaban en un jarrón sobre una mesa redonda.

—Toma —dijo, ofreciéndome una cerveza.

—¿También te gustan las margaritas?

—Las compré para ti —dijo, mirándome intensamente.

Y ese simple gesto me emocionó, no tanto por las flores, sino porque él había recordado lo que dije sobre ellas y se había tomado la molestia de comprarlas. Tenía que andar con cuidado. Si existía Cupido, seguro que estaba allí, tensando el arco y con el carcaj lleno de flechas decidido a apuntar a mi corazón.

—Ponte cómoda. Voy a ordenar la pizza.

Unos minutos más tarde estábamos sentados en el sofá comiendo pizza y tomando cerveza.

—Bueno, cuéntame —pedí, mientras le daba un mordisco a una porción de pizza.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—Háblame de ti —pedí.

—¿Qué quieres saber?

—No sé… lo que te parezca interesante. Si quieres puedes empezar por lo laboral. Todo lo que quieras contarme.

Y allí estaba nuevamente esa expresión afligida que me había mostrado las veces que se había alejado de mí y, por más que me moría por saber que le molestaba o afectaba tanto, sabía que no era el momento. Intuía que había algo importante detrás de esas expresiones, sin embargo, mi curiosidad tendría que esperar.

—Soy abogado y trabajo en la empresa de mi familia.

—¿Quién era la señora que te acompañaba en la ópera? —pregunté, porque al nombrarme a su familia recordé a esa señora que tanto se parecía a él.

—Mi madre —respondió, con seriedad y enseguida agregó—: Y, ¿tu acompañante?

—Un amigo.

—¿Solo amigo o algo más?

—Solo amigo —afirmé, y preferí seguir con temas laborales—. ¿Cómo se llama la empresa de tu familia? Te pregunto porque quizás la conozco. —Noté que se tensó, y eso me extrañó. ¿No le gustaba hablar de su empresa? Raro.

—Lleva el nombre del apellido familiar —dijo, e inmediatamente se llevó la botella de cerveza a la boca como para no tener que responder más, lo que me indicaba que solo me iba a tener que conformar con esas pinceladas de su vida—. Y tú, ¿qué haces en la empresa?

—Soy arquitecta, al igual que mi hermano. Ava es decoradora de interiores.

—¿Y qué haces en tu vida particular?

—Suelo salir con mis amigos, disfruto de mis hermanos, hago bastante ejercicio, no sé... cosas normales.

—¿Pareja o algún amor?

—En este momento, no. ¿Tú?

—Tampoco —respondió, y luego me miró más intensamente y añadió—: Entonces, ¿qué dices?

—¿Sobre qué? —pregunté, un tanto nerviosa, porque en ese momento estábamos hablando de parejas y no quería malinterpretar su pregunta.

—¿Esta noche la suerte está de mi lado y te quedas a ver una película conmigo?

—Puede que sea tu noche de suerte.

—Eso, señorita Domenech, es una gran noticia. ¿Qué vemos?

—Te dejo elegir.

—De ninguna manera, tú eres mi invitada —dijo, mientras se ponía de pie para llevar la caja de la pizza en la que aún quedaban varias porciones—. De postre tengo helado de chocolate o…

Volteó y se encontró conmigo a su lado porque lo había seguido para llevar las botellitas de cerveza que estaban vacías.

—Traje esto. ¿Dónde las dejo? —consulté, mostrándoselas, y se me quedó mirando como si yo fuera la cosa más hermosa que había visto en su vida, luego bajó la mirada, me sacó las botellitas de la mano y las dejó sobre la encimera.

—¿Quieres postre? —preguntó, con esa voz insinuante que hizo que mi pulso se disparara porque ese hombre me atraía como nunca nadie.

—¿Tú vas a comer?

Tanner no desaprovechó el momento y redujo tanto el espacio entre nosotros que podía sentir su respiración en mis labios.

—Si puedo elegir, me gustaría volver a probar el sabor dulce de tus labios. Lo deseo de una forma desesperada —respondió, desplazando el pulgar por mi labio inferior, y si yo hubiera sido más valiente, habría atrapado aquel dedo con mi boca, pero no lo fui, solo lo miré a los ojos intensamente. Nuestras miradas ardían. Y, en ese momento decidí no darle más vueltas al asunto. Necesitaba esa pasión que me brindaba Tanner, esa intensidad en mi vida. Cada parte de mi ser lo necesitaba de una forma abrumadora.

—Y yo deseo volver a probar los tuyos.

No me dio tiempo a que me arrepintiera. Me tomó de la mejilla y me echó la cabeza hacia atrás con delicadeza y, me besó, y esa necesidad que sentíamos adquirió otra dimensión. Nos devorábamos. Todo mi cuerpo temblaba al margen de mi voluntad y Tanner estaba tan pegado a mí que sentía sus estremecimientos fundiéndose con los míos. Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación que me provocaba su cuerpo contra el mío, me dejé llevar por el instinto más primitivo y básico. Sin dejar de besarme me alzó en volandas y me sentó en la barra de la cocina abriéndome las piernas para ubicarse entre ellas y enrollarlas en su cintura insinuándose contra mi cuerpo y haciéndome sentir su miembro erecto. Sus brazos me rodearon con fuerza, pero con delicadeza, intentando que nuestros cuerpos se fundieran. Y me aferré a él con brazos y piernas, entregándome con la misma intensidad. Deseaba tocarlo, sentir que cada milímetro de mi cuerpo conectaba con el suyo. Era la pasión más básica intentando saciarse en ese interludio apasionado que a cada minuto crecía más. Me sentía abrumada con tantas emociones juntas, pero no quería que se detuviera. Sus labios se separaron de los míos y siguieron por mi mandíbula hasta mi cuello para luego bajar entre mis pechos. Instintivamente eché la cabeza hacia atrás y gemí sin poder controlarlo.

—No sé lo que me sucede contigo, Daryl, pero no puedo alejarme de ti. Eres como un imán para mí —afirmó, sin separar sus labios de mi piel.

Aunque mis neuronas se habían levantado en huelga, me quedaba algo de lucidez y pude comprender que estaba repitiendo lo que había dicho la noche anterior, pero que seguramente no recordaba, y que de la forma en que lo había dicho parecía que luchaba contra eso que sentía.

—Lo dices como si eso te molestara —susurré.

Su lengua detuvo sus caricias y sus labios se separaron de mi piel y, sin responder ni mirarme, volvió a adueñarse de mi boca con una pasión arrolladora. Me exploraba la boca con la lengua sin dejar nada por acariciar y mordía mis labios con delicadeza haciéndome desear más. El deseo y la pasión crecían reclamándolo todo y ya no existía ni el raciocinio ni el control, ni nada de nada. Solo era Tanner y la miríada de sensaciones que me embriagaban y que solo él me había hecho sentir. No nos separó el que nos estuviéramos quedando sin aliento, ni que la voz de mi conciencia siguiera gritando que recapacitara

—¡Que hermosa eres! Me tienes totalmente loco por ti. Nunca en mi vida había sentido este deseo que me consume —susurró, y volvió a besarme—. No sé si sea capaz de detenerme, pero si es lo que quieres… dilo ahora.

—¿Quieres parar? —pregunté, desilusionada.

—Absolutamente, no. Acabemos con este suplicio —afirmó, categóricamente, y besando mi cuello.

—Yo no quiero que te detengas —afirmé, y le tomé el rostro entre mis manos y lo besé lentamente, saboreando sus sensuales labios con deleite.

Éramos un hombre y una mujer necesitados del otro.

Noté que era elevada de la barra de la cocina y sacada de allí en sus brazos. Segundos después llegamos a una habitación y, con mucha delicadeza, me dejó sobre una cama y se apartó un poco para observarme.

—Eres extraordinariamente hermosa, Daryl —afirmó, y pude ver un fuego asolador en su mirada.

—¿Vas a quedarte allí? —Me animé a preguntar al ver que seguía observándome con hambre, pero no se movía.

Sonrió.

—Quería guardar tu imagen en mi mente —dijo, y eso me sonó a que quizás era la primera y última vez que estaríamos juntos y me hizo sentir una gran desilusión, pero como pude la disimulé y me concentré en disfrutar observándolo acercarse lentamente hacia mí.

Comencé a subir mi blusa mientras sus ojos no se apartaban de mis movimientos y parecía mantener una lucha interna con sus manos para no extenderlas y arrancarme la ropa.

—Vas a tener que sacarte los pantalones con un poco más de rapidez o voy a ir hasta allí y lo haré con mis propias manos.

Sonreí, me puse de pie y desabroché el botón del pantalón y comencé a bajar la cremallera, pero antes de bajarlos volteé y le di la espalda. Sentí su gemido y eso me hizo sonreír. De repente estaba detrás de mí acariciando el tatuaje que tenía en el omóplato derecho.

—Tienes un tatuaje… de margaritas —susurró, en mi oreja.

Ese tatuaje me lo había hecho al cumplir los 18 años y era en honor a mis padres. Esas flores eran el símbolo del amor.

—Es hermoso —susurró, apoyando sus labios sobre esa parte de mi piel.

—Lo hice porque esas flores…

—Son tus favoritas… y ahora las mías también —dijo, interrumpiéndome y pasando suavemente sus dedos por el tatuaje y luego besándolo.

Me estremecí e inspiré jadeante. Lentamente me hizo voltear para mirarlo. Me miraba como si fuera irreal.

—¿Puedo? —pregunté, señalando la ropa que aun llevaba puesta.

—¿Y cómo puedo negarme a eso? —dijo, con la voz entrecortada y tragando saliva.

Sin apartar mis ojos de los suyos, me arrodillé frente a él y comencé a desabrochar sus pantalones y a bajar la cremallera. Tanner jadeó y pareció luchar con su cuerpo para encontrar el control y la contención. Le bajé los pantalones y el bóxer y acaricié su zona íntima con mis labios, pero su voz desesperada y teñida de pasión me detuvo.

—Daryl, tienes que detenerte porque ya no aguanto más, estoy haciendo el esfuerzo más grande de mi vida.

Me alzó en volandas y, torpemente entre besos y caricias abrasadoras, logró atinar con la cama. Se terminó de desnudar y vino por mi sensual ropa interior que desapareció de mi cuerpo en un segundo mientras su mirada ardiente me encendía cada vez más. Sentía el corazón golpeándome fuertemente las costillas. No sé de dónde sacó el preservativo, pero en un instante estaba rasgando el envoltorio con los dientes y en otro se lo estaba poniendo. Nuestras miradas se volvieron a encontrar, Tanner se cernió sobre mí y, sin dejar de mirarme, se hundió dentro de mí hasta el fondo emitiendo un gruñido de satisfacción. Nuestros cuerpos estaban conectados al fin como tanto habíamos esperado… y deseado.

—¡Oh, Dios! Eres deliciosa —dijo, y con esas palabras se rompió la última barrera de contención y control, y se desató la locura.

Le rodeé la cintura con mis piernas y comenzamos a movernos en forma frenética buscando esa liberación como si fuera la única meta de nuestras vidas. Nuestros gemidos llenaban la habitación, sus manos estaban por todo mi cuerpo y su boca buscaba la mía constantemente casi como si la necesitara para poder respirar. Y llegué a la cúspide sintiendo que era lanzada a un precipicio, grité y me estremecí de pies a cabeza como nunca y Tanner me siguió, y para mi sorpresa lo hizo gritando mi nombre. En ese momento busqué su boca y mis labios ahogaron el grito que brotó de lo más hondo de su cuerpo.

—Ha sido... —susurró, apoyando su frente en la mía.
—Exacto —dije, en un suspiro, porque no se necesitaba más explicación.
—Perfecto —afirmó, con la voz entrecortada.

Había esperado que el sexo fuera increíble, pero comprendí que lo que habíamos compartido había sido mucho más que eso. Sí, había sido perfecto.

Abrí los ojos lentamente y suspiré. Estaba cómoda y, a pesar de que me dolía todo el cuerpo, me sentía extraordinariamente bien. Giré el rostro y la visión me dejó sin respiración. Tanner dormía a mi lado y me tenía abrazada y pegada a su cuerpo. Lo observé detenidamente y sonreí recordando la noche memorable que habíamos vivido. Sí, el sexo con Tanner Cappellari había sido memorable. En el transcurso de la noche habíamos tenido sexo muchas veces, tantas que había perdido la cuenta, y en todas ellas había terminado explotando en un orgasmo bestial, al igual que él. Había explorado todo mi cuerpo y yo al suyo, pero a pesar de ser apasionado, también había sido dulce, romántico y cariñoso.
Miré el reloj en mi muñeca y vi que eran casi las ocho de la mañana. ¡Mierda! Tenía que salir

de allí lo antes posible porque debía estar en la empresa a las nueve. Con cuidado me fui apartando de su cuerpo y salí de la cama envuelta en las sábanas, lo que significó que él quedara tal como había venido al mundo.

¡Madre mía! Ese hombre era de una belleza increíble, era embriagador. No podía dejar de mirarlo. Piel dorada, pectorales y abdominales marcados, brazos fuertes y piernas musculosas y atléticamente definidas. Una forma de V en la parte baja de su abdomen que me invitaba a seguir con la mirada hacia abajo y… negué con la cabeza. ¡Era perfecto! Perfecto por donde lo mirara. Todabía podía recordar la sensación de mis manos en su muy musculoso, sólido y masculino cuerpo y volvía a sentir que hormigueaban por el deseo de tocarlo.

Tenía que dejar de mirarlo embobada porque si no, no llegaría a tiempo. Miré hacia el suelo buscando mi ropa y lo vi tapizado por la mía y la de Tanner, clara evidencia de la lujuria vivida la noche anterior.

Recogía mi ropa cuando escuché su voz. ¡Oh, Dios mío! La voz de recién despertado era increíblemente sensual y provocativa.

—Buenos días. ¿Qué haces?

Volteé para mirarlo, asegurándome de cubrir mi cuerpo con las sábanas porque en ese momento me sentía un poco tímida. Una cosa era haber tenido un momento de pasión y arrancarle la ropa, y otra muy diferente era verlo desnudo a plena luz del día y que él me viera a mí. Más allá que ya lo había visto todo, no quería estar desnuda por la habitación mientras hacía malabares buscando mi ropa. Él me observaba, tumbado de costado con la cabeza apoyada sobre su codo y con una sonrisa maravillosamente seductora.

—Buenos días. Busco mi ropa porque debo irme, no tengo tiempo —dije, mientras sostenía mi *jeans* y la blusa.

—¿Por qué la prisa?

—Porque debo estar en la empresa a las nueve —dije, y la sonrisa se le borró.

—Puedes usar este baño —indicó, señalando el baño en suite de su dormitorio—, yo usaré otro. Voy a preparar café. —Salió de la cama y la visión de su cuerpo desnudo de espaldas a mí, me cortó la respiración. Ese culo era… ¡un culo de campeonato! Insisto… pura perfección.

Levantó sus *jeans* y se los puso sin nada debajo, mientras yo trataba de recordarle a mis pulmones como debían funcionar para poder respirar. Tanner giró hacia mí y apreció como subía la cremallera, pero no prendía el botón. Y mi baba ya había dejado un charco a mi alrededor. Mirándolo pensé que él se veía espectacular mientras yo debería ser un desastre, pero, como si estuviera leyendo mis pensamientos, volvió a sorprenderme.

—Te ves hermosa. —El modo intenso y bajo de su voz hizo que los latidos de mi corazón sonaran como martillazos dentro de mis oídos.

Su cuerpo semidesnudo, su voz y esa mirada eran demasiado. Un momento de la vida sin precio. Si me despertaba cada mañana observando esa obra de arte, seguramente enfrentaría el día con una sonrisa que no se me borraría ni con el cansancio más atroz.

Para mi sorpresa, se acercó, levantó la mano y me acarició la mejilla con dulzura, luego se inclinó un poco más y me besó tiernamente.

—Te espero en la cocina con un café —afirmó, y hasta esa simple y honorable invitación me sonó *sexy* como el demonio…, como él.



Unos minutos después llegué a la cocina con apariencia más presentable. Por lo menos estaba peinada, vestida y mi aliento olía a fresco porque me había lavado los dientes aplicándome dentífrico con un dedo, pero eso no pensaba decírselo.

Tanner me observó y sonrió. Seguía solo con los *jeans* y la visión de su torso desnudo me desconcentraba.

—¿Tomas café?

—Sí, gracias.

—¿Cómo lo tomas?

—Si tienes, con un poco de leche —respondí, y me senté en una butaca de las que rodeaban la barra.

Tanner me extendió la taza humeante y se sentó a mi lado. Yo seguía con esa timidez que no podía controlar. Tomé la taza y comencé a beber rápidamente. Me volvió a mirar y negó con la cabeza.

—Bébelo despacio. Supongo que, si es tu empresa, puedes llegar un poco más tarde. Disfruta del desayuno y cómete alguna tostada —dijo, señalando el plato en el que había dispuesto tostadas y un pote de mermelada.

—Hoy tengo una reunión importante, no puedo retrasarme.

—¿Y de que va esa reunión? Si es que puedes decírmelo.

—Es con un posible cliente, en realidad, una empresa.

—¿Qué empresa? —preguntó, y me extrañó su indiscreción, pero la dejé pasar porque supuse que era la curiosidad propia de un empresario.

—Bornos —respondí, y no sé si fueron cosas mías, pero me pareció que en sus ojos apareció algo parecido al arrepentimiento, pero lo desestimé—. Debo irme. —Me puse de pie.

—¿Cómo viniste?

—En mi coche.

—Dame unos minutos para que me termine de vestir y te acompaño hasta allí —dijo, poniéndose de pie y encaminándose hacia donde estaba el dormitorio.

—No es necesario —afirmé, mientras iba por mi bolso, y lo sentí suspirar como si mi negativa le molestara.

—Daryl, te voy a acompañar hasta tu coche y ve pensando a qué hora te queda bien que pase por ti.

—¿Pasar por mí? ¿Para qué?

—Para ir a cenar… esta noche —afirmó, y desapareció de mi vista.

Oh, Dios mío, ¿esto va en serio?, me pregunté.

Capítulo 7

«Cuando te acaricié me di cuenta de que había vivido toda mi vida con las manos vacías.»
—Alejandro Jodorowsky



Llegué a la empresa apenas pasadas las nueve. Mi hermano estaba en su oficina y le había dicho a Bárbara, mi secretaria, que yo fuera en cuanto llegara. Golpeé suavemente y entré sin esperar a que me diera la orden de entrada.

—Buenos días, Levi. —Me acerqué a él que estaba sentado en su escritorio mirando algo en el ordenador y le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, Dal. ¿Recordabas que a las nueve y media tenemos reunión con ejecutivos de la empresa Bornos?

—Por supuesto. —Me limité a decir, porque seguramente a mi hermano le llamaba la atención que hubiera llegado tarde teniendo una reunión importante, cosa que nunca hacía.

—¿Tienes la presentación lista?

—Todo está listo —respondí, mientras me sentaba frente a él.

—Entonces esperemos a que lleguen —dijo, y siguió mirando la pantalla de su ordenador—. ¿Has hablado con Ava?

—Hablé ayer. Están todos bien. Me dijo que iba a estar pendiente del teléfono por si en la reunión de hoy necesitamos su asesoramiento.

—No creo que la tengamos que molestar, pero es bueno saberlo. ¿Tú cómo estás?

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Un poco cansado, pero bien.

—¿No ha habido novedades de la empresa de San Francisco?

—Aún nada y eso me está preocupando. Pero, bueno, tengamos paciencia y esperanza en que vamos a tener suerte. ¿Quieres que hoy cenemos juntos? —propuso.

—Hoy no puedo porque tengo planes, pero podemos arreglar para otro día y nos vamos por ahí a cenar algo rico, incluso podemos decirles a Ava y Eric.

—¿Estás saliendo con alguien, Dal? —preguntó, con curiosidad.

—No; salgo con amigos —respondí, y aunque no era del todo cierto, no podía decir que estaba saliendo con Tanner. Con él no éramos nada, solo nos habíamos acostado una noche y no tenía idea de lo que sucedería en el futuro.

En ese momento sonó el intercomunicador y la secretaria de Levi nos avisó que habían llegado los representantes de la empresa Bornos.



Salimos de la reunión muy conformes. En esas horas habíamos hecho una muy buena presentación y nos habían dicho que estaban muy satisfechos con nuestro planteo. Con Levi estábamos esperanzados en que nos iban a elegir para sus planes de construcción y eso ayudaría a mejorar los números de nuestra empresa.

Cuando llegué a mi oficina estaba hambrienta y cansada. El cansancio se debía a todo el ejercicio que había hecho la noche anterior y a las pocas horas de sueño, pero no me quejaba. ¿Cómo quejarse de una noche memorable? Si bien no era una chica con mucha experiencia, podía decir que había sido el mejor sexo de mi vida.

Me senté frente al ordenador para responder unos *mails* y en ese momento golpearon la puerta de mi oficina. Di la orden de entrada y Bárbara hizo su aparición con un precioso ramo de margaritas y un pequeño paquete. Antes de mirar la tarjeta ya sabía quién las enviaba, y con una gran sonrisa y bastante ansiedad, rasgué el sobre y la leí:

«Gracias por la maravillosa noche. Estas flores me recuerdan las de tu cuerpo.
Paso por ti a las ocho.
T.C»

La sonrisa se me borró. ¿Me estaba agradeciendo por el sexo? Tomé el paquete y lo abrí. Lo primero que vi fue el logo de una muy conocida y costosa joyería y dentro me encontré con una pulsera de oro con un dije en forma de margarita. La pulsera era preciosa, pero mi indignación era mayúscula. Sin pensarlo demasiado, tomé el teléfono y lo llamé.

—Daryl —respondió, al primer timbre.

—Gracias por las flores, pero no puedo aceptar la pulsera.

—¿No puedes? ¿No te gustó? —preguntó, y se notaba sorprendido y serio.

—¿Me agradeces con una joya el que me haya acostado contigo? No sé qué es lo que piensas tú, pero yo siento que me estás pagando por el sexo. Me siento… insultada —dije, porque no pensaba guardarme lo que ese obsequio y la nota me habían hecho sentir.

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar eso? No lo hice por esa razón —afirmó, con frialdad.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Siempre le agradeces con joyas a las mujeres con las que te acuestas?

Después de un silencio que se extendió varios segundos, lo sentí exhalar cansinamente.

—No. Te hice ese regalo porque las margaritas son especiales para ti y quería… no sé, estaba pensando en ti y se me ocurrió regalarte algo significativo porque anoche… significó mucho para mí.

¿Quéééé? ¿Qué significaba lo que acababa de decir?

—Gracias, pero no me gustó que me agradecieras lo que vivimos anoche enviándome una joya. No necesito que me agradezcas.

—Está bien, lo entiendo. Te aseguro que no pretendía insultarte, todo lo contrario.

—Está bien, puedo entenderlo.
—¿Nos vemos esta noche?
—Sí, a las ocho.
—Paso por ti.



No tenía idea de a que *restaurante* iríamos, pero preferí vestirme elegante. Elegí un vestido en color negro, con un largo por encima de la rodilla, ajustado, sin mangas y donde resaltaba el escote. El vestido destacaba cada curva de mi cuerpo. Era insinuante, pero muy elegante. Me dejé el pelo suelto y me maquillé como si fuese a una alfombra roja. Como tenía la esperanza de volver a pasar la noche con él, estaba usando ropa interior de La Perla, de seda y encaje, muy seductora y también en color negro. Lo último que hice fue ponerme perfume, y lo hice siguiendo el consejo de Coco Chanel: *«Una mujer debe usar perfume donde desea ser besada»*. Admito que terminé poniéndomelo en casi todo el cuerpo.

Unos minutos antes de las ocho, Tanner me avisó que venía llegando, así que decidí bajar a esperarlo en el vestíbulo de mi edificio. Dos pisos más abajo del mío, subió al ascensor Diego, un vecino con el que me llevaba muy bien. Diego era un chico guapo y simpático, me había invitado a salir en varias oportunidades y, si bien habíamos salido a cenar un par de veces, lo había dejado en una amistad porque no quería liarme con un vecino.

—¡Daryl, qué grata sorpresa!
—¿Cómo estás, Diego? —Lo saludé con un beso en cada mejilla.
—Ahora que te veo, mucho mejor —dijo, observándome con detenimiento.
—Hacía bastante que no te veía.
—No estaba en Uruguay. Tuve que viajar a Boston por trabajo —comentó, sin dejar de mirarme con intensidad—. Estás muy bella, Daryl.
—Gracias —dije, un poco inquieta ante su penetrante mirada.

El ascensor se detuvo en el vestíbulo, las puertas se abrieron y ambos salimos.

—Me alegró verte y saber de ti —dije, volteando para saludarlo.
—A mí también. Espero que en estos días podamos salir a cenar, o al cine o, si quieres, a bailar.

Asentí con la cabeza y, cuando volteé para irme, Diego me tomó del brazo y me hizo mirarlo.

—¿Hoy vas a salir con alguien?

Su reacción me tomó por sorpresa y, por unos segundos lo quedé mirando sin decir nada.

—¿Estás saliendo con alguien, Daryl? —repitió, subiendo un poquito el tono de la voz.
—Conmigo. —Fue la respuesta que, por supuesto, no fue mía, sino de Tanner Cappellari, con voz autoritaria e imperturbable y que no admitía réplica.

Ambos lo miramos y yo aproveché para zafarme delicadamente de la sujeción de Diego.

Tanner se acercó a mí y, sin dejar de mirarme, me dio un delicado beso en los labios y me tomó de la mano. Y yo quedé atónita, pero fascinada con la calidez de sus labios y de su mano rodeando la mía.

—Tanner Cappellari —dijo, extendiendo la otra mano hacia Diego.

Cuando Diego reaccionó le devolvió el saludo, pero con una seriedad absoluta.

—Diego Mallerca.
—¿Y eres? —insistió, Tanner.
—Es un vecino y amigo —respondí, haciendo que Tanner volviera a mirarme.
—¿Nos vamos?
—Sí, claro. Nos vemos, Diego —dije, porque realmente quería salir de ese incómodo momento lo antes posible.
—Nos vemos pronto, Daryl.

Tanner comenzó a caminar hacia la puerta de salida sin soltar mi mano. Recién habló cuando estuvimos en la calle.

—¿Un enamorado?
—No. Como ya te dije, Diego es vecino y amigo.
—¿Y por qué te estaba pidiendo explicaciones? —preguntó, con seriedad.
—No me estaba pidiendo explicaciones, y si así fuera, no creo que yo deba dártelas a ti —afirmé, con el tono de voz justo para darle a mi respuesta el empaque que necesitaba, después de todo, él no tenía derecho a reclamarme nada ni mucho menos autoridad para hacerlo.

Se detuvo en seco. Me hizo girar para mirarlo a los ojos, con una mano me rodeó la cintura y me atrajo hacía él mientras su otra mano subió a mi cuello para perderse entre mi cabello y acercarme a su boca para darme un beso posesivo, exigente. Soporté ese asalto con la euforia que provoca el sentirse tan deseada y le devolví el beso con la misma intensidad. Cuando nuestros labios se separaron, Tanner no se alejó, con la mano todavía rodeando mi cintura como si no tuviera planes de dejarme ir, acercó sus labios a mi oreja.

—Estás saliendo conmigo y con nadie más, que quede claro.

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Me aparté y lo miré.

—¿Qué quede claro? —repetí—. Que a ti te quede claro que aquí —dije, señalándolo a él y luego a mí—, no hay nada claro, por lo menos, para mí —afirmé, y él asintió con la cabeza.
—No creo que sea lugar para hablarlo. Vamos al coche que tengo una reservación para las ocho y media. Luego hablaremos.

Seguimos caminando tomados de la mano y, al llegar a su coche, me abrió la puerta, lo rodeó y, cuando se sentó, lo hizo de lado, mirándome de esa manera en que me hacía sentir una diosa.

—¿Te dije que estás hermosa? —preguntó, con esa intensa mirada que hacía que mi estómago se sintiera con miles de mariposas revoloteando en su interior y mis mejillas se encendieran—. Eres preciosa, Daryl.

—Gracias. Tú también luces muy bien —dije, sabiendo que no estaba siendo justa, porque en realidad se veía mucho más que bien, era un hombre espectacular.

Esa noche vestía con traje azul oscuro y camisa blanca, sin corbata y con los primeros botones de la camisa desprendidos dejando ver la dorada piel de su pecho que hacía que sintiera un enorme deseo de besarlo allí.

—Si quieres puedes poner música —expresó, sacándome de mis tórridos pensamientos.
—Me gustaría —reconocí, porque lo prefería a ir en silencio.

Encendí la radio y la voz de Ella Henderson llenó el coche con la canción «Brave». No sabía si dejarla, aunque a mí me gustaba, pero quizás él quería algo un poco menos romántico. Lo miré y por un segundo nuestras miradas se encontraron. La suya era provocativa e intensa y esa sensación de inquietud en el estómago se volvió más potente.

—¿Eres valiente, Daryl? —preguntó, y supuse que lo hizo por lo que decía la letra de la canción, pero fue una pregunta inesperada.
—Nunca me hicieron esa pregunta y no sabría que decirte. ¿Qué es ser valiente?
—Dímelo tú.
—Yo no estoy segura, pero si lo pienso, creo que casi todo lo que vale la pena en la vida requiere valentía.
—¿Cómo el amor?

Esa palabrita me estrujó el estómago ¿Por qué estaba usando esa palabrita? ¿Por qué estábamos hablado de eso?

—¿Sabes que significa esa palabra? —ironicé, para sacar dramatismo el momento.
—Por supuesto —dijo, inmediatamente, y a mí se me paró el corazón, no porque pensara que lo sentía por mí, sino por el hecho de que estuviera o hubiera estado enamorado—. Algunos sostienen que la palabra en sí significa *sin muerte*. Amor se compone del prefijo «*a*» y la palabra en latín «*mors*», cuyo significado es muerte. Significaría que vivir con amor es vivir sin muerte.
—Nunca me lo habían dicho —dije, con sinceridad, aunque sabía que me estaba tomando el pelo al referirse literalmente al significado.
—Entonces, ¿piensas que el amor es vivir sin muerte? ¿Piensas que vale la pena arriesgarse por el amor? —preguntó, y en ese momento se refería a los sentimientos, y volví a cuestionarme, ¿por qué estábamos hablando de eso?
—Supongo, pero tampoco sabría que decirte porque no he estado enamorada. Lo que tengo claro es que trato de ser valiente cuando es la felicidad de mis afectos la que está en juego y la mía propia.

Volvió a mirarme, pero lo hizo con seriedad y como si mi comentario lo hubiera dejado reflexionando, pero se mantuvo en silencio.

—Llegamos —dijo, entrando en el *parking* de un conocido y elegante *restaurante* de la ciudad.

Para bajar del coche me abrió la puerta y volvió a tomar mi mano. Ya dentro nos acompañaron hasta una mesa que estaba situada en la terraza y desde donde teníamos una vista panorámica de

la rambla montevideana. El lugar era magnífico y con una iluminación perfecta para la velada, además de la agradable música que se escuchaba y que realzaba el ambiente. A esa hora las luces de la ciudad estaban encendidas y la rambla se veía maravillosa. Tomamos asiento y un camarero se acercó enseguida a tomarnos el pedido. Tanner solicitó una botella del mejor vino y como plato ambos optamos por la recomendación del camarero, «Solomillo asado a la brasa sobre lecho de acelgas y bombón de queso».

Cuando el camarero se retiró, Tanner me sorprendió extendiendo su brazo sobre la mesa para que tomara su mano. Aunque lo dudé, terminé extendiendo el brazo y apoyando mi mano en la suya. Enseguida la giró y me besó la palma y luego la muñeca.

—Exquisito perfume —susurró, sin apartar sus labios de mi muñeca—. El perfume de tu piel me vuelve loco, pero es solo una de las muchas cosas que me vuelven loco de ti, completamente loco.

¡Gracias, Coco Chanel por el consejo!, exclamé, para mis adentros.

Volvió a besar mi muñeca logrando que mi pulso se acelerara aún más, mi vientre se contrajera y una descarga eléctrica bajara por mi cuerpo hasta posarse entre mis muslos. Tenía que ignorar la energía que palpitaba entre nosotros porque si no, íbamos a terminar dando un espectáculo. Tanner pareció pensar igual porque me dio un casto beso en la mano y la soltó.

—Hagamos un brindis —propuso, alzando la copa de vino—. Por esta noche maravillosa.

Levanté la copa, pero me detuvo en el momento en el que me la llevaba a los labios.

—Te recomiendo que antes de beber apoyes la copa en la mesa. Ya sabes lo que dice el refrán —dijo, con una sonrisa ladeada.

Parpadeé sorprendida por su comentario porque no lo tenía por un tipo bromista, y menos con ese tipo de broma, pero lo miré y, antes de beber, apoyé la copa en la mesa. Obviamente que sabía el refrán. «El que no apoya, no folla», pero no pensaba decirlo.

Tanner me observó y, al ver que seguía su consejo, sonrió satisfecho. Ambos bebimos sin dejar de mirarnos.

—Eres valiente —afirmó, supongo que recordando nuestra conversación en el coche—. Aunque también eres un poco temeraria y peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Por qué lo dices?

—Porque eres como las sirenas que hunden barcos con su belleza.

—No creo causar tantos accidentes.

Tanner levantó una ceja y sonrió, seguramente recordando la forma en la que nos habíamos conocido, así que no pude evitar sonreír ante la ironía de mi propio comentario.

—Touché, señor Cappellari —dije, y el rio fuerte.

Bebimos vino sin dejar de mirarnos.

—¿Tanner? —llamé.

—¿Sí?

—¿Por qué me invitaste a cenar?

—Porque quiero conocerte mejor y quiero seguir saliendo contigo. Creo que dejé claro que me gustas… mucho. Entre nosotros pasa algo y te diste cuenta y me di cuenta. No voy a negarlo y espero que tú tampoco lo hagas, ¿de acuerdo?

—No lo niego, pero hace un rato dijiste que no querías que saliera con nadie más. ¿Por qué? —Me animé a preguntarle, porque quería tener las cosas claras.

—Porque es lo que quiero. Si decidimos seguir viéndonos, no quiero compartirte. El hecho de que puedas estar con otro me vuelve loco —afirmó, y esas palabras hicieron que mi corazón hiciera un movimiento brusco que me dejó sin aire.

—¿Y tú? —pregunté, tratando de demostrar la calma que no tenía.

—¿Si voy a salir con alguien más? —consultó, y yo asentí con la cabeza—. En este momento solo quiero salir contigo.

—Salir para conocernos —afirmé.

—Exacto. Sin planear qué va a pasar más adelante. No le pongamos etiqueta, sigamos disfrutando de nuestra compañía y viendo que sucede.

¿No etiquetas? ¿Viendo que sucede? Y, ¿qué éramos?

Esa última, sin duda, era la pregunta del millón.

Al parecer nadie quería etiquetas. Algunas de mis amigas también se referían a su relación como una relación «sin etiquetas». Pobres etiquetas, ¿qué mal habían hecho? Pero a mí, eso de dejar fluir me confundía. ¿Qué era «estamos saliendo»? Porque yo tenía entendido que cuando planteaban eso significaba también salir con otras personas, pero él había dejado claro que quería que la relación fuera monógama. Era evidente que cuando arrancaba una relación no siempre estaban claras las intenciones y las expectativas, así que trataría de no racionalizar todo, pero sin perder de vista lo que yo quería, y en ese momento me parecía que seguir conociéndonos era lo mejor. Tanner me gustaba muchísimo y me encantaba pasar tiempo con él.

Los camareros llegaron con nuestros platos cortando mis reflexiones y nuestra conversación.

Cuando terminamos de comer el plato principal, Tanner se puso de pie y estiró su mano hacia mí.

—Baila conmigo, Pecas.

Lo miré asombrada y luego miré a mi alrededor. Si bien se escuchaba «Apologize» por Timbaland y OneRepublic, nadie estaba bailando.

—No creo que se pueda bailar. Nadie lo hace —susurré.

—No te preocupes por los demás, ¿qué importa lo que piensen? Solo baila conmigo. Ven aquí —dijo, tomando mi mano y tirando de mí para que abandonara la silla.

Su brazo derecho me tomó por la cintura y me acercó a su cuerpo, y con el otro tomó mi mano y la llevó a su pecho.

—Nos miran —dije, un tanto nerviosa.

—Damos envidia, por eso nos miran.

Y esa frase hizo que me olvidara de todo a mi alrededor. El resto del mundo desapareció. Comenzamos a balancearnos mirándonos a los ojos. No sé si nos miraban o les éramos

indiferentes, no me importaba nada, salvo el hombre que me abrazaba y me miraba como si yo fuera lo más bello que había visto en su vida.

—¿Esta noche la suerte estará de mi lado? —preguntó, repitiendo lo que había dicho la noche anterior en su casa.

—¿Me estás invitando a ver una película? —bromeé.

—No, precisamente —susurró, en mi oreja.

—Creo que es tu noche de suerte —afirmé, repitiendo lo que le había dicho esa vez y haciendo que sonriera.

—¿Nos vamos?

—¿Y no comeremos postre?

—Por supuesto que comeremos, pero en mi casa, más precisamente en mi cama —afirmó, y bajó a mis labios y me dio un casto beso.

Cuando estábamos saliendo del *restaurante*, Tanner se retrasó unos pasos. Giré y lo miré y lo que vi me hizo sonreír. Sus ojos estaban imantados en mi trasero y parecía hipnotizado con mi movimiento. No dije nada y seguí caminando hacia la salida, pero comencé a hacerlo contoneando las caderas en forma cadenciosa y lo hacía solo para él. Al segundo lo tenía a mi lado.

—Si sigues meneando de esa forma tu trasero de escándalo, te aseguro que el coche va a estar bien para mí —susurró, sobre mi oreja haciendo que mi sonrisa se ensanchara.

Caminamos tomados de la mano y eso se sentía muy bien, lo hacíamos sonrientes como dos adolescentes felices por ese simple contacto, o por lo menos eso era lo que sentía yo. En el coche no cumplió su amenaza, al contrario, fuimos conversando de naderías y hasta bromeando. Tanner Cappellari era divertido y me tenía fascinada.

Pero al llegar a su piso no me dio tiempo a nada. Apenas entramos me arrinconó contra la pared y acarició con sus labios mi cuello y mi mandíbula para luego dirigirse a mi boca y besarme apasionadamente.

—Es una buena bienvenida a tu hogar —bromeé, cuando sus labios abandonaron mi boca, y él sonrió.

—Y como soy buen anfitrión, no te imaginas todo lo que te espera. —Volvió devorarme en un beso brutal y, cuando se detuvo, me levantó y me llevó en sus brazos hasta su dormitorio.

Nada más entrar me dejó con cuidado en el suelo y me hizo girar para estar de espaldas a él. Bajó la cremallera de mi vestido haciéndome sentir sus dedos descendiendo lentamente por mi espalda en una suave caricia y no pude evitar cerrar los ojos y que mi piel se erizara por completo. Tiró del vestido lentamente dejándolo caer a mis pies. La sensual ropa interior quedó al descubierto y lo escuché jadear.

—Eres tan perfecta y exquisita. Eres una mujer absolutamente impresionante y… estas margaritas me tienen totalmente loco —susurró, en tono ronco, dejando un reguero de besos calientes en mi tatuaje.

Nuevamente me hizo girar para que quedara de frente a él. Su acalorada mirada castaña logró que mi respiración se acelerara aún más. Me miraba de tal forma que estaba convencida de que

nadie, nunca, me había mirado así, su expresión maravillada me dejó impactada. Con mucha delicadeza me sacó el sujetador para luego ocuparse con su boca de mis pechos. No podía dejar de jadear y de moverme, verlo con su cabeza enterrada en mis pechos y sentir su boca succionándome me tenía al borde del orgasmo. Cuando su boca me abandonó, me empujó con delicadeza para que me recostara en la cama y luego me sacó la última prenda que tenía, la sensual braguita de encaje. Ya totalmente desnuda, me observó con hambre, haciendo que mi cuerpo temblara de deseo por él. Sin dejar de mirarme comenzó a desnudarse frente a mí. Su cuerpo perfecto me volvió a dejar sin aliento. Lo necesitaba, tanto como me necesitaba él, porque su mano temblaba al acariciar mis piernas. Con delicadeza besó la piel interna de mis muslos y me acarició el sexo con los dedos haciéndome retorcer de placer. Acercó su rostro y su lengua se encargó, con cometidas firmes, de lo que segundos antes hacían sus dedos hasta que me hizo explotar de placer. Aún en la nebulosa del orgasmo, noté cuando giró, haciéndome girar a mí. Él quedó tendido con la espalda sobre el colchón y mi cuerpo sobre el suyo.

—Pónmelo, Pecas. —Estiró su mano para que tomara el paquetito del preservativo—. Te deseo tanto que me tiemblan las manos de necesidad y yo no creo que pueda. Estoy demasiado excitado.

Me mordí el labio inferior y observé su erección. Con suavidad deslice la protección sobre su miembro mientras el jadeaba y me miraba con ardor. Sin esperar más, lentamente bajé sobre su miembro hasta quedar sentada sobre él. Nunca en la vida me había sentido tan completa. Tanner gemía y me miraba extasiado.

—Daryl…
—Tanner…

Cerré los ojos disfrutando de esa deliciosa sensación y comencé a mover las caderas hacia adelante y hacia atrás mientras él empujaba con las suyas, me acariciaba los pechos y respiraba agitadamente. El ritmo se hizo cada vez más enérgico hasta que nos sumergimos en un irresistible espiral de placer y el orgasmo comenzó a crecer. Estábamos tan sincronizados que parecía que nos conocíamos desde siempre. Y mi cerebro dejó de funcionar y nos acoplamos en un ritmo devastador acercándonos al clímax a toda velocidad. Y unas embestidas más y el orgasmo estalló en nuestros cuerpos haciéndonos gritar salvajemente de puro placer. La fuerza del orgasmo y los espasmos que sacudieron mi cuerpo fueron tales, que sentí como si me desmayara. Sin fuerzas, me dejé caer sobre su cuerpo agitado y sudoroso. Sentía su respiración temblorosa y los latidos frenéticos de su corazón. Ambos quedamos en silencio, esperando a que nuestros cuerpos se calmaran.

—¡Madre mía! Fue increíble —susurró, casi sin aire—. Contigo siempre es así.

Mi corazón que estaba volviendo a latir con normalidad, nuevamente se aceleró, pero esa vez por una emoción nueva. ¿Por qué él me producía todas esas emociones que no conocía? No lo sabía, pero tampoco era momento de ponerse a analizarlo.

Levanté la cabeza y lo miré. Permanecía con los ojos cerrados y tenía todo el pelo alborotado. Se veía increíble. Me acerqué y posé suavemente mis labios en los suyos. Inmediatamente abrió los ojos y me miró.

—Quédate toda la noche conmigo. Mañana es día festivo y no tienes que madrugar.

Por largos segundos solo lo miré. Pasar toda la noche juntos. Le di vueltas a la proposición; podría dormir en sus brazos y despertar junto a él sin tener que salir corriendo a la oficina, ver sus ojos y escuchar su voz antes que nada. No lo pensé más. Asentí con la cabeza y Tanner sonrió.

—Vamos a ducharnos —dijo, y se incorporó llevándome en sus brazos.

La ducha no solo resultó relajante, sino que también fue increíblemente erótica y apasionada, y estuvimos en ella por casi dos horas. ¡Dos horas! Dos horas en las que Tanner no solo fue apasionado, sino también dulce, cariñoso y romántico. Ese hombre se me estaba metiendo bajo la piel a pasos agigantados. Yo lo había dejado entrar sin cuestionarme nada y, de repente, estaba ocupando todo. Me gustaba demasiado, pero estaba asustada porque de solo pensar que podía dejar de verlo, me invadía una extraña sensación que se parecía bastante al desasosiego.

¡Estaba en problemas!

Capítulo 8

«No es lo que siento por ti, es lo que no siento por nadie más.»
—Jaime Sabines



Me desperté y la luz del día se colaba con timidez por entre las cortinas del ventanal del dormitorio. Deslicé la mano por la cama, pero el lado de Tanner estaba vacío. Miré hacia el baño, en donde encontré la puerta entornada y la luz apagada, así que no estaba allí. Me desperecé un poco y me senté en la cama. Me tomé unos minutos para observar el dormitorio. Lo más impactante era el ventanal desde donde seguramente se podía apreciar una vista espectacular de la ciudad, pero en ese momento las cortinas lo impedían. Era un dormitorio grande, muy grande y estaba amueblado modernamente. Las paredes eran blancas y los muebles en madera de color gris. Observé que no había ningún portarretratos, solo un par de cuadros que estaba segura valían una pequeña fortuna, al igual que el resto del piso. Todo estaba en silencio y al ser el *penthouse* tan grande, Tanner podía estar en cualquier lugar y me podía llevar un buen rato dar con él.

Noté que mi ropa estaba colocada prolijamente en una silla, señal de que él la había levantado del suelo donde había quedado esparcida como muestra de nuestra noche de pasión. La tomé y me metí en el baño. Al mirar hacia el lavabo me invadió una enorme alegría y mi sonrisa amenazó con convertirse en una carcajada de felicidad. Allí, colocado al lado del suyo, había un nuevo cepillo de dientes de color rosa con el dibujo de una margarita blanca. No sé como había conseguido un cepillo así, pero ese gesto me encendió el corazón. Enseguida pensé en lo que dicen todos sobre ese pequeño detalle. Para la gran mayoría de las personas, era un indicador axiomático de que la relación iba en serio, pero no quería pensar así. La vida sentimental no se medía con cepillos de dientes. No cometería el error de pecar de exceso de entusiasmo.

¡Es solo un utensillo de higiene personal!, me dije.

Probablemente porque no quería que utilizara el de él. Aunque debo reconocer que me cepillé los dientes con una gran sonrisa.

Luego de vestirme, arreglarme un poco y lavarme los dientes con mi nuevo cepillo, salí del baño para ir en su búsqueda. Eran apenas pasadas las nueve de la mañana y me extrañó que ya estuviera levantado porque la noche había sido muy agitada. Si yo hubiera estado en mi casa, seguramente seguiría en la cama. Caminé por el pasillo que habíamos recorrido la noche anterior en sentido contrario y, al llegar a una puerta que estaba entornada, escuché su voz.

—Hoy no creo que nos podamos ver, Eleonora —dijo, con lo que me pareció era arrogancia y frialdad, y a mí el corazón se me encogió en el pecho al escucharlo hablar con otra mujer sobre un encuentro o cita.

—…

—Ya sé que habíamos hecho planes, pero me surgió un imprevisto y no puedo encontrarme contigo. Te llamo en estos días y volvemos a coordinar.

—…

—No puedo decirte una fecha concreta, en estos días estoy complicado en la empresa porque tenemos muchos asuntos por resolver. Supongo que eso debería importante porque te permite gastar todo el dinero que quieras.

—…

—Si tú lo dices, aunque yo creo que lo que soy es realista.

—…

—De acuerdo, volvemos a hablar.

No entendía nada. Tanner hablaba con una mujer con la que parecía haber concretado un encuentro, pero le hablaba con tanta frialdad que no podía comprender su relación. Dado lo que había dicho sobre gastar dinero, me cuestioné si no sería una amante o alguien con quien se relacionaba románticamente. Quizás era así y le hablaba de ese modo porque estaba enojado con ella por algún motivo. Reconozco que pensar en eso me hizo sentir una gran puntada en el pecho, no solo porque me disgustaba imaginarlo con otra mujer, sino porque me había mentido.

¡A la mierda teoría del cepillo de dientes!, me dije.

Despacio me dirigí hacia el *living* para ir por mi bolso. Unos segundos después escuché sus pasos.

—Buenos días —saludó, y escucharlo solo apretó aún más el nudo de angustia que me cerraba el estómago.

—Buenos días, Tanner. Vine por mi bolso porque ya me voy —dije, logrando mantenerme inexpresiva.

—¿Ya te vas? ¿Por qué?

—Porque tengo cosas que hacer —respondí, un tanto seca, porque su conversación con la tal Eleonora me había dejado molesta.

En dos zancadas se acercó a mí, sus manos asieron mis hombros y me miró con seriedad.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué tiene que suceder algo? Simplemente me quiero ir porque, como te dije, tengo cosas que hacer y, además, no te quiero molestar ni estropear tus planes.

—Pensé que al tener el día libre íbamos a pasar más tiempo juntos, pero parece que la que tienes planes eres tú, no yo. ¿No te puedes quedar?

—No puedo —respondí, porque quería irme de allí lo antes posible.

Al darme cuenta lo mucho que me molestaba imaginarlo con otras mujeres comprendí que lo que sentía por Tanner se me estaba yendo de las manos y era evidente que para él nuestra relación solo era casual y pasajera porque ni siquiera parecía tener remordimientos por haber hablado con otra mujer mientras yo estaba en su cama. No podía permitirme una distracción así, no podía permitirme una gran desilusión. En ese momento tenía que estar enfocada en la empresa familiar, así que era mejor poner un poco de distancia.

Tanner me siguió mirando con los ojos entornados como si estuviera analizando mi estado de ánimo y parecía inseguro sobre cómo reaccionar en esa situación. Finalmente suspiró, como si estuviera agotado o, mejor dicho, yo hubiera agotado su paciencia.

—¿Los días festivos te ponen de mal humor?
—¿Qué? —pregunté, confusa.
—¿Por qué te comportas así?
—Que quiera volver a mi casa no significa que esté malhumorada. Si estás acostumbrado a que las mujeres acepten tus imposiciones sin chistar —señalé, recordando lo que él le había dicho a la tal Eleonora—, conmigo vas a tener que acostumbrarte a que no suelo seguir órdenes. Es eso o… —dije, sin terminar la frase.

Tanner cerró los ojos y suspiró…, otra vez. Sabía que me estaba comportando como una lunática, pero quería alejarlo de mí. Me sentía tan mal conmigo por haber permitido que ese hombre, del que no sabía nada, me afectara tanto, que necesitaba alejarme y alejarlo.

—Venga, dime lo que pasa.
—Ya te lo dije, me tengo que ir —afirmé, y sus hermosos ojos castaños asumieron un brillo desafiante—. Gracias por la cena de anoche. Nos vemos… o no, como quieras.

Por largos segundos solo me observó con el ceño fruncido, era como si tratara de dilucidar lo que pasaba por mi cabeza.

—Voy a vestirme, Daryl. Hay café recién preparado, te aconsejaría que lo bebas con bastante azúcar así quizás te ayude con la amargura que tienes hoy y dejes de comportarte de esta manera. Cuando vuelva te llevo hasta tu edificio. Dame unos minutos. —Giró y se dirigió hacia su dormitorio.

Me quedé parada en el mismo lugar y en completo silencio. Cuando reaccioné, Tanner ya no estaba en mi campo de visión.

—¡Maldito arrogante y mentiroso! —exclamé, entre dientes, y con paso firme, me dirigí hacia la puerta de entrada y salí de allí lo más rápido que pude.



Llegué a mi hogar con el ánimo por el piso. Mi conclusión era que había sido una estúpida al permitir que Tanner me importara tanto. No sabía lo que sentía por él, pero escucharlo hablar con esa mujer me había enojado tanto como dolido. Sentía que estaba viviendo una tormenta emocional, más que tormenta parecía un huracán grado cinco. Después de mi comportamiento de esa mañana, era probable que no lo volviera a ver, y aunque eso dolía más de lo que quería reconocer, era lo mejor.
Estaba con exceso de actividad mental. Necesitaba hablar con alguien, necesitaba consejo y una voz amiga. Necesitaba otra perspectiva. Necesitaba a Lori.

—Hola —respondió, con voz adormilada y después de que el teléfono sonara varias veces.
—¿Estabas durmiendo? —pregunté.
—Lo estaba, hasta que me llamaste —respondió, esa vez con voz quejosa.
—Es que necesito hablar contigo.
—Ahora te acuerdas de que tienes una amiga —protestó—. O lo de ser tía es muy demandante

o tienes mucho para contar.

—Tengo mucho para contar y necesito tu consejo.

—Sospecho que lo que vas a decir nuevamente tiene que ver con el guaperas del primo de Eros —afirmó, con cierto retintín en su voz.

—Tanner Cappellari.

—Ese mismo, no recordaba el nombre. Pues ya me senté en la cama, así que dispara de una buena vez.

—He estado saliendo con él.

—¿Sexo?

—También y… fantástico.

—Bueno, por lo menos seguiste mi consejo y le diste alegría a ese cuerpo de infarto que tienes. Si yo tuviera tu cuerpo, ni te imaginas como lo aprovecharía.

—Tú eres hermosa, Lori.

—Si yo soy hermosa, tú eres Afrodita. Pero, no nos desviemos del tema, cuéntame que sucedió.

En unos minutos la puse al día de todo lo sucedido con Tanner hasta la conversación que había escuchado esa mañana y mi reacción con huida incluida.

—¿Por qué pensaste que hablaba con su amante? —consultó.

—Fue lo que me pareció. Tenía planes de encontrarse con ella, planes que solo pospuso y, el hecho de que le dijera que ella disfruta de su dinero me terminó de convencer de que su relación con esa mujer está consolidada. Supongo que la mantiene económicamente.

Escuché que Lori inspiró con fuerza.

—Es una posibilidad, pero también hay otras. ¿Exesposa? ¿Hermana? ¿Conoces algo de su vida?

—La realidad es que no sé nada —confesé, sintiéndome mal conmigo.

—Conoces su cuerpo al detalle, pero nada de su vida. Bueno… convengamos que no es una mala elección.

—No te burles. Estoy en un lio.

—Yo creo que deberías haberle dicho que lo escuchaste, pero puedes hacerlo ahora. Llámalo —aconsejó.

—No puedo llamarlo ahora y decirle que lo escuché, no después de que me comporté como una lunática.

—¿Qué te sucede con él? ¿Qué sientes por Tanner Ca…? Como se llame.

—Me genera un maremágnum de sentimientos contradictorios —respondí, manteniendo toda emoción alejada de mi voz, o haciendo lo posible.

—Lo que temía. Estás enamorada. Yo creo que el día del accidente lo que impactó en ti no fue su coche, sino una flecha de Cupido y directo a tu corazón —disparó, a quemarropa.

—¡¿Cómo se te ocurre ese disparate?! ¡Habrase visto semejante estupidez! —exclamé, y Lori largó una carcajada.

—Si lo analizamos de forma objetiva… —Comenzó a decir, pero dejó la frase inconclusa, aunque no necesité que la terminara.

—No estoy enamorada, solo… confundida.

—Entonces deberías hablar con él para aclarar tu confusión. No permitas que un malentendido

los haga romper.

—¿Romper? No se puede romper lo que no existe —afirmé.

—No te pongas a la defensiva ni intentes negar lo obvio. Existe una relación desde el momento en que él te propuso salir de forma monógama y no han dejado de verse y de tener sexo «fantástico» —señaló, repitiendo mi palabra.

—Teniendo en cuenta la conversación que mantuvo con esa mujer, lo de monógama es relativo —dije.

—Solo lo sabrás si hablas con él —insistió.

—¿Cuándo todo se volvió tan complicado?

—Cuando Cappellari se cruzó en tu vida —respondió, sin dudarlo.

—Y… ¿lo otro? —pregunté, haciendo un puchero con los labios, aunque ella no pudiera verme.

—¿Lo otro?

—¿Cómo se supone que sepa si estoy enamorada?

—Aaah, eso. Pregúntatelo y respóndete con sinceridad —dijo, y en ese momento noté cierta tristeza en su voz—. Lo sabrás, lo sentirás.

Lori había estado enamorada, pero la relación no había terminado bien. Así que ella tenía claro lo que era sentir amor y sufrir por él.

—¿Estás bien? —pregunté, porque si bien ya hacía un tiempo de su desilusión amorosa, tenía claro que no lo había terminado de superar.

—Por supuesto que lo estoy, no te desvíes del tema porque estamos hablando de ti —respondió, pero supe que lo hizo para no hablar de ella.

—Lori… no lo sé, pero puede que… lo ame.

—Daryl Domenech, ¡ya era hora!



Después de hablar con Lori decidí ir a caminar un rato y en la tarde pasar por lo de Ava. Caminaba lentamente, disfrutando de la brisa en la piel y la calidez de ese hermoso día soleado. Caminar me ayudaba a despejarme, a aclarar mis ideas. Era como dejar reposar la vida y no vivir en la inmediatez de siempre. Mientras caminaba reflexionaba sobre lo que Tanner me hacía sentir, sobre nuestro acercamiento. Quería ser honesta conmigo sobre lo que sentía y que aún no lograba entender porque era la primera vez que me sucedía.

¿Podía darle nombre a ese revuelo de emociones?

Estaba claro que sentía algo por Tanner, pero para entenderlo, primero debía enfrentarme a mis sentimientos y ordenarlos.

Mi mente comenzó a recordar. No podía parar de pensar. Un pensamiento me conducía a otro. Recordaba lo que sentía cada vez que lo veía y ni hablar de cuando me besaba o hacíamos el amor.

¿Hacer el amor?

Bueno, para él seguro era solo atracción y deseo, pero quizás, para mí, eran emociones más profundas. Él buscaba saciar su cuerpo, pero sin involucrar su corazón, mientras yo me había entregado en cuerpo y alma.

Respiré hondo y de pronto me sentí menos abrumada.

Tanner me gustaba muchísimo, hasta cuando la seriedad lo dominaba. Incendiaba mis sentidos con solo una mirada. Sí, anhelaba su compañía. Me gustaba cuando me miraba, cuando me daba la mano, cuando me besaba, cuando me miraba ceñudo, cuando me miraba como si yo fuera lo más hermoso que había visto en su vida…

Sentía deseo, pasión, anhelo... y todas esas emociones estaban asociadas a él.

La realidad de mis sentimientos por Tanner me golpeó como un rayo. No podía escaparle a eso que sentía. No podía seguir engañándome. Fue ese el momento en el que lo supe.

Estaba…

¡Maldición!

Estaba jodida.

Estaba completamente loca por él.

Estaba perdidamente enamorada de Tanner.

Al reconocerlo, al principio me sentí mal por haber permitido que mis emociones me manejaran, pero luego comprendí que nunca se tiene chance de salir victoriosa en los asuntos del corazón, los sentimientos toman la rienda y te controlan.

Suspiré.

En ese momento dejé de culparme por haberme enamorado. Nadie puede mandar en el corazón. Lo que sí podía era evitar ser lastimada, así que, si tenía la posibilidad de seguir viéndome con él, le contaría que lo había escuchado para que me explicara quien era Eleonora. Si me había mentido, la mejor decisión sería alejarme de él. Si en cambio no lo volvía a ver, remendaría mi corazón roto y seguiría adelante. La gente sobrevivía las circunstancias más adversas, así que yo podría con un corazón partido. Dolería por un tiempo, pero un corazón partido no te mataba.

Llegué a una plaza y me senté en un banco. Lo primero que vi fueron unas margaritas y no pude evitar sonreír. Ahora esas flores también me lo recordaban. Tanner no solo me había regalado varios ramos de ellas, me había dicho que adoraba mi tatuaje y siempre se tomaba unos minutos para besar esa parte de mi piel. Me puse de pie, corté una flor y me la puse en el pelo. Luego seguí caminando y emprendí el regreso a mi hogar.

Entré en el edificio tan abstraída en mis pensamientos que no me di cuenta de que el conserje me miraba para anunciarme algo.

—Señorita Domenech —llamó—, el señor Cappellari ha estado esperándola —dijo, mirándome y luego mirando hacia los sillones.

Al oír su nombre el corazón me comenzó a latir con mucha más fuerza. Tanner se encontraba sentado despreocupadamente, pero me miraba con seriedad. En ese momento se puso de pie con fluidez y caminó hacia mí. ¡Maldita fuera su estampa por ser tan perfecta!

—Gracias, señor Valero. —Pude decir cuando salí de la sorpresa que me había causado su presencia, luego lo miré y añadí—: ¿Qué haces aquí, Tanner?

—Necesito hablar contigo. Te estuve llamando, pero no me atiendes.

—Salí a caminar y no llevé el teléfono.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Asentí con la cabeza y caminamos hacia los ascensores. Junto con nosotros subió una vecina que nos acompañó los diez pisos, así que, cuando me habló, lo hizo susurrando en mi oreja.

—La flor te queda muy linda, pero me gusta más en tu piel. ¿Quién te la regaló? —Se apartó un poco y me miró con seriedad, al igual que yo.

Supuse que se refería a la margarita que me había colocado en el pelo.

—No es un regalo.

Asintió con la cabeza y el resto del trayecto nos mantuvimos en silencio, aunque su mirada no se apartaba de mí. El ascensor llegó a mi piso y salí primero, seguida por él. Estaba tan nerviosa que de primera no pude abrir la puerta porque equivoqué las llaves.

—¿Te ayudo? —preguntó, nuevamente susurrando en mi oreja y haciéndome estremecer.
—No es necesario, gracias —respondí, respiré hondo y me concentré en lo que hacía.

Entramos en mi piso y lo miré con seriedad.

—¿Quieres tomar un café? —pregunté.
—¿Almorzaste?
—Aún, no.
—Yo tampoco. Te invito a almorzar y luego acepto ese café —propuso.
—No tengo hambre, pero gracias.
—Sigues gruñona —afirmó, mirándome con cierta diversión, y me tomó por la cintura y me pegó a su cuerpo—. ¿Por qué estás enojada? Y no niegues lo obvio.

Apoyé le frente en su pecho y suspiré. Tanner besó mi pelo y ese simple gesto me derritió por completo.

—Vamos a sentarnos porque necesito hablar contigo —dije, y tironeé de él para llevarlo hacia los sillones.

Nos sentamos en el sillón largo y giramos para mirarnos a los ojos. Volví a suspirar y me preparé para preguntar todas esas dudas que me rondaban en la cabeza. Lo miré fijamente y traté de mostrarme serena, pero el temblor de mis manos era evidente, así que entrelacé mis dedos y enderecé la espalda.

—¿Quién es Eleonora?

El rostro de Tanner se ensombreció y pude notar que se tensó. Sus ojos brillaron con un aura oscura y frunció el ceño. Esas reacciones no eran buena señal, así que me preparé para enfrentarme a una respuesta dolorosa.

—¿Quién te habló de Eleonora? —preguntó, con tono sombrío.
—Nadie. Esta mañana te escuché hablando por teléfono con ella.
—¿Tienes por costumbre escuchar conversaciones privadas? —preguntó, con cinismo.
—Por supuesto que no, solo estaba buscándote y la puerta estaba entornada, y...
—Y decidiste quedarte a escuchar —afirmó, interrumpiéndome, y con un tono que me hizo sentir una niña recibiendo una reprimenda.
—No pensaba hacerlo, pero confieso que el hecho de que hablaras con una mujer sobre un

encuentro me hizo sospechar que me habías mentido sobre no salir con otras personas.

—Desconfías de mí —afirmó.

—¿Me mentiste? ¿Es tu pareja?

Por unos segundos solo me miró. Se notaba irritado y eso me hizo sentir más indignación.

—Creo que es mejor que te vayas —dije, poniéndome de pie, pero Tanner no se movió, solo negó con la cabeza.

—Siéntate —ordenó, con voz severa.

—No permitiré que me des órdenes. Soy una mujer, no una niña a quien puedes decir lo que tiene que hacer.

—Entonces deja de comportarte como una y siéntate.

—Tanner, vete.

Suspiró, molesto.

—Es mi madre.

—¿Qué?

—Eleonora es mi madre. —Pestañeé un par de veces porque debo admitir que no me esperaba esa respuesta.

—¿Llamas a tu madre por el nombre de pila? —pregunté, porque nunca había llamado a mis padres de esa forma y mucho menos les había hablado de la forma en que él lo había hecho.

Me volví a sentar a su lado mirándolo con cierta culpa por haber montado esa escenita de mal humor. Él levantó la mirada y clavó sus ojos castaños en mí. Parecía cansado y comprendí que solo me quedaba una cosa por hacer.

—Discúlpame.

—¿Por qué, exactamente, me pides disculpas? —preguntó, entornando los ojos.

—Por comportarme como una desquiciada. Debí haberte preguntado en vez de apresurarme en sacar conclusiones.

—Sí, debiste hacerlo —dijo, y aunque era yo la que se había equivocado, Tanner igual actuaba como si fuera culpable de algo, como si ocultara algo, y eso me confundió.

—¿Me disculpas? —consulté.

Me miró y su semblante cambió, en ese momento una imperceptible sonrisa de suficiencia asomó en su rostro.

—Acompáñame esta noche a cenar con ella.

¿Qué había dicho?

¡¿Me había propuesto cenar con su madre?!

No.

No, no, no…

¿Eso qué implicaba? Menos mal que todavía estaba sentada porque en un segundo sufrí cambios extremos en mi estado de ánimo. Pasé de la euforia a algo que se aproximaba al pánico.

¡Actúa como una persona normal!, me dije.

—¿A cenar en casa de tu familia? —pregunté, tratando de que mi voz sonara calmada.

—Solo estará Eleonora. Mis padres llevan separados desde que yo tenía 4 o 5 años. Además, había hecho planes para almorzar con ella, pero los cancelé para poder pasar el día contigo, esa fue la conversación que escuchaste.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—¿Llevas a todas tus amigas a la casa de tu madre? —pregunté, al ver que se tomaba el asunto con mucha naturalidad.

—No.

—Por eso mismo. Seguramente tu madre querrá pasar tiempo a solas contigo. No creo que quiera que una desconocida invada el momento que tiene para disfrutar de su hijo.

—Te equivocas. —Fue su única respuesta.

—Insisto en que no es una buena idea.

—Y yo insisto en que me acompañes. Además, me lo debes.

—¿Por qué siempre terminamos así? —pregunté, recordando cuando me «cobró» el ramo de flores enviado a Ava obligándome a acompañarlo a una boda.

—¿Cómo terminamos? —preguntó, y, por su gesto y su voz, noté que ya estaba en plan seductor.

—Exigiéndome cosas por algo que hiciste por mí.

Tironeó de mí y caí en sus brazos. No me resistí en lo más mínimo. Necesitaba estar allí. Lo rodeé con mis brazos, lo estreché con fuerza y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Personalmente, me gustaría terminar en una cama y sin nada de ropa —bromeó.

—Espero que no con cualquiera —dije, pero sin mirarlo, seguí con mi cabeza en su pecho.

—Por supuesto que no, solo con una bella y pecosa rubia a la que le gustan las margaritas y las lleva en su escultural cuerpo —dijo, y yo me retiré un poco y lo miré sonriente, pero él agregó —: y que es un poco loca. —La sonrisa se me borró.

—Tienes derecho a decirlo, así que no voy a decir nada.

—Perfecto, entonces vayamos a almorzar porque muero de hambre, luego volvemos aquí, me cumples el sueño de la rubia loca y desnuda en la cama y me regalas las margaritas de tu piel. Luego cenamos con Eleonora —insistió.

—Respecto a lo último…

—Acompáñame —pidió, interrumpiéndome.

Inspiré fuerte y lo miré.

—Está bien, Cappellari. Pero por lo menos avísale que irás acompañado y prométeme que, si no le parece buena idea, me lo vas a decir. Te aseguro que no me voy a ofender.

—Si llegara a decir eso, va a tener que cenar sola —afirmó, con convicción, y se puso de pie.

Capítulo 9

«Por eso juzgo y discierno, por cosa cierta y notoria, que tiene el amor su gloria a las puertas del infierno.»
—Miguel de Cervantes



Salimos a almorzar a un *restaurante* cercano a mi piso. Era mi oportunidad para conocerlo más, conocer su vida, saber cuáles eran sus deseos, sus inquietudes, sus sueños, profundizar en la relación que nacía, pero noté que no se sentía cómodo hablando de él ni de su familia y que ese último tema lo tensaba bastante, por lo que pasamos casi todo el rato hablando de la mía. Tuve intenciones de presionarlo, pero no lo hice. Si no estaba dispuesto a hablar de él, no lo iba a obligar. Sin embargo parecía muy interesado en la mía y preguntaba sin cesar. También hablamos sobre mi época de estudio y la empresa familiar. Yo quería saber sobre él, quería conocer de su vida, pero decidí no insistir porque parecía que los recuerdos no eran muy agradables para él. Sospechaba que había una historia detrás de esa resistencia y, obviamente que quería descubrirla, no por curiosidad sino porque quería descubrir al hombre que se escondía detrás de ese hombre críptico y formal. Pero ya había metido la pata esa mañana por lo que preferí ir despacio y no presionar. Además, por la forma en la que le había hablado a su madre, parecía que la relación entre ellos era un poco fría y quizás una de las causas de su incomodidad y recelo al hablar de su familia.

Luego del almuerzo y, tal cual lo había sugerido, volvimos a mi piso con la intención de cumplir su deseo. Apenas entramos sentí la calidez de su aliento en mi cuello y su torso se pegó a mi espalda deslizando sus manos por mis brazos desnudos. Yo estaba usando un vestido veraniego, sin mangas y que me quedaba unos centímetros por arriba de la rodilla. Estaba tan cerca que podía sentir la fuerza y el calor de su cuerpo. Con un movimiento delicado me hizo girar hacia él.

—Me tienes loco. Te quiero comer a besos… —susurró, con voz ronca, levantó las manos y me acarició el rostro.

Solté el aire entrecortadamente y me estremecí al sentir su caricia y su mirada deslumbrada. Lentamente bajó su rostro y pegó sus labios a los míos. Ambos dejamos salir un suspiro de placer e inmediatamente el beso se volvió implacable. Tanner me saboreaba con habilidad y sensualidad, explorábamos nuestras bocas con ansia, con una necesidad abrumadora. Con su mano rodeando mi cintura me pegó a su fuerte pecho mientras que la otra me rodeaba la nuca. Mi mano voló a su pelo y lo sujeté fuerte, como para no soltarlo más. Lo deseaba con cada fibra de mi ser. Lo amaba.

—¿Por qué me enloqueces de esta forma? —gruñó, dentro de mi boca, y lo hizo de tal manera

que pareció un lamento.

Separó un poco su cuerpo y comenzó a rozarme los muslos suavemente con su mano buscando el dobladillo de mi vestido. Tiró de él hacia arriba hasta que tuve que abandonar sus labios para que pudiera quitármelo por encima de la cabeza. Tanner era un amante dedicado, delicado y cuidadoso, y tenía total confianza en él.

—Mi ropa —murmuró, sobre mis labios.

Comencé a tironear de su camiseta, pero al darse cuenta de mis dificultades, se la sacó rápidamente por la cabeza. No perdió ni un segundo en desprender el botón de sus *jeans*, sacarse los zapatos y los calcetines y tironear de los pantalones para dejarme contemplar su espectacular físico.

—Aún te queda una prenda —dije, señalando su bóxer.
—Y a ti te quedan dos —afirmó, y me rodeó con sus brazos para desprender mi sujetador y sacármelo.

Sin decir nada más, se sacó el bóxer y vino por mi braguita de encaje, pero antes de sacármela se quedó contemplándome.

—Seguro que usas estas cosas diminutas y *sexys* para enloquecerme.
—No seas engreído. No todo gira en torno a ti ni eres el centro de mi universo —respondí, sin saber cómo había encontrado la voz para replicarle porque en ese momento estaba idiotizada mirando su cuerpo desnudo y su orgullosa erección.
—Más te vale que así sea porque solo yo puedo admirar estas prendas —dijo, y comenzó a bajar mi braguita—, y ni que hablar de tu cuerpo. Solo yo tengo el derecho de acariciarlo, besarlo y poseerlo.

Me levantó en brazos como si no pesara nada y comenzó a caminar hacia el dormitorio. Me tumbó en la cama y, como siempre hacía, se quedó unos segundos admirándome, luego, con delicadeza, me subió las manos y las colocó sobre la almohada. Comenzó a acariciar lentamente mis brazos mientras yo me retorcía y gemía por la anticipación.

—¿Ansiosa?
—Mucho —respondí, sin ocultar mi excitación y logrando que él sonriera.

Al llegar a mis pechos los acarició a conciencia. Cerré los ojos y arqueé la espalda sin poder evitarlo. Sus dedos siguieron el camino imaginario hasta llegar entre ambos muslos y deslizarse en mi interior.

—Oh, Dios… —susurré.

Sentí que mis músculos comenzaron a contraerse y esa sensación embriagadora comenzó a crecer cada vez más.

—Ya estás lista para mí, Pecas —dijo, cerniéndose sobre mí y mirándome con esos ojos castaños que parecían arder—. ¿Tomas la píldora?

Mis ojos se abrieron mucho porque su pregunta me tomó por sorpresa. ¿Quería hacerlo sin protección?

—Sí.

—Estoy limpio. Imagino que tú también lo estás —afirmó, logrando que al principio me sintiera un tanto incómoda, pero luego comprendí que no tenía por qué sentirme así, yo confiaba en él.

—Lo estoy. Además, nunca lo hice sin protección.

—Yo tampoco —afirmó, y eso me sorprendió, no porque no lo hubiera hecho, sino porque lo quisiera hacer conmigo—. Te quiero sentir sin nada. ¿Lo hacemos? —consultó, y asentí con la cabeza, yo también quería sentirlo sin barreras.

Tanner me besó apasionadamente, luego se apartó un poco, pero dejó que la punta de su nariz siguiera en contacto con la mía mientras acercaba su miembro a mi sexo. Empujó, llenándome de manera gradual hasta hacerlo por completo. Gemí, enredé mis piernas en su cintura y acaricié su espalda hasta llegar a sus nalgas y apretarlas. Él gruñó, dejó caer la cabeza hacia atrás y se estremeció de pies a cabeza.

—Esto es el puto cielo… eres perfecta —susurró, mientras nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaban.

Que el pensara eso era un gran paso. Yo también pensaba y sentía así, con él era una conexión completa, una conexión física y emocional. Mi corazón se agitó. Amaba a ese hombre y quería que me amara, quería abrirme paso en su corazón, quería conquistarlo.

Tanner comenzó a moverse más rápido adoptando un ritmo constante, preciso, perfecto, devastador, un ritmo que me estaba enloqueciendo de placer y que me llevaba directo al orgasmo y a toda velocidad. Nuestros gemidos llenaban el silencio y me enardecían aún más. Tanner cerraba los ojos por el placer que sentía, pero inmediatamente los abría, parecía que no quería perderse detalle de mis gestos.

—Casi estoy, Pecas.

—Y yo... ya no aguanto más.

—¡Ya!... ¡Oh, Dios! —gritó al correrse, y su grito y expresión de placer sublime me llevaron directo a mi orgasmo.

—¡Tanner! —grité, y el mundo se esfumó.

Se desplomó sobre mí, enterrando su rostro en mi cuello. Ambos respirábamos aceleradamente, ambos estábamos agitados y sudorosos, y también creo que aterrados. Lo que sentíamos juntos era… perfecto. Por un rato seguimos unidos, mis piernas y mis brazos seguían rodeándolo y el permanecía dentro de mí.

Cuando nuestros cuerpos comenzaron a recuperar la fuerza y a respirar con normalidad, subió la cabeza y me miró. Me dio la sensación de que parecía preocupado, pero no dijo nada. Se apartó de mí con delicadeza y se tendió a mi lado, boca arriba. Yo estaba un poco adormilada, pero igual pude notar que algo cambió y Tanner estaba lejos de mí.

—¿Sucede algo? —pregunté.

Giró el rostro y me quedó mirando. Como respuesta, negó con la cabeza.

—Debería irme y tú deberías descansar porque voy a pasar por ti a las siete y media para ir a lo de Eleonora —afirmó, sentándose en la cama.

Al escucharlo sentí una gran desilusión. Había pensado que pasaríamos el resto de la tarde juntos, pero al parecer era solo un rato en la cama. Bueno… en la noche iría a lo de su madre, así que no pensaba quejarme. Me senté en la cama y tironeé del cobertor para cubrir mi cuerpo. Tanner estiró el brazo y acarició mi rostro, pero de pronto su rostro se ensombreció, se sentó en la cama con los codos apoyados en las rodillas y hundió su rostro entre sus manos. Algo le preocupaba. ¿Sería el hecho de que iríamos a lo de su madre?

—Tanner —llamé.

Se puso de pie con la intención de ir por su ropa que había quedado toda dispersa por el living.

—Si estás preocupado por la visita a lo de tu madre te aseguro que no me voy a ofender si decides que no vaya.

Giró y me miró con el ceño fruncido.

—A las siete y media paso por ti, Pecas —repitió, y salió de mi dormitorio.

En ese momento la que hundió el rostro entre las manos fui yo. No entendía lo que sucedía con él. Primero era el hombre más romántico y ardiente del planeta y luego se mostraba extraño y parecía estar a miles de kilómetros de mí. Sentí la puerta principal cerrarse, señal de que ya se había ido. Me dejé caer, apoyando la cabeza en la almohada y suspiré. No sé el rato que me quedé allí, mirando el techo y sintiendo algo extraño en mi pecho. Al igual que cuando lo había conocido, algo me decía que debía pensar mejor si continuar en esa relación, aunque lamentablemente ya era tarde, estaba enamorada hasta los huesos.



Me probé casi toda mi ropa elegante sin que nada me convenciera. No sabía que ponerme. Nunca había ido a cenar con la madre de la persona con la que salía y eso me tenía con los nervios de punta. Al final me decidí por un vestido elegante pero sin excederme, era de color morado, de finos tirantes, de escote cuadrado y que me caía hasta las rodillas. Llevaba unas sandalias que me elevaban varios centímetros, me había dejado el pelo suelto con ondas suaves y me había maquillado en forma natural.

Unos minutos antes de la hora en la que había quedado de pasar por mí, Tanner me avisó que estaba esperándome en la puerta de mi edificio. Lo encontré justo allí, parado al lado de su coche, del que inmediatamente abrió la puerta en cuanto me vio salir.

Como siempre, estaba tremendamente atractivo y elegante. Vestía con un traje gris oscuro y camisa blanca, y no llevaba corbata. Era impresionante sin intentarlo.

Cuando llegué a su lado me estiré y le di un beso en cada mejilla, pero él negó imperceptiblemente con la cabeza y se acercó y me besó delicadamente en los labios.

—Estás muy hermosa —dijo.
—Gracias.

Me metí en el coche y lo observé rodearlo. Estaba nerviosa, no tenía idea de cómo actuar frente a su mamá. Había tenido la oportunidad de verla de lejos en la ópera y me había parecido una señora elegante y que trasmitía simpatía, pero podría estar equivocada ya que con el hijo no parecía llevarse muy bien.

—Hoy tampoco te acompaña tu chofer —afirmé, una vez que se puso en movimiento, y por decir algo.
—Cuando salgo contigo me gusta que vayamos solos. Antonio se ocupa de mis traslados a la empresa, pero cuando se trata de asuntos particulares, la mayoría de las veces manejo yo.
—¿Asuntos? ¿Yo soy un asunto? —pregunté.

Tanner rio y apoyó una mano en una de mis piernas.

—Un asunto… mío —afirmó, poniendo énfasis al decir «mío».
—¿En serio? ¿Ahora eres un macho alfa? ¿Qué es lo siguiente? Mía, mía, mía —bromeé

Por un segundo solo me miró.

—Puedes estar tranquila porque no me vas a escuchar decir eso.

Y aunque yo estaba bromeando, la seriedad con la que él lo dijo hizo que me invadiera una sensación peculiar de decepción. Ni yo me entendía.

Capítulo 10

«Y al final, somos solo humanos, ebrios con la idea de que el amor, solo el amor, puede curar nuestras rupturas.»
—F. Scott Fitzgerald



Detuvo el coche frente a un enorme portón de hierro de una hermosa casa de estilo mediterráneo de dos plantas. Sin bajarse del coche presionó un intercomunicador que estaba en la reja e inmediatamente el portón comenzó a abrirse. Anduvimos unos metros por un precioso camino prolijamente arreglado hasta llegar a la entrada principal. De cerca la casa era aún más hermosa. Los muros eran de tono natural y piedra rústica, y estaba cubierta de tejas en color siena.

Mientras Tanner detenía el coche, la doble puerta de madera de la casa se abrió y la señora que yo había visto junto a él en la ópera salió de la casa y nos miró con una gran sonrisa. Era tal cual la recordaba. Bonita, elegante y muy parecida al hijo. Llevaba un precioso vestido de manga corta en color beige y estaba maquillada y muy arreglada. Su pelo castaño lo llevaba suelto, lacio y con un largo hasta la altura del hombro, pero lo que más destacaba en ella era su hermosa y genuina sonrisa. Tanner salió del coche y vino hacia mi lado para abrirme la puerta. Estaba tan serio que en ese momento pensé que acompañarlo había sido una mala idea. Cuando salí del coche vi que Eleonora venía hacia nosotros y que Tanner la observaba con una miraba fría, aunque ella seguía sonriendo.

—Querida Daryl, encantada de conocerte —saludó, con un beso en cada mejilla, y me pareció que su mirada castaña era inteligente, sincera y amable.

Si el que supiera mi nombre me sorprendió, el que sus brazos me envolvieran en una cálido abrazo lo hizo más.

—Muchas gracias. Para mí también es un gusto conocerla.
—Tutéame, por favor. Ya es suficiente con que mi hijo me llame por mi nombre.

Miré a Tanner que nos observaba con una seriedad mortal y me sentí muy incómoda. La animosidad que había entre ellos, o por lo menos en Tanner, era palpable.

—Querido, ¿cómo has estado? —dijo, su madre, y se acercó a darle un beso en cada mejilla, cosa que él permitió, pero que no correspondió.
—Bien. Dejando de lado el melodrama, ¿cómo has estado tú?
—Muy bien, querido —respondió, sin hacer comentario sobre lo que le había dicho—. Gracias por invitar a esta hermosura de niña, seguro que hoy la cena va a ser mucho más divertida —dijo, sonriente, me tomó del brazo y tironeó de mí para entrar en la casa. Tanner no dijo nada y nos

siguió.

La casa por dentro era tan hermosa como por fuera. Estaba decorada con muy buen gusto, donde resaltaban muebles elegantes y modernos en tonos oscuros y piezas de arte propias de galerías. Enseguida nos dirigimos a un gran salón donde estaba la mesa de comedor.

—No te imaginas lo contenta que estoy de que Tanner tenga una novia con la que…

—No somos novios. —Me apuré a decir, porque no quería que pensara que teníamos una relación tan formal.

Eleonora me miró y sonrió.

—Bueno, lo importante es que te tenga en su vida. Ya era hora de que su corazón se sacudiera un poco —dijo, luego giró, miró a su hijo y añadió—: Tanner, hazme el favor de decirle a Carlota que ya puede servirnos la cena. Aprovecha y pregúntale por la salud porque la pobre estuvo unos días en cama con influenza. Sabes que Carlota te quiere mucho y siempre pregunta por ti.

—No es necesario que me digas cómo comportarme. Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—No era mi intención, querido. Solo lo decía porque no creo que supieras que Carlota estuvo indispuesta —dijo, volvió a mirarme y me hizo un guiño.

Tanner dejó el comedor y nosotras nos sentamos a la mesa que ya estaba preparada para la cena.

—Disculpa a mi hijo por su ... formalidad. ¿Sabes? Es la primera vez que Tanner viene con una *amiga* a casa —dijo, sin perder la sonrisa y con un retintín en la palabra «amiga»—. Ojalá tuviera tiempo para hablarte de su vida. Me encantaría poder tener una charla contigo para que lo entendieras un poco más. Te aseguro que parece un hombre frío, pero en el fondo es un gran hombre. Ha tenido que vivir muchas cosas. Lamentablemente su…

No terminó lo que estaba diciendo porque él volvió y se sentó frente a mí.

—¿Tienes hermanos, Daryl? —preguntó, Eleonora.

Miré a Tanner que me miraba atentamente, pero inmediatamente bajó la mirada y comenzó a servir el vino.

—Sí, tengo dos. Yo soy la menor. Mi hermana se llama Ava y es la mayor, y mi hermano Levi es el del medio. Mis padres fallecieron hace unos cuantos años y mis hermanos han sido y son muy importantes en mi vida.

—Oh, querida, siento mucho lo de tus padres —dijo, estirando sus manos por encima de la mesa para que se las tomara.

Tanner nos miró y noté que sus ojos parecieron brillar, pero no sabría decir los motivos.

—Mis hermanos son maravillosos, así que agradezco tenerlos conmigo. Somos muy unidos.

—Debe ser lindo tener hermanos. Ni Tanner ni yo tuvimos esa suerte. Aunque tanto él como yo tenemos primos a los que queremos como hermanos —dijo, y noté que su hijo la miró con el

ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Recientemente fui tía. Mi hermana tuvo un bebé y realmente es maravilloso —comenté, por seguir llenando el silencio.

—¡Qué lindo, Daryl! Felicitaciones. ¿Cuánto tiene?

—Apenas unas semanas.

—¿Lo conoces, Tanner? —preguntó, y supuse que fue para integrarlo a la conversación, aunque él no parecía tener interés en hacerlo.

—No; no conozco a la familia de Daryl —respondió, e iba a llevarse la copa de vino a los labios y su madre lo detuvo.

—Espera. Tenemos que hacer un brindis.

—¿Un brindis? ¿Y por qué se supone que vamos a brindar, Eleonora? ¿Por la felicidad? ¿Por la familia? ¿Por ser hijos únicos? —ironizó, y aunque ella lo miró con seriedad, no pareció molestarse.

—Vamos a brindar por nosotros y por haber conocido a Daryl —respondió, y noté que Carter puso los ojos en blanco—. Brindemos por esta noche maravillosa. Salud.

—Salud —dije, y él solo se limitó a subir la copa, aunque noté que me miró levantando una ceja, y supe inmediatamente que era lo que pasaba por su mente, el muy cretino recordaba lo que me había dicho sobre apoyar la copa en la mesa antes de beber, así que también levanté una ceja y bebí sin apoyarla. Él, sí lo hizo.

En ese momento entraron dos mujeres con bandejas, una señora que rondaría los setenta años y una chica que tendría poco más de treinta.

—Buenas noches. ¿Podemos servir la cena? —preguntó, la señora mayor.

—Sí, gracias, Carlota —dijo, Eleonora.

Carlota le hizo una seña a la chica y comenzaron a disponer la comida en la mesa.

Cenamos en un ambiente bastante tranquilo. La comida estaba riquísima y, sobre todo, charlamos Eleonora y yo porque Tanner apenas participaba. En un determinado momento el teléfono de él sonó, se disculpó y salió del salón. Eleonora lo miró con mala cara, pero él ni se inmutó. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, su madre suspiró.

—¿Cuánto hace que se conocen? —preguntó.

—No mucho, apenas unas semanas —respondí, y ella abrió los ojos como si mi repuesta la sorprendiera.

—Curioso.

—¿Curioso?

—Nada, nada —dijo, haciendo un gesto con la mano como para restar importancia a su comentario—. Discúlpame si en algún momento te sientes incomoda, te aseguro que su comportamiento tiene una explicación. Comprendo que si tienes una familia tan unida te debe sorprender el trato que tiene Tanner para conmigo —afirmó, con tristeza.

—Yo no soy nadie para sacar conclusiones ni opinar, Eleonora.

—Daría todo lo que tengo por el cariño de mi hijo, pero mucho me temo que me iré de este mundo sin saber lo que es ser amada por él.

La tristeza que me trasmitió fue tal que no pude evitar tomarla de las manos.

—Yo no conozco nada de la vida de Tanner ni de la tuya, pero dudo mucho que él no te quiera. Si fuera así, ni siquiera se tomaría la molestia de venir a verte.

—Gracias por tus palabras, Daryl. Me gustaría tanto tener una charla a solas contigo.

—No creo que sea buena idea.

—Lo sé, discúlpame. Lo único que te pido es que le tengas paciencia. Te aseguro que es un buen hombre, un poco terco, pero de buen y noble corazón. Quizás Tanner haya cerrado su corazón por culpa de… —dijo, negando con la cabeza, y añadió—: pero tengo fe en que algún día se dé cuenta de lo equivocado que está.

Sus palabras me dieron un escalofrío. ¿Tanner tenía el corazón cerrado a los sentimientos? ¿Sería por culpa de un amor no correspondido? ¿Por eso levantaba barreras al romance? Todos necesitamos erigir alguna barrera para sobrevivir al mundo, como un escudo de protección, pero tenía claro que las barreras concernientes a las relaciones eran mucho más difíciles de derribar. Cuando decidíamos construirlas las hacíamos capaces de resistir huracanes porque si caían nos dejaban vulnerables y débiles. Me sentí desanimada y me dominó la decepción, pero hice un gran esfuerzo por mantener la compostura.

Unos minutos después, Tanner volvió y el resto de la cena transcurrió igual. Con Eleonora charlando conmigo de nimiedades y con Tanner participando lo necesario. Muchas veces ni siquiera levantaba la mirada de su plato y otras me miraba pensativo como si estuviera reflexionando sobre algo, mientras su madre lo observaba atentamente y, muchas veces, parecía sonreír.

Cuando llegó la hora de irnos, Eleonora me volvió a dar un gran abrazo.

—Gracias por venir, corazón. Fue un verdadero placer conocerte y pasar este rato tan agradable contigo. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Gracias, Eleonora. También fue un gusto para mí —dije, y no mentía, porque me había parecido una gran mujer.

—Gracias a ti también, Tanner. ¿Nos vemos la próxima semana?

—No lo sé, te lo confirmo después. Adiós, Eleonora.

Se saludaron de la misma forma que cuando habíamos llegado y salimos de la casa dirigiéndonos al coche. Cuando ambos estuvimos dentro miré hacia la puerta de la casa y la encontré mirándonos con una sonrisa triste. Levanté la mano y la saludé, ella hizo lo mismo.

Durante los primeros minutos del trayecto, el silencio entre nosotros pareció impenetrable. Y esperé… esperé… esperé a que él decidiera decir algo, pero al final fui yo quien habló.

—Tu madre es un encanto.

Giró y me miró con seriedad.

—Si tú lo dices.

—Conmigo lo fue. En todo momento me hizo sentir bienvenida en su hogar —dije, y me pareció escuchar un bufido de su parte, así que giré en el asiento para poder mirarlo y decir lo que pensaba—. No sé para qué me invitaste. Él único que me hizo sentir incómoda fuiste tú. Apenas hablaste más que unas pocas frases e hiciste algún gesto de asentimiento. Debes haber hablado más con la persona que te llamó por teléfono que con nosotras. No sé cuál es el problema que tienes con tu madre ni pretendo que me lo digas, pero no entiendo para que

insististe en que viniese. —Volví a girar y quedé mirando al frente.

Nuevamente un silencio tenso se apoderó de nosotros, solo se escuchaba el ruido del tránsito a nuestro alrededor. Estaba en medio de mi disertación mental cuando escuché que exhaló.

—Ni siquiera yo sé por qué te pedí que me acompañaras —afirmó, pero no me miró.

—Mira, Tanner, me gustaría entenderte, pero me lo pones muy difícil porque realmente no sé nada de ti y no pareces dispuesto a compartir nada de eso conmigo. Te he contado todo lo que querías saber sobre mí, pero tú no me has dicho nada relevante sobre ti. Creo que, para evitar malentendidos, lo mejor es que me cuentes un poco de tu vida.

—No me gusta hablar mucho de mi familia, si te refieres a eso.

—No me refiero solo a tu familia, no sé nada de tu vida, nada. Por ejemplo, ¿has estado casado, comprometido, de novio, enamorado? —pregunté, recordando las palabras de su madre.

—No.

—¿Tienes amigos?

—Pocos —respondió, y yo no pude evitar suspirar ante sus escuetas respuestas, pero si esa era mi oportunidad de conocerlo, no pensaba detenerme.

—¿Te gusta tu trabajo? ¿A qué se dedica tu empresa?

—No entiendo por qué todo este cuestionario. ¿También quieres mi número de identificación, mi carné de salud?

—No necesitas ser sarcástico —señalé, obligándome a guardar la compostura.

—¿Qué pretendes con todo esto? —preguntó, con el rostro rígido.

—Solo pretendo conocerte mejor. Si queremos que lo nuestro funcione…

Giró el rostro para mirarme y su mirada fría me detuvo el corazón por un instante.

—¿Lo nuestro funcione? ¿Funcione para qué? —preguntó, con ironía, y volví a sentir el agudo ardor del aguijón de la desilusión, ese que se siente cuando los sueños se rompen, cuando estallan en tu cara en mil pedazos.

Evidentemente nada iba a funcionar porque para él no había nada. Como me había hecho saber su madre, él tenía su corazón cerrado.

—Detén el coche.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Detén el coche, ¡ahora! —grité.

Me miró como si estuviera loca, pero aparcó en la calle en la que estábamos transitando. Apenas el coche se detuvo, solté el cinturón de seguridad y me bajé. No tenía ningún plan, solo quería alejarme de él.

—¡Entra al jodido coche, Daryl! —gritó, y supuse que estaba asomándose por la ventanilla porque el grito fue potente.

Ni siquiera lo miré. De espalda como estaba a él, simplemente hice un gesto grosero levantando mi mano derecha y mostrándole el dedo medio levantado. Seguí caminando rápidamente. Levanté la vista y vi que venía un taxi, así que le hice seña para que se detuviera. El taxi se orilló donde yo estaba y subí rápidamente. Escuché la puerta de un coche abrirse y

cerrarse e imaginé que Tanner había salido del suyo, pero le di mi dirección al conductor y le pedí que me llevara lo más rápido posible, un ruego que de inmediato acató. No pude evitar mirar hacia atrás. Tanner estaba de pie en la mitad de la calle, a unos metros de su coche y miraba el taxi alejarse con incredulidad.



Cuando llegué a mi piso estaba presa de una extraña sensación de angustia. Desde hacía unas semanas sentía que vivía en una especie de montaña rusa emocional y, para más, que me había subido a ella sin cinturón de seguridad. Desde que lo conocía me sentía así. No sabía que pensar de él. Seguía sintiendo que Tanner ocultaba algo y su forma de ser no ayudaba a aliviar mis temores. Estaba convencida que no quería entrar en una relación sin sentido, así que, si para él no éramos nada, mejor que lo que fuera que teníamos quedara allí.

Me dolía la cabeza y… el alma.

Capítulo 11

«Y que tu vida sea un ejército de gente que tire de la cuerda y desate el nudito.»
—Anónimo



Un poco más de una semana había pasado desde la última vez que había visto a Tanner, aquella noche en la que habíamos visitado a su madre.
Lo echaba de menos…

A mi tristeza por nuestro alejamiento se sumaba la preocupación por la mala situación financiera de la empresa. Aún no habíamos tenido confirmación ni de la empresa de San Francisco ni de la empresa Bornos, que eran los dos grandes proyectos que podían traernos un poco de alivio financiero. Si la situación seguía así, para mejorar la rentabilidad tendríamos que considerar rebajar la plantilla de empleados, y nos negábamos a dejar sin trabajo a esas personas, así que seguíamos luchando día a día para poder revertir la crisis.

Estaba en mi oficina y mi teléfono sonó. Era Lori. Ella estaba al tanto de todo lo que había sucedido con Tanner y tenía claro que yo no estaba pasando por mi mejor momento.

—Hola, Lori.

—Hola, perdida. ¿En qué andas?

—Estoy en la oficina revisando un diseño. ¿Y tú que haces?

—También estoy trabajando, pero tengo ganas de verte y charlar. Podríamos salir esta noche, es viernes. Quizás alguno del grupo se sume.

Estaba un poco desanimada, pero estar con amigos, reír, hablar de todo y de nada, siempre era un plan divertido y en algunos casos hasta terapéutico. Mis amigos eran gente con un entusiasmo sincero y contagioso que te terminaban levantando el ánimo. Como había leído alguna vez, ellos eran mi «vitamina». Ellos «*tiraban de la cuerda y desataban el nudito*». Mis amigos y mi familia eran ese gran ejercito que desataba todos mis *nuditos*.

—Me parece una idea genial. Podemos salir a cenar y después ir a alguna disco.

—Perfecto. Envío un mensaje al grupo así vemos quienes se prenden y elegimos el lugar.

—Gracias, Lori —dije, sabiendo que mi amiga lo hacía, más que nada, porque quería que me olvidara de Tanner. Lori era incapaz de quedarse de brazos cruzados cuando creía que sus amigos estaban pasando alguna dificultad.

—Nada que agradecer. Tienes claro que soy una entrometida de mierda.

—Eso es algo que hacen los buenos amigos.

—Eres mi hermana y quiero verte bien. Yo sé que este momento no es fácil, pero te prometo que se supera.

—Seguro que sí.

—¡Y hoy vamos a divertirnos en grande!
—¡Bien hablado, Lori! Te quiero.

Después de un día agotador, llegué a mi piso decidida a recargar energía junto a mis amigos. No voy a mentir, el recuerdo de Tanner me acompañaba día y noche, pero en el fondo de mi ser sabía que era inevitable que ocurriera la separación, no se puede mantener una relación cuando hay tantos secretos. Tarde o temprano tenía que ocurrir y en nuestro caso, todo había sido tan intenso, que hasta era lógico que el final hubiera sido tan rápido.

Lori había logrado que casi todos nuestros amigos confirmaran su presencia esa noche en la Disco Bar «In The Shadows», pero esa vez, nada de *karaoke*, iríamos a la zona de la discoteca.

Después de la ducha caminé hacia el armario y elegí un vestido rojo y corto. Esa noche quería verme bien, quería sacudir la tristeza y volver a sentirme atractiva. Me dejé el pelo suelto, pero lo sujeté de lado y me esmeré con el delineador y la máscara de pestañas.

Cuando salí de casa me sentía segura, pero en el trayecto varias veces estuve por girar y volver a mi piso para meterme en la cama y olvidarme del mundo, pero no lo hice. Llegué al lugar, que, como siempre, estaba atestado de gente, y subí la gran escalera para llegar a la zona de la discoteca. Apenas puse un pie allí comencé a buscar alguna señal de mi grupo de amigos y los divisé enseguida. Había demasiadas personas y el trayecto hacia ellos se me hizo complicado. Tuve que ir abriéndome paso entre toda esa gente que se movía extasiada al ritmo de la música. Esa misma música estridente, las luces LED en las paredes y la pista sumadas a las esferas de luces que se movían al ritmo de la música, volvieron a provocarme unas inmensas ganas de salir de allí y volver a la comodidad de mi cama, pero tampoco lo hice.

Los gritos de mis amigos, las risas y la alegría me convencieron de que estaba en el mejor lugar.

—Ya estaba por ir a buscarte. No te tenía mucha confianza —dijo, Lori, acercándose para que la pudiera escuchar.

—Ya ves que estoy aquí —dije, pero sabiendo de que no estaba tan equivocada porque había estado a punto de cancelar los planes—. Gracias por todo, Lori —dije, sabiendo que entendería mi agradecimiento y Lori asintió con la cabeza.

—Daryl, toma una cerveza —dijo, Robert, acercándome una.

—Gracias.

—¡Vamos todos a la pista! —gritó, Leandro, encaminándose hacia allí mientras era seguido por todo el resto del grupete, incluyéndome.

Mi grupo se apoderó de la pista de baile y, no solo porque éramos muchos, sino porque éramos la sensación. Mis amigos siempre lograban eso. Era un grupo divertido y extrovertido que disfrutaba del baile y de estar juntos. Sin darme cuenta me dejé llevar por toda esa alegría y me olvidé de la pena que sentía en el corazón.

Estábamos bailando y noté que Lori me hacía señas con gestos raros que no lograba entender. Creo que al ver mi cara de confusión decidió venir a mi lado y decirlo en forma directa.

—Eros viene hacia aquí, pero no te preocupes porque no veo a su primo.

Desde que escuché «Eros» y «su primo» en la misma oración, mis oídos colapsaron y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No pude llegar a decirle nada a Lori porque la voz de Eros me lo impidió.

—¿Cómo andan las mujeres más bonitas y sensuales del lugar?

—¿Del lugar? —preguntó, Lori—. Pues te quedas corto, Eros, somos las más hermosas y sensuales y punto —afirmó, Lori, logrando que Eros largara una carcajada.

—No lo voy a discutir. Cuando tienes razón, tienes razón —dijo, luego me miró y agregó—: Y tú, ¿por qué estás tan callada? ¿Sigues enojada conmigo?

—Todo eso está en el pasado. Ya pasé página, Eros —dije, mirándolo con seriedad y para que entendiera que no quería hablar de nada relacionado con su primo.

Eros me miró y solo asintió.

—¿Puedo entonces invitarte a tomar una copa? Por supuesto, siempre que Lori no se moleste. Solo necesito comentarte algo.

—A mí no me molesta en absoluto —dijo, Lori, e inmediatamente se alejó.

—¿Sobre qué quieres hablar? ¿Entendiste que no quiero hablar de tu primo?

—Me dijiste que pasaste página, pero creo que no lograrás cerrar la historia hasta que le encuentres un sentido al porqué de las cosas.

—Estás equivocado. Ya cerré la historia. Además de Celestina ¿ahora también eres consejero sentimental? —ironicé.

—Entiendo tu malestar, pero, de verdad, ¿comprendes lo que sucedió entre ustedes? ¿Comprendes lo que le sucede a Tanner? —cuestionó.

Lo miré sin entender lo que me quería decir, pero no pensaba quedarme callada ni escuchar nada sobre su malhumorado primo.

—¿Cómo puedo comprenderlo si tu primo evitó todo el tiempo hablar de él y de todo lo que lo rodea? Lo único que se molestó en aclarar es que no quiere mantener ningún tipo de relación sentimental y que no éramos nada —afirmé.

Eros me miró sorprendido, pero luego me tomó del brazo.

—Daryl, por favor, acompáñame a un lugar más tranquilo y charlemos unos minutos, te prometo que no te quito más que eso.

—¿Todo bien por aquí? —Y ese fue Robert que se acercó a nosotros y miró a Eros con mucha seriedad.

—Sí, todo bien, Robert. Gracias —respondí, y Robert siguió mirando con seriedad a Eros por unos segundos, luego me miró y se alejó—. Está bien, solo tienes unos minutos.

Eros apoyó su mano en la parte baja de mi espalda y me guio hasta un lugar más tranquilo y silencioso. Nos sentamos en unos sillones que estaban vacíos y alejados de la pista de baile.

—Si quieres saber lo que le pasa a mi primo, no inventes escenarios en tu mente y pregúntame todo lo que quieras saber. Te aseguro que voy a ser sincero porque los quiero ayudar a resolver lo que sea que los separa. Mi primo está mal, realmente lo veo mal, está sufriendo... por ti.

—¡No inventes, Eros! Si le sucede algo te aseguro que no es por mí —exclamé, porque lo que me faltaba era que me mintiera para justificar el comportamiento de su primo.

—Para que entiendas cómo funciona su cabeza, debes escuchar varias cosas de su vida. Tanner es todo un enigma, pero tiene sus motivos.

—En realidad, no quiero escucharte. Vine para divertirme con mis amigos, no vine para

descifrar el enigma de tu primo —dije, poniéndome de pie.

—Me prometiste escucharme unos minutos.

—Y lo hice, pero solo he escuchado mentiras.

—Te aseguro que no —dijo, negando con la cabeza—. Siéntate, por favor —pidió, con una seriedad muy impropia de él.

—Eros…

—Por favor, Daryl —suplicó.

Al verlo tan preocupado una ola de angustia me subió hasta la garganta formándose un nudo difícil de tragar. Volví a tomar asiento y lo miré con seriedad.

—Te escucho.

Me miró por unos segundos, finalmente, suspiró.

—Aunque no lo creas, Tanner no ha tenido una vida fácil. Su padre es un hijo de puta sin escrúpulos que envenenó su corazón con mentiras, lo alimentó con odio y rencor. Bajo su tutela desapareció el amor por su madre y la confianza por el resto de las mujeres. Mi primo cerró su corazón y su alma y no permite que nadie escarbe en ellos. Solo confía en su padre, aunque ese maldito no merezca el respeto de nadie.

»Mi tía Eleonora guardó un gran secreto para proteger a su hijo, a la única que se lo confió fue a mi madre, que es prima de ella y se quieren como si fueran hermanas. Mi madre me lo confesó solo a mí para que me acercara a Tanner y no estuviera tan solo, para que lo entendiera y me pudiera ganar su confianza, pero me hizo prometer que nunca diría nada. Estoy rompiendo una promesa sagrada, pero lo hago porque estoy convencido de que es lo mejor para él y para ti, además de que te conozco y sé la clase de persona que eres. Confío en ti, Daryl —afirmó, y yo asentí con la cabeza.

»Quiero que mi primo sea feliz, se merece ser amado y amar, se merece paz en su corazón y espero que contándotelo puedas comprender su comportamiento y… quien sabe —dijo, y me miró, pero yo me mantuve en silencio.

»Los padres de Tanner se separaron cuando él era muy chico y su padre se lo llevó con él. Te preguntarás como su madre lo permitió, bueno, no tuvo otra opción porque la amenazó con la seguridad de su propio hijo.

Exhalé cuando me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento. No salía de mi asombro.

—¿Su propio padre amenazó su vida? ¿Él lo sabe?

—Sí, a la primera pregunta, lamentablemente, no, a la segunda. Eleonora ha prohibido que su hijo se entere de los motivos que la llevaron a dejarlo ir con su padre, aunque eso haya sido el principio del fin de la relación entre ellos.

—No entiendo, pero si su padre no lo quería, ¿para que se lo llevó?

—Para criarlo según sus preceptos, seguir consiguiendo todo lo que quería mediante amenazas y, por supuesto, alejarlo de su madre y ponerlo en su contra, porque mediante mentiras logró que Tanner la rechace. Creo que la sigue viendo porque, aunque él lo niegue, todavía tiene algo de compasión.

—Eso es horrible. ¿Por qué su padre hizo esa maldad? —pregunté, horrorizada, y comprendí los motivos de la frialdad con la que trataba a Eleonora y sentí una gran pena por ambos.

—Amadeo Cappellari era un seductor nato y un donjuán dispuesto a todo para conquistar a una mujer que lo mantuviera. No tuvo reparos en utilizar todos los recursos a su alcance para lograr conquistar a Eleonora, y lo hizo. Logró enamorarla y casarse con ella.

—¿Era? ¿Murió?

—Lamentablemente sigue vivo, hablé en pasado porque a la edad que tiene ahora ya no tiene todas esas herramientas de seducción que tenía en su juventud, aunque sigue siendo un mujeriego sin escrúpulos.

—Sigo sin entender como Tanner no se da cuenta de la situación.

—Mi primo cree, porque es lo que siempre le dijo Amadeo, que su madre los abandonó para disfrutar de su vida con amantes y, cuando comprendió lo que eso significaba, rechazó a Eleonora y solo quería agradar a su padre a como diera lugar. Amadeo lo convirtió en una persona fría y desconfiada, además de ambicioso. Hoy por hoy, ellos viven para la empresa, para generar y acumular riquezas materiales sin importar el costo.

—¿La empresa es de su padre?

—Por supuesto que no. La empresa es de la familia de Eleonora, pero Amadeo también logró sacarla de allí y la maneja junto a Tanner. Ellos no están divorciados, él nunca quiso eso, pero Tanner cree que es porque su padre sigue locamente enamorado de su madre. Cree que aún sufre el abandono de su amor. ¿Puedes creerlo?

—Parece una película.

—Película de terror. ¿Ahora puedes entenderlo un poco?

Suspiré.

—Te agradezco que hayas confiado en mí y puedes estar tranquilo que jamás hablaré de esto con nadie, pero con respecto a nosotros, nada cambió. Puede que ahora entienda su forma de ser introvertida y desconfiada, pero comprenderás que con lo que me has dicho, confirmo que para él solo fui una mujer que usó para… la cama. Supongo que Tanner es un descreído de las mujeres y mucho más del amor.

—Sí; cree que los sentimientos están sobrevalorados. Pero contigo le sucede algo distinto. Nunca vi a Tanner tan… tan confundido.

—¿Confundido?

—Sacudiste su mundo, Daryl. Lo sacaste de su caja. Te aseguro que estuviste cerca, muy cerca.

—¿Cerca de qué? —pregunté, y en ese momento la confundida era yo.

—Cerca del gimnasio al que vamos, te aseguro que es un muy buen *restaurante*. ¿Te parece ir en estos días? —dijo, Eros, y yo lo miré sin entender nada y sin saber por qué el cambio brusco de tema, pero enseguida lo entendí al escuchar su profunda y seria voz.

—¿Interrumpo algo?

El corazón se me aceleró tanto que pensé que se me saldría por la boca. Tanner estaba allí. Miré a Eros que miraba por encima de mi hombro y se notaba tenso, aunque inmediatamente se recompuso.

—¿Algo? Como habrás visto interrumpes nuestra conversación —dijo, Eros, sonriendo y volviendo a su actitud desenfadada.

No podía quedarme dándole la espalda, así que volteé para enfrentarme a él. La luz del lugar

era bastante escasa, pero me dio la sensación de que algo había cambiado en él, parecía distinto. No sé si como estaba al tanto de su triste historia lo miraba con otros ojos, pero me pareció que su mirada parecía menos lejana, quizás confundida y hasta estaba un poco ojeroso, aunque atractivo y *sexy* como siempre.

—¿Cómo estás, Tanner?

—Ya ves que bien y, por lo que veo, tú también —respondió, con frialdad.

—Si me disculpan, tengo que ir a buscar algo —dijo, Eros, y ambos lo miramos, pero se puso de pie y se fue tan rápido como le fue posible sin darme tiempo a reaccionar ni a decirle nada.

Volví a mirar a Tanner y lo encontré observándome.

—Creo que es mejor que yo también me vaya —dije, abandonando el sillón.

—No… ¿puedes quedarte un minuto? Por favor —preguntó, con la voz llena de incertidumbre.

Realmente parecía vulnerable, perdido, algo que hasta la fecha jamás habría podido decir de él y, esa actitud, sumada a lo que recién me había enterado sobre su historia, me estrujaron el corazón. Lo volví a mirar a los ojos y me pareció que en ellos se reflejaba una tristeza infinita. Amaba a ese hombre y no podía verlo así. Quería ayudarlo, cuidarlo, pero también sabía que no debía, que no me correspondía. Me sentí impotente y tuve que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas, pero no pude evitar lo que hice a continuación. Mis brazos rodearon su cintura y lo abracé fuerte, apoyando mi cabeza en su pecho. Noté la sorpresa que le provocó mi actitud, pero en un segundo sus brazos me rodearon y me estrechó contra su cuerpo. La conexión fue inmediata. Se sentía tan bien, como si mi cuerpo solo encajara en sus brazos, como si mi cuerpo lo reconociera. Su aroma, la manera en la que mi cuerpo respondía al suyo y viceversa. Con él todo era intenso y perfecto.

—Está todo bien, Tanner —afirmé, porque no quería que se sintiera culpable por nada, ya tenía una historia demasiado pesada sobre su espalda.

—No quiero hacerte daño —dijo, besando mi cabello.

—Yo tampoco.

—Te… te… he echado mucho de menos —dijo, al fin, y noté lo mucho que le costó decir esas palabras, y después de lo que me había dicho Eros, esa frase era la que menos me esperaba.

Yo también lo había echado mucho de menos. Cuánto le había añorado, porque no poder estar con él dolía. Dolía mucho. Tan profundamente enamorada estaba que la declaración casi se me escapaba por los labios, y tuve que cerrarlos con fuerza para no confesárselo, pero fui incapaz de soltarlo a él. Cuando estaba en sus brazos, el mundo a mí alrededor dejaba de importar.

Pero importaba.

Ahora sabía que él no quería una relación sentimental, y yo, sintiendo el amor que sentía por él, no quería menos que eso.

Suspiré.

—Te ves cansado —dije, alejándome un poco para mirarlo y sin mencionar nada sobre su comentario.

Tanner sonrió sin ganas, me miró, acercó sus labios a mi frente y depositó un largo beso en

ella.

—Estoy cansado, Daryl, no te imaginas cuánto. Creo que tú eres la única persona que logró y logra verme, verme de verdad —dijo, volvió a besar mi frente y luego me miró—. Cuídate y sé feliz. Te aseguro que yo no soy tu felicidad… ni la de nadie.

Me soltó, giró y se fue. Me quedé allí, abrasando mi soledad mientras lo veía alejarse. Mi corazón se partió en mil pedazos.

—Lo eres, Tanner. Lo eres porque te amo.

Y a pesar de que era nuestra despedida, yo sabía que guardaría ese momento como el más íntimo que habíamos compartido.

Capítulo 12

«Me entenderás... cuando te duela el alma como a mí.»
—Frida Kahlo



Volví con mi grupo de amigos, pero la diversión se había acabado para mí. Me sentía profundamente triste, derrotada y no tenía fuerzas para seguir ocultando mi estado de ánimo, así que tomé una mala decisión. Tenía claro que emborracharme no era la solución porque cuando saliera del adormecimiento que provocaba el alcohol, Tanner seguiría en mi mente y… en mi corazón. Pero…

—¡Al diablo con todo! —exclamé, y pedí lo más fuerte que servían allí y comencé a beber para relajarme, para divertirme con los demás y para acallar la tristeza. No quería llorar en el hombro de ninguno de mis amigos, no les arruinaría la diversión.

No sé cuánto tiempo pasó ni cuanto alcohol me metí en el cuerpo, pero logré mi cometido y, aunque la tristeza seguía allí, podía reír de cualquier cosa.

El problema fue que, aunque había conseguido reír y la voz de mi cerebro había perdido fuerza, la voz de Lori se oía más fuerte de lo habitual.

—¡Ya es suficiente alcohol! —exclamó, sacándome la copa de la mano.

—Hey, hey, hey devuélvemeeeelaaaa.

—Daryl Domenech, ¡basta! No me gusta el papel de la amiga que reprende, esa siempre eres tú, así que no colmes mi paciencia, la cual, te juro, pende de un hilo —insistió, ya claramente enojada y arrugando el entrecejo.

Ver a mi amiga en esa postura hizo que mi sonrisa se ensanchara y terminara largando una carcajada de borracha.

—¿Qué está pasando aquí? —Y ese fue Robert que se acercó a nosotras y me miró con seriedad.

—Robeeeerrrrt. Brinda conmigooooo porque Loriii es una amargadaaaaa.

—¿Daryl, achispada? —preguntó, mi amigo, y su cara de desconcierto hizo que a mí se me escapara otra carcajada.

—¿Achispada? ¡Qué está borracha como una cuba! —gritó, Lori.

—Hay que sacarla de aquí y llevarla a tu casa o a la mía —dijo, Robert y se acercó para abrazarme y tratar de levantarme del sillón—. Vamos, preciosa, hora de irse.

—¡Noooo! Nooo zzzeeean taaaan amargadooooozzz.

—Vámonos, Daryl. Necesitas tomar aire, preciosa —insistió, Robert, y esa vez me tomó en sus brazos y al verme elevada solo pude largar otra carcajada.

—¡Saca tus manos de ella, ahora! Tú no vas a ninguna parte con Daryl, ella se va conmigo.

La voz grave que sonó detrás de mí me paró el corazón y creo que dejé de respirar. A pesar de la nebulosa que el alcohol había formado en mi cerebro, pude reconocer esa voz, la reconocería entre un millón y aunque estuviera dormida o borracha como en ese momento. Esa voz era única para mí. Miré a Robert que miraba por encima de mi hombro y pude notar que fruncía el ceño.

—¿No escuchaste lo que dije? —insistió, Tanner.
—¿Y quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?
—Robert —dijo, Lori, poniendo una mano sobre su hombro—. Deja que Daryl se vaya con él. Te aseguro que es lo mejor. La borrachera de nuestra amiga se debe al señor. Dejemos que solucionen lo que tengan para solucionar, si es que hay algo que se pueda solucionar. Ya es hora de que hagan algo.

Giré la cabeza para mirarlo. Y el lugar se convirtió en una nebulosa de humo, colores que se volvieron intensos, música ruidosa y… sentí que todo giraba. La cabeza comenzó a darme vueltas. Tanner se movía en cámara lenta hacía mí. Mirándolo noté que se me empañaba la visión hasta que… todo se volvió negro. Lo último que escuché fue la voz de Tanner diciendo mi nombre.

—¡Daryl!



Aunque todo estaba en silencio sentía que la cabeza se me partía de dolor, que me iba a estallar. Abrí lentamente los ojos haciendo un gran esfuerzo porque los parpados me pesaban horrores, pero las luces estaban apagadas, aunque algo de luz entraba por el ventanal… que no era mi ventanal. Por un momento me sentí tranquila, por más que no era mi dormitorio, me resultaba familiar.

—¡Maldición! —exclamé, al reconocer el dormitorio.

Hice un escaneo rápido del lugar. Estaba en el dormitorio de Tanner, pero él no estaba. Me incorporé en la cama y sentí como si me hubieran dado un golpe en la nuca. ¿Qué me sucedía? Poco a poco empezaron a llegar a mi cerebro imágenes fragmentarias de la noche en la Disco «In The Shadows». Mi conversación con Eros y luego con Tanner, mi dolor al despedirnos, mi borrachera… catastrófica.

—¡La borrachera! ¿Qué hice? —Me cuestioné, en voz alta.

Me miré el cuerpo y vi que llevaba puesta una camiseta blanca de algodón y también tenía puesta mis bragas. Subí la camiseta y vi mi sujetador en el lugar que debía estar, pero nada más, esas eran las únicas prendas que llevaba sobre mi cuerpo. Inmediatamente miré el piso porque con la prisa y la lujuria, habitualmente dejábamos toda la ropa tirada. En el piso no había nada, pero al levantar la vista divisé mi vestido prolijamente colocado en una silla y al lado de ésta mis sandalias. Me inquietaba no recordar cómo había llegado allí y no saber si había pasado algo con

Tanner.

Aparté las sábanas y apoyé los pies en el suelo. La cabeza volvió a punzar. Tomé el vaso de agua que estaba sobre la mesa de noche y lo bebí lentamente. El agua fresca me revivió un poco.

—No vuelvo a beber alcohol en toda mi vida —susurré.

—Harías bien en no hacerlo.

El corazón me dio un brinco y de pronto los pulmones se me encogieron, no podía respirar. Levanté la mirada y allí estaba él, de pie en la puerta del dormitorio, apoyando un hombro en el marco y con las manos en los bolsillos de unos *jeans* desgastados que le quedaban de vicio, el pecho y los pies totalmente desnudos, el pelo mojado y un miraba seria y fija en mí.

¡Por Dios! ¿Por qué era tan condenadamente perfecto?, me pregunté.

—Buenos días, Daryl. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, sin moverse del lugar.

—Creo que me va a estallar la cabeza.

—Lo normal cuando te emborrachas de la forma en que lo hiciste. No deberías beber así —dijo, con el ceño fruncido.

—No acostumbro a beber así, creo que es la primera borrachera de mi vida —dije, porque si bien alguna vez había bebido hasta estar un poco mareada, jamás había perdido el conocimiento.

—¿Por qué bebiste tanto?

No pensaba responder esa pregunta.

—Mejor respóndeme ¿por qué estoy aquí? ¿Qué hago en tu cama? ¿Por qué me desvestiste? Porque imagino que fuiste tú —dije, esperando a que me diera todos los detalles y, aunque seguramente eran vergonzosos, quería saber todo lo que había olvidado.

—Muchas preguntas, pero puedo responderlas. Estás aquí porque, en tu estado, no podía dejarte sola en tu casa; estabas en mi cama porque quería quedarme a tu lado —dijo, sonrió y añadió—: por si durante la noche te encontrabas mal; y ¿cuál era la otra pregunta? —consultó, pero no me dio tiempo a decírsela—. Ah si… te desvestí porque quería que durmieras cómoda. Ya te he visto desnuda, te aseguro que me sé tu cuerpo de memoria, aunque te prometo que esta vez no te desnudé.

Bufé.

—Muy bien, me rindo. Con el alcohol que he ingerido no soy capaz de reprocharte nada. Así que… gracias por preocuparte por mí. Lo que no entiendo es por qué mis amigos no me ayudaron.

—Lo hicieron —dijo, y comenzó a caminar hacia mí haciendo que mi corazón comenzara a latir aceleradamente—, pero yo no permití que tu amigo te llevara.

—¿Mi amigo? ¿De quién hablas?

—De ese amigo con el que te vi en la ópera. No podía permitir que él te llevara. No pude… —No terminó la frase, solo negó con la cabeza, y yo sentí que una gran euforia se apoderaba de mí.

Se sentó en el borde de la cama, a mi lado, y me miró a los ojos. Sin apartar sus ojos de los míos, estiró su mano y, con mucha delicadeza me metió un mechón de pelo detrás de la oreja y luego atrapó mi barbilla entre sus dedos. El corazón ya me latía a un ritmo vertiginoso y ni que hablar del estómago, nuevamente esa sensación de haber sido invadido por miles de mariposas.

Tanner me seguía mirando intensamente y, sin poder evitarlo, deslicé mi mirada hasta posarla en sus labios. En ese momento ya no me importaba nada, no me importaba qué era lo correcto y qué no, solo quería besarlo y olvidarme del mundo. Amaba a ese hombre complejo y lo deseaba con desesperación. Lo iba a besar… no me importaban las consecuencias, pero cuando me había decidido, su voz me detuvo.

—¡A la mierda todo!

No hicieron falta más que esas palabras, ambos lo deseábamos. Me tomó el rostro entre sus manos y pude notar el temblor de ellas al sostener mis mejillas, me miró y unió sus labios a los míos con ansias. Y el mundo desapareció y el tiempo se detuvo. Era un beso apasionado, ese beso que habíamos anhelado, ese beso que era lo único que se sentía correcto. Nos explorábamos toda la boca como si buscáramos la esencia del otro. Nos devorábamos. Era la conexión perfecta, esa conexión que solo había logrado con él. Sin dejar de besarme, metió la mano bajo mi camiseta y acarició mi piel. Ambos gemimos y Tanner se echó hacia atrás para tumbarse por completo en la cama, conmigo encima de su cuerpo. Mis manos acariciaban su pecho duro y terso, y las suyas tironeaban de mi camiseta para tratar de sacármela. Para ayudarlo con eso, tuve que hacer el esfuerzo de separarme para que me la sacase por la cabeza. Luego de eso me desprendió el sujetador y me lo sacó. Necesitábamos sentirnos piel con piel.

—No te imaginas lo que he deseado este momento —susurró, jadeante—. No dejo de pensar en ti, te tengo en todo momento en mis pensamientos. ¿Qué me hiciste, Daryl?

—Yo también me siento así, Tanner. Te he echado mucho de menos.

—Quiero enterrarme en ti. Quiero hacerte mía. Quiero que grites mi nombre y ver tu cuerpo deshacerse en mis brazos.

Giró con rapidez, dejándome entre él y el colchón, me dio un largo y ardiente beso y luego se puso de pie para bajar la cremallera de su pantalón y sacárselo ágilmente. No pude evitar gemir de anticipación cuando estuvo desnudo ante mí. Deslizó lentamente sus manos por mis largas piernas, hasta que llegó a mis tobillos, donde se detuvo. Apoyó sus labios en ellos y su boca hizo el camino inverso al de sus manos, primero en la pierna derecha y luego en la izquierda. Mis gemidos eran incontrolables y mi cuerpo ardía con sus besos y caricias. Cuando su boca llegó a mi monte de Venus, metió la cabeza entre mis piernas y mis pensamientos se nublaron. Sentía su cabello sedoso entre mis dedos y creí que moriría de placer. Y… el mundo colapsó y grité su nombre, presa de un orgasmo demoledor.

—¡Tanner!

Aun estando en la nebulosa del orgasmo, pude ver que Tanner se acomodaba entre mis piernas. Sin apartar su mirada de mis ojos, empujó lentamente y se deslizó en mi interior hasta el fondo. Durante unos segundos se mantuvo quieto, solo nos mirábamos, y en sus ojos pude ver un sentimiento tan profundo que los míos se nublaron de emoción. ¿Por qué tenía que tener esa mirada que era capaz de dejarme sin sentido? No quería ilusionarme, pero lo que había dicho ese día y la mirada de ese momento me lo ponían difícil. Es imposible vivir sin ilusionarse. Es parte de nuestro ser, parte de ser humanos. Elevé mis caderas para instarle a moverse y él sonrió, me besó y comenzó a embestirme con fuerza. Nuestros cuerpos sudorosos chocaban y el sonido que hacían se combinaba con los gemidos que salían de nuestras bocas y eso nos enardecía más. Mis

jadeos eran cada vez más elevados, los suyos también. Y, tal como él había pedido, me deshice en sus brazos. Escuché el grito de Tanner al llegar al orgasmo, escuché mi nombre. Pude abrir los ojos para mirarlo, su rostro echado hacia atrás, sus sensuales labios entreabiertos y mi nombre escapando de ellos. Sentí que el pecho se me hinchaba de emoción. Unos segundos después, su cuerpo cayó laxo sobre mí, dejando su frente apoyada en la mía. Respirábamos con tanta dificultad que parecía que el aire no llegaba a nuestros pulmones y que estábamos por colapsar. Cuando mi respiración se normalizó un poco, sujeté su rostro entre mis manos y lo besé, lo besé con todo el amor que sentía por él. Al separar nuestros labios, levantó el rostro y volvió a mirarme con la intensidad de siempre.

—¿Por qué no puedo alejarme de ti?

—¿Por qué piensas que debes hacerlo? —pregunté, aunque después de la conversación que había tenido con Eros, podía hacerme una idea de su forma de pensar y era obvio que no quería una relación estrecha porque no confiaba en las mujeres.

Con delicadeza se retiró de mi cuerpo y se acostó a mi lado. Por varios minutos permanecimos tumbados, mirando el techo. Después noté que me pasaba un brazo por encima del hombro y tironeaba de mí para que me acurrucara contra él. Antes de hablar me dio un beso en el pelo.

—No soy bueno para ti, Daryl. Por tu bien, deberías alejarte de mí. No sabes nada de mí. Si te contara de mi vida, seguramente saldrías huyendo despavorida.

Supuse que se refería a todo lo que había vivido con sus padres y a la forma en que lo había criado ese hombre, porque según lo que había dicho Eros, debido a la maldad de su progenitor, se había vuelto una persona fría, ambiciosa y rencorosa, además de pensar que todas las mujeres éramos infieles y mentirosas. Era obvio que si seguíamos juntos no tendríamos una relación fácil, pero yo lo amaba y confiaba en que mi amor lo ayudara a comprender que estaba equivocado.

—Cuando tú quieras, eres libre de contarme lo que entiendas que necesito saber, pero no te sientas presionado.

—No soy digno de ti, no soy digno de tu confianza, pero el problema es que no puedo mantenerme alejado de ti. —Su voz se fue apagando.

Me senté en la cama y lo miré con seriedad. Él me miraba, pero esa vez sus ojos trasmitían tristeza. Sin decir nada, abandoné la cama y comencé a levantar mi ropa.

—No me sorprende que te vayas, es lo mejor —afirmó, sin moverse de la cama, su único movimiento consistió en pasarse los dedos por el pelo.

—¡No me voy, idiota! No puedo creer que hayas dicho que no eres digno.

Tanner me miró con la sorpresa dibujada en su rostro y abrió la boca, pero no salió sonido alguno.

—¡Por Dios!, date un respiro —pedí, mientras me vestía.

—Es que…

—¡Es que nada! Solo quería estar vestida para confesarte algo tan importante como lo que voy a decir. Después de oírme puedes echarme de tu casa a patadas si quieres, pero tienes que saberlo y de mis propios labios. —Suspiré—. Te amo. Y no tengo por costumbre amar a personas

indignas.

Ya está, lo confesé, me dije, y hasta yo me sorprendí al escuchar lo que dije porque era la primera vez que lo hacía. Sentía que había hecho lo correcto, pero al mismo tiempo también sentía el puro y duro nerviosismo de las consecuencias de esa decisión.

Tanner me miraba como queriendo leer en mis ojos lo que había escuchado, parecía no creerlo. Estaba demasiado sorprendido y hasta parecía confundido, pero de repente, su expresión se volvió decidida. Se tiró de la cama y comenzó a ponerse los pantalones y en ese momento la desconcertada fui yo.

Oh, santa mierda. Va a salir despavorido, me dije, negando con la cabeza y casi me echo a reír, pero imaginé que si lo hacía parecería un poco trastornada. Tragué con dificultad, pero traté de mantener la calma.

—Y ahora vas a salir corriendo. Te recuerdo que estás en tu propia casa, así que soy yo quien debe irse —dije, con el tono más neutro que pude mientras miraba como se terminaba de subir los pantalones.

—No me voy, idiota —dijo, repitiendo la frase que yo había usado antes y, después de mucho rato, una sonrisa asomó en sus labios—, solo me estoy vistiendo porque no quiero estar en cueros cuando responda a tu declaración.

Se me contrajo el estómago y el corazón comenzó a latirme a un ritmo preocupante. ¿Responder a mi declaración?

Y algo te tiene que decir, idiota. Y esa fue la voz de mi conciencia que estaba muy atenta a todo lo que sucedía y, encima, sarcástica.

Tanner se acercó y me tomó el rostro entre las manos.

—¿De verdad me amas, Pecas? —preguntó, mirándome con esa intensidad de siempre.

—Yo no miento, Tanner. Jamás te engañaría ni jugaría con tus sentimientos ni con los míos —respondí, y el movió la cabeza asintiendo—. He pasado las últimas semanas tratando de convencerme de que lo que siento por ti no es amor, pero nada de lo que he hecho para alejarte de mis pensamientos ha servido. Aunque lo intento, apareces en todos mis pensamientos —dije, encogiéndome de hombros y logrando una tenue sonrisa de su boca.

—Yo no sé lo que siento por ti. Nunca estuve enamorado y ni siquiera he sentido algo parecido, pero tú me haces sentir cosas que nunca sentí en mi vida. Me vuelves loco, no puedo alejarte de mis pensamientos, te deseo de una forma demencial y no quiero alejarme de ti, además de que me enferma verte con otro, hasta siento ganas de matar a mi primo cuando lo veo cerca de ti. —Suspiró y me acarició las mejillas—. Te propongo que vayamos despacio, un paso a la vez. No nos apresuremos, pero tampoco retrocedamos. Quiero hacer las cosas bien —afirmó, mirándome con sinceridad, y luego añadió—: ¿Es suficiente para ti, Daryl Domenech?

—Es un buen comienzo —dije, porque si realmente yo le provocaba todas esas emociones, estaba segura de que era capaz de enamorarlo.

—Te prometo que pronto tendremos una larga conversación. Quiero estar a la altura de tu amor y para eso necesito arreglar algo y contarte varias cosas de mí —dijo, y yo asentí imaginando que se refería a su historia, él suspiró—. Solo te pido que me tengas un poco de paciencia y que no te rindas tan rápido conmigo.

—Está bien, pero ten en cuenta que hay veces que pones a prueba mi paciencia y te advierto

que tiene límites —dije, y sonrió tímidamente.

—¿De verdad me amas? —repitió, parecía que realmente no lo podía creer, y supuse que era porque nunca había escuchado a nadie decírselo. Por lo que me había dicho Eros, su padre no lo amaba y era frío como un tempano, y Eleonora, a pesar de que lo amaba, no se lo decía para no perder el poco contacto que tenían.

—Te amo, idiota —dije, y el largó una carcajada que me hizo terminar riendo con él.

Me abrazó fuerte y, cuando su boca se iba a apoderar de la mía, puse mis dedos sobre la de él.

—¿Qué sucede?

—Si vamos a reconciliarnos, quiero estar decente. Seguro que ahora mismo debo parecer un oso panda con toda la máscara de pestañas corrida —afirmé, y Tanner volvió a reír y el brillo de sus ojos no solo mostraba diversión, también parecía feliz y el hecho de que yo fuera la responsable hizo que mi corazón bailara en mi pecho.

—Y no te olvides del pelo —dijo, señalando mi cabeza y haciéndome llevar las manos hacia allí.

—Ni me lo digas, un desastre. Peor entonces, debo ser un oso panda que cayó en manos de un peluquero loco —dije, poniendo cara de horror y haciendo que Tanner volviera a carcajearse. Esa risa era contagiosa y, a pesar de querer mostrarme horrorizada, no pude contenerme y terminamos riendo y cayendo en la cama, abrazados.

—Te ves hermosa tal y como estás. Eres hermosa, Pecas. Además, lo más importante es que estás aquí.

El corazón me estalló de felicidad. Y ya no me importó mi aspecto ni a Tanner tampoco, solo me importaba él. La reconciliación resultó… apasionada y maravillosa. Fue de esas reconciliaciones que hacen que pienses que la pelea valió la pena. ¡Menuda y larga reconciliación!



Desayunamos después de pasar el resto de la mañana en la cama y luego Tanner me llevó a mi piso en su coche porque el mío se lo había quedado Lori. Con ella me había comunicado porque en esa mañana me había enviado muchísimos mensajes. Mi amiga estaba ansiosa por saber, no solo como estaba llevando la resaca, sino también como me había ido con Tanner, pero lamentablemente, al estar con él, no había podido ahondar en detalles y Lori había quedado intrigada y furiosa.

Me cambié la ropa por algo informal, un *jeans* y una blusa, me maquillé muy natural y me hice una coleta alta. Quería estar arreglada para que olvidara mi aspecto de oso panda de greñas alocadas que tenía esa mañana en su casa.

—¿Quieres que salgamos a almorzar? —preguntó.

—Me gustaría, pero el día está muy nublado, es probable que en un rato se largue a llover —respondí, acercándome al sillón de mi *living* donde estaba sentado.

—¿Quieres almorzar aquí? Yo no tengo problema. Además, la lluvia tiene su encanto. Podemos acurrucarnos juntos en este sillón —dijo, palmeándolo—, o en la cama. ¿No te parece un buen plan?

¿De dónde había salido ese hombre? Desde esa mañana se comportaba cariñoso, atento y hasta divertido. No era que me quejara, al contrario, me tenía fascinada, pero confieso que aún me costaba tener esa confianza con él. Todo había sucedido demasiado rápido y aún me encontraba como en alerta. Sin duda, la vida cambiaba en un latir del corazón.

—No es mala idea, aunque podemos salir y lo de acurrucarnos lo dejamos para la noche —sugerí, pero al instante me arrepentí porque él no había dicho nada de que en la noche estaría conmigo.

Tanner debe haberse dado cuenta de mi vacilación porque inmediatamente tomó mi mano y tironeó de mí para que cayera en sus brazos.

—Así que también quieres pasar esta noche conmigo —afirmó, con una sonrisa burlona.
—Quise decir que, si en la tardecita seguías aquí, podíamos ver una película —aclaré, señalando la televisión, y no pude evitar sonrojarme.
—A mí me pareció que me estabas invitando a dormir. Quieres volver a dormir pegada a mi cuerpo.
—¿Volver? ¿Anoche te acostaste conmigo? —pregunté, entrecerrando los ojos.
—Por supuesto. ¿Pretendías que durmiera en otra cama?

No sé si era mi espíritu competitivo, pero negué con la cabeza y decidí devolvérsela.

—Dado que yo estaba inconsciente, era lo que un perfecto caballero hubiera hecho.
—Ese apelativo no va conmigo. No creo ser un caballero y mucho menos perfecto —afirmó, pero en cuanto lo hizo noté que su rostro se ensombreció, fue como si hubiera recordado algo que le molestaba o dolía, y no me gustaba verlo así.
—Lo sé, por lo que propongo que cuando estemos en el sillón mirando una película, pongamos un cojín entre nosotros o algo que nos separe… así me siento a salvo de tus perversas garras.

Y logré mi cometido porque Tanner rio.

—De eso nada —afirmó, me acarició el rostro y me besó.

Fue un beso largo, pausado, dulce y profundo. Un beso de esos que dicen «te amo», aunque en este caso era solo de mi parte. Él fue el primero en apartarse, aunque dejó su frente en contacto con la mía. Ambos permanecíamos con los ojos cerrados y podía escuchar el agitado sonido de su corazón.

—Tenemos que irnos, Pecas. Si seguimos te aseguro que no paramos hasta la hora de la cena y no puedo permitir que no te alimentes.

Abrí los ojos y lo miré. Iba a decirle que saliéramos a almorzar, pero en ese momento escuchamos el sonido de un teléfono. Tanner miró hacia la mesita del living.

—Es el mío —dijo.

Me puse de pie para que él pudiera tomarlo porque yo estaba sentada sobre sus piernas.

También abandonó el sillón y tomó el teléfono. Noté que al mirar la pantalla hizo un gesto de fastidio.

—Discúlpame, es Eleonora —comentó, y se llevó el teléfono a la oreja.

Asentí con la cabeza y me dirigí a la cocina para darle privacidad, pero no habían pasado ni dos minutos cuando estaba a mi lado.

—Olvidé que había quedado en ir a almorzar con Eleonora.
—Eso es bueno, siempre es lindo pasar un rato con la familia —comenté, a sabiendas de que no era lo que él pensaba, pero quería intentar que se abriera un poco y me hablara de su madre.
—¿Familia? No considero a Eleonora así. Mi familia son mi padre y Eros, nada más. Eleonora es solo mi progenitora, pero nunca fue mi madre.

Suspiré, no era momento de tener una conversación tan profunda.

—Entiendo. Bueno… no te preocupes, nosotros podemos vernos en otro momento.
—Le dije que iría contigo —afirmó, mirándome seriamente.
—¿A almorzar con tu madre? —pregunté, abriendo los ojos como platos.
—Con Eleonora, sí.

Otra vez me invitaba a la casa de su madre. Si bien ella había sido encantadora, él se había puesto de tan mal humor que habíamos discutido hasta pelearnos.

—¿Tú quieres que vaya? Y pregunto porque la última vez no pareciste disfrutar de la cena y ya sabes cómo terminó. —Le recordé, y él se pasó una mano por el pelo y suspiró.
—Sí, lo tengo claro, pero si estaba mal no era por ti, te lo aseguro. Incluso me hiciste la cena un poco más amena.
—¿Es broma? Porque no recuerdo que tu actitud demostrara en ningún momento que la cena te resultara amena.

Tanner suspiró y sus manos asieron mis hombros.

—Es verdad, no me resultó amena, solo disfruté de estar contigo. Por eso necesito que me acompañes.
—Si a Eleonora no le molesta, yo no tengo problema —comenté, y él arqueó una ceja.
—¿Molestarle? Quedó fascinada con la idea. Ten en cuenta que a Eleonora no le interesa mi compañía ni a mí la de ella. No sé para que insiste en seguir viéndome.

Hice un gran esfuerzo porque no solía quedarme callada ante la injusticia. Si bien no podía quitarle la venda de los ojos, por lo menos diría algo a favor de su madre.

—Si insiste es porque quiere verte y pasar tiempo contigo. Además, déjame decirte que el otro día pude observarla y te aseguro que tu madre te miraba con orgullo y amor.

Tanner largó una carcajada, pero era una llena de ironía y amargura.

—Evidentemente necesito hablarte de mi historia familiar, pero ahora tenemos que irnos.

—¿Debería cambiarme de ropa? —pregunté, y él tironeó de mí para pegar su cuerpo al mío.
—Así estás bellísima.

Capítulo 13

«Cuando se ama, no es necesario entender todo lo que sucede allá afuera, porque todo sucede dentro de nosotros.»
—Paulo Coelho



Llegamos a la casa y, nuevamente, Eleonora nos estaba esperando en la puerta y me abrazó con el mismo entusiasmo que la vez anterior y ellos se saludaron tan discretamente como siempre. Al conocer su historia me sentía más cerca de ella y me molestaba que Tanner la tratara con tanta frialdad, pero no podía culparlo porque había sido criado rodeado de mentiras y desamor.

Como era almuerzo y, aunque estaba nublado, hacía mucho calor, había preparado todo para almorzar en el patio trasero de la casa. Todo estaba dispuesto y, apenas nos sentamos, nos sirvieron la comida que constaba de carne al horno con vegetales braseados.

—Hace unos días estuvieron por aquí mi prima, Sonsoles, y su hijo, Eros. Hacía un montón que no veía a ese sinvergüenza. Me dijo que te conocía, Daryl —dijo, Eleonora.

—Nos conocemos hace bastante tiempo. Aprecio mucho a Eros, es un amigo.

—Eros es un encanto —comentó, y se escuchó una risa burlona proveniente de Tanner y ambas lo miramos, pero Eleonora pareció no darle importancia y continuó—: Me habló mucho de ti, cosas maravillosas porque se nota que está fascinado contigo. Me dijo que...

—¿Me hiciste venir para hablar de Eros? Porque si es así estamos perdiendo el tiempo porque creo conocerlo mejor que tú.

—Por supuesto que no —respondió con tranquilidad, realmente admiraba la paciencia y fortaleza de esa mujer para lidiar con el malhumor de Tanner—, solo estaba comentándole a Daryl lo mucho que Eros la admira. Pero bueno, hablemos de ustedes. ¿Cuánto tiempo hace que están de novios?

A ambos nos tomó por sorpresa la pregunta tan directa. Tanner se estaba llevando la copa de vino a los labios y la mantuvo en el aire mientras miraba a su madre con los ojos entornados, y yo casi me atraganto con el vino que estaba bebiendo, pero por suerte no pasó. Lo que me faltaba era dar un lamentable espectáculo con la bebida saliéndome por la nariz. Apoyé la copa en la mesa y miré a Tanner que seguía en silencio. Inmediatamente a mi mente vino lo que él había dicho sobre las etiquetas.

—Mi vida no es de tu…

—No nos gustan las etiquetas, Eleonora. Con Tanner somos amigos —dije, interrumpiendo la respuesta de su hijo que sabía iba a ser descortés.

Él me miró con seriedad, pero no pudo decir nada porque su madre se adelantó, dejándonos nuevamente sin palabras.

—Las etiquetas no son malas, al contrario, ayudan a tener las cosas claras.

Cuando Tanner reaccionó y habló, me preparé para un comentario dirigido a Eleonora y seguramente cortante y grosero, pero me dejó desconcertada cuando se dirigió a mí.

—No somos amigos, somos pareja.

El rostro de Eleonora se iluminó con una amplia sonrisa mientras nos observaba con mucha atención.

Tanner siguió mirándome con seriedad.

Y yo estaba tan sorprendida que no sabía que decir a eso, aunque debo confesar que me producía una gran alegría que era difícil de disimular. Lo miré y asentí con la cabeza.

—Y hacen una pareja preciosa —dijo, Eleonora, al fin, cortando el silencio.

—Gracias. —Fue lo único que pude decir, y su hijo no la miró ni hizo más comentarios.

El resto del almuerzo transcurrió tranquilo y, sobre todo, conversamos de viajes y lugares para conocer. Si bien Tanner participaba poco, igualmente lo hizo mucho más que la primera vez y hasta sonrió en alguna ocasión. Pude notar que su madre lo miraba extasiada y hasta emocionada, parecía que hacía mucho tiempo que no lo veía reír, y eso me alegró muchísimo.



Eran cercano a las cuatro de la tarde cuando Tanner me llevó de regreso a mi piso prometiéndome pasar en la noche para hacer algo juntos. No podía salir de su coche porque para él, el beso de despedida nunca era suficiente. El problema fue que al besarnos no podíamos parar de tocarnos, sus manos se movían bajo mi blusa y las mías bajo su camiseta. No sé cuánto rato nos besamos.

—Tenemos que parar —susurré, sobre sus labios, y aunque me supuso un enorme esfuerzo, me aparté de él.

—Me haces perder el hilo de cordura que poseo y olvidarme de todo a mi alrededor.

Pero, «el alrededor» nos volvió a la realidad con unos golpes en el cristal de la ventanilla del coche. Volví la cabeza y me encontré con mi hermano de pie junto al coche y mirándonos a ambos con seriedad.

—¿Levi? —pregunté, aunque era para mí misma porque no entendía que hacía mi hermano allí, y también estaba un poco avergonzada de que hubiera presenciado mis besos con Tanner.

—Sé quién es —dijo, Tanner, y supuse que era por las fotografías que había visto en mi piso, como también supuse que su incomodidad e inquietud se debían a la forma en la que lo había conocido.

Abrí la puerta para salir del coche y vi que Tanner hacía lo mismo. Nerviosa alcé la vista hacia Levi y lo encontré mirando a Tanner con seriedad mientras se acercaba a él. Maldije en voz baja y me apuré en salir del coche.

—Levi, ¿qué haces aquí?

—Vine a verte porque no atendiste mis *varias* llamadas —respondió, poniendo énfasis en la palabra «varias» y con un tonito de reproche.

—Discúlpame, es que debo haber dejado el teléfono en el bolso y…

—Soy Tanner Cappellari, encantado —dijo, acercándose y estirando su mano hacia Levi.

Por unos segundos Levi lo observó detenidamente, luego estiró la mano y se la estrechó, aunque el ambiente rezumaba tensión.

—Levi Domenech, el hermano de Daryl. Y tú ¿qué eres de mi hermana?

—Un amigo —dije, enseguida, porque asumí que Tanner no iba a saber que decir.

—Un amigo —repitió, Levi, con un tonito de voz un tanto sarcástico y siguió mirándolo con seriedad—. ¿Nos conocemos de algún lado? Porque tu apellido me resulta familiar.

—No creo —respondió, Tanner, y, sin dejar de mirarlo, agregó—: Un gusto charlar contigo, pero debo irme porque mi padre me espera. Nos vemos luego, Daryl.

Tanner volvió a montarse en su coche y se fue. Levi siguió el coche con la mirada hasta que desapareció al doblar la esquina, entonces me miró.

—Así que un amigo. ¿Te despides de todos tus amigos de esa forma?

—Cállate, Levi —dije, caminando hacia la puerta de mi edificio seguida por él.

—Soy tu hermano mayor, debería saber que estás de novia. El otro día te pregunté si estabas saliendo con alguien y me dijiste que no.

—Tanner no es mi novio, solo estamos conociéndonos —afirmé, mientras subía al ascensor.

—Sí, ya pude ver como se esmera en conocerte.

—Levi, deja la bobada. Hace unas semanas que salimos, pero, ahora mismo, ninguno de los dos sabe hacia dónde va esto ni cómo será el futuro. Nos lo estamos tomando con calma.

—No me pareció que se lo tomaran con mucha calma —señaló, Levi, y yo lo fulminé con la mirada.

—Deja la ironía que ya soy grandecita y no tengo que darte explicaciones de mi vida —indiqué.

—Eres mi hermanita y siempre me voy a preocupar y voy a cuidar de ti, pero tienes razón. Perdona que me meta donde no me llaman.

Ya estábamos en mi piso y lo miré con más calma. Sabía que Levi lo hacía porque me amaba y me cuidaba.

—Perdóname a mí por enfadarme.

—Ya está, olvidémonos de este asunto. Aunque, te aclaro que voy a tenerlo vigilado, es lo que le corresponde a un hermano mayor responsable —advirtió, y luego entrecerrando los ojos añadió—: Y hablando de mayor, ¿qué edad tiene?

La pregunta me pilló desprevenida porque en ese momento me di cuenta de que ni siquiera sabía la edad de Tanner.

—Supongo que debe tener tu edad o algunos más —dije, avergonzada por no tener idea de ese dato.

—No sabes su edad —afirmó, levantando una ceja con escepticismo.
—¿A quién le importa la edad? Mientras me haga feliz, eso debería ser lo único que importa.
—Por ahora dejemos esta conversación por aquí. ¿Me invitas un café?

Supe que lo hizo para no seguir discutiendo porque se notaba que no estaba contento. No podía ser tan necia como para pasar por alto el hecho de que Levi en todo momento había mirado a Tanner con recelo. Y no lo culpaba, los aires arrogantes y un poco impertinentes e intimidantes de Tanner conseguían eso, además de que nos había visto a los besos dentro del coche.

—Por supuesto. Me encanta que hayas venido a visitarme—. Y en ese momento me di cuenta de que si había insistido tanto en localizarme era por algún motivo importante—. ¿Levi, sucede algo? ¿Me buscabas por algo en particular?

Mi hermano caminó hasta los ventanales y se quedó allí, mirando hacia afuera. Esa actitud me preocupó muchísimo y caminé hacia él. Me paré a su lado y lo miré.

—¿Qué sucede, Levi? Es algo malo, ¿verdad? ¿Tiene que ver con la empresa?

Levi se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración, exhaló y volteó para mirarme.

—Me estás preocupando, hermanito. Por favor, di en voz alta eso que te inquieta.
—La empresa Bornos no nos eligió. Me llamó un representante para informarme la decisión. Están muy satisfechos con nosotros y dice que nos van a tener en cuenta en otra oportunidad y bla bla bla —dijo, y rio amargamente.

Eso era una muy mala noticia. Contábamos con ese contrato y, sin él, la situación financiera se nos iba a complicar mucho. Suspiré y lo abracé.

—Aún nos queda el proyecto con la empresa de San Francisco. Vamos a salir de esta, estoy segura —afirmé, para tratar de darle ánimo.

Levi correspondió a mi abrazo y me dio un beso en el pelo.

—Esperemos que sí, pequeña. Ahora tomemos ese café y conversemos un poco de cómo organizarnos para la semana próxima.



Una hora más tarde Levi se había marchado y yo había quedado tan preocupada y triste que no me sentía con ánimo para salir a divertirme. Cada vez que pensaba en las consecuencias de no conseguir el contrato con la empresa americana, la tristeza que me asaltaba era como un puñetazo en el pecho. En esas condiciones no era buena compañía para nadie. Tomé el teléfono con decisión, pero no podía llamarlo porque Tanner había mencionado que se iba a encontrar con su padre y no quería interrumpirlos. Le envié un mensaje.

Yo:
«Es mejor que lo de hoy lo

dejemos para otro día.
Perdóname pero estoy un
poco cansada y desanimada.
Luego te llamo.
Bss»

Si bien habíamos hablado de salir a hacer algo juntos, no habíamos planeado nada en concreto. Así que, en realidad, no estaba cancelando nada.

No había pasado ni un minuto cuando mi teléfono sonó. Era él.

—Tanner.

—¿Por qué estás cansada y desanimada? ¿Por qué cancelas nuestros planes? —preguntó, y su voz había sonado preocupada y molesta al mismo tiempo.

—Mira, Tanner, te pido disculpas pero realmente en este momento no soy una buena compañía para nadie.

—¿Qué sucede?

—Nada importante —respondí, porque no quería hablarle de mis problemas, él ya tenía que lidiar con los suyos.

—Daryl —dijo mi nombre como si fuera una advertencia.

Antes de hablar solté un bufido para nada delicado.

—Mi hermano me comentó algo que me dejó preocupada y no tengo ganas de salir. De verdad, lo lamento.

—¿Tu hermano? ¿Sucede algo con tu familia?

—No exactamente, el tema es con la empresa —respondí, pero no quería darle más detalles.

Durante unos minutos permanecimos en un extraño silencio hasta que él lo rompió.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, y si no hubiera estado segura de que no podía ser así, hubiera jurado que su voz estaba teñida de arrepentimiento.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero son temas de la empresa y solo lo podemos solucionar nosotros, me refiero a mis hermanos y yo. —Suspiré—. Prefiero no hablar de ello.

—Todo va a salir bien, Daryl, te lo aseguro —afirmó, y nuevamente me sorprendió el tono de su voz, porque parecía entender y hasta conocer los problemas de los que le estaba hablando cuando en realidad no le había dicho nada.

—Gracias por el ánimo, pero realmente no tengo deseos de salir.

—¿Y quién dijo que tenemos que salir? Podemos quedarnos en tu piso… mirando una película. Haz que sea mi noche de suerte —dijo, recordando lo que siempre decía cuando quería que miráramos una película juntos... y nunca lo hacíamos.

—Es que…

—Por favor, Pecas. Quiero estar contigo —pidió, y luego agregó—: Yo preparo la cena.

¡Me lo como!, fue lo primero que pasó por mi mente, y si lo hubiera tenido conmigo, lo hubiera hecho sin dudarlo.

Tanner había logrado desarmarme por completo y no podía decirle que no.

—Te espero —dije, al fin.

—Demoro lo que me lleve pasar por el supermercado para comprar lo necesario para la cena.

—No es necesario. Podemos pedir algo —propuse.

—Te dije que iba a encargarme de la cena y eso voy a hacer. ¿No me tienes confianza? Te aseguro que no vamos a morir envenenados ni te va a provocar indigestión —inquirió, con voz seria.

—¿Sabes cocinar? —pregunté, porque me había comentado que una señora lo ayudaba con el mantenimiento de su *penthouse* y con la comida.

—Eeeh, solo algunas recetas. ¿Te gusta la pasta?

—Sí, me gusta, pero...

—Sin peros, Pecas.

—Iba a decir que suelo comerla sin salsa, me gusta comerla solo con aceite de oliva y queso rallado.

—Perfecto, tomo nota.

—Gracias.

—No se merecen. Nos vemos en un rato.



Una hora más tarde Tanner llegaba a mi piso con varias bolsas de supermercado. Apenas entró se acercó a mi rostro y me dio un dulce beso en los labios, pero solo fue eso porque llevaba las manos ocupadas con las bolsas de las compras.

—¿Cuántas personas vienen a cenar? —pregunté, bromeando por la cantidad de bolsas.

—No te burles. No acostumbro a realizar compras en el supermercado y no tenía mucha idea de cantidades —dijo, colocando todo sobre la barra de la cocina.

—Es demasiado. Te aseguro que con todo esto podemos hacer la cena para dos semanas o más.

—Entonces tendré que venir a cocinar durante dos semanas o más. —Se encogió de hombros y comenzó a sacar todo lo comprado de las bolsas y, cuando sacó la botella de vino, estiró su mano para que la tomara y agregó—: ¿Puedes servir unas copas de vino?

—Por supuesto.

Le entregué una copa de vino y tomé la mía. Tanner bebió un sorbo y la apoyó en la barra, luego se acercó y rodeó mi cintura con sus brazos.

—¿Cómo te sientes? Me refiero a tu estado de ánimo.

—Es solo preocupación, pero estoy mejor, gracias. Y gracias también por venir a acompañarme y preparar la cena.

—Ya sabes lo que dicen sobre los favores, luego hay que devolverlos —dijo, dándome un beso en la punta de la nariz

—¡Cómo olvidarlo! Eres especialista en cobrarlos.

—No siempre, salvo que el pago seas tú. En ese caso cobro hasta intereses —dijo, y me dio un dulce beso en los labios.

—Si lo sabré —dije, sonriendo.

—Bueno, no me distraigas porque tengo que preparar la cena —afirmó, me soltó y siguió ocupándose de sacar las compras de las bolsas.

Un rato después un olor delicioso invadía el ambiente. Tanner no me dejaba hacer nada, así que estaba sentada en uno de los taburetes de la barra de la cocina y solo me dedicaba a beber vino y a observar a ese espectacular hombre. Era difícil sustraerse al embrujo de su sensualidad.

Habíamos puesto música y en ese momento comenzaban los primeros acordes de la canción «Bed Of Roses» de Bon Jovi.

—Me encanta esta canción —dije, y Tanner volteó para mirarme.

—Para ti tendría que ser «Bed Of Daisies» —dijo, sonriendo, haciendo alusión a mi gusto por las margaritas, cosa que me hizo sonreír.

—Convengamos que en la canción queda mejor que sean rosas. Probablemente las rosas sean la primera flor que le viene a la mente a un compositor cuando habla del amor o su amada —comenté.

—Pues a mí me vienen a la mente margaritas... y unas pecas —afirmó, y siguió con lo que estaba.

Y no me aguanté, abandoné el taburete y fui hasta donde estaba y lo abracé por la cintura apoyando mi mejilla en su espalda. Tanner respiró profundamente y se estremeció, pero enseguida volteó para quedar frente a mí y me miró con unos ojos llenos de fuego y… ¿sentimiento? No sé, me pareció que en esa mirada había fragilidad, pero no pude analizarlo mucho porque bajó a mis labios y me besó apasionadamente.

—A ti siempre te van a quedar mejor las margaritas y estoy loco por las que llevas en tu cuerpo —afirmó, volteó y siguió en lo que estaba, dejándome totalmente maravillada con él.

—Tuviste una gran idea al proponerme cenar juntos —reconocí.

—Siempre tengo buenas ideas, soy muy inteligente.

—Y arrogante —dije, y lo escuché reír. Lo solté para volver al taburete, pero él me tomó de las manos.

—No te vayas, sigue abrazándome, por favor. —Pidió, con una necesidad abrumadora, y ni lo pensé, volví a abrazarlo por la cintura y a apoyar mi mejilla en su espalda.

Comenzamos a mecernos lentamente al ritmo de esa fantástica melodía. Tanner había puesto sus manos sobre las mías y me las sujetaba como para que no las moviera de allí. Por Dios... ¡cómo lo amaba!

Con esa canción de fondo y él allí conmigo, podía decir que era la mujer más feliz del mundo. Y cuando pensé que ya no me podía sorprender más, giró su cuerpo para que quedáramos de frente y comenzó a cantarla con esa voz profunda y sensual que tenía. Apoyé las dos manos en mi corazón para demostrarle que me latía desaforado por él. ¡Por Dios! Estaba totalmente loca por ese hombre.

Cuando la canción finalizó, le di un beso en los labios .

—Gracias.

—¿Por cantar? —preguntó, sonriente.

—Por todo.

En sus ojos me pareció vislumbrar una sombra de dolor y ¿verguenza?. Lo desestimé y volví al taburete. Tanner volteó y volvió a concentrarse en la comida que estaba preparando, pero escuché que siguió tarareándola. Me gustaba verlo así, verlo tan hogareño y cercano. Podía pasar

horas mirándolo cocinar. ¿Eso era hacer vida de pareja? No lo sabía, pero si era un sueño, no quería despertar porque estaba feliz. Comprendí que ya no sentía miedo, me sentía afortunada de tenerlo en mi vida, estaba feliz de estar a su lado. Tanner me hacía feliz.

—A comer —dijo, poniendo la fuente con *spaguetis* en la barra de la cocina—. No le puse la salsa de tomate por encima porque prefieres con aceite de oliva y queso rallado, así que la salsa la hice para mí.

—Gracias por tenerlo en cuenta. Se ven deliciosos.

—Espero que tengas hambre, Pecas, porque creo que hice como para seis u ocho personas —dijo, observando la fuente con detenimiento.

Rei sin poder evitarlo. Era evidente que Tanner no tenía idea de porciones y probablemente había hecho dos paquetes de *spaguetis*, lo que para dos personas era demasiado.

—No me preocupa desayunar *spaguetis*.

—De ninguna manera, para el desayuno tengo pensado hacer huevos revueltos y alguna otra cosa —comentó, con naturalidad mientras servía más vino.

—¿Para el desayuno? ¿Vas a desayunar conmigo?

—Voy a dormir contigo, Pecas. Bueno… dormir, como quien dice dormir… no lo sé… quizás algo durmamos para recuperar fuerza, pero más que nada voy a deleitarme con unas margaritas que me tienen obsesionado —dijo, refiriéndose a mi tatuaje en la espalda y mirándome con esa intensidad de siempre.

—¿Quieres que te regale margaritas? —bromeé.

—No preciso que me regales —señaló, negando con la cabeza—, ya soy poseedor de las mejores.

—Eso está por verse, primero voy a tener que probar los *spaguetis* y ver si realmente eres merecedor.

—Me tengo fe —afirmó, y ambos reímos.

Comimos de forma relajada, charlamos bastante, aunque en realidad la que más hablaba era yo. Le contaba de mis amigos y, sobre todo, de Lori. De cómo nos habíamos conocido y la gran amistad que teníamos. Él, cada tanto, me hablaba de su primo y de alguno de sus amigos, pero más que nada se dedicaba a escucharme. Tanner había logrado que me olvidara, momentáneamente, de los problemas que teníamos en la empresa con lo mucho que disfrutaba estando en su compañía.

—Yo me encargo de lavar —dije, mientras me ponía de pie y comenzaba a juntar algunas cosas de las que habíamos usado.

—Podemos hacerlo juntos.

—No. Tú cocinaste, yo lavo —dictaminé, y él levantó las manos rindiéndose.

Mientras estaba en la cocina dejando todo en el fregadero, su mirada no se apartaba de mí. Era una mirada persistente y descarada que lograba estremecerme y sonrojarme, era una mirada que me hacía sentir desnuda. Aún me costaba creer que pudiera cautivarlo tanto, pero él me demostraba continuamente que así era.

Cuando volví por las copas vacías su mano me detuvo tomándome por la muñeca y tironeando de mí para que cayera en su regazo. Me tomó por las caderas e hizo que me sentara a horcajadas

sobre él y sintiera su dura erección.

—Quiero mis margaritas, Pecas.

—¿Piensas que las mereces? —dije, con una sonrisa cómplice en los labios.

—¿Me preguntas si pienso? Mmmm… pues en este momento no pienso, cuando estoy contigo solo puedo sentir. Me haces sentir muchas cosas, Pecas. Quiero sentir tu fabuloso cuerpo, besar tus suaves margaritas y enterrarme en tu cuerpo.

—Tanner…

—Quiero escucharte gemir mi nombre más fuerte que eso.

Suspiré y lo besé. Tanner me sacó la blusa y me desprendió el sostén. Me miró con los ojos brillosos de pasión y bajó a mis pechos y se encargó de ellos con su boca. Sumida en todas esas sensaciones que me hacía sentir no podía dejar de estremecerme y gemir. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo clamaba por él, mi cuerpo respondía a él. Tanner también respiraba entrecortadamente y jadeaba. Sus manos bajaron por mi espalda desnuda hasta mis nalgas y se enterraron entre mis piernas acariciándome desenfrenadamente. Esa sensación placentera comenzó a crecer a pasos agigantados. Enredé mis dedos en su pelo y tiré la cabeza hacia atrás. Sus dedos y su boca no me daban tregua. Y la descarga eléctrica del orgasmo me nubló la mente y grité, grité su nombre y me apoderé de su boca. Tanner se puso de pie conmigo en brazos, con una mano apartó las copas y me dejó sobre la mesa. Me sacó los pantalones y la braguita y se sacó los suyos. Sin dejar de mirarme con esa mirada intensa que me aceleraba aún más el corazón, me apartó las piernas con su cuerpo y se hundió en mi cuerpo cada vez más, hasta que consiguió enterrarse por completo. Nuestros cuerpos se ajustaban como dos piezas de rompecabezas. Durante unos segundos solo se quedó quieto, besándome los labios con ardor. Cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar, en la suya vi tanto anhelo que mi corazón se aceleró, era como si su mirada hablara por todas las palabras no dichas.

—Te amo, Tanner.

Se estremeció y, sin dejar de mirarme, comenzó a moverse buscando ese placer que nos volvía locos, murmurando mi nombre entrecortadamente una y otra vez, y acariciando mi cuerpo como si quisiera venerarlo. Comenzó con suaves embestidas, besos apasionados y susurros que apenas podía entender. De a poco, los movimientos comenzaron a acelerarse y esa electricidad y palpitaciones comenzaron a crecer hasta que el orgasmo explotó en nuestros cuerpos al mismo tiempo. Un gruñido gutural surgió de su garganta y se derramó en mi interior gritando mi nombre y haciéndome llegar nuevamente al cielo.



Una hora más tarde estábamos acurrucados en el sillón con las intenciones de ver una película, pero no sabía si iba a poder verla completa porque se me cerraban los ojos del cansancio. En determinado momento apoyé mi cabeza en su pecho sintiendo los latidos de su corazón, su respiración lenta y profunda y la calidez de su cuerpo pegado al mío. Era el paraíso. Estaba quedándome dormida cuando su voz me hizo abrir los ojos.

—Te debo una charla, Daryl. Tengo que confesarte algo importante. —Su tono sonaba angustiado, con matices de amargura, pero estaba tan feliz que mi mente prefirió no analizarlo ni procesarlo y solo asentí con la cabeza.

Cerré los ojos y el sueño me venció.

Capítulo 14

«Si lograste engañar a una persona, no quiere decir que sea tonta, quiere decir que confiaba en ti más de lo que te merecías.»
—Charles Bukowski



Escuchaba el persistente *ringtone* de un teléfono y me negaba a abrir los ojos porque el lugar en el que estaba era cálido, placentero y cómodo, y me negaba a moverme, pero la nebulosa del sueño se disipó de golpe cuando sentí un ruido distinto y más fuerte.

—Mierda, me caí. —Y esa era la voz ronca y adormilada de Tanner desde… el piso.

Me senté rápidamente y lo encontré sentado sobre la alfombra y refregándose los ojos. Por más que apreté los labios, no pude evitar reír.

—¿Te estás riendo de mí, Pecas?
—No me atrevería —dije, pero en ese momento la carcajada fue indisimulable.

Tanner sonrió y se puso de pie con agilidad para abalanzarse sobre mí, pero nuevamente comenzó a sonar el teléfono y no pudo concretar la amenaza que sus ojos proyectaban.

—Es el tuyo —dije.
—Aún no te salvaste de mí —amenazó, sonriente y señalándome con el dedo, y fue hasta la mesa del *living* para tomar la llamada.

Lo vi mirar el teléfono con el ceño fruncido y algo tenso, pero se lo llevó a la oreja y comenzó a caminar alejándose de mí.

—Hola, papá —dijo, con seriedad, y decidí ir al baño para darle privacidad en su conversación.

Cuando salí del baño de mi dormitorio, miré la hora y vi que era cercano a la medianoche. Mi piso estaba en total silencio, así que supuse que Tanner había cortado la llamada. Aproveché para ponerme un camisón de seda y meterme en la cama. Él había dicho que tenía intenciones de quedarse a dormir, así que supuse que en cualquier momento aparecería en el dormitorio.
Me senté en la cama y tomé mi teléfono. Tenía un mensaje de Lori en el que me hacía mil preguntas, sobre todo de Tanner, y otros de mis hermanos para saber cómo estaba, pero dada la hora preferí responderles después. Estaba dejando el teléfono en la mesa de noche cuando él entró. Al ver su rostro sombrío pude comprender que algo no andaba bien.

—¿Qué sucede? —pregunté, mirándolo preocupada.

—Nada importante —dijo, negando con la cabeza y se acercó a la cama y se sentó en el borde dándome la espalda.

—Yo hoy te respondí con esas mismas palabras y no me diste opción a guardarme lo que estaba sintiendo, así que ahora soy yo la que te pide que confíes en mí y me cuentes lo que te sucede.

—Discrepancias con mi padre. —Fue su corta respuesta, y volví a tener la angustiosa y frustrante sensación de que había algo más que me estaba ocultando, pero me acerqué a él y lo abracé fuerte por detrás. Tanner respiró profundamente y llevó sus manos a las mías para presionarlas aún más contras su pecho.

—A veces siento que estoy tan cerca y otras veces tan lejos de ti.

Al escucharme, respiró hondo y muy despacio, y luego agachó la cabeza.

—Mi padre estaba de viaje y llega mañana. Decidió adelantar el regreso.

—¿Y eso es malo? —pregunté, desconcertada, porque por lo que le había entendido a Eros, para Tanner su padre era algo parecido a un dios.

—Lo malo son las razones por lo que lo hace —respondió, y realmente se notaba inquieto.

Comprendí que detrás de toda esa seguridad en sí mismo asomaban inseguridades y conflictos, y que era probable que todo eso lo hiciera tan hermético y reservado, pero no lo iba a juzgar, solo intentaría ayudarlo en lo que estuviera a mi alcance.

—¿Quieres hablar de ello?

—Debería, Daryl, pero ahora no me siento capaz de hacerlo. Soy un cobarde.

—Tengo preguntas, pero puedo esperar. Ahora vamos a acurrucarnos y a seguir durmiendo porque es muy tarde.

—¿No te molesta?

—¿Dormir acurrucada a ti? Por supuesto que no me molesta —respondí, aunque sabía que él se refería a lo otro, se refería a la charla que ya varias veces había mencionado que debíamos tener.

Giró el rostro para verme de perfil y me dio un beso en la frente.

—Quítate esa ropa y métete en la cama.

—Gracias, Pecas.

—¿Por qué me agradeces?

—Por tu comprensión —respondió, se llevó mis manos a los labios y las besó, luego se puso de pie y comenzó a sacarse la ropa hasta quedar en bóxer. No pude evitar recorrer su hermoso cuerpo con mi mirada.

—¿Te recreas con la vista? —bromeó.

—Para eso tengo ojos, ¿no es así?

—Y hermosos ojos, por cierto.

—Y hermoso cuerpo, por cierto —acoté, y él sonrió.

Se acostó a mi lado y me abrazó aferrándome a él. Suspiré, apoyando mi rostro en su ancho y fuerte pecho desnudo mientras él me acariciaba la espalda lentamente.

—Estás cansado —afirmé.
—Lo estoy.

Me estiré un poco para que mi rostro quedara a la altura del suyo y, lentamente, acaricié su mejilla mientras él tenía los ojos cerrados. Me acerqué más y besé su mejilla, el curvó apenas sus labios en una tenue sonrisa. Volví a acercarme y lo besé en la comisura de los labios. Solo nos mirábamos y abrasábamos la soledad del otro, éramos dos personas refugiándose en el otro.

—Que descanses, Tanner.
—Que descanses, Pecas.

Me estaba quedando dormida cuando volví a escuchar su voz, fue apenas un susurro como si quisiera que no lo escuchara, pero lo escuché con claridad.

—Mañana sígueme queriendo como hoy, por favor.

El corazón se me detuvo y se me hizo un nudo en el estómago, pero traté de no mover ni un solo músculo para que no se percatara de que estaba despierta. ¿Qué era tan grave como para que él temiera que lo dejara de querer? ¿Sería el hecho de que su padre era una persona despreciable? Pero se suponía que él no estaba al tanto de la maldad de ese hombre. Mi cabeza daba vueltas, pero no lograba llegar a una conclusión. Me costó mucho conciliar el sueño nuevamente, pero en algún momento me quedé dormida envuelta en el calor de sus brazos.



Me desperté sintiendo que algo me faltaba, y no estaba tan equivocada porque Tanner no estaba en la cama, pero desde donde estaba me llegaba el exquisito aroma a café y a algo más que no podía descifrar. Mi estómago gruñó recordándome que hacía horas que no comía. Me desperecé, estirando bien todos los músculos que empezaban a quejarse después de maratónicas sesiones de sexo..., maravilloso y placentero sexo. Sonreí y abandoné la cama. Después de pasar al baño me dirigí a la cocina.

Imaginaba encontrarlo allí, pero no cruzó por mi cabeza que estaría sin camiseta. Todos aquellos músculos de sus brazos y pectorales en movimiento eran dignos de admirar y no pude evitar observarlo boquiabierta deseando volver a la cama... con él. Sin duda ese hombre me había convertido en una ninfómana. Cuando me di cuenta de que había pasado varios segundos en estado hipnótico, sacudí la cabeza y decidí hacerle notar que estaba allí.

—¿Cocinando nuevamente, Cappellari? Voy a terminar creyendo que te gusta cocinar y que eres bueno en eso —dije, sonriendo.

Tanner volteó y su mirada me recorrió lentamente todo el cuerpo.

—Yo soy bueno en muchas cosas, Pecas —dijo, con su altanería de siempre—. Anoche te dije que iba a preparar el desayuno. ¿Cómo dormiste?
—Dormí muy bien, gracias. ¿Tú?
—Como hace mucho tiempo no dormía —respondió, sin titubear.

—¿Qué haces despierto tan temprano? ¿Eres de los que madrugan hasta en fines de semana? —pregunté, y noté que su rostro se ensombreció.

—Tengo una reunión importante con mi padre, una que no puedo posponer —afirmó, mientras yo me sentaba en una de las butacas de la cocina.

—Entonces gracias por levantarte temprano para preparar todo esto. Un desayuno así definitivamente es una buena manera de empezar mi día —dije, señalando todo lo que había sobre la barra de la cocina, pero mi alegría se debía a tenerlo a él allí, pero eso último no lo dije.

Había preparado café, jugo de naranja, tostadas y huevos revueltos.

—Yo lo empezaría mejor si vinieras a darme un beso de buenos días.

Abandoné la butaca y me acerqué a él. Le rodeé el cuello con mis brazos y él respondió apretándome fuertemente contra su cuerpo, pero no hizo más, solo quedó expectante y dándome todo el control. Apoyé mis labios en los suyos y lo besé lentamente, saboreándolo por completo. Era un beso íntimo, un beso que despertaba todos los sentidos. Tanner gimió y profundizó el beso. Cuando sentimos que se estaba yendo de nuestro control, fue él quien lo fue ralentizando y se fue apartando de a poco.

—Ahora puedo afirmar, categóricamente, que esta es la mejor manera de comenzar mi día, pero será mejor que paremos porque si no me voy a olvidar del desayuno y del mundo entero y te voy a comer a ti… por completo. Vamos que se nos enfría el desayuno.

—Fuiste tú el que lo pediste —dije, refunfuñando y volví a mi butaca escuchando su risa.

—Y no me estoy quejando, al contrario. Buen apetito —dijo, y se sentó a mi lado.

—Para ti también —respondí, y lo empujé levemente con mi hombro.

Tanner me miró y sonrió. Todas esas cosas sencillas compartidas no tenían precio y me sentía dichosa.

—No sé a qué hora quede libre, pero me gustaría que más tarde hiciéramos algo juntos. ¿Qué tienes pensado para el día de hoy?

—Creo que hoy me salteo el gimnasio, pero en algún momento del día tengo pensado ir a lo de mi hermana a ver cómo están y, sobre todo, a disfrutar un poco de mi sobrino.

Me miró y pareció a punto de decir algo, pero luego sacudió la cabeza y siguió bebiendo el café. Por un momento pensé que me iba a proponer acompañarme, pero luego descarté la idea.

—Bueno, entonces nos hablamos más tarde. ¿Te parece?

—De acuerdo —respondí, porque la idea de que quisiera seguir pasando tiempo juntos me hacía sentir una alegría inmensa incapaz de disimular.

Tanner se fue un rato después y la despedida fue larga, así como los besos que fueron eternos. Como aún era temprano, decidí ir otro rato a la cama, aunque mi cabeza no dejaba de pensar en todo lo vivido con él y, sobre todo, en ese miedo que veía reflejado en su mirada cada vez que mencionaba que teníamos que hablar. Empezaba a conocerlo y notaba que algo de nuestra relación lo estaba preocupando. Cuando la cabeza ya me estaba por explotar, me dije que no era momento de pensar demasiado. Como bien me había dicho Eros días atrás, no inventaría escenarios en mi mente sino que esperaría a que me dijera lo que lo atormentaba sin sacar mis

propias conclusiones. Me hice un ovillo tapándome con el edredón y disfruté de su perfume que aún permanecía en las sábanas. Sentí que por fin me relajaba dejando a un lado esos pensamientos. La cama se fue calentando y el sueño me venció.

Me desperté un rato más tarde. Me espabilé pronto, me sentía descansada y con la energía renovada, pero igual estuve un rato en la cama holgazaneando y, finalmente me fui al baño a darme una ducha para luego ir a lo de Ava.

Almorcé algo rápido y, cuando estaba lista para salir, el ruido del telefonillo me detuvo.

—Diga.

—Señorita Domench, el señor Cappellari desea verla.

¿Tanner había vuelto? Le había entendido que nos veríamos en la noche, pero quizás la reunión con su padre no había ido bien y necesitaba hablar con alguien. ¿Y por qué el conserje no lo había dejado subir si ya lo conocía? No entendía nada.

—Dígale que suba, por favor. Gracias, señor Valero.

—Hasta luego, señorita Domenech.

Mientras mi cabeza procesaba todas esas preguntas, sonó el timbre de la puerta principal. Caminé hacia allí con una sonrisa, que se borró en cuanto estuve frente a un hombre que no conocía.

—Disculpe, estaba esperando a otra persona —dije, porque fue obvio que su presencia me había desconcertado.

—Puedo imaginarlo. Soy Amadeo Cappellari, el padre de Tanner. He escuchado mucho de ti, un gusto conocerte al fin, Daryl Domenech —dijo, estirando su mano para saludarme.

Fui consciente de que estaba allí parada boquiabierta y debía de parecer idiota, pero estaba tan sorprendida que no podía evitarlo. ¿Qué hacía ese hombre en mi piso?

—Lo mismo digo —dije, al fin, devolviéndole el saludo.

—Supongo que te estarás preguntando los motivos de mi visita.

—Así es.

—¿Me permites pasar para poder conversar tranquilos?

Su presencia me generaba malestar, no sé si era porque sabía todo lo que le había hecho a Tanner y a su madre, pero no me gustaba tenerlo allí y tenía un mal presentimiento, pero no podía negarme a hablar con él.

—Sí, discúlpeme. Adelante —dije, y me aparté para que pudiera entrar.

Cuando cerré la puerta y volteé, lo encontré observando todo con mucha atención. Ese hombre exudaba poder y autoridad de un modo negativo. Era un hombre alto y elegante, pero resultaba intimidante. Si bien Tanner, físicamente se parecía más a su madre, también tenía algo de él. Quizás era la postura arrogante, no lo sé, pero había algo que me recordaba a su hijo, aunque su padre tenía un brillo malévolo acechando en sus ojos que en Tanner no existía.

—Puede tomar asiento —dije, porque no me quedaba más remedio, y el volteó a mirarme.

—Eres una chica muy hermosa, ahora entiendo por qué mi hijo está tan deslumbrado contigo —expresó, mirándome de pies a cabeza y logrando que un escalofrío me recorriera el cuerpo entero e inmediatamente sintiera un gran rechazo por él.

Caminó hacia los sillones y se sentó en el sillón largo mirándome con una sonrisa que me pareció burlona, pero a esa altura yo ya me encontraba a la defensiva y todo lo de ese hombre me resultaba negativo. Me encaminé hacia los sillones y me senté frente a él.

—No dispongo de mucho tiempo porque mi hermana me está esperando, así que… lo escucho —señalé, y me miró y arqueó una ceja, como si me comentario le molestara o sorprendiera.

—No voy a quitarte mucho tiempo. Solo decirte que ya no verás más a mi hijo porque contigo ya cumplió con su cometido, así que deja de molestarlo y, simplemente, aléjate de él. No quiero verte cerca de Tanner nunca más. Ya conseguimos lo que necesitábamos de ti, así que eres historia para Tanner.

—¿Qué? —Fue lo único que pude decir al escuchar sus ofensivas palabras.

—Estoy al tanto de la historia que hay, o mejor dicho, hubo entre ustedes porque nosotros planeamos que él te sedujera dado que…

—¿Qué está diciendo? Si vino a decir mentiras para separarnos, se puede ir por donde vino. Yo no le voy a creer —afirmé, poniéndome de pie, sabía que ese hombre era un mentiroso y manipulador.

No se vio afectado en lo más mínimo, solo me miró con aires de superioridad y volvió a sonreír.

—Querida, mi hijo es un hombre poderoso y rico, jamás podría estar con alguien como tú, una persona que está en bancarrota. Estamos al tanto de los problemas económicos de tu empresa y la idea era comprarla sin que Tanner tuviera que recurrir al fastidioso jueguito de seducción contigo, pero bueno… por lo que me dijo, igual lo disfrutó. Recurrimos a eso porque ustedes no están dispuestos a vender y nosotros consideramos que «Domenech Construcciones» es un buen negocio, así que, viéndote tan obnubilada con él, decidimos usar eso a nuestro favor. Es solo una cuestión de negocios, no es nada personal.

—Lárguese de mi casa, ahora mismo —ordené, señalando la puerta y rezando una plegaria para que no dijese lo que intuía que vendría a continuación.

—Siéntate, querida. Aún tengo mucho por decirte, porque imagino que debes seguir pensando que estoy inventando toda esta historia, pero te voy a demostrar que no miento. Si Tanner no vino a decírtelo en persona fue porque te tomó un poco de cariño y... bueno, quizás es un poco sentimental, solo un poco, y prefirió que fuera yo quién te pusiera al tanto de todo.

—Le dije que se largara. No me importa todo lo que tenga para decir —afirmé, pero nada de lo que decía lo afectaba y seguía sin moverse del sillón.

—Tanner te arrolló con su coche el día que iba a tu empresa a plantearles, por segunda vez, el interés que teníamos en comprarla. Había hablado por teléfono con el necio de tu hermano, pero como se había negado sin escuchar la propuesta, decidimos que era mejor ir personalmente. Cuando le dijiste que eras una de las dueñas de esa empresa, Tanner decidió seguir en contacto contigo para poder tener información de primera mano, por así decirlo. Y no se equivocó porque caíste en sus brazos con mucho gusto y, encima, te enamoraste de él. ¡Por favor! Mi hijo jamás se fijaría en alguien como tú porque aspira a mucho más, pero seduciéndote logró enterarse de algunos de sus posibles contratos y nos encargamos de que esos contratos no se concretaran. La

empresa Bornos, por ejemplo y la de San Francisco. Lamento ser el portador de esas noticias, pero también tengo que decirte que tienen 48 horas para que concretemos el negocio, sino... —dijo, sonriendo con maldad.

—¡¿Qué hicieron qué?! —grité.

Esas palabras fueron como una bofetada de realidad. El pánico se apoderó de mis entrañas hundiendo sus amargas garras y haciéndome doler todo el cuerpo, pero sobre todo, el alma. Se me hizo un nudo en el estómago y se me cerró la garganta, pero, aun así, saqué fuerzas y empuje para enfrentarme a ese desgraciado. No le iba a dar el gusto de que presenciara mi dolor porque eso lo complacería demasiado.

—Veo que ya no me consideras un mentiroso. Haces bien, querida. Entonces, prosigamos —dijo, y su rostro se volvió frío y su mirada se oscureció aún más—. Aléjate de mi hijo sino quieres que tu familia quede en la ruina y véndenos la empresa porque te aseguro que no van a conseguir un maldito contrato más y con lo único que se van a quedar es con una gigantesca deuda… que nunca van a poder saldar.

El dolor iba creciendo en mi pecho mientras escuchaba sus duras palabras. En ese momento comprendí la mentira en la que había estado viviendo. Comprendí la traición de Tanner, el hombre del que me había enamorado. La realidad era demasiado abrumadora como para ser ignorada. Había estado jugando conmigo desde el principio. Había estado jugando con mi corazón de una manera despreciable. Y yo había sido tan imbécil que, no solo me había enamorado de él, le había dado toda la información que buscaba y ahora mi familia pagaría las consecuencias. Solo sentía dolor… el dolor estaba por todas partes. El dolor de descubrir que no era lo bastante buena para la persona que me había robado el corazón. Que no daba la talla... que solamente y, como mucho, valía para el placer y solo hasta obtener la información que necesitaba. No me percaté de mis lágrimas hasta que noté las mejillas húmedas. Me las sequé, enojada conmigo por llorar.

—No te pongas mal, chiquita. Ya te dije, no es personal.
—¿Qué mierda significa eso? Ni siquiera usted sabe lo que significa esa frase barata. Usted y su hijo son dos malditos hijos de puta. Lárguese de aquí antes de que…
—Antes de que ¿qué? No puedes hacer nada, ya te dije, son simples negocios. Mi hijo y yo somos los tiburones más grandes en estos asuntos, por eso llegamos a donde estamos hoy. Somos hombres poderosos… y no les conviene enfrentarnos —amenazó, endureciendo el gesto.
—¿Tiburones? —Reí sin ganas—. Ustedes son dos sucios carroñeros sin escrúpulos.

Cappellari se puso de pie, se sacudió el saco del traje como si tuviera alguna pelusa y me miró como si fuera una hormiga a la que pudiera aplastar.

—Cuidado, muchacha. Ya te dije que no te conviene enfrentarme. Convence a tus hermanos de vendernos la empresa y nos olvidamos de ustedes sino… ya sabes. —Se acercó a mí a paso lento y me tocó el mentón, pero yo aparté el rostro y lo miré con verdadero asco—. Quizás puedas persuadirme de que les dé un plazo mayor, porque Tanner me dijo que eras buena en la cama. O si prefieres, para ayudarte con tu crisis financiera, te puedo pagar y…

Ni siquiera lo pensé. Levanté la mano y le propiné un puñetazo. La mano me quedó doliendo, pero su nariz sangrante.

—¡Maldita puta! —Levantó la mano para pegarme, pero logré salir disparada hacia la puerta de entrada y la abrí. Me temblaba todo el cuerpo y el corazón me latía con fuerza. A cada minuto que pasaba me era más difícil mantenerme firme, pero la furia y la indignación me daban fuerzas para hacerlo.

—Si no sale ahora mismo comienzo a gritar a todo pulmón que me quiso pegar y violar —afirmé, y para demostrarle que no mentía, tironeé de mi blusa, desgarrándola—. No me provoque porque le aseguro que sé nadar con tiburones. Negocios son negocios, señor Cappellari, no es nada personal.

Caminó hacia mí mirándome con una fiereza desmedida, cuando llegó a la puerta todavía seguía con una mano en su nariz y el pulso palpitaba salvajemente en sus sienes. Clavó su mirada furiosa y altanera en mí.

—Tienen 48 horas y mi abogado se comunicará con ustedes para cerrar el trato —dijo, con sus palabras envueltas en acentos de ira, y abandonó mi piso.

Cerré la puerta con fuerza y salí corriendo rápidamente hacia mi dormitorio, pero no llegué a la cama, caí con mis rodillas contra el piso antes de llegar, me tapé el rostro con las dos manos y comencé a llorar a los gritos. Quería sacar todo la furia y el dolor, pero me dolía hasta respirar. Una sensación nauseabunda de traición me retorcía las entrañas. El dolor que irremediablemente sentía en mi pecho era prueba de su traición. Una traición demasiado dolorosa. Tanner me había destrozado el corazón de la manera más cruel posible. No podía, no sabía si era capaz de hacer frente a ese dolor tan demoledor.

Y mi familia... Dios, no quería imaginar cómo lo tomarían mis hermanos.

A pesar del lacerante dolor, me puse de pie y fui por el teléfono porque debía hablar con ellos. Tenía que hacer frente a la situación y contarles todo lo que había sucedido. Debíamos tomar decisiones.

Maldita la hora en que mi corazón se había rendido a ese traidor ambicioso y egoísta.

Tanner Cappellari, la persona que amaba, se había convertido en mi enemigo.

Capítulo 15

«Si te caes siete veces, levántate ocho.»
—Proverbio chino



Mis hermanos estaban sentados frente a mí. Me miraban como si no pudieran asimilar lo que les estaba diciendo, además de mirarme con tristeza y preocupación. Nos habíamos reunido en la casa de Ava y estábamos en el *living* mientras Eric se hacía cargo de Alvin.

—¡Los voy a matar, malditos hijos de puta! —dijo, Levi, pasándose una mano por el pelo y poniéndose de pie para comenzar a pasearse por el *living* de una lado a otro de forma nerviosa.

No les había contado que le había propinado un puñetazo al padre de Tanner ni que él me había querido pegar porque Levi era capaz de ir a buscarlo para darle una paliza, y no quería que mis hermanos se vieran aún más perjudicados.

—Les pido disculpas. Nunca imaginé que estuviera conmigo con esa intención. Perdónenme, por favor. —Nuevamente me saltaron las lágrimas y apenas pude ver que ambos se acercaban a mí para abrazarme.

—Dal, tú no tenías como saberlo. Esa gente no tiene más principios que los que derivan de su propio provecho e interés. Son una mierda, la peor escoria. Carecen de dignidad. Yo lamento no haberme dado cuenta a tiempo porque cuando me dijo el apellido a mí me sonó de algún lado, y ahora comprendo que fue de las llamadas que me hizo para concretar una reunión. ¡Maldito hijo de puta!

—¿Cómo dijiste que se llama la empresa? —preguntó, Ava.

—No lo dije, pero si no recuerdo mal, cuando Cappellari llamó se presentó como uno de los dueños de la empresa Montaguen porque recuerdo haberlo escrito en un papel que dejé sobre mi escritorio —respondió, Levi.

—¿Montaguen dijiste? —pregunté, incrédula.

—Sí, ¿por qué?

—¡Qué estúpida que soy! —exclamé, negando con la cabeza—. Cuando le pregunté cómo se llamaba su empresa me dijo que llevaba el nombre de la familia y yo asumí que era Cappellari, pero ese es el apellido del padre y la empresa es de la familia de la madre —dije, cada vez más desilusionada de mí, él había sido todo un experto escondiendo información y yo una estúpida embobada por él que no había sido capaz de darme cuenta de nada, incluso teniendo la información delante de mis ojos. Sus vagas respuestas tenían toda la intención de engañarme.

—¿Montaguen? ¿Montaguen? —repitió, Ava—. ¡Yo también lo recuerdo! Un día que ustedes habían salido de inspección de obras, en la empresa se presentó un hombre joven, elegante y atractivo, que si no recuerdo mal era uno de los dueños de esa empresa. Solicitó reunirse con nosotros porque tenía una propuesta para nuestra empresa. Lo despaché enseguida porque

imaginé que era de esos buitres que nos rondaban y le dije que no disponía de tiempo para reunirme y que, además, mis hermanos no estaban y que en las reuniones siempre estábamos los tres. Me trató muy amable y con respeto, y dijo que volvería en otra oportunidad. No se los comenté ni le di importancia porque no quise preocuparlos ya que teníamos asuntos más urgentes, además de que con el embarazo a término yo ya tenía la cabeza en otra cosa.

Todo comenzó a cobrar sentido, las barreras que me impedían entender todo lo sucedido comenzaron a desmoronarse una tras otra como fichas de dominó. El día que estábamos en la cafetería con mis hermanos y él al vernos huyó despavorido, seguramente había sido por temor a que Ava lo recordara de ese encuentro.

—Era Tanner —dije, afligida, porque no había otra opción.

Ava me limpió las lágrimas y me miró con preocupación.

—Así que era ese —dijo, pensativa, pero luego me miró y añadió—: ¿Cómo te sientes, pequeña? Y no me mientas —dijo, Ava.

—Como la mierda. ¡Qué estúpida que fui! ¡Qué patética!

—No eres estúpida ni patética, eres una chica dulce, inteligente e inocente que no tiene maldad en su corazón y jamás se te ocurriría que una persona cometiera tal bajeza. Eres una persona que trata de hacer feliz a los que te rodean, una persona de un gran corazón —dijo, Levi, y Ava asintió acariciándome el rostro con ternura.

—Ese corazón ya no existe, se rompió por su traición y su burla. Ahora solo queda un corazón de hielo lleno de resentimiento.

En realidad, sí tenía corazón y me dolía tanto como un dolor físico, una herida abierta que ardía hasta hacerlo insoportable. Había confiado en él, le había confesado mis sentimientos creyendo que entre nosotros había algo especial e intenso, una conexión como nunca había tenido con nadie, pero él solo me había usado, me había humillado, se había burlado de mí. Tanner Cappellari me había destrozado por completo y dolía, dolía demasiado. Pero no pensaba seguir llorando, tenía que solucionar cosas más importantes porque el bienestar de mi familia era primordial y en ese momento mis pensamientos migraban hacia el peor escenario posible.

—No digas eso, Daryl —dijo, Ava—. Tú no eres lo que te hicieron, tú eres Daryl Domenech, una hermana amorosa, una tía maravillosa y una amiga fiel. Tú eres amor, Daryl. No permitas que esos dos te lastimen más de lo que lo hicieron convirtiéndote en una persona rencorosa.

En ese momento Eric llegó y se quedó en la puerta del *living* con Alvin en brazos. Miró a Levi con seriedad.

—Cuñado, acá me tienes para lo que necesites. Yo siempre estoy listo si hay que defender a la familia, ya sabes a qué me refiero —dijo, con mucha seriedad.

Levi lo miró y asintió, pero Ava lo miró con el ceño fruncido, aunque se le borró en cuanto Eric le sonrió y le hizo un guiño. Esos dos llevaban varios años de casados y cada día estaban más enamorados. Eric era un gran hombre y yo no podía estar más dichosa por ellos. Por otro lado, me preocupaba el comentario de mi cuñado porque no había que ser muy lista para comprender que le había sugerido molerlos a golpes, pero no permitiría que eso sucediera.

—Ahora centrémonos en la empresa —dije, porque quería que mis hermanos le dedicaran su atención a lo importante, yo me ocuparía de mi corazón roto que en ese momento estaba en estado crítico, pero aun latía y eso era una buena señal.

—El lunes a primera hora me comunico con la empresa de San Francisco para saber si los Cappellari intervinieron en algo porque los representantes de esa empresa aún no se han comunicado con nosotros, aunque con el tiempo que ha pasado no me cabe la menor duda de que ese contrato tampoco se concretará, y también voy a hablar con la empresa Bornos, que me digan en la cara con qué los amenazaron esos hijos de mil putas para que se tiraran para atrás.

Una idea comenzó a abrirse paso a través de la neblina de mi furia.

—Yo tengo una carta por jugar, confíen en mí. Sé que en este momento lo que menos me deben tener es confianza, pero voy a hacer lo que esté a mi alcance para hundirlos.

—Dal, no sé qué es lo que tienes en mente, pero déjalo. La solución la encontraremos entre los tres —pidió, Levi.

—Cariño, no te sientas culpable. Te prometo que vamos a salir adelante, juntos. —Y esa fue Ava.

En ese momento sonó mi teléfono y vi que era Lori. Inmediatamente, mis hermanos me miraron con seriedad, supongo que imaginando que podía ser Tanner, pero eso era imposible.

—Es Lori —dije, para tranquilizarlos, mis hermanos asintieron y comenzaron a conversar entre ellos.

A Tanner lo había bloqueado de todos lados, así que no iba a poder comunicarse conmigo, aunque dudaba que el muy cobarde lo quisiera hacer si hasta había enviado a su padre para informarme de la «situación» porque él era un asqueroso miserable sin honor.

—Hola, Lori.

—¿Dónde estás? —preguntó, preocupada, cosa que llamó mucho mi atención porque ella no estaba al tanto de las últimas novedades.

—En lo de Ava. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque el estirado de tu novio estuvo en mi casa, buscándote. Ese hombre estaba irreconocible, totalmente desesperado. Le faltó arrodillarse y suplicarme para que le dijera dónde estabas. Supuse que algo había sucedido y no le di ningún dato, porque me pidió teléfono y dirección de tus hermanos. ¿Puedes explicarme qué ocurrió?

Mientras Lori hablaba mi cerebro registraba sus palabras y la furia comenzaba a bullir en mí tan rápido como la llegada de un huracán. ¿Qué mierda quería decirme? ¿Pedirme disculpas por su traición? ¿Recordarme el plazo que me había dado su padre para decidirnos en la venta de la empresa? Maldito traidor ambicioso.

—Es largo de contar, Lori, pero si llega a ir nuevamente, no le des ningún dato sobre mi familia y mejor ciérrale la puerta en la cara. Tanner me traicionó, no se merece ni que le dirijas la palabra.

—¿Te engañó con otra?

—Me utilizó para obtener información sobre nuestra empresa y evitar que podamos conseguir nuevos contratos. Solo se acercó a mí con esa intención. Son unos buitres ambiciosos que

quieren quedarse con nuestra empresa.

—¿Qué? ¿Y por qué dices quieren? ¿Él y quién más?

—Su padre, pero luego te cuento bien. Ahora estoy reunida con mis hermanos para tratar de encontrar una solución. Nos dieron 48 horas.

—¿El qué? ¿Me estás hablando en serio?

—¿Te parece que mentiría sobre algo así?

—¡Yo no lo puedo creer! Esto es una locura —exclamó, indignada—. Pero hay algo que no me cierra…

—Lori, tengo que dejarte porque necesito organizarme con mis hermanos. Luego hablamos.

—¿Vas a quedarte con Ava?

—No lo sé, quizás me quede aquí o en lo de Levi. Por unos días no quiero volver a mi piso, el tema es que no traje nada.

—Yo tengo llave de tu piso, dime lo que necesitas y te lo llevo hasta allí —ofreció.

—Gracias, Lori.

Le pedí algo de ropa y algunas cosas personales y mi amiga se ofreció a alcanzármelas en el correr de ese día.

—¿Estuvo en lo de Lori? —preguntó, Levi, con gesto de irritación.

—Sí, parece que estaba buscándome, pero le conviene no acercarse a mí porque su linda cara corre riesgo de quedar desfigurada —afirmé, logrando que mis hermanos me miraran preocupados.

—Si no nos dices lo que estás planeando, no pensamos dejarte salir de aquí —sentenció, Levi, preocupado.

—A ustedes no les va a gustar, pero estoy decidida.

—¿No nos va a gustar? Entonces no lo vas a hacer —afirmó, Ava.

—¿Qué es lo que tienes en mente, Dal?

—Alguien tiene que detenerlos y ustedes me enseñaron a pelear por la familia y por lo que era justo. —Suspiré—. Conozco a su madre y sé la historia familiar. Voy a ir a hablar con ella porque pienso que me puede ayudar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, Levi, mirándome como si yo hubiera enloquecido.

—No puedo contárselos porque prometí guardar el secreto, pero sé que si hablo con Eleonora ella puede darme una idea de cómo detenerlos.

—¿Quién es Eleonora? —preguntó, Ava.

—Su madre.

—¿Y dices que la conoces? ¡Por favor, Daryl! —espetó, Levi—. ¡¿Quién te garantiza que ella no sea parte de su plan?! Olvídate de eso —ordenó, Levi, y, si bien tenía motivos para creer que me podían engañar fácilmente, también debo reconocer que me hizo pensar y dudar. Quizás todo había sido una argucia para que yo no sospechara y les diera la información.

Me senté en el sillón y me tomé la cabeza. Levi tenía razón. Capaz que hasta la propia Eleonora era parte de su maquiavélico plan. Si su hijo no lograba el objetivo, quizás ella, ganándose mi confianza, podía intentarlo.

—Esperemos a mañana. A primera hora me comunico con las empresas y veremos que sucede —sugirió, Levi.

—Lo siento… lo siento tanto.

Ambos vinieron a mi lado y me abrazaron fuerte, y abrazada a mis hermanos sentí que podía con todo. Dicen que quien tiene un hermano tiene un tesoro. Esa frase no puede tener más razón. Nuestra relación era especial, fuerte y duradera, un amor puro e incondicional. Mis hermanos estaban más allá de todo y de todos. Puede que las circunstancias de la vida y el paso de los años nos cambiaran un poco, por ejemplo a Ava que ya había formado su propia familia, pero sabíamos que el amor que nos teníamos permanecería invariable a pesar del tiempo. Y en ese momento íbamos a luchar juntos, lado a lado.



Un rato más tarde Lori llegó a lo de Ava con todo lo que le había pedido. Levi aún estaba allí porque habíamos decidido quedarnos juntos para planear una estrategia. Además, estaba segura de que ninguno de los dos quería separarse de mí y se los agradecía porque tenerlos allí me daba la tranquilidad de que mi hermano no iría a enfrentarlos. En ese momento Eric y Levi se encontraban mirando un partido de fútbol en la televisión, aunque yo sabía que estaban charlando sobre lo sucedido; Ava estaba en su dormitorio haciendo dormir a Alvin y yo me había encerrado con Lori en el dormitorio para huéspedes.

—Cuéntame todo. De verdad que aún no puedo creer lo que hizo, como tampoco puedo creer que haya personas tan hijas de puta —dijo, Lori, y nos sentamos en la cama y me tomó ambas manos entre las suyas.

Le relaté todo lo sucedido con el padre de Tanner sin esconderle nada, le conté hasta que me había propuesto sexo a cambio de otorgarnos más plazo, el puñetazo que le había propinado y su intento de pegarme. Sentía que el dolor iba creciendo en mi pecho mientras verbalizaba todo lo sucedido. En varias oportunidades tuve que interrumpir el relato para aclararme la garganta porque se me había formado un gran nudo, como también cerrar los ojos para contener el repentino ardor de las lágrimas queriendo abrirse paso, aunque a cada minuto se volvía más difícil soportarlas, por no decir imposible. Parecía que a medida que la furia retrocedía, el dolor crecía imparable.

El rostro de Lori estaba lleno de incredulidad, pero a medida que avanzaba en mi relato fue transformándose en ira y terminó mirándome con compasión y tristeza. Todas esas emociones fueron deslizándose por su rostro mientras me escuchaba, pero fue cuando me abrazó fuerte, que las lágrimas me vencieron y en vez de detenerse ante mi esfuerzo, brotaron más fuertes hasta convertirse en un torrente. Lori me dejó llorar, solo me abrazó fuerte haciéndome sentir su cariño y apoyo. Recién cuando notó que me había calmado un poco se apartó y me acarició la mejilla.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —preguntó.

—No, gracias. No quiero que mis hermanos sospechen que estuve llorando.

—Estás en todo tu derecho de llorar, gritar, patalear y de expresar tu dolor y enfado.

—¿Cómo pudo ser tan cruel? Le confesé que lo amaba, Lori. Es mi primer amor. Me duele pensar que mientras yo disfrutaba de los momentos más felices de mi vida a su lado y me atrevía a amarlo, él a mis espaldas tramaba con su padre la forma de sacarme información sobre mi empresa para perjudicarnos y hundirla con el objetivo de quedarse con ella. Me duele el que haya jugado de esa forma con mis sentimientos, que me dijera palabras bonitas y me tratara como si le importara, solo con el objetivo de obtener información y poder cerrar el trato. Demasiadas

mentiras, Lori. ¿Por qué me humilló de ese modo? Me quebró… me quebró el espíritu.

Lori me volvió a tomar de las manos y me hizo mirarla.

—¿Te puedo contar lo que me dijo cuándo fue a buscarte a mi casa?

—No quiero saberlo —dije, negando con la cabeza—. ¿Qué más quiere de mí? ¿Seguir humillándome?

—Por favor, permíteme contarte, quizás puedas sacar algo que te ayude a entender.

—¿Entender? Lori, creo que todo está más que claro. No hay excusa alguna para lo que hizo. —En ese momento no podía permitirme ni una distracción.

—Lo entiendo, pero hay algo que no me cierra…

—¿En serio? —dije, sarcásticamente.

—Daryl, te juro que ese hombre estaba desesperado, le faltó ponerse a llorar. ¿Estás segura de que el padre te dijo la verdad?

—Tenía la información precisa. Además, después de hablar con ese hombre y con mis hermanos, me di cuenta de muchas cosas que antes había pasado por alto. Tanner nunca hablaba de la empresa ni de su padre, siempre evitaba ese tema. Yo, como una ilusa, pensaba que era por su historia familiar. ¿Recuerdas que te conté de aquel día en que me lo encontré en la cafetería en la que estaba con mis hermanos y se fue apenas me vio? —consulté, y Lori movió la cabeza afirmativamente—. Resulta que Ava lo conocía porque antes del accidente había estado en la empresa para proponernos el negocio, o sea… —dije, esperando que mi amiga terminara la frase.

—Se fue huyendo para que Ava no lo reconociera.

—Exacto. Al igual que cuando conoció a Levi y mi hermano le dijo que su apellido le resultaba familiar. Tanner se puso muy nervioso y se fue enseguida.

—¿Y a qué te refieres con su historia familiar?

—No te puedo dar detalles porque prometí no hacerlo, pero tengo entendido que sus padres se odian y eso ha influido en él, pero ahora tampoco estoy segura de que eso sea verdad, lo que también implicaría que Eros es un gran mentiroso y tan desgraciado como ellos.

—¿Eros?

—Fue el que me contó su historia, pero no puedes decirle nada.

—¿Te parece que Eros esté implicado? Yo no lo creo. Tenemos amistad con él desde mucho antes de conocer al estirado. Si así fuera, sería un tremendo pedazo de mierda.

—Prefiero creer que no estuvo implicado, pero ya no sé qué pensar —dije, apesadumbrada.

—Lo que voy a decirte quizás te parezca una locura, sobre todo viniendo de mí, pero ¿no te parece que deberían tener una última conversación? Digo, para que ambos puedan sacarse todo lo que tienen dentro —señaló, Lori, encogiéndose de hombros.

—Yo no quiero verlo más, sería demasiado humillante. Le confesé mis sentimientos, le dije que lo amaba… lo amo a decir verdad, porque el amor no se termina así de simple, ojalá fuera así, pero mucho me temo que este vacío que siento en el pecho se quedará siempre allí como si me hubiera partido por dentro, aunque él solo se mofó de mí. Tanner marcó un antes y un después en mi vida y siempre será mi primer amor, pero ahora me tengo que enfocar en la empresa y hacer todo lo posible por olvidarlo. —Suspiré—. No, Lori; no quiero verlo nunca más en mi vida.

Mi amiga movió la cabeza afirmativamente y no insistió más. Un rato más tarde dejó la casa de Ava y yo volví al *living* con mis hermanos. Tal como había sugerido Levi, esperaríamos a la mañana para llamar a las empresas y tener las cosas un poco más claras. Levi se fue pasada la

medianoche y yo me quedé con Alvin en brazos, arrullándolo. Esa noche mi sobrino no quería dormirse y yo aproveché para disfrutarlo y permitir que sus padres descansaran. Le pedí a Ava que llevara su cuna al dormitorio en el que yo dormiría así podía cuidarlo y llamarla solo si la necesitaba. Después de mucho pasear por la casa y de cantarle algunas canciones de cuna, Alvin al fin se durmió. Lo puse en la cuna y me acosté en la cama mirando el techo. Fue una noche larga. Me la pasé pensando. Todos los momentos junto a Tanner empezaron a agolparse en mi cabeza y lamenté haber sido tan ciega e ingenua. Era una relación reciente, pero intensa y lo vivido esas semanas me había marcado en cuerpo y alma. Por primera vez en mi vida lo había entregado todo ignorando todas las señales de peligro que mi sexto sentido me advertía. Me había enamorado como una estúpida. Tanner no se merecía mi dolor, ni una sola lágrima más, porque para él no eran nada, yo no era nada, o mejor dicho, yo solo era la posibilidad de hacer un buen negocio, nada más. Mis emociones no le importaron. Si bien en ese momento sentía que el dolor alojado en cada poro de mi piel iba a ser permanente y que nunca iba a poder recuperarme, sabía que no me podía permitir hundirme en la tristeza. No importaba si dolía el cuerpo y el alma, debía salir adelante. Trataría de convertir la rabia en un aliado que me ayudara a volver a ponerme en pie. Sacaría fuerzas de la adversidad para que esa furia que sentía le ganara al dolor y no me permitiera rendirme.

Me pasé toda la noche deseando que los primeros rayos de sol se colaran por la ventana para poder hacerle frente al día y todo lo que me esperaba. El insomnio había sido mi compañero fiel, pero antes de abandonar la cama recordé una frase de Buda que había leído una vez: «El dolor es inevitable pero el sufrimiento es opcional». El dolor y el sufrimiento son parte de la vida y, aunque podemos confundirlos, son diferentes. Cuando perdí a mis padres no entendía que pasaba, no entendía porque se habían ido, creo que sigo sin entenderlo. Su partida seguirá siendo dolorosa y me seguirá haciendo sufrir, pero con Tanner, cargar con el segundo era mi elección. Y yo elegía no sufrir. El dolor… tarde o temprano terminaría por desaparecer… o eso esperaba.

Capítulo 16

«No hay peor pecado que provocar lágrimas en una cara que nos ha regalado sus mejores sonrisas.»
—Bob Marley



Con Levi y Ava habíamos quedado en reunirnos en la empresa a una hora temprana de la mañana para comenzar con las averiguaciones. Para comunicarnos con la empresa de San Francisco íbamos a tener que armarnos de paciencia y esperar porque debido a la diferencia horaria de cinco horas no podíamos llamar en la mañana de Uruguay.

Junto a Ava salimos de su casa en mi coche como para llegar a la empresa unos minutos antes de 8 de la mañana. Levi nos había avisado que iba a estar llegando más o menos a la misma hora que nosotras. Cuando bajamos del ascensor supusimos que el silencio nos iba a recibir porque los empleados llegaban a partir de las 9 de la mañana, pero grande fue nuestra sorpresa cuando lo que escuchamos fueron los gritos de Levi provenientes de su oficina y ruidos como si algo chocase y como un forcejeo similar al de personas peleando. Con Ava quedamos paralizadas e inmediatamente nos miramos, pero al segundo salimos corriendo hacia allí.

Nunca imaginé encontrarme con esa escena.

Sillas caídas, papeles tirados y… Levi encima de Tanner asestándole un golpe tras otro. Ambos estaban en el piso, pero este último no hacía ni el menor movimiento para defenderse ni para responder a la agresión, solo dejaba que mi hermano descargara un puñetazo tras otro en su cuerpo como si fuera su saco de boxeo. ¡Lo iba a destrozar!

Ava quedó paralizada al igual que yo, pero cuando pude reaccionar, grité con todas las fuerzas que pude y salí corriendo hacia ellos.

—¡Levi, por favor, para! ¡BASTA YA! ¡PARA, PARA, por favor!

La adrenalina me inundó y el corazón me comenzó a latir con fuerza. Me abalancé sobre mi hermano y comencé a tironear de su ropa para separarlo de Tanner. En ese momento el dolor, la ira y todas las emociones negativas que sentía hacia Tanner desaparecieron por completo y sentí una enorme tristeza al verlo golpeado. Sí, era una gran imbécil, lo sé.

En algún momento Ava reaccionó y me ayudó a separarlos, o mejor dicho, a separar a Levi, porque Tanner no se movía.

—¡Pedazo de mierda! ¡¿Cómo te atreves a presentarte acá después de lo que le hiciste a mi hermana?! Te voy a matar, cobarde hijo de puta —gritó, Levi, ya de pie mientras nosotros lo tomábamos de los brazos para evitar que nuevamente fuera a la carga—. Desgraciado hijo de puta…

Tanner giró el rostro con lentitud hasta que sus ojos impactaron con los míos. Y dejé de

escuchar a Levi y todo lo que me rodeaba. Tragué saliva. Esto no era lo que debía suceder. Yo debía echarlo a patadas, pero solté a mi hermano y me acerqué a él para estirar la mano y ayudarlo a levantarse. Su labio sangraba y tenía un ojo hinchado y con todo el aspecto de que iba a quedar morado.

Primero me miró con una tristeza infinita y luego estiró el brazo y tomó mi mano, y la electricidad de siempre me recorrió el cuerpo entero, pero también un dolor inconmensurable. Para disimular las lágrimas que se agolparon en mis ojos, traté de dirigirle la mirada más letal que pude poner.

—No sé qué haces aquí, pero es mejor que te vayas. Ni mis hermanos ni yo te queremos en la empresa, y mucho menos en nuestra vida. Si tienes algo de decencia, lárgate ahora mismo.

—Discúlpame, Daryl. Te juro que no pensaba hacerte daño. Es verdad que al principio me acerqué con la intención de obtener información de tu empresa, pero al conocerte y… no pude seguir con eso… por nada del mundo te haría daño, Pecas —dijo, estirando la mano para acariciar mi rostro, pero yo se la aparté de un manotazo, aunque pude notar que una mirada de profundo dolor atravesaba sus rasgos.

—Mi nombre es Daryl Domenech, señor Cappellari. Y le recuerdo que el daño ya lo hizo. Cumplió con su papel de modo encomiable, lo felicito —ironicé, volviendo al trato formal para marcar distancia—. Le agradeceríamos que se retire si no voy a tener que llamar al guardia de seguridad del edificio para que se encargue de retirarlo. Aún no lo he llamado por un tema de respeto, pero no creo que lo entienda porque el respeto es una cuestión de educación, no de dinero, y usted solo sabe de lo segundo. Espero que el dinero y el poder que ambiciona valgan todo el daño que ha causado. —El rostro de Tanner palideció y creo que su garganta emitió un gemido.

—Daryl, te juro que no te miento. No pensaba hacerte daño, quiero estar contigo, te quiero en mi vida, ¡no quiero perderte! —exclamó, tratando de abrazarme, pero nuevamente me aparté y esa vez caminé hacia la puerta que estaba abierta y le señalé hacia afuera. En ese momento me percaté de que mis hermanos nos miraban confundidos. Levi seguía con una postura tensa y a la defensiva, y aunque Ava lo tenía tomado por los brazos, ya no forcejeaba con la intención de zafarse ni se movía. Ava, sin embargo, miraba a Tanner con compasión. ¿Compasión? ¿Mi hermana había enloquecido?

Tanner bajó la mirada como si se observaba los zapatos, parecía vencido y tampoco me gustó verlo así, cuando levantó el rostro me pareció que sus ojos estaban nublados, pero seguramente era por los golpes porque era imposible que ese hombre estuviera por llorar, él siempre mantenía sus emociones, su verdadero yo, guardados con celo tras aquella apariencia arrebatadoramente atractiva y sensual. Él nunca me había mostrado como verdaderamente era. Él solo me había mentido.

—¿Ya no me amas?

¿En serio? ¿Tenía el descaro de preguntar si lo amaba? Si él supiera… amor había de sobra, ni siquiera sabía cómo hacer para que desapareciera, pero de eso no se iba a enterar jamás. Solté una risa irónica y negué con la cabeza varias veces.

—Su tiempo se acabó, señor Cappellari —dije, con un nudo en la garganta que me impedía respirar y tratando de que él siguiera ajeno al dolor que me demolía por dentro.

—Nosotros…

—¿Qué? Nunca hubo un nosotros y por supuesto que no habrá un nosotros —afirmé, y seguro que esas palabras me dolieron más a mí que a él, pero igual le dediqué una mirada del todo gélida.

—¿Me amas, Daryl? Porque yo te juro que…

—Cappellari, le agradecería que me evite este mal momento. No quiero verlo, no quiero escucharlo. Desde que lo conozco lo único que han salido de su boca han sido mentiras, crueles y asquerosas mentiras. Jugó con mis sentimientos de una manera desalmada. ¿Y ahora pretende que lo escuche y, encima, le crea? Usted no solo es una basura humana, también es un cínico y no se merece ni un minuto más de mi tiempo. ¡Lárguese!

—Escúchame. Déjame que te explique… te lo suplico —dijo, y me pareció que la voz se le había quebrado, pero yo ya no lo miraba, mi vista estaba en la puerta del ascensor que era a donde señalaba con mi brazo. No quería ni podía mirarlo.

—¡Y una mierda! Usted no vale nada moralmente. Y hablando de inmorales, puede decirle a su padre que no se moleste en enviar a sus abogados porque no vamos a venderles la empresa. Esta empresa siempre fue gestionada con amor, honradez y respeto, cosas de las que ustedes carecen y desconocen.

Tanner dio unos pasos, deteniéndose a mi lado. Ni siquiera giré el rostro para mirarlo. No podía. Tenía unas enormes ganas de llorar, pero no lo iba a hacer delante de él. Me estaba muriendo, todo era demasiado doloroso, pero sabía que debía ser fuerte.

Levantó la mano y me retiró con cuidado un mechón de pelo del rostro.

—Te juro por mi vida que no van a perder la empresa —susurró.

Giré el rostro y lo miré. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no estirar la mano y acariciar su magullado rostro. No podía verlo así.

—Confiaba en ti —susurré.

—Daryl… yo…

—Mi hermana le pidió que se largara. —Y esa fue la autoritaria y fuerte voz de Levi.

Tanner lo miró y asintió en silencio, me volvió a mirar y juro que esa mirada desolada me desgarró el alma. Lo sé, no debía sentir eso porque era un traidor, pero lo sentía. Esa fragilidad que no me esperaba de él me estremeció el corazón.

Tanner no dijo nada más.

Yo no dije nada más.

Salió de la oficina y cerré la puerta. Me dejé caer de rodillas. Di rienda suelta a un llanto silencioso al mismo tiempo que doloroso. Ya no podía más.

Dicen que hay historias que terminan con un punto final y otras que acaban en puntos suspensivos. Ese había sido nuestro punto final.



Después de calmarme, sobre todo para que mis hermanos no se sintieran tan mal, nos sentamos alrededor de la mesa de reuniones para llamar a los representantes de la empresa

Bornos. En realidad yo no tenía ganas ni fuerzas para escuchar lo que nos iban a decir, pero no podía dejar que mis hermanos lo enfrentaran solos. Levi fue quien realizó la llamada y puso en modo altavoz para que los tres escucháramos.

—Corporación Bornos, buenos días —atendió, la voz de una mujer.
—Buenos días. Necesitaría hablar con el señor José María Bornos.
—¿De parte de quién?
—Del arquitecto Levi Domenech.
—Deme un minuto que consulto si lo puede atender.

Pasaron unos minutos y nosotros solo nos mirábamos. Creo que los tres sospechábamos que Bornos no iba a venir al teléfono. Notaba que mi hermano estaba nervioso y eso me hacía sentir una enorme culpa. Unos minutos después escuchamos un ruido y luego la voz de un hombre.

—Domenech ¿cómo está? Qué bueno que me llama porque necesitaba comunicarme con usted.

Los tres nos miramos sorprendidos porque en realidad esa empresa ya nos había llamado para descartar nuestra propuesta, así que no esperábamos que dijera eso.

—¿Qué tal Bornos? Sé que ustedes ya se comunicaron con nosotros, pero debido a que…
—Por eso mismo lo estaba por llamar. Hubo unos cambios, Domenech —dijo, Bornos, interrumpiendo a Levi—, estuvimos analizando nuevamente la propuesta de su empresa y decidimos que queremos hacerlo con ustedes. Vamos a cerrar el trato. Su propuesta nos impresionó mucho y estuvimos haciendo números y, si bien aceptándola tenemos que invertir un poco más, lo que ustedes nos ofrecen nos brinda mucha más confianza porque sabemos que su empresa es excelente y muy responsable. Así que decidimos pagar más, pero sabiendo que estamos haciéndolo con los mejores —afirmó.

Los tres nos mirábamos y no sabíamos que decir. Eso era una gran noticia. A mi mente vinieron las palabras de Tanner: «*Te juro por mi vida que no van a perder la empresa*», y supe, con seguridad, que él estaba detrás de ese cambio de opinión. Mis hermanos sonreían y, si bien estaba feliz por lo que eso implicaba, igual sentía algo extraño que no me dejaba disfrutarlo.

—Agradecemos mucho la confianza, Bornos, y nos complace enormemente poder trabajar para ustedes en ese proyecto.
—Perfecto, Domenech. Mañana mismo nos reunimos así comenzamos cuanto antes. Le digo a mi secretaria que se comunique con ustedes para coordinar la hora y el lugar.
—Quedamos a la espera, entonces. Gracias, Bornos.
—Nada que agradecer, muchacho —dijo, y lo escuchamos exhalar—. Discúlpennos ustedes por tantas idas y venidas. Yo nunca dudé de ustedes, pero habían surgido cosas que…
—No se preocupe, para nosotros es suficiente saber que todo se aclaró y que ustedes confían en nosotros. En nombre de mis hermanas y mío, muchas gracias.
—Nada que agradecer, ustedes se lo ganaron. Nos vemos mañana, Domenech.
—Hasta mañana.

La llamada se cortó y los tres nos pusimos de pie, nos abrazamos y al minuto Ava nos estaba haciendo girar y saltar. Las cosas en la empresa comenzaban a encaminarse.

Y eso no terminaría allí.

Una hora más tarde nos estaban llamando de la empresa de San Francisco para confirmarnos el contrato.

A esa altura los tres estábamos seguros de que Tanner estaba detrás de todos esos cambios de parecer, pero la realidad era que él y su padre también estaban detrás de las cancelaciones, así que ni siquiera podía sentir agradecimiento.

La alegría y tranquilidad habían vuelto a los rostros de mis hermanos. Yo… estaba feliz por ellos y por la empresa, pero igual sentía una constante y gran punzada de dolor.

Después de eso nos reunimos para organizarnos con todo el trabajo que se nos venía. Ava decidió que en los próximos días se reintegraría a la empresa y traería a Alvin con ella para poder amamantarlo, y no hubo quien la hiciera cambiar de opinión. Por otro lado, notaba que ambos estaban pendientes de mí y por eso trataba de estar lo más entera posible, pero me requería de un esfuerzo titánico.

Unas horas más tarde mis hermanos me obligaron a irme de la oficina porque tenía unas ojeras monstruosas. No me opuse porque el insomnio de la noche anterior y el desgaste emocional me estaban pasando factura y me sentía desfallecer, además de que el enorme dolor de cabeza ya no me dejaba pensar con claridad.

Cuando subí a mi coche proferí un grito y golpeé el volante varias veces como si mi dolor y furia fueran a desaparecer de esa forma. Se me estremecía el cuerpo entero. Sentía un dolor agudo instalado en el pecho que iba inundando todo mi ser no dejando lugar para nada más. Nuevamente, el repentino ardor de las lágrimas me hizo cerrar los ojos para poder retenerlas, pero igualmente rodaron por mis mejillas libremente. Puse las manos en mi rostro y solté el llanto.

—Mamá, papá… denme fuerzas, por favor…

Encendí el coche y la radio también se encendió. La preciosa voz de la cantante Rosana llegó a mis oídos con la canción «Llegaremos a tiempo». Esa hermosa canción trataba sobre no rendirse, enfrentar los miedos en situaciones difíciles y seguir adelante. Era un mensaje esperanzador y estuve segura de que, desde el cielo, era el mensaje de mis padres. Escucharla en ese preciso momento debía ser una señal, así que, puse el coche en marcha y salí del *parking* cantándola a todo pulmón. Por supuesto que mientras lo hacía no podía evitar llorar, pero si ese era el mensaje que me habían enviado, lo honraría no permitiendo que la tristeza me venciera. Y la canté… la canté con toda la fuerza que mi garganta me permitió.

Si te arrancan al niño, que llevamos por dentro
Si te quitan la teta y te cambian de cuento
No te tragues la pena, porque no estamos muertos
Llegaremos a tiempo, llegaremos a tiempo

Si te anclaran las alas, en el muelle del viento
Yo te espero un segundo en la orilla del tiempo
Llegaras cuando vayas más allá del intento
Llegaremos a tiempo, llegaremos a tiempo

Si te abrazan las paredes desabrocha el corazón
No permitas que te anuden la respiración
No te quedes aguardando a que pinte la ocasión
Que la vida son dos trazos y un borrón

Tengo miedo que se rompa la esperanza

Que la libertad se quede sin alas
Tengo miedo que haya un día sin mañana
Tengo miedo de que el miedo, te eché un pulso y pueda más
No te rindas no te sientes a esperar

Si robaran el mapa del país de los sueños
Siempre queda el camino que te late por dentro
Si te caes te levantas, si te arrimas te espero
Llegaremos a tiempo, llegaremos a tiempo

Mejor lento que parado, desabrocha el corazón
No permitas que te anuden la imaginación
No te quedes aguardando a que pinte la ocasión
Que la vida son dos trazos y un borrón

Tengo miedo que se rompa la esperanza
Que la libertad se quede sin alas
Tengo miedo que haya un día sin mañana
Tengo miedo de que el miedo te eché un pulso y pueda más
No te rindas no te sientes a esperar

Solo pueden contigo, si te acabas rindiendo
Si disparan por fuera y te matan por dentro
Llegaras cuando vayas, más allá del intento
Llegaremos a tiempo, llegaremos a tiempo

—Solo podrán conmigo si me rindo. No me matarán por dentro. Siempre queda el camino que me late por dentro. Llegaré a tiempo, lo prometo. Gracias, mami; gracias, papi. Los amo, siempre estarán en mi corazón. —Lancé un beso al cielo y bajé del coche con determinación.

Tenía una decisión tomada.



—No entiendo o, mejor dicho, no me gusta que te vayas sola. Tú puedes quedarte supervisando la construcción de Bornos y yo voy a San Francisco.

—Quiero hacerlo, Levi. ¿Es porque no me tienes confianza?

—Confío en ti como en nadie, pero no quiero que estés tan lejos y, encima, sola.

—Puedo hacerlo y quiero irme un tiempo. Entiéndeme, por favor.

—Dal, un proyecto como ese, con todos los recursos y con una organización óptima como estoy seguro de que vamos a tener, va a necesitar de un plazo medio para la construcción de 18 meses, por lo menos. Eso sin tener en cuenta algún contratiempo que pudiera surgir.

—Lo sé, hermanito, pero necesito ese tiempo. Por supuesto que voy a estar viniendo, aunque no en los primeros meses. Igual supongo que tú vas a viajar constantemente.

—Lo haces por él, por ese cretino.

—Necesito alejarme. No es sencillo… lo amo, Levi. Es mi primer amor y no va a ser fácil olvidarlo, pero quizás la distancia me ayude con eso, quizás me ayude a paliar el dolor mientras el tiempo me ayuda a curar las heridas.

Levi negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Siento tanto que hayas pasado por todo esto y yo no me haya dado cuenta. Si hubiera

reconocido su apellido quizás no estarías sufriendo de esta forma.

—Levi, no te culpes porque dudo mucho que no hubiera sufrido. Aunque suene cursi, creo que me enamoré de él casi en cuanto lo vi —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Quién no ha sufrido por amor alguna vez en la vida? Pero alguna vez escuché que no hay corazón roto que no haya sobrevivido a la tormenta. Quizás ahora sienta que no va a ser fácil juntar todas las piezas y volver a armarlo, pero lo voy a lograr —afirmé, mirándolo con cariño, pero Levi me abrazó fuerte, como si con ese abrazo pudiera borrar mi pena, un abrazo en el que me decía que todo iba a estar bien. Su abrazo me reconfortó, porque ese vínculo de amor puro y seguridad era la fuerza que necesitaba.



Los días pasaron y, a la luz del día dejaba mi dolor adormecido gracias al trabajo duro que en esos días era mucho, pero la noche era otro tema. La mayoría de ellas pasaba en vela. Contaba las malditas ovejas de todo el Uruguay dos o tres veces, pero aun así, no podía dormir. Desde el día en que Tanner había estado en la oficina, no hacía más que vivir metida en la oficina, organizarme para mi viaje, comer y dormir… o intentar dormir. Daba igual si comía o ayunaba, si bebía o no lo hacía, … el dolor seguía allí. Esperaba que el gran cambio que implicaba vivir en otro país me ayudara a pensar menos en él porque en esos días mis pensamientos me engullían, me devoraban por completo y no dejaba de recordar todas las cosas vividas junto a él. ¡Imbécil de mí!

Con mis hermanos planificábamos y nos organizábamos para comenzar con las gestiones de los nuevos proyectos, cosa que nos requería de horas de reuniones de planificación y coordinación de trabajos. Por otro lado, mi partida para San Francisco era inminente, me mudaba a esa ciudad en cuatro días. Ya tenía el equipaje listo y todo organizado para mi estadía en esa ciudad. La primera semana me hospedaría en un hotel y luego me mudaría a un apartamento que quedaba cerca de la obra que tenía que supervisar. No voy a negar que estaba un poco sentimental porque me alejaba tanto tiempo de ellos y mis amigos, pero estaba convencida de que en ese momento era lo mejor para mí.

Lori me había organizado una reunión en su casa con todos mis amigos para que pudiera despedirme y en ese momento me estaba preparando para ir para allí. Ella entendía todo el torbellino que estaba sintiendo en mi interior y, junto a mis hermanos, eran mi gran apoyo.

Hacía poco más de una semana que había descubierto la traición de Tanner y desde ese día no había sabido nada más de él ni de su padre, y estaba agradecida por eso. No imaginaba que podría haber hecho Tanner para que las empresas nos contrataran y que su padre dejara de insistir en comprar la nuestra, pero tampoco me importaba.

Llegué a lo de Lori un rato antes de la hora fijada porque me había pedido que la ayudara con el tema de la comida y bebida.

—¡Qué carita! ¿Tú duermes? —preguntó, apenas me vio, seguramente porque las ojeras hinchadas bajo los ojos que no había podido disimular con maquillaje delataban mi agotamiento

—Creo que necesito unos diez años más de sueño.

—¿Y un café?

—Podría servir, pero yo me lo preparo —dije, encaminándome hacia la cocina.

Estaba preparándolo mientras Lori ponía hielo en una hielera y el timbre nos sobresaltó.

—Siempre hay algún ansioso que llega antes de la hora fijada —comentó, dejando lo que estaba haciendo y yendo hacia la puerta.

Encendí la cafetera y tomé el hielo para continuar con lo que ella estaba haciendo, pero las preguntas que hizo Lori me paralizaron porque eso solo podía significar que...

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te invitó?

¿Era Tanner? Mi corazón se desbocó como si se me fuera a salir del pecho, pero al escuchar la voz de su interlocutor exhalé con tranquilidad. No era Tanner, aunque esa persona tampoco me era grata.

—Vine a hablar con Daryl —dijo, Eros.
—Como verás, estamos organizando una fiesta y no has sido invitado, así que te pido que te retires —exigió, Lori.
—Lori, solo necesito hablar con ella, te aseguro que es importante. No me voy a quedar a la fiesta, te lo prometo.
—Ella no está.
—La vi entrar, la vengo siguiendo desde su edificio porque cuando yo llegaba, ella salía.

Decidí ir hasta allí para que mi amiga no tuviera que enfrentar esa situación sola.

—En tu lugar haría lo que Lori te dijo porque no eres bienvenido.

Eros giró el rostro y me miró. Sin tener en cuenta nada de lo que le habíamos dicho entró en la casa y se paró delante de mí.

—¡Te dije que te fueras! —gritó, Lori, caminando detrás de él
—Te juro que yo no sabía nada de los planes de Tanner y su padre. Te lo juro, Daryl. Recién me enteré ayer porque no estaba en Uruguay. Si lo hubiera sabido, yo mismo le hubiera partido la cara, no lo hice porque ya estaba bastante magullado.
—¡Lárgate! —insistió, Lori.

Lo miré con seriedad y luego miré a Lori.

—No te preocupes, Lori. Por la amistad que teníamos voy a brindarle unos *minutos* —dije, luego lo miré desafiante y añadí—: Te sugiero que empieces lo antes posible porque tan solo dispones de unos minutos para convencerme de que no estabas implicado en sus planes porque si no, te vas a ir de aquí a patadas en el culo.
—¡Y castrado! —gritó, Lori, y se encaminó hacia la cocina, y aunque yo estaba inquieta con la presencia de Eros, tuve que disimular una sonrisa ante su comentario y efusividad.

Nos sentamos en los sillones del *living* y noté que él también estaba incómodo.

—¿Por qué quieres hablar conmigo?
—Primero que nada para dejarte claro que yo no sabía nada de los planes de mi primo y el

desgraciado de su padre. Jamás haría tal canallada e incluso me cuesta creer que Tanner fuera capaz de hacerla, o por lo menos de intentar hacerla... porque tengo entendido que no llevó a cabo lo que habían planificado.

—Lo hizo. Las empresas nos rechazaron. No puedo imaginar con qué las chantajearon o amenazaron, pero habían rechazado nuestra propuesta.

—Pero te aseguro que él le había exigido a su padre que no interviniera y se olvidara de todo, pero ese maldito siguió adelante sin decirle nada. Tanner no sabía que su padre había extorsionado a las empresas. —Suspiró—. Cuando mi primo comenzó a pasar tiempo contigo y te conoció de verdad, se arrepintió de inmediato y habló con Amadeo para cancelar sus planes, es más, tengo entendido que discutieron bastante. No te voy a negar que, al principio, se acercó a ti con esa intención porque él mismo lo admitió, pero desde el momento en que comenzó a relacionarse contigo abandonó la idea. Él no iba a…

—Si viniste a defenderlo no pienso escucharte. No me importa si se arrepintió. Tenían todo planeado. Se acercó a mí con la intención de seducirme para sacarme información y traicionarme. Es un cobarde, un maldito canalla. Es igual de miserable que su padre. Su codicia no tiene límites, jugó con mis sentimientos sin ningún tipo de remordimiento. No quiero saber nada de tu primo. ¡Nada!

—Puedo entenderte, te juro que sí, pero yo no sería un buen primo si no te dijera lo que ha hecho en estos días y como se encuentra.

—¿No entendiste lo que acabo de decir? No…

—Tanner expulsó a su padre de la empresa y de su vida. Le pidió a Eleonora que en la junta directiva votara para expulsarlo y que pidiera el divorcio. Imagínate la felicidad de mi tía. Eleonora no solo hizo eso, sino que todo lo que era de ella, pero Amadeo administraba, lo transfirió a nombre de Tanner. El maldito de Amadeo no va a ver ni un peso, porque te aseguro que el padre de Eleonora era muy inteligente y nunca confió en él, así que contrató a los mejores abogados y dejó todo cubierto. Amadeo no tuvo elección. Mi tía nunca había hecho nada por miedo a las represalias contra Tanner, pero ahora que Amadeo tiene a su hijo en contra, ni lo dudó.

»Tanner está intentando solucionar todas las cagadas que se mandó ese cretino. Es un buen hombre, Daryl. Todo este tiempo estuvo cegado porque su padre se encargó de que no viera la realidad o, mejor dicho, que la viera distorsionada. Tienes que entenderlo, para él, su padre era el único que le había brindado algo parecido a una familia y por eso lo idolatraba. Creyó todo lo que le dijo sin dudarlo y siguió sus enseñanzas y planes a rajatabla. Está convencido de que su madre lo abandonó para disfrutar con amantes y vivió obsesionado con ese absurdo odio y con demostrarle que él era muy capaz de vivir sin ella y de acrecentar la riqueza familiar. El dinero y el poder se convirtieron en lo único a lo que aspiraba. Más, más, más. Nunca tenía suficiente. Su padre lo crio sin escrúpulos y, aun así, Tanner pudo comprender que se estaba equivocado y ver la maldad de ese hombre. Está haciendo todo lo que puede para remendar sus errores y hacer las cosas correctamente. Y todo eso gracias a ti.

Y esa información me dejó estupefacta. No esperaba que la conversación con Eros tomara ese rumbo.

»Día a día se levanta porque quiere arreglar las cagadas de su padre y dirigir la empresa con honradez, y esas no son mis palabras, son las de él. Cambió, te lo aseguro. Durante el día deja atrás su arrepentimiento y el dolor con el trabajo en la empresa y por la noche con la botella de alcohol que tenga a mano. Se emborracha todas las noches. Su estado es penoso y preocupante

—afirmó, y me miró con tristeza.

—Lamento mucho oír eso porque… yo no soy como él, no le deseo el mal —afirmé, aunque en realidad me estaba muriendo por dentro al saber que se estaba destruyendo de esa manera.

—Daryl, mi primo te ama, estoy seguro de que se enamoró, así como estoy seguro de que fue el amor que siente por ti lo que lo hizo cambiar. Tú fuiste y eres la única diferencia en su vida, por eso sé que cambió por ti.

—No apuestes a eso. Tu primo es incapaz de sentir amor por nadie, como bien dijiste, a lo único que aspira es a acrecentar su poder y su riqueza. Entiendo que lo quieras ver bien porque es tu primo, pero no pretendas hacerlo quedar como una víctima ni lo justifiques.

Eros negó con la cabeza y se puso de pie.

—No lo justifico y… no lo quiero hacer quedar como una víctima, Tanner fue una víctima de su padre. Veo que estás muy dolida y te juro que te entiendo, pero si lo amas, no permitas que este error defina sus vidas. Dale una oportunidad. Tanner no es su padre, te lo aseguro. No dirijas el rencor a la persona equivocada.

—Dirijo el rencor hacia la persona que me traicionó. Además… me estoy yendo a vivir a otro país. La fiesta de hoy es la despedida de mis amigos. Necesito alejarme, Eros. Tengo esperanza de que me servirá para centrarme. Pienso que después de pasar ese tiempo en el exterior, todo será diferente.

—¿Qué? ¿Te vas a otro país? ¿Por qué tomaste una decisión tan extremista? —preguntó, pero me miró y él mismo respondió su pregunta—: Estás enamorada de Tanner —afirmó, y lo miré con seriedad.

—No quiero que lo sepa.

—¿Te refieres a tu viaje o a que estás enamorada?

—Me refiero a mi viaje, el amor que sentía por él ya no existe.

—Está bien, si es tu decisión, no hay nada que pueda hacer. Te prometo que no voy a decir… ninguna de las dos cosas. Tus secretos están a salvo conmigo —expresó, mirándome con lo que me pareció era tristeza y compasión, luego se puso de pie—. Te voy a extrañar, preciosa. De verdad, lamento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto. —Se encaminó hacia la puerta con paso cansino.

—Cuídalo, Eros. No permitas que destruya su vida, por favor.

Giró y me miró con el gesto más triste que nunca había esbozado.

—Haré todo lo que esté a mi alcance. —Abrió la puerta y se fue.

En ese momento sentí que el dolor se multiplicaba por diez, no solo era el dolor de haberlo perdido y de la forma en que había sucedido, sino también era el dolor de saber que se estaba autodestruyendo. Sentía el corazón hundido en un profundo pesar.



La reunión con mis amigos fue muy emotiva, pero también se divirtieron como siempre sucedía cuando estábamos juntos, yo solo traté de pasarla bien y evitar que mi tristeza fuera visible. Fingir que me divertía siempre se me daba mal, pero hice un gran esfuerzo para que mis

amigos se sintiesen bien, intentando que mi pensamiento se mantuviera indiferente al dolor de mi corazón.

Lori era otro tema, ella me conocía y siempre estuvo a mi lado, tratando por todos los medios de que pasara lo mejor posible. Mi amiga era como una luz en un camino oscuro, y que bueno era saber que esa luz siempre estaba allí.

A la hora de despedirnos mis amigos me rodearon y comenzaron a corear una y otra vez:

—Daryl no se va, no se vaaaaa, Daryl no se va. Daryl no se va, no se vaaaaa, Daryl no se va…

Y no aguanté. Lloré emocionada. Los miré riendo y llorando a la vez. Todos ellos estaban allí por mí, habían ido a despedirse y a recordarme que siempre contaría con ellos. Comprendí que por más que en ese momento estaba viviendo un momento difícil, contaba con muchas cosas que me daban alegría en mi vida y me hacían sentir bien. Mi mirada se iluminó con un destello de esperanza.

Capítulo 17

«El corazón tiene razones que la razón no entiende.»
—Blaise Pascal



Me instalé en San Francisco días después y tal como tenía planificado. La primera semana fue en un hotel y luego me mudé a un piso que quedaba a pocas calles del edificio que estabamos construyendo. En los primeros días aproveché a conocer la ciudad y a pasear como una turista más. Era una ciudad llena de vida. Por mi profesión, me encantaba recorrer las ciudades y disfrutar de su arquitectura y San Francisco era reconocida por sus titanes arquitectónicos. Su arquitectura, con una mezcla particularmente ecléctica de victoriana y moderna, me resultaba muy interesante y preciosa. Pero sin duda, el símbolo más representativo de la ciudad era el Puente Golden Gate, uno de los puentes colgantes más largos y altos del mundo. Me encantaba contemplarlo y tomarle fotografías.

Luego de esos primeros días en los que tuve un poco de tiempo libre, le dediqué todo mi tiempo al trabajo. Disfrutaba del cambio de rutina, así mi día fuera una locura, porque realmente mi día era agotador. Aun así, los días pasaban lentamente para mí, se convirtieron en un círculo en el que cada uno se unía al siguiente sin nada particular que resaltar. Me había inscripto en un gimnasio, pero el poco tiempo libre que tenía me impedía ir con frecuencia. Estar todo el día concentrada en el trabajo también me ayudaba en la difícil y dura tarea de no pensar en Tanner. Me moría por saber cómo estaba. Me preocupaba por él. Las palabras de Eros sobre su autodestrucción retumbaban en mi cabeza a todo volumen y no sabía cómo acallarlas, pero hacía mi mayor esfuerzo porque tenía que entender que él ya no formaba parte de mi vida. Como siempre, la noche no era mi mejor amiga. Aunque deseaba llegar a mi hogar para desconectarme del modo «*On*» y disfrutar del silencio y la soledad, en ese momento los recuerdos aprovechaban para llegar a tropel. Si bien Tanner me había desilusionado, olvidarlo era complicado y mucho más dejarlo de amar. El corazón… ese misterio que dicta nuestras vidas siempre salía vencedor dominando a la razón e imponiéndose sin remedio. Aunque tenía todas las pruebas que necesitaba para olvidarme de él, no me resultaba fácil ser razonable. El corazón seguía mandando… y parecía que pesaba en el pecho.

Seis semanas más tarde había hecho nuevas amistades en el gimnasio al que trataba de ir, por lo menos, dos veces a la semana. Me consideraba una persona introvertida y me costaba generar nuevos vínculos, pero estos amigos no me habían dado opción. Me integraron a su grupo apenas nos conocimos y en seguida pasé a ser una más de ellos. Me sentía a gusto con todos. Siempre me estaban haciendo llegar invitaciones. Supongo que también lo hacían porque sabían que estaba sola y que era nueva en la ciudad, pero fuera lo que fuera, lograban hacerme la vida más llevadera. Solíamos salir a cenar o a beber algunas cervezas, pero aún no había aceptado sus invitaciones a bailar. Dentro del grupo había un chico que quería más que una amistad conmigo, pero no estaba preparada para dar ese paso. Me gustaba, era un chico simpático y atractivo, pero mi corazón seguía sangrando como el primer día por Tanner y no podía conectar con nadie más.

En esas semanas mi hermano había venido en dos oportunidades para las reuniones con el cliente y lo habíamos pasado muy bien, pero solo había estado un día porque en la empresa se necesitaba su presencia. Si bien me había adaptado a mi nueva vida, extrañaba mucho a mis afectos.

Esa noche me habían invitado a ir a bailar a un lugar que estaba de moda y, como era viernes, por primera vez había decidido ir. Me estaba vistiendo y me teléfono sonó. Era Lori. Aunque teníamos una diferencia de cinco horas en más en Uruguay, hablábamos casi todos los días. En San Francisco eran las nueve de la noche, así que para mi amiga era de madrugada.

—Cuéntamelo todo —exigió, apenas atendí.

—Primero empieza por decirme que haces despierta a esta hora —respondí.

—Estoy desvelada —dijo, restándole importancia.

—¿Y qué te está quitando el sueño?

—Nada en particular, pero ahora dime con quién vas a salir. Me conoces lo suficiente como para saber que ese *mensajecito* que me enviaste mencionando que hoy ibas a ir a bailar era muy poca información. ¿Vas a ir con Nick? —preguntó, porque estaba al tanto del chico que quería salir conmigo.

—Supongo que él irá, pero voy a ir con todo el grupo.

—¿Y qué vas a hacer si insiste? Sabes que una disco es terreno propicio para eso.

—No quiero salir con nadie, aun no estoy preparada para estar con otra persona y mucho menos para una relación. Yo…

—Sigues enamorada como el primer día —afirmó.

—No es fácil, Lori.

Escuché que suspiró cansinamente.

—Lo vi —afirmó, con voz seria, y esa confesión hizo que mi corazón comenzara a golpear frenéticamente mi pecho.

Me cabeza decía que no preguntara, mi corazón se moría por saber si estaba bien. Como siempre… ganó el corazón.

—¿Cómo está?

Volvió a suspirar.

—Lo vi en el supermercado de la esquina de mi casa. Yo creo que nuestro encuentro no fue casual. No vive en esa zona y nunca lo había visto por allí. Me parece que me estaba siguiendo porque quería preguntarme por ti.

—¿Lo hizo?

—¿Y a ti que te parece? Obviamente que lo hizo, pero de mi boca no salió ningún dato. Tampoco le dije todo lo que tengo atorado en la garganta porque estábamos rodeados de gente, pero creo que con mis miradas y con lo poco que hablamos le quedó claro que nadie cercano a ti le va a dar información sobre tu paradero. Además…

—¿Para qué querrá saberlo? —La interrumpí porque Lori solía comenzar monólogos eternos.

—¿En serio? ¡Por favor! Ese hombre está loquito por ti. Y déjame decirte que lo vi muy desmejorado, tiene unas ojeras gigantescas. —Su voz se suavizó—. Creo que no está bien, algo

lo mortifica y me la jugaría a que ese algo eres tú.

No quería eso para él. Unas lágrimas bajaron por mi mejilla y las limpié enseguida. No quería imaginarlo así. Estaba segura de que no era por mí, sino por los problemas con su padre y la empresa, no debía ser fácil enterarse de que tu padre era un hijo de puta de la peor calaña. No sabía si había descubierto la verdad sobre su madre, pero esperaba que lo hubiera hecho para así poder tenerla a su lado mientras recomponía su vida y solucionaba los asuntos de su empresa.

—Dudo mucho que sea por mí. Eros me dijo que tiene problemas con su padre y con la empresa.

—Quizás, pero ¿entonces por qué me encaró para saber de ti?

—Supongo que debe querer pedirme disculpas y darme explicaciones porque cuando estuvo en la empresa no se lo permití. Lo eché sin dejarlo hablar y aún no quiero saber nada de él. La vida nos arrastró en direcciones opuestas y ya no se puede hacer nada. Que siga con su vida que yo estoy intentando seguir con la mía.

—Tarde o temprano volverás a Uruguay y tendrás que enfrentarlo.

—Todavía falta mucho para eso.

Nos despedimos minutos después. Me senté en el sillón agarrándome la cabeza. Por más que a Lori le había dicho todo eso, no me sentía bien conmigo. No podía calmar mi angustia y ese extraño sentimiento que me asaltaba, eso que tenía alojado allí en el pecho y que me susurraba que me había equivocado, aun sabiendo que en el fondo tenía razón, que Tanner me había traicionado, que solo había jugado conmigo. Me enfrascaba en discusiones conmigo tratando de justificar y excusar mis acciones, como si justificándolas pudiera sentirme mejor. Obviamente que eso no sucedía y cada vez me sentía peor.

Miré el teléfono y estuve a punto de escribirle un mensaje diciéndole que lo perdonaba, que se sacudiera esa culpa y siguiera con su vida, pero no pude. ¿Lo había perdonado? ¿Quería que siguiera con su vida y estuviera con otra persona? En realidad ¿qué importaba lo que yo quisiera? Él tenía que tomar su propio camino y entre más rápido yo lo aceptara, más rápido podría rehacer mi vida.

Tenía que distraerme. Con mis pensamientos totalmente desordenados, abandoné el sillón y me fui a alistar para ir a encontrarme con mis nuevos amigos.



Llegué al lugar un rato después. Ya estaban casi todos y quedaron muy contentos al ver que había cumplido mi promesa de acompañarlos. El lugar era un disco-bar con música en vivo y un excelente equipo de sonido porque el grupo que estaba en el escenario tocando se escuchaba genial. Era un lugar muy vistoso, decorado en madera y con escenario, pista de baile y una gran barra atendida por varias personas. No sé cómo sería habitualmente, pero ese día estaba a rebosar de gente e invitaba a la diversión. Estábamos en una mesa redonda y habíamos pedido pizza y cerveza. Esa noche, conmigo éramos siete.

—Hoy que contamos con la presencia de Daryl tenemos que hacer un brindis y bailar toda la noche. ¡Qué los relojes se detengan y nos olvidemos de todo! —exclamó, Cora.

—¡Así se habla! —gritó, Lars.

—¡Salud! —dijimos a la vez.

Chocamos las botellitas y bebimos. En ese momento recordé lo que siempre me decía Tanner sobre el dicho de apoyar la botella antes de beber, pero esa vez no lo hice y traté de concentrarme en mis amigos porque había ido allí con la intención de pasarla bien.

Comimos y conversamos de temas variados sin que faltaran los chistes malos que siempre decía Lars, pero que, justamente, por ser tan malos nos hacían reír.

Un rato después estábamos todos en la pista bailando al ritmo de viejas canciones, pero también de música contemporánea. En ese momento interpretaban «Bam Bam» de Camila Cabello. Nos lo pasábamos estupendamente bailando todos juntos. En todo momento Nick estuvo pegado a mí, me tomaba de las manos, me hacía girar y, en alguna ocasión, intentó acercar su rostro al mío con la clara intención de besarme, pero yo siempre imponía la distancia intentando que comprendiera que no quería nada con él, salvo la amistad. Nick me gustaba, era un chico guapo, pero en ese momento no podía estar con él de la forma que él quería.

La música comenzó a ser más lenta y decidimos ir a descansar un poco y pedir otra ronda de cervezas. El grupo comenzó a interpretar «Everybody's Changing» de Keane. No sé, pero la letra de esa canción me lo recordó. La tristeza me invadió y no pude disimularlo. Mis amigos seguían hablando y riendo, pero yo me sentía fuera de lugar y no podía unirme a su algarabía. Sentía que ya no quería estar allí. Cuando estaba a punto de levantarme para ir al baño, algo en el ambiente me hizo estremecer, subí la vista y…

Me miró.

Lo miré.

Y sucedió.

Solo existíamos nosotros.

Sin apartar la mirada, Tanner comenzó a caminar hacia mí y mi corazón enloqueció por completo. Mis ojos no me engañaban. Tanner estaba allí y se acercaba a paso lento. Una extraña energía me recorrió el cuerpo entero, nerviosismo y emoción se mezclaron hasta que ya no pude distinguirlos, era esa única emoción que él me generaba, era el puro amor en todo su esplendor.

—¿Me permites bailar este tema contigo, Daryl? —preguntó, estirando una mano hacia mí.

Estaba tan sorprendida y atontada que no podía responder. Mi ritmo cardíaco había aumentado a velocidad de vértigo y me racionalidad se había ido de vacaciones abandonándome por completo. La voz de unos de mis amigos, que ni siquiera supe quien fue, me sacó de ese letargo.

—¿Se conocen?

—Soy un amigo de Uruguay —respondió, Tanner, en su perfecto inglés y sin dejar de mirarme—. Por favor, Daryl, baila conmigo.

—No es una buena idea —dije, en voz apenas audible.

—Por favor.

En sus ojos pude percibir todo el peso del dolor que habitaba en su interior. Por al amor que sentía por él, le concedería ese baile. Acepté su mano extendida y de inmediato tironeó delicadamente de mí y caminamos hacia la pista para reunirnos con otras parejas que se encontraban bailando. Pude notar que su mano temblaba… ¿o era la mía?

Al llegar me miró y, rodeando mi cintura con una de sus manos, pegó su cuerpo al mío. Ambos nos estremecimos y pude escuchar un pequeño jadeo de su parte. Sin darme cuenta me

encontré envuelta en sus brazos y fue como llegar a ese lugar del que nunca debí irme, ese único lugar que me brindaba paz y seguridad, aunque la realidad fuera totalmente distinta. Sentía que estando allí conectaba emocionalmente con él, pero no debía olvidar todo lo que había sucedido. Deslizó una mano hacia el centro de mi espalda y me estrechó más contra su cuerpo. No podía evitarlo y, me gustara a mí o no, mi cuerpo reaccionó a él.

—¿Qué haces aquí, Tanner? ¿Qué te propones? —pude, preguntar.

—Sé que seguramente soy la última persona a la que quieres ver en este momento, pero no podía seguir alejado de ti, tengo que explicarte muchas cosas. —Inhaló como si necesitara llenarse, no de aire, sino de valor—. Vine por ti. Para pedirte, implorarte que me des una oportunidad. Necesito contarte muchas cosas, por favor —susurró, rozando con sus labios el contorno de mi oreja y tuve que reprimir un jadeo.

Escuchar esa canción estando en sus brazos mientras me decía todo eso era demasiado para mi endeble corazón. Lo deseaba demasiado y… lo amaba. Cerré los ojos y aspiré su adictivo aroma como para guardármelo en el recuerdo. Nada más equivocado. Una oleada de calor se despertó en mi vientre extendiéndose por todo mi cuerpo. Era una verdadera tortura para mí.

—No tenemos nada de qué hablar, creo que entre nosotros todo está más que claro.

—Sé que no soy tu persona favorita, pero concédeme unos minutos en otro lugar más tranquilo. Permíteme explicarte algunas cosas —pidió, y pude notar lo nervioso que se encontraba, pero no me ablandé.

—¿Algunas cosas? —pregunté, con ironía.

—Lo que ha sido mi vida sin ti. ¿Cómo te lo explico en unos minutos? —Suspiró—. Quizás podría hacerlo porque solo necesitaré pocas palabras, pero no quiero que sea aquí. Dime cuándo y dónde y estaré allí. No quiero que dejes a tus amigos por mí. Si no vine antes fue porque entendí que necesitabas espacio, además de tener que solucionar varias cosas para sentir que era digno de ti, digno de que me escucharas, pero ya no puedo estar sin ti, Pecas.

—¿Esto es broma? —pregunté, tratando de alejarme, pero Tanner no me soltó, de hecho, me estrechó aún más contra él.

—Yo sé que quieres herirme y vaya si lo merezco, pero solo te pido una última oportunidad para poder decirte lo que siento. Te prometo que, si me escuchas, te dejaré en paz y no sabrás más de mí.

—No sé si disponga de tiempo para ti.

—Esperaré lo que sea necesario. Te esperaré siempre.

—No sé qué es lo que quieres lograr. Pero está bien, pero que sea ahora porque después quiero que te vayas y que me dejes hacer mi vida. Vayamos a otro lugar —propuse, y no sé si lo hice para salir de eso lo antes posible o para tenerlo un rato más junto a mí, cuando él estaba conmigo quedaba totalmente indefensa.

—¿Estás segura?

—No me hagas pensarlo demasiado porque puede que no tengas otra oportunidad.

Me tomó de la mano y dejamos la pista de baile para ir hacia la mesa de mis amigos. Ante sus miradas suspicaces, salvo la de Nick que me miraba furioso, me despedí de todos ellos sin dar explicaciones y tomé mi abrigo y me lo puse. Tanner también saludó y siempre se mantuvo a mi lado.

Apenas salimos del lugar lo miré con seriedad.

—No tengo coche.

—Yo alquilé uno, vamos que lo tengo en un *parking* a unas calles de aquí —dijo, y comenzamos a caminar.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Siempre sospeché que estabas aquí porque imaginé que alguno de ustedes vendría a supervisar la construcción. Solo hice unas averiguaciones que me lo confirmaron —dijo, y me miró con cautela, como temeroso de mi actitud ante su respuesta.

—¿Y cómo sabías que estaba en ese bar? Porque sospecho que tienes amigos o conocidos en la empresa para la que estamos construyendo, porque ya quedó en evidencia que ellos hacen lo que les dices —afirmé, con ironía—, pero hasta donde yo sé, ellos no saben nada de mi vida privada, ni siquiera mi dirección en esta ciudad.

Me miró con tristeza e intentó tomar mi mano, pero enseguida la aparté.

—Hace unos días que llegué. No fue complicado dar con tu dirección. Hoy pensaba presentarme en tu casa, pero cuando estaba llegando, tú te montabas en un taxi, así que te seguí hasta el bar.

—Podría denunciarte por acoso —dije, sin mirarlo, porque todo lo que me estaba diciendo y haciendo sentir me iban a poner en evidencia y no quería que él notara lo mucho que me perturbaba.

—Podrías denunciarme por mucho más que eso y pagaría mi deuda sin reclamar nada, te lo aseguro —dijo, y supuse que lo decía por su intervención en nuestros contratos empresariales—. Dime a dónde quieres que vayamos.

—A mi piso —respondí, sin dudar, porque prefería estar en un lugar conocido para mí—. Ya sabes la dirección, espero que no hayas chantajeado al conserje para que te diera un juego de llaves, porque a esta altura ya nada me sorprendería. —Sabía que me estaba comportando como una cínica, pero no se la iba a hacer tan fácil, además de utilizar el sarcasmo para esconder mi nerviosismo.

No hizo ningún comentario y seguimos caminando. Entramos en el *parking* y nos montamos en el coche de alquiler que era un Mercedes deportivo en color negro, último modelo. Enseguida encendió la calefacción. Estaba nerviosa y trataba por todos los medios de controlar mis sentimientos y emociones. Lo había podido observar bien y había notado las ojeras que Lori había comentado. También lo notaba más delgado. Ese día vestía con un *jeans* oscuro, un suéter gris y una chaqueta de cuero en color negro. Como siempre, se veía imponente. Su aroma me intoxicaba y estremecía todo mi cuerpo deseando cosas que no podían ser. Para evitar hacer algo de lo que me arrepintiera, junté mis manos y las llevé a mi regazo. El silencio me resultaba incómodo.

—¿Cómo está tu madre?

Me miró sin decir nada y luego siguió prestando atención al tránsito. Cuando pensé que no me iba a responder y me disponía a mirar por la ventanilla del coche, su voz me hizo voltear para mirarlo.

—Está bien. Creo que en estos últimos días hemos tenido más contacto que en toda mi vida junta.

Iba a preguntar si eso le resultaba bueno o malo, pero decidí no hacerlo y cambié mi comentario.

—Me alegro.
—¿Cómo te sientes en esta ciudad? ¿Te gusta?
—No ha estado mal, la ciudad es bonita y he conocido gente muy buena.
—¿Alguien especial? —preguntó, y esperó mi respuesta casi como si su vida dependiera de ella.
—Eso no es asunto tuyo.

Negó con la cabeza y no dijo nada más. Cinco minutos después llegábamos a mi edificio. Aparcó en la puerta y bajamos. En el ascensor podía notar sus ojos fijos en mí y cada vez me sentía más nerviosa. No sabía que era lo que me iba a decir, imaginaba que quería disculparse, pero ¿había viajado hasta allí solo para eso? Estaba a solo unos minutos de saberlo y, para ser sincera, tenía temor de que su vulnerabilidad derrumbara todas mis defensas.

Capítulo 18

«Cuando dos personas son uno para el otro; no hay tiempo demasiado largo, ni distancia demasiado lejos.»
—Anónimo



Observaba todo con detenimiento. El lugar en el que yo vivía no era muy grande. Un piso con un dormitorio con baño en suite, cocina estilo americana con una isla mediana que daba al salón y otro baño de visita.

Él parecía tranquilo, aunque sospechaba que no lo estaba, pero yo no podía disimular mi inquietud, podía sentir mi corazón palpitando en mi garganta.

—Conseguiste un lindo lugar para vivir ¿Te sientes a gusto? —dijo, y me miró con tanta dulzura que, por un segundo, se me cortó la respiración.

—Está bien para mí. ¿Quieres tomar algo?

—Siempre que me acompañes.

—Yo no voy a tomar nada, solo quiero escuchar lo que viniste a decirme de una buena vez. —Estaba siendo grosera, pero no podía tenerlo en mi piso mirándome de esa forma porque me estaba desestabilizando por completo.

—¿Puedo sentarme?

Estiré el brazo señalándole el sillón y luego me senté en otro, frente a él.

—Bien, te escucho —dije, con seriedad.

Tanner suspiró.

—Gracias por esta oportunidad —dijo, y lo miré alzando una ceja, logrando que me mirara cada vez más nervioso y yo a cada minuto más desconcertada porque, al altanero Tanner Cappellari, nunca lo había visto en esa postura—. Siempre pensé que el amor era una quimera, un sueño romántico, y si alguien llegaba a pensar que estaba enamorado, solo le deparaba sufrimiento. La única experiencia que viví fue nefasta. Una persona que era importante para mí se marchó de mi vida sin remordimientos, así que, estaba seguro que aferrarse a algo solamente servía para sufrir —afirmó, y supuse que se refería a la relación de sus padres, pero me obligué a preguntar porque cabía la posibilidad de que fuera una historia de amor suya de la que no tenía conocimiento.

—¿Estuviste enamorado?

—No, me refiero a la relación de mis padres y al abandono de mi madre —respondió, y yo asentí con la cabeza.

—Pero, cuando te conocí… supe que estaba en problemas.

No sabía a qué quería llegar, pero no permitiría que se siguiera burlando de mí.

—¿Problemas dices? Yo creo que fue al revés. Cuando me conociste tuviste la certeza de que *tus problemas* estaban resueltos, solo tenías que seducir a la tonta y confiada dueña de la empresa que querías comprar.

—Te equivocas. No fuiste la solución a mis problemas, te lo aseguro, Pecas. No voy a negar que cuando me dijiste tu nombre fue lo primero que pensé y hasta se lo comenté a mi padre para idear un plan, un plan artero que implicaba seducirte para obtener información y arruinar sus contratos. Eso fue así y me hago cargo. El problema se me presentó porque… solo me bastaron unas horas contigo para que mis planes se fueran al demonio. El problema se me presentó porque… me enamoré de ti.

¡¿QUÉ?!

—¡No me jodas, Tanner! —Indignada, me puse de pie y fui hasta la puerta y la abrí—. Lárgate de mi casa. Sigues pensando que soy una idiota, ilusa e ingenua, pero te equivocas. No sé cuáles son tus planes ahora, pero esta vez no voy a creer ni una sola de tus mentiras. Tú me sacaste la venda de los ojos de la peor manera, ya no te creo una sola palabra. ¡Vete, AHORA!

¡Maldita la hora en que Tanner Cappellari había puesto sus ojos en mí! Me odié por permitir que mi corazón latiera de esa forma por él, me odié porque mi corazón le perteneciera por completo, pero de ninguna manera saldría lastimada, nuevamente.

Tanner abandonó el sillón y rápidamente se acercó a mí. Se paró delante y me aferró de los brazos.

—¡Te amo, Daryl Domenech! Cuando se despertó este poderoso sentimiento —dijo, llevando una mano hacia su pecho—, fue imposible detenerlo y a cada día crece más. Tu hiciste que me avergonzara de la persona en la que me había convertido, lograste que mi vida se desvaneciera por completo y ahora me estoy construyendo como una mejor persona, pero lo hago por mí y por ti, porque quiero merecerte. Siempre sentí una tristeza profunda alojada en mi corazón, una tristeza que, por más que estuviera pasando un buen momento, siempre estaba allí, como un gran vacío en mi pecho, pero contigo logré llenarlo y sentirme a salvo de ella, en tus brazos encontré el consuelo que ni siquiera sabía que necesitaba. Tú abrasaste la soledad de la que yo siempre había sido prisionero. —Me miró con los ojos brillosos, tanto que pensé que se largaría a llorar —. Sé que te lastimé, sé que me ofreciste tu amor, tu corazón y me porté como un maldito hijo de puta, pero te amo, te amo tanto que siento que se me va a salir el corazón del pecho. —Señaló su corazón—. Desde que te alejaste de mí siento un maldito ahogo que no me deja respirar, siento que me asfixio. —Apoyó su frente en la mía—. Te extraño tanto que no sé cómo seguir. Te amo, Pecas.

Me había desarmado por completo. ¿Realmente me amaba? ¿Podía creer en él? Estaba confundida, tenía un caos en mi interior. Tanner no se movía, permanecía con su frente apoyada en la mía y sus ojos cerrados.

—No puedo con esto —dije, al fin.

—¿Ya no me amas? —preguntó, alejándose un poco para mirarme a los ojos.

—El amor no se mendiga, … el amor se merece.

—Permíteme demostrarte que soy merecedor de tu amor. Te prometo levantarme cada día y luchar por ser la persona que mereces, una persona que no apague tu maravillosa luz, sino que brille contigo.

—¿Por qué me desestabilizas de esta forma? ¿Qué es lo que quieres, Tanner?

—Amarte el resto de mi vida, tenerte a mi lado toda mi vida. Permíteme hacerte feliz.

¡Dios! ¡¿Por qué me hacía eso?!

— Ya fue suficiente. Vete, Tanner, por favor —susurré, sin fuerzas.

—¡No, no! —dijo, desesperado.

Cerró la puerta y me abrazó fuerte, tanto que no me permitía respirar con normalidad.

—Abrázame... fuerte... más fuerte... Me muero sin ti...

Noté que su cuerpo comenzó a sacudirse e intenté apartarme para mirarlo, pero no me lo permitió. El grito desgarrador que rompió el silencio me dejó paralizada. Estaba llorando.

¡No! No podía verlo llorar.

Al segundo cayó de rodillas ante mí y con la cabeza gacha, llorando desconsoladamente. Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas mientras contemplaba esa escena que nunca pensé ver.

—Tanner, ¿qué haces? —pregunté, consternada.

La imagen vencida de ese hombre altanero, poderoso, arrogante y orgulloso me desgarró el alma. Tanner no era más que un hombre que no había conocido el amor, ni siquiera el de sus progenitores porque la única persona que realmente lo amaba tuvo que mentirle para salvarlo del daño que podría causarle su propio padre. Fue criado entre mentiras, manipulaciones y frialdad. Y, sin embargo… me estaba confesando su amor y suplicando que lo amara.

Ya no podía más.

Caí de rodillas ante él.

Tanner levantó la cabeza y me miró. Ambos llorábamos.

—Te amo. Muy a mi pesar nunca dejé de amarte, Tanner Cappellari. No tienes idea de lo mucho que te amo —afirmé, con la voz quebrada.

Tanner soltó un gemido, cerró los ojos y exhaló como si el alma le hubiera vuelto al cuerpo. De repente, deslizó las manos bajo mis brazos, me levantó y terminé sentada sobre su regazo. Yo acomodé las rodillas a ambos lados de sus caderas y le rodeé con los brazos. Lloramos, abrazados. Nuestras lágrimas se mezclaron. Sentía su corazón latir con fuerza y el mío parecía querer acoplarse a su ritmo. Cuando él me tocaba me sentía consumida. No lo quería soltar nunca más.

—Siento haberte lastimado, mi amor. No me lo voy a perdonar nunca —dijo, apoyando sus labios en mi frente—. Estoy haciendo todo lo que está a mi alcance para remendar todo el daño que hizo mi padre y el que hice yo mismo. Mi padre ya no forma parte de la empresa y tampoco de mi vida. No quiero verlo nunca más ni saber de él. Lamento todo lo que te hizo pasar. Perdóname, por favor.

Lo miré a los ojos y pude vislumbrar esa profunda tristeza que él había mencionado antes. Parecía perdido.

—Te perdono —afirmé.

Me miró con un sentimiento infinito y me tomó de la barbilla para acercarme a su boca y besarme. Ambos gemimos y dejamos nuestros labios reposando en los del otro, como si ese contacto fuera el anhelado. Después de unos segundos, Tanner comenzó a moverlos y se adentró en mi boca. Y nos devoramos con hambre, con el anhelo de aquellos que llevan demasiado ansiando ese contacto. Podía sentir el sabor salado de nuestras lágrimas, pero, aun así, el deseo nos invadió y nuestros cuerpos respondieron al instante. Nuestra química era más fuerte que toda razón. Su mano subió por mi cuerpo arrastrando mi blusa hacia arriba. Acariciándome lentamente y provocándome eso que solo él le hacía a mi cuerpo, estremeciéndome por completo, estremeciéndome hasta los huesos, estremeciéndome hasta el alma. Su mano se curvó en torno a mi seno y sus dedos atraparon mi pezón.

—Solo tú me haces sentir —susurró, en mi oreja.

Sin dejar de besarme, me levantó con ambos brazos y yo rodeé su cintura con mis piernas.

—El dormitorio —dijo, apartándose solo los segundos necesarios.
—Al final de ese pasillo.

Caímos sobre la cama, tratando de desnudarnos sin dejar de besarnos y tocarnos. Me moría por ese contacto piel con piel y sin duda Tanner estaba igual que yo porque lo percibí por cómo temblaba su mano al desnudarme. Ya sin ropa, se abalanzó sobre mis pechos, besando y acariciando con su boca. Su mano trepó por uno de mis muslos buscando mi entrepierna y, con delicadeza, deslizó un dedo en mi interior.

—Dímelo —susurró, y supe inmediatamente lo que necesitaba escuchar. Acuné sus mejillas entre mis manos y lo miré a los ojos.
—Te amo.

Y me besó más apasionadamente, con una devoción y una desesperación que no había sentido nunca en él.

—Yo también te amo, Pecas.

De repente me hizo girar y comenzó a pasar sus dedos por mi tatuaje, luego lo beso con delicadeza y devoción.

—Este tatuaje… es precioso, como tú. Deseaba volver a verlo, tocarlo y besarlo. Son mis margaritas preferidas.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo al sentir sus cálidos labios.

—Desde que te lo vi no puedo dejar de pensar en él. Sé el significado que tiene para ti y ahora tiene el mismo para mí, cuando veo o pienso en margaritas, pienso en ti, en mi amor, en los

momentos felices vividos juntos. —Volvió a girarme y sus labios se encontraron con los míos.

—Eres preciosa en todo sentido, Pecas. Eres lo mejor que me pasó en la vida.

Separó sus labios de los míos para descender por mi cuello mordisqueando mi piel, hasta llegar a mis pechos y quedarse allí jugando con su lengua. Tomó una de mis manos que acariciaban su espalda y la guio a su erección ardiente.

—Oh, Dios —profirió un gruñido profundo y masculino.

No podíamos parar de tocarnos. Su boca bajó por mi abdomen y se detuvo en mi ombligo para describir círculos con su lengua, después de unos segundos siguió el camino hacia abajo hasta sumergirse en mi sexo. No sabía cuánto más aguantaría. Casi no podía respirar.

Y grité su nombre mientras el éxtasis se liberaba por todo mi cuerpo. Tanner se acomodó entre mis piernas y yo me arqueé contra su cuerpo, ansiosa por recibirlo. Apoyó los antebrazos al lado de mi cabeza mientras se introducía suavemente en mi interior. Sus labios volvieron por los míos mientras movía las caderas poco a poco. Cuando llegó al fondo de mi ser fue como si nuestros cuerpos se recargaran de energía. Tanner me miró y volvió a besarme. Elevé mis caderas en busca del alivio que necesitaba y para incentivarlo a moverse, y eso le provocó un gran gemido y perdió el poco control que le quedaba para comenzar a penetrarme con más potencia. Le rodeé la cintura con mis piernas y se desató la locura. Y un orgasmo demoledor me arrasó con la fuerza de un tsunami. Los espasmos sacudieron mi cuerpo y unas envestidas más y pude sentir las palpitaciones de su miembro al llegar al clímax. Me abrazó y se dejó ir gritando mi nombre. Ninguno de los dos se movió durante un rato, solo disfrutábamos de ese momento mientras tratábamos de recuperar el control de nuestros cuerpos, aunque tardamos en conseguir que nuestra respiración volviera a la normalidad.

—Te amo —repitió, con su cabeza enterrada en mi cuello.

Con cuidado salió de mí, me dio un beso en los labios y se puso de costado, acercándome a él. Traté de no pensar en lo bien que encajaba contra su cuerpo. Quería tomar las cosas con calma.

—Te echaba de menos, Pecas —dijo, poniendo una de mis piernas sobre la suya y apretándome contra él—. Y por las dudas, aclaro que si quieres que me vaya vas a tener que sacarme a la fuerza.

Oh, Dios mío.

—Tanner… no creo que sea buena idea que te quedes toda la noche.

Levantó la mirada y me miró confundido.

—¿No quieres que me quede?

—Lo que no quiero es apresurarme. Si bien te perdoné… igual no me siento segura.

—¿No estás segura de lo que sientes por mí o de nuestra relación? —preguntó, y no pudo disimular la desilusión.

—Te dije que yo no te mentía, nunca lo hice ni lo voy a hacer. Si te dije que te amaba es porque estoy segura de lo que siento por ti. A pesar de todo lo que pasó…mi amor por ti sigue

intacto, pero no quiero equivocarme. Quiero recibir lo mismo que yo te brindo, sinceridad, confianza, lealtad y… amor. No estoy dispuesta a conformarme con menos.

—Es que no debes conformarte con menos porque mereces eso y más. Mereces solo cosas maravillosas y yo quiero ser quien te brinde todo eso.

—Solo quiero ir despacio.

Se sentó en la cama, se pasó una mano por el pelo y suspiró. También me senté y cubrí mi cuerpo con el cobertor.

—Supongo que tienes todo el derecho a pedirme eso —Sonrió, sin ganas—. El tema es que ahora yo no quiero poner el freno, pero voy a respetar tu decisión. Como es lo que quieres, ahora me voy a ir. ¿Te parece bien que mañana pase por ti para almorzar juntos? —preguntó, con dulzura.

—¿Te vas a quedar varios días en esta ciudad?

—Todos los que sean necesarios —respondió, y abandonó la cama para comenzar a vestirse.

—¿Necesarios para qué?

—Para ganarme tu confianza, Pecas.

—Yo me tengo que quedar varios meses más. ¿Lo tienes claro?

—Lo que tengo claro es que tú eres lo más importante para mí.

Oh, Dios, estaba perdidamente enamorada de ese hombre y me lo estaba poniendo difícil, pero necesitaba ir despacio.

—Está bien, mañana podemos vernos, pero que sea en la cena porque al mediodía tengo que ir por la obra —dije, al fin.

Si bien me moría por decirle que se quedara, que se acostara conmigo y durmiéramos abrazados, no lo hice. Como bien había dicho, tendría que ganarse mi confianza. Tenía esperanza de que pudiéramos cerrar el pasado y mirar al futuro, pero también estaba segura de que aún nos quedaba mucho por andar y no sin esfuerzo. Nosotros éramos un claro ejemplo de que no existían los cuentos de hadas donde se vive un felices para siempre, pero, quizás, podíamos intentarlo.

Capítulo 19

«Perdonar es el valor de los valientes. Solamente aquel que es bastante fuerte para perdonar una ofensa, sabe amar.»
—Mahatma Gandhi



Tan pronto como estuve sola, dejé que mis emociones se liberaran. Eran una miríada de emociones diferentes que se arremolinaba en mí, algunas buenas y otras no tanto. Y, sin poder controlarlo, lloré, no sé si lo hice de emoción, alegría o puro y aterrador miedo. Sí, miedo a volver a confiar en él y salir nuevamente herida, porque estaba segura de que otra desilusión de su parte me iba a ser difícil de soportar.

Respira, Daryl. Todo irá bien.

Cuando mi mente comenzó a calmarse, miré la hora. Eran casi las tres de la madrugada, por lo que en Uruguay no eran ni las ocho de la mañana, una hora en la que Lori seguro estaba durmiendo, pero sin dudarlo, tomé mi teléfono y la llamé.

—Espero que esto sea una emergencia —atendió, desde las profundidades de su sueño, haciéndome sentir mal por haberla despertado, aunque sabía que cuando le diera la noticia de lo sucedido con Tanner, su sueño pasaría al olvido.

—¡Lo es!

—¡Te acostaste con Nick! —exclamó, ya totalmente despabilada, y la imaginé sentándose en la cama y prestándome toda su atención.

—Me acosté con alguien… pero no con Nick.

—¿En serio? ¡Qué libertina que te ha puesto San Francisco, que ya veo que de *San* no tiene nada! Cuenta de una vez cual de tus amigos fue el elegido.

—Tanner.

Silencio, silencio y más silencio.

—¿Es pura casualidad que tengas un amigo llamado así o estamos hablando del estirado? —preguntó, con cautela.

—Estoy hablando de Tanner Cappellari. Vino para hablar conmigo y…

—Espera… ¿Qué? ¿Fue hasta allá? Bueno, bueno, bueno, es como yo te dije, ese hombre te ama, te idolatra.

—Me lo confesó.

—¡¿Qué cosa te confesó?! —gritó.

—Que me ama.

Silencio, silencio y más silencio.

—¡*Yes*! ¡Te lo dije! —exclamó, y estaba segura de que estaba haciendo el gesto del sí con el brazo.

—Estoy aterrada.

—Pero no entiendo algo, si estás hablando conmigo es que él no está allí ¿qué sucedió? Se declararon amor, se acostaron ¿y?… —dijo, esperando que ampliara la poca información que le había dado.

—Le dije que se fuera. No es que lo haya echado, le dije que no quería que se quedara a dormir porque necesitaba ir despacio.

—¡Lo echaste! —exclamó, riendo—. ¡Echaste al estirado! Me hubiera encantado verle la cara —dijo, sin dejar de reír—. Yo hubiera hecho lo mismo. Está perfecto, que sufra un poco. Después de la forma en que se comportó contigo, lo menos que se merece es que lo hagas sufrir un poco.

—Te juro que no pretendo hacerlo sufrir, yo no soy así, es que realmente estoy asustada. Sabes que estoy loca por él. A pesar de lo que hizo no pude lograr que este amor desapareciera ni disminuyera ni un ápice, lo eché mucho de menos y tenerlo hoy conmigo y escucharlo diciéndome que me amaba fue demasiado para mi corazón, no pude resistir, pero me aterra volver a entregarme totalmente y vivir otra desilusión —confesé, y Lori suspiró.

—Te entiendo. ¿Se lo dijiste?

—Sí, y por eso no se quedó. Tenía intención de pasar la noche aquí, pero le pedí que se fuera. Dijo que me entiende y que quiere hacer las cosas bien. También me dijo que no vino antes porque quería darme espacio y convertirse en una persona digna de mí.

—El estirado no me cae bien, pero le doy unos puntos por eso. Además, tengo claro lo que significa para ti y, si te hace feliz… y bueno, tendré que aceptarlo, pero que sepa que lo voy a tener bajo la lupa —señaló, logrando sacarme una sonrisa.

—No vas a ser la única. No quiero ni imaginar lo que va a decir Levi. No le va a hacer nada de gracia.

—Eso es seguro, pero supongo que, al igual que yo, terminará por aceptarlo.

—De verdad, Lori, tengo miedo. ¿Qué hago, amiga?

—Supongo que lo que te dicte tu corazón.

—Mi corazón es un traidor que lo único que hace es latir más fuerte por él, además… la mera idea de volverlo a perder me hace sentir una profunda ansiedad y un gran dolor.

—Entonces no hay mucho más para decir. Dale otra oportunidad y ve despacio. Después de todo no es mala idea. La responsabilidad de demostrar que cambió la tiene él.

—Hoy vamos a ir a cenar, después te cuento como resultó todo.

—¿Y cómo va a resultar? Van a terminar en una cama teniendo sexo y seguramente en el sillón y en la ducha —comenzó a enumerar—, pero cuidado con la ducha no sea que te resbales y en vez de en la cama termines en la emergencia de un hospital con algún hueso roto —dijo, riendo.

—Y, podría ser, después de todo a él lo conocí en un accidente en el que me arrolló con su coche —dije, riendo.

—Por eso, ve con cuidado —aconsejó, sin dejar de reír—. Ahora ve a dormir y luego hablamos. Cuídate.

—Te quiero, amiga.

—Y yo a ti.



Al las ocho de la noche Tanner estaba tocando el timbre de mi piso.

—Discúlpame que haya venido sin avisar, pero no tenía como comunicarme contigo. Me sigues teniendo bloqueado —comentó, y esbozó una sonrisa tímida casi temerosa, y en ese preciso instante me pareció tan vulnerable e inseguro, que sentí una cálida opresión en el pecho y estuve a punto de abrazarlo.

—Olvidé desbloquearte, discúlpame. Ahora lo hago. Pasa, por favor. Solo dame unos minutos para tomar el abrigo y podemos salir. Conozco un lugar que te va a encantar porque hay un pianista que toca música muy bonita.

—¿Recordabas que me gusta el piano? —preguntó, nuevamente con una expresión de profunda vulnerabilidad, pero su rostro se iluminó con una hermosa sonrisa y las mariposas volvieron a revolotear en mi vientre.

—Por supuesto que lo recordaba —respondí, porque no había nada que él no hubiera dicho y yo no recordara.

—No hay nada tan relajante como el sonido de un piano…bueno en realidad sí lo hay, y mucho mejor que el piano —afirmó, mirándome con la perfecta mezcla de sentimiento y deseo que me hizo acelerar el corazón y hervir la sangre en las venas.

Tanner se acercó, encerró mi cara entre sus manos y sus labios buscaron los míos. Ambos jadeamos al primer contacto. Su lengua jugueteó entre mis labios y luego se adentró en mi boca. Si bien el beso era ardiente, también me besaba con dulzura. Sus manos bajaron a mis hombros y luego por mi espalda hasta apretarme fuerte contra su cuerpo. Sentí su excitación a través de sus pantalones y me aparté. Los dos respirabámos entrecortadamente mientras me miraba con los ojos llenos de deseo. Necesitaba tomarme las cosas con calma.

—Voy por mi abrigo —dije, y me alejé sintiendo que me temblaba todo el cuerpo, pero no llegué a dar ni dos pasos porque su voz me detuvo.

—Daryl. —Volteé y la imagen me debilitó las piernas, Tanner me miraba con una expresión que solo podía describirse como de puro amor, adoración y lujuria descarada, tanto así que pensé que todos deberíamos experimentar esa mirada alguna vez en la vida—. Te amo.

Me quedé quieta, esperando… esperándolo. Sin despegar sus ojos de los míos, se acercó lentamente y, tirando de mí, me estrechó con fuerza contra su cuerpo. La tensión sexual creció de manera exponencial cuando comenzó a bajar poco a poco hacia mis labios hasta rozarlos. Sus ojos buscaron los míos y, cuando los cerré y me entregué al placer, comenzó a degustarme de forma necesitada. Nuestras lenguas se enredaron y el beso se hizo cada vez más profundo y hambriento. Después de varios minutos, no sé cuánto tiempo porque con él perdía toda la capacidad de razonar, se apartó, jadeante y agitado mientras me miraba a los ojos.

—Contigo pierdo todo el control, mi amor —dijo, logrando que esas dos palabras que aún me asombraban y maravillaban, me aceleraran el corazón más de lo que en ese momento lo tenía—. Es mejor que salgamos ahora porque si no, no creo que pueda detenerme.

—¿Vamos a ese lugar que te propuse?

—Si a ti te gusta, yo voy encantado. Para mí lo importante no es el lugar, sino que estés conmigo. —Ahuequé la mano sobre su mejilla antes de inclinarme para besarlo en sus sensuales labios con suavidad.

—Para mí también.

—¿Salimos? —preguntó, supongo que con la ilusión de que le dijera que nos quedábamos, pero no lo hice. Quería compartir más tiempo con él y descubrir al hombre detrás de esa fortaleza que había erigido y que de a poco se iba desquebrajando para mí.

—Salimos.

Sonrió y me tomó de la mano



Un rato después llegamos al *restaurante* que le había propuesto. Había tenido oportunidad de ir allí y era un lugar pintoresco y con un menú exquisito. Como le había comentado a él, en el ambiente siempre flotaba suavemente música de piano. En ese momento el pianista interpretaba «Right Here Waiting» de Richard Marx creando un ambiente romántico, sereno y sensual. A eso se sumaba que el tiempo estaba tormentoso y en ese momento había comenzado a llover y la lluvia golpeando contra el cristal de la ventana del *restaurante* otorgaba al momento un toque especial y aún más seductor. Tanner apartó mi silla de la mesa para que me sentara y luego se sentó frente a mí. Un camarero tomó nuestro pedido y, nuevamente, quedamos solos y mirándonos los ojos.

—Me gusta mucho este lugar, gracias por tener en cuenta mi gusto por el piano —dijo.

—Me alegra que te guste.

—El clima de esta ciudad es complicado —acotó.

—No tanto. Estamos en invierno y no hace mucho frío. En estos días ha llovido bastante y eso puede llegar a complicarnos en la construcción del edificio, pero por ahora lo venimos sorteando bastante bien. Esperemos que el lunes el tiempo esté mejor.

—¿Cómo vas con ese proyecto? —preguntó, con genuino interés, pero yo lo miré con desconfianza y él lo notó—. No tienes que responderme si no quieres, no me molesta. Ya te dije que tengo claro que tengo que ganarme tu confianza, y te aseguro que lucharé día a día para eso.

Suspiré y traté de no recordar el pasado.

—Por ahora, el proyecto avanza sin contratiempos y el cliente parece estar muy satisfecho.

—Estoy muy orgulloso de ti. Eres una gran profesional —dijo, y la belleza de su sonrisa me dejó sin aliento, era de esas sonrisas que quería guardar para siempre en mi memoria. Enseguida estiró una mano por encima de la mesa para que se la tomara.

—Levi ha venido varias veces, me apoyo mucho en él —dije, al tiempo que tomaba su mano y él me la apretaba con suavidad.

—Y está bien que lo hagas, con tus hermanos son un equipo.

—Así es. Levi me ha enseñado mucho y me sigue enseñando.

—Creo que eres muy modesta —afirmó, con aquella mirada de adoración.

Tenía que preguntar lo que me tenía inquieta.

—Tanner ¿qué pasó con tu padre? Me dijiste que se alejaron, pero me gustaría saber que sucedió con él.
—¿Mi padre te hizo algo? ¿Me refiero a si te agredió de alguna forma? —preguntó, avergonzado.

Lo miré y decidí no ocultarle nada. Respiré hondo.

—Verbalmente me agredió de muchas formas.

Su rostro se ensombreció tanto y noté tanto dolor que me arrepentí al instante.

—Cuéntamelo todo, por favor. Necesito saberlo. Está visto que tenía una imagen de mi padre que dista mucho de la real… y de otras personas también —señaló, y supuse que con lo último se refería a su madre.
—¿De verdad necesitas saberlo?
—Por favor.

En ese momento dos camareros trajeron nuestros platos y la conversación se vio interrumpida, pero la tristeza y vergüenza de Tanner eran indisimulables. Cuando se retiraron me miró y asintió con la cabeza pidiéndome en silencio que continuara con lo que estaba diciendo.

—Lo que me dijo sobre tu engaño ya lo sabes. Me contó que se lo habías propuesto el mismo día que me conociste porque, justamente, ibas a mi empresa a plantearnos el negocio. Todo eso ya lo sabes, no volvamos ahí. Lo que no creo que sepas es que tu padre nos dio 48 horas para decidirnos y me propuso sexo a cambio de darnos más plazo. —Tanner palideció, cerró los ojos con tanto dolor que estuve a punto de levantarme e irlo a abrazar, cuando los abrió, pude ver tanto tormento en ellos que pensé que no lo aguantaría.
—¡Lo siento! ¡Lo siento tanto! Esto que me cuentas me mata. ¡¿Cómo pudo hacerlo?! Ese hombre es un desgraciado. ¡Debería haberle partido la cara! Lamento tanto lo que tuviste que vivir por mi culpa —dijo, bajando la cabeza con vergüenza.

Lo observé fijamente antes de hablar. El hombre seguro, altanero y orgulloso, había dado paso a uno que parecía un cachorro abandonado y desconcertado.

—En eso, tú no tienes culpa de nada. Además, tengo un buen derechazo y le di su merecido, es más, puede que le haya quebrado la nariz. —Levantó la mirada y me miró aterrado.
—¿Él te pegó?
—Lo intentó, pero fui más rápida.

Tanner se puso de pie y me miró. Luego vino hacia mí y, sin importarle el lugar en el que estábamos y la gente que nos rodeaba, tironeó de mí para que abandonara la silla y me abrazó. Hundió la nariz en el hueco de mi cuello y me estrechó con fuerza. Su cuerpo se pegó al mío y lo sentí temblar. En ese momento me di cuenta de que el silencio era tal que se podría haber escuchado caer un alfiler.

—¡Dios mío, Daryl! Deberías odiarme. Yo no creo que alguna vez pueda perdonarme.

Me aparté un poco para poder mirarlo a la cara. Nos miramos a los ojos durante varios segundos, los suyos tormentosos y tristes; los míos cada vez más enamorados. Lo entendía, no podía imaginar lo que se sentía enterarte que tu padre te había mentido toda la vida y que era un verdadero hijo de puta.

—Te amo —dije, acariciando su rostro.
—No lo merezco, pero te agradezco que me permitas estar a tu lado y le agradezco a la vida el que te haya puesto en mi camino.
—En realidad, me puso en el camino de tu coche —bromeé, para intentar sacarle una sonrisa, y lo logré, fue una triste y tímida sonrisa, y luego me besó dulcemente y el estruendo de aplausos nos hizo separar y mirar al resto de los clientes que, atentos a nosotros, comenzaron a aplaudir nuestro beso.

Tanner sonrió y miró hacia el resto de las mesas.

—¡Me ama! ¿Pueden creerlo? —exclamó, y el aplauso se hizo más estridente y fue acompañado por silbidos y vítores.

Agradecimos, nos volvimos a sentar y, sin dejar de sonreír, disfrutamos la cena. Cuando terminamos, se me ocurrió algo para levantarle un poco el ánimo.

—Ya vuelvo —dije, y abandoné la mesa.
—¿Dónde vas?
—Dame unos segundos —respondí, y él me miró confundido.

Sabía tocar el piano porque Ava y yo habíamos estudiado desde pequeñas. Levi, sin embargo, se había dedicado a estudiar guitarra y lo hacía muy bien.
Me acerqué al pianista y le pregunté si me permitía tocar una canción porque quería dedicársela a mi novio. Inmediatamente se puso de pie con una sonrisa en sus labios y me señaló el taburete en el que estaba sentado.

—Es todo tuyo. Un placer ayudar al amor —dijo, y me entregó el micrófono—. Imagino que vas a dedicarlo.
—¿Puedo?
—Deberías —respondió, sin dejar de sonreír, y se apartó un poco.

Miré hacia la mesa en la que estaba Tanner e inhalé lentamente.

—Buenas noches. Si me permiten unos minutos. Voy a interpretar una canción y se la voy a dedicar a la persona a la que amo. Esto es para ti Tanner.

Me senté y miré las teclas. Mis dedos se apoyaron en ellas y mecánicamente comenzaron a tocar la melodía que había elegido para él, «All of me» de John Legend. A los minutos Tanner estaba a mi lado, sentado junto a mí en el taburete y mirándome como si en ese lugar solo estuviera yo, con la adoración que me miraba últimamente. Cuando terminé de tocar todos aplaudieron y Tanner me tomó el rostro entre las manos y me besó.

—Gracias, mi amor.

—Fue para ti.

—Y no te imaginas lo que significó, sobre todo el tener el honor de ser la persona que amas, eso lo es todo para mí —dijo, emocionado.

—Gracias, pero ahora vayamos a nuestra mesa porque el señor tiene que seguir con su repertorio —dije, señalando al pianista que nos miraba sonriente.

Un rato más tarde salimos del lugar con la intención de dirigimos a mi piso. No nos permitieron pagar la cena porque el camarero vino a decirnos que era un obsequio de la casa. La noche seguía lluviosa y comenzaban a verse muchos relámpagos que iluminaban el cielo. En el trayecto en coche la lluvia se hizo torrencial. Gruesas gotas de lluvia caían sobre el cristal del coche y la tormenta eléctrica que azotaba la ciudad se agudizó. Eso me puso nerviosa, me tensó. No me gustaban las tormentas eléctricas, me traían recuerdos dolorosos, las odiaba.

—¿Estás bien? —preguntó, y extendió su mano hasta alcanzar mi rodilla y la posó ahí.

—No me gustan las tormentas eléctricas.

—¿Te asustan? —preguntó, desviando la vista del camino por unos segundos para observarme con preocupación.

—Me traen recuerdos; tristes y dolorosos recuerdos. —Suspiré, y Tanner me soltó la rodilla para tomarme de una mano y siguió conduciendo sin soltarme—. La noche del accidente que le costó la vida a mis padres… había una tormenta como esta. No me gustan, las odio.

Tanner me miró con comprensión.

—Entonces hoy me quedo contigo, sin discusión. No voy a dejarte sola. Si lo prefieres, me quedo en el sillón, pero no pienso dejarte sola —repitió, y yo solo pude asentir con la cabeza sintiendo como mi corazón se hinchaba de tal modo que no me cabía en el pecho.

Apreté su mano y condujo con una sola mano durante el resto del camino. Estábamos unidos por esas dos manos que se tocaban la una a la otra y se trasmitían muchas cosas. No me atrevía ni a moverme para no perder esa magia. Solo faltaban unos minutos para llegar a mi piso y lo hicimos conversando de temas menos trascendentes. Sobre todo, hablaba él, sobre lo mucho que le había gustado mi interpretación en el piano, sobre lo bien que lo habíamos pasado y algunas cosas más. Sabía que era para distraerme, para que me olvidara de la tormenta, y mi corazón se lo agradeció. Durante ese tiempo fui ajena a la tormenta eléctrica y la lluvia que caía de forma ruidosa a nuestro alrededor; durante ese tiempo, solo existíamos él y yo. Tanner me estaba demostrando su amor de muchas maneras y ya no podía resistirme.

Capítulo 20

«Las historias de amor verdadero nunca tienen final.»
—Richard Bach



Estaba preparando té mientras Tanner se ocupaba de cerrar todas las cortinas de mi piso, y no porque yo se lo hubiera pedido, lo hacía porque no quería que viera el resplandor de los relámpagos y rayos, y había puesto música para que no escuchara el sonido fuerte de los truenos. Al pensar en todo lo que estaba haciendo los ojos se me nublaron de emoción y sentí que estábamos haciendo las cosas bien.

Comencé a escuchar la canción «Dandelions» por Ruth B. Era una hermosa canción que hablaba sobre el amor. De repente lo sentí detrás de mí y su perfume me envolvió. Rodeó mi cintura con sus brazos haciéndome recostar contra su amplio y duro pecho, me hizo balancear lentamente y cantó en mi oído la parte de la canción que se estaba escuchando:

—And I've heard of a love that comes once in a lifetime. And I'm pretty sure that you are that love of mine… (Y he oído hablar de un amor que viene una vez en la vida. Y estoy bastante seguro de que eres ese amor mío…)

—¿Estás mejor? —preguntó, dándome un beso en el cuello.
—Sí, gracias. Ya está listo el té.
—¿Dónde quieres tomarlo? —preguntó.
—Vayamos al *living* así estamos más cómodos —sugerí, y Tanner me soltó, tomó las tazas y se encaminó hacia allí.

Cuando llegamos dejó las tazas en la mesa de *living* y me hizo abrazarlo para bailar esa misma canción que aún no había terminado.

—Gracias por todo lo que hiciste para que no viera ni escuchara la tormenta.
—Haría lo que fuera para no verte triste —afirmó, acariciándome una mejilla con dulzura.

Lo miré y no pude evitar hacer un puchero y sollozar. No podía negarlo, su calidez y dulzura me derretían por completo, y su mirada me dejaba sin aliento.

—Cuando perdí a mis padres, no entendía muy bien qué había sucedido y por qué nos habían dejado solos. Ambos se habían ido. Las malditas tormentas me recuerdan el día que nos dieron esa noticia, me recuerdan el dolor, aunque su pérdida ha sido un dolor permanente.
—¿Puedo hacer algo para ayudarte con eso? Quiero hacerte feliz por encima de todo, Pecas —afirmó con el rostro contraído en una mueca de preocupación.
—Ya lo estás haciendo. Ahora cuando haya tormenta, voy a pensar en ti cantándome esta

hermosa canción y bailando conmigo.

Tanner sonrió, me besó dulcemente y siguió cantándome la canción:

—*Cause I'm in a field of dandelions. Wishing on every one that you'll be mine, mine. And I see forever in your eyes. I feel okay when I see you smile, smile… (Porque estoy en un campo de dientes de león. Al soplar cada uno, deseo que seas mía, mía. Y veo la eternidad en tus ojos. Me siento bien cuando te veo sonreír, sonreír)*

—Yo preferiría un campo de margaritas —señalé, sonriente.

—Lo sé, y yo también. Las margaritas me recuerdan a ti, sobre todo me recuerdan a las que tienes en la espalda, esas margaritas que me enloquecen y me enamoran cada día más.

—¿Te gustan mis margaritas?

—Las amo, las adoro. Regálamelas para siempre.

—¿Para siempre? —pregunté, mirándolo con sorpresa.

¡¿Eso que significaba?!

—Sí —afirmó, mirándome con seriedad y cautela—, para siempre. Quédate conmigo para siempre. Te prometo que te voy a amar toda la vida y te voy a proteger siempre. Sé que me pediste ir despacio y haré lo que decidas, pero no puedo dejar de decirte lo que siento, lo que quiero, lo que deseo con todo mi corazón.

—Te amo, Tanner, pero, de verdad, quiero que vayamos despacio, tengo que hacerlo cuando esté preparada.

Sus ojos quedaron fijos en los míos y los míos en los suyos.

—¿Somos novios? —preguntó.

—¿Quieres que lo seamos?

—No se responde una pregunta con otra —señaló, sonriendo—, pero si quieres saberlo, te diría que tengo intenciones de ser algo más que novios, pero como dije, voy a respetar tus tiempos.

—¿Qué pasó con «*no le pongamos etiqueta*»? —pregunté, haciendo que me mirara con tristeza y esa vergüenza que no lo abandonaba.

—Eso… me avergüenza, pero ya no soy ese del pasado ni quiero serlo nunca más, me avergüenzo de mí. Es verdad que me acerqué a ti con las intenciones que ya sabes, pero a medida que compartíamos cosas y aprendía a conocerte, a ver las incontables virtudes que tenías y como me hacías sentir una mejor persona, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Tú eres la única que siempre me vio, que ves al verdadero Tanner, al que siempre se oculta a los demás,

»Yo no soy el altanero, pedante, seguro y vacío que intento mostrar, no me siento orgulloso ni de mí ni de nada de lo que he hecho, solo aprendí a parecer fuerte y analítico todo el tiempo para que los demás no vieran mi vulnerabilidad ni mis debilidades. —Suspiró—. Pero contigo me pude mostrar tal cual me sentía. Tú viste mis debilidades y en vez de aprovecharte de ellas y usarlas a tu conveniencia como hacen todos, me ayudaste a sentirme bien conmigo mismo, porque me amaste tal como era. Por primera vez en mi vida me sentí… amado y respetado por lo que era, sin importar ni el poder ni la riqueza que me rodeaba. Cuando te miraba te suplicaba en silencio que me amaras, suplicaba por tus abrazos, tus besos, tus caricias y atenciones. Suplicaba para que no me dejaras nunca.

»Te juro que cambié, Pecas, y deseo con todo el corazón que podamos establecer una relación sana y madura. Creo que ninguno de los dos somos los mismos. Y yo te prometo que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para ser un hombre digno de ti. ¿Me aceptas? ¿Estás dispuesta a afrontar el futuro conmigo?

Me tragué el nudo que sentía en la garganta ante unas palabras que sabía que eran sinceras y que fueron dichas desde el corazón. Tanner era honesto, lo sentía en mi corazón y mi alma. Lo amaba y él me amaba.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas.

Tanner sonrió y su rostro se iluminó de alegría.

—No vuelvas a dejarme, por favor —suplicó—. En estos días casi me vuelvo loco.

—No vuelvas a mentirme ni a jugar con mis sentimientos.

—Nunca, mi amor. Solo quiero amarte y cuidar de ti.

—Entonces… ámame ahora —pedí, y él me miró y sonrió para luego unir sus labios a los míos.

Se escuchó retumbar un trueno y un rayo iluminó el *living*, pero no me importó. Tanner deslizó su lengua por mi boca hasta encontrarse con la mía y danzar juntas. Interrumpí el beso en busca de un poco de aire y lo miré.

—Vayamos al dormitorio, mi amor. Y quédate toda la noche conmigo —susurré, y sin titubear ni siquiera un segundo, me tomó en brazos y comenzó a caminar hacia allí.

Sin prisa, pero sin pausa, nos desembarazamos de la ropa que nos impedía deleitarnos con nuestros cuerpos desnudos y sentirnos piel con piel. Me hizo tumbar sobre la cama y, antes de tenderse sobre mí, se quedó mirándome con esa intensidad que siempre me había mirado, una mezcla de lujuria y adoración. Su calidez me envolvía haciéndome estremecer. Nos volvimos a besar ardientemente y luego siguió con su boca por mi rostro y mi cuello hasta llegar a mis pechos y dedicarles toda la atención. Capturó un pezón con su cálida boca y el otro con sus dedos. Enredé mis dedos en su pelo y gemí, arqueando las caderas hacia su erección buscando alivio. Me llevaba cada vez más rápido a la vorágine de placer que amenazaba con hacerme explotar.

—¡Oh, Dios, por favor! —jadeé, sintiendo que algo estaba creciendo en mi bajo vientre con intensidad. Sus dedos buscaron mi sexo y lo acariciaron en lentos círculos haciéndome jadear mientras él gemía descontroladamente.

—¿Qué quieres, Pecas?

—Te quiero dentro de mí —susurré entre jadeos.

Me volvió a besar en los labios y situó su miembro en mi entrada y empujó dentro, lentamente, hasta hundirse por completo. Ambos cerramos los ojos ante la exquisita sensación de estar conectados de esa forma. Por unos segundos nos mantuvimos quietos, solo mirándonos con adoración, hasta que nuestros cuerpos nos pidieron más. Arqueé la espalda hacia arriba y subí mis piernas a ambos lados de sus caderas permitiendo que se sumergiera en mi cuerpo más profundamente. Comenzó a moverse dentro de mí deslizándose dentro y fuera y acelerando las embestidas a medida que el placer crecía a un ritmo vertiginoso. Nuestros jadeos y gemidos se

mezclaban con los ruidos propios de la tormenta creando un clima que nos excitaba aún más. Las embestidas se hicieron más profundas, más urgentes y fuertes haciéndome sentir la proximidad del clímax. Mis ojos se nublaron, mi cuerpo se tensó y el orgasmo me atravesó como un rayo. Convulsioné bajo el cuerpo de Tanner y mis contracciones ciñeron su miembro llevándolo a experimentar un orgasmo que lo hizo gritar y estremecerse como nunca. Me embistió un par de veces más y luego cayó sobre mí con su cuerpo totalmente laxo. Lo rodeé con los brazos para atraerlo hacia mí acariciándole la espalda suavemente de arriba abajo.

—Te amo, Pecas.
—Te amo, Tanner.

Sentí que mi cuerpo se relajaba y mis ojos pesaban. Tanner me besó dulcemente y salió de mi interior para acostarse a mi lado y pegarme a su cuerpo.

—Descansa un poco porque pienso hacerte el amor durante toda la noche —susurró, en mi oreja.
—No tengo objeciones a eso —dije, y lo escuché reír, mientras un trueno retumbaba a la distancia y, segundos después, un relámpago iluminaba parte de la habitación, pero yo no sentía miedo ni rabia, me sentía protegida y amada.

Y cumplió con lo dicho. Esa noche hicimos el amor varias veces, en la cama, en el baño y hasta en el suelo del dormitorio. No podíamos dejar de tocarnos ni besarnos ni acariciarnos con manos y boca. Hacíamos el amor, dormíamos un rato y, el que se despertaba primero comenzaba a despertar al otro con besos en cualquier parte del cuerpo. Nos dormimos cuando estaba amaneciendo y la tormenta comenzaba a abandonar la ciudad.



Durante la siguiente semana nos dedicamos a compartir nuestro tiempo y a amarnos sin limitaciones, sencillamente disfrutar de la presencia del otro. Tanner siguió alojado en el hotel y trabajaba en los asuntos de su empresa desde allí, pero la mayoría de las noches las pasaba conmigo. Caímos en una increíble y maravillosa rutina en la que vivíamos embelesados el uno con el otro. Incluso me acompañó un par de veces hasta la construcción que yo supervisaba, pero siempre decía que verme con el casco y con ropa elegante lo ponía «caliente» y que apenas podía aguardar a que saliéramos de allí, así que luego nos íbamos directo y raudamente a mi piso porque quedaba a pocas calles de la construcción y las siguientes horas no me permitía abandonar la cama. En ese momento el mundo era perfecto.
En esos días compartidos sentí cómo todo ese dolor quedaba atrás, cómo la herida de su traición sanaba y ya no dolía, porque él me demostraba día a día que me amaba y me quería en su vida, como yo lo quería a él en la mía. Me sentía feliz por haberle dado otra oportunidad porque gracias a eso me había podido demostrar lo mucho que había cambiado. Había luchado por mí y había desterrado de su vida a su propio padre por haberme hecho daño, aunque el mayor daño se lo había hecho a él, y eso ya demostraba su valentía y solo por eso merecía ser escuchado. Estaba confiada que lo que nos unía se llevaría por delante todo y a todos.
Había hablado con mis hermanos y sabían que estaba conmigo y me llamó la atención que no se sorprendieran al enterarse. Ava me había dicho que siempre sospechó que íbamos a volver y,

si bien Levi se había mostrado dudoso y preocupado, sabía que él siempre iba a priorizar mi felicidad. Eso sí, estaba segura de que Tanner no la iba a tener tan fácil con él, pero eso era algo de lo que se tenía que encargar él, yo no pensaba intervenir.

—¿Estás despierta, amor? —preguntó, abrazándome desde atrás y pegando su pecho a mi espalda.

Era la mañana del viernes y, como en la mayoría de las noches, la noche anterior se había quedado a dormir conmigo. Normalmente nos despertábamos un rato antes de las 8 de la mañana, pero ese día aún no había escuchado la alarma, así que suponía que era más temprano.

—Mmm —dije, pegándome aún más a él y sintiendo su erección contra mi trasero. Es que con él perdía cualquier inhibición y mi cuerpo tomaba el control para reclamarlo todo.

Tanner sonrió sobre la piel de mi espalda.

—Estoy ardiendo de pies a cabeza y tú no me lo pones fácil, Pecas.

Después de darme besos por toda la espalda y acariciar mis nalgas con ardor, me instó a colocarme sobre mis manos y rodillas. Él se arrodilló detrás de mí, me tomó de las caderas y su boca buscó mi sexo. De los estremecimientos que me provocaba perdí el equilibrio, mis manos se doblaron y terminé apoyada sobre los antebrazos. En esa posición quedé más expuesta y aprovechó para devorarme. Mi cuerpo comenzó a temblar. Estaba al borde del orgasmo, podía sentir el torrente que se aproximaba.

—Déjate ir para mí, Pecas —susurró.

Y esas palabras me hicieron alcanzar un orgasmo bestial.

—¡Oh…! ¡Tanner! —grité, cuando mi cuerpo estalló en mil pedazos.

Se colocó detrás de mí y comenzó a deslizarse lentamente en mi sexo, pero yo lo necesitaba todo, así que empujé mis caderas hacia atrás haciéndolo gemir fuertemente.

—Aaaah…, amooor —gimió, complacido con mi acción—. Estás ansiosa por tenerme.
—Siempre —susurré, con la voz entrecortada.
—Soy todo tuyo.

Sus embistes comenzaron a reclamar todo y se hicieron urgentes. Su cuerpo chocaba con mi trasero con más rapidez y yo pensé que moriría de placer.

—Córrete conmigo…amor —pidió, entre jadeos—. Ahoraaaa. —Y se dejó ir llenándome por completo.
—¡Tanner! —grité, cuando otro orgasmo me desbordó totalmente.
—Madre mía, Pecas —susurró.

Cayó sobre mi espalda totalmente sin fuerzas y mi cuerpo tembloroso se derrumbó sobre el colchón. Tanner salió de mí con cuidado, se acomodó en la cama y me pegó a él.

—¿Estás bien, amor? —preguntó, tomándome del mentón para levantarme el rostro, pero yo no podía ni abrir los ojos.
—Síií —susurré, saciada y satisfecha.

Tanner sonrió.

—Ahora iremos al baño y me voy a encargar de limpiar todo tu cuerpo… —afirmó, haciendo que abriera los ojos y lo mirara.
—Prometedor…

Tanner volvió a reír y me abrazó más fuerte.

—Hoy, ¿te he dicho que te amo? —preguntó.
—Dímelo.
—Te amo, Pecas. Eres lo más importante en mi vida.
—Te amo, Tanner —dije, y acerqué mi rostro al suyo para besarlo en los labios con todo el amor que sentía por él.



Después de una mañana de sexo memorable, estaba en la obra y no podía dejar de pensar en él, lo que me hacía estar todo el tiempo sonriendo como una idiota..., pero feliz. Tanner se había ido al hotel porque tenía varias reuniones virtuales por asuntos de su empresa y habíamos hecho planes para la tarde. Pasaría por mí para ir al cine a ver una película que estaba en cartelera y tenía muy buenas críticas. Apenas eran las cuatro de la tarde cuando estaba llegando a mi piso para seguir trabajando desde allí, tenía que revisar unos planos y luego hablar con Levi para comentarle algunos cambios en ellos. No tenía nada de comida preparada ni tiempo para hacérmela, así que, antes de entrar a ducharme llamé al local de comida china de la esquina y me pedí una porción de *Chop Suey*. No quería perder el tiempo cocinando porque tenía varias cosas para hacer. Tenía la calefacción encendida y podía usar poca ropa, así que me puse un short y una camiseta de algodón y me fui a sentar frente el ordenador portátil. Estaba encendiéndolo cuando el timbre me sobresaltó.

—Qué rapidez, señor Tao —dije, en voz alta, porque conocía al dueño del local y tenía confianza con él.

Tomé el dinero para pagarle y abrí la puerta con una sonrisa, que se me borró al instante mientras la sangre se me congelaba en las venas. No era el señor Tao quien estaba delante de mí, sino Amadeo Cappellari, y me observaba con una mirada teñida de odio y esbozando una sonrisa diabólica. Un millón de alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza advirtiéndome sobre ese hombre despreciable. Su presencia no podía traer nada bueno, pero ignoraba hasta que punto. Cuando reaccioné intenté cerrar la puerta, pero fue lo suficientemente rápido para adelantar un pie impidiendo que la puerta se moviera.

—Qué gusto volver a verte, Daryl. Ya veo que también te emociona mi presencia. —Me empujó sin miramientos y entró en mi piso para luego cerrar la puerta tras de sí.

Su empujón logró hacerme caer de culo al piso, y aunque me temblaba todo el cuerpo, inmediatamente me puse de pie.

—¡Salga de aquí, ahora mismo! —grité.

—Por supuesto que no. Entre nosotros hay cosas pendientes que vamos a solucionar hoy mismo.

—Yo no tengo nada que hablar con usted.

—Y yo no dije que fuéramos a hablar, eso es lo que menos me interesa.

—Lárguese o empiezo a gritar.

—Puedes gritar todo lo que quieras porque nadie te va a escuchar. La vecina de tu piso no llega hasta las 9 de la noche, todos los días es igual. Y Tanner está en el hotel y me aseguré de que tenga bastante trabajo como para que no tenga tiempo ni de llamarte —señaló, acercándose a mí a paso lento.

¿Cómo tenía esa información? Eso no era bueno. La adrenalina comenzó a correr por todo mi cuerpo y el miedo se apoderó de mí.

—¡Arruinaste mi vida y la de mi hijo, puta! Porque el imbécil de Tanner sólo tiene ojos para ti y, después de todo lo que hecho por él, me dejó tirado y sin un maldito centavo. Así que, ¿crees que voy a dejar que te salgas con la tuya y te quedes con todo lo que me pertenece mientras yo lo pierdo todo? No, no, no…, de ninguna manera. Si no puedo conseguir dinero… por lo menos me voy a asegurar de que tampoco lo disfrutes y de paso… quizás pueda disminuir un poco la furia que siento si me complaces con tu cuerpo.

—¡Ni se le ocurra tocarme! —grité, logrando que riera cínicamente.

—Crees que me puedes dar órdenes. Haré lo que me dé la gana contigo.

—¡AUXILIO! ¡AUXILIO! —grité, con todas las fuerzas que pude, y sentí una fuerte bofetada que me hizo girar el rostro, además de tomarme del pelo tirando mi cabeza hacia atrás.

—Ya te dije que nadie te va a oír —dijo, y estaba demasiado seguro de sí mismo, lo que me hizo pensar que tenía la certeza de que nadie me había oído ni me oiría.

Observé cuando su mano desapareció dentro de uno de los bolsillos de su abrigo y luego la sacó llevando algo encerrado en ella. Cuando mis ojos se posaron en lo que tenía en su mano pude reconocer un arma de fuego y tuve que ahogar un grito de miedo. Me quedé lívida. Sentí que el corazón se me paralizaba para luego comenzar a latir de forma furiosa y que el oxígeno comenzaba a extinguirse dentro de mis pulmones. Jamás había visto un arma real en mi vida y mucho menos una que me apuntara a mí, porque fue lo que hizo a continuación. No podía emitir sonido alguno, pero igual nadie me escucharía, nadie me podría ayudar.

—Ahora vas a ir hasta el dormitorio y lo vas a hacer en silencio, no quiero más gritos porque ya me está doliendo la cabeza. —¡Camina, zorra! —exclamó, empujándome y sin dejar de apuntarme con el arma.

—No se da cuenta que va a arruinar su vida y la de su hijo. ¿Tan poco le importa Tanner? —pregunté, tratando de llegar a tocar su sensibilidad, aunque dudaba que ese hombre sintiera algo por su propio hijo.

—¡¿Arruinar mi vida?! Tú ya me la arruinaste, perra. Camina o te llevo arrastrando —dijo, y volvió a empujarme.

—Se ha vuelto loco, ¿de verdad piensa que voy a hacer lo que me dice?

En ese momento el timbre sonó y, dentro de mi nerviosismo, pude recordar que había pedido comida.

—Me cago en la puta… ¿Esperas a alguien? —preguntó, furioso.
—Sí —dije, sin aclararle quien era.
—¿Quién?

Mi cabeza trataba de pensar en alguien que lo pudiera hacer cancelar sus planes, pero no se me ocurrió nada.

—¡Te pregunté a quien esperabas, perra desgraciada! —Su tono de voz era rudo e implacable.
—Pedí comida, debe ser el *delibery* —dije, porque llegué a la conclusión de que no servía de nada mentir y tampoco quería arriesgarme a que le hiciera algo al señor Tao o alguno de sus empleados.

Noté que su rostro se suavizó, seguramente por la tranquilidad que le dio lo que acababa de informarle.

—Siéntate. Y si llegas a gritar o a hacer algo que me deje en evidencia, la persona que vino correrá la misma suerte que tú —dijo, mostrándome el arma. Me señaló el sillón con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

No iba a arriesgar a nadie porque sabía que ese hombre era capaz de cumplir su promesa. Escuché cuando hablaba con la persona que había traído la comida y luego cerraba la puerta. Unos segundos después lo tenía frente a mí con el paquete de comida en sus manos.

—Mmm… comida china, buena elección. Después de todo eres buena anfitriona porque realmente estoy con hambre, así que voy a deleitarme con tu comida antes de que se enfríe y luego seguiremos en lo que estábamos, pero antes voy a asegurarme de que no hagas nada que me termine arruinando mi almuerzo —dijo, y volvió a buscar algo en sus bolsillos.

Unos minutos después tenía mis manos y pies atados con tanta fuerza que sentía como si la circulación se me estuviera cortando lentamente, además de que mi boca estaba cubierta con cinta impidiéndome respirar con normalidad. Me había hecho acostar en el sillón y lo podía ver disfrutar de la comida que yo había pedido mientras me miraba complacido. Atarme no le había sido fácil porque yo había forcejeado bastante, pero también me había dado varios golpes y en ese momento sentía mi mejilla hinchada y punzante. Mientras lo observaba, trataba de pensar en algo que me ayudara a liberarme, pero sabía que no tenía opción ninguna, estaba a merced de ese lunático. Si bien me sentía atenazada por el miedo porque tenía claro que era una situación peligrosa y que de ese hombre podía esperar cualquier cosa, no lloraba, no pensaba darle ese gusto, al contrario, lo miraba desafiante. Él no perdía su sonrisa triunfal, parecía como si la situación lo divirtiera.
A mi mente vino Tanner siendo criado por ese psicópata y, sin embargo, era un hombre de bien que se había dado cuenta a tiempo de sus errores y estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para enmendarlos. Por un lado lo compadecía, pero por otro me sentía orgullosa de él.
Lo volví a retar con la mirada y su carcajada cínica resonó en toda la sala. Debo reconocer que me invadió un absoluto pavor al imaginar lo que podía hacerme estando maniatada y sin poder defenderme. Intenté mover las manos, pero estaban tan apretadas que ya no las sentía, además de

comenzar a sentir los músculos doloridos. Comencé a pensar en Tanner y mi familia. Quizás no volvía a verlos de nuevo… esa idea me hizo tener que tragarme un sollozo.

—O eres muy valiente o una loca imprudente. ¿De verdad piensas que mirándome con esa altanería me vas a intimidar? Te aconsejo que no sigas porque solo logras que tenga ganas de sacarte toda la ropa y demostrarte quien es el que tiene el poder aquí.

Por más que tenía la boca tapada, apreté los dientes por la furia y la indignación que me provocaron sus palabras, y me juré que lucharía y me resistiría hasta el final con todas mis fuerzas, así muriera en el intento.

Cuando terminó de comer, eructó asquerosamente y me miró con una sonrisa diabólica. Era tan desagradable que tuve que cerrar los ojos. Volvió a tomar el arma que había dejado sobre la mesa y caminó hacia mí mirándome con lascivia.

—Ahora voy por el postre.

Hice un esfuerzo mayúsculo para poder sentarme y lo logré, pero al llegar me volvió a dar una gran bofetada que hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas.

—No vas a escapar de mí, perra salvaje —dijo mientras me tomaba de los tobillos y tironeaba de mí para que quedara acostada en el sillón.

Comencé a mover brazos y piernas en un intento de pegarle, pero el desgraciado se arrodilló en el sillón y me aplastó, además de ponerme el arma en la cabeza.

—¡O te quedas quieta o te mato ahora mismo!

Escuché un ruido y ambos miramos hacia la puerta de entrada. Tanner estaba de pie mirando la escena y había quedado lívido y horrorizado, pero inmediatamente reaccionó.

—¡Suéltala ahora mismo o te juro que eres hombre muerto! —gritó, apretando los puños con fuerza, aunque seguía parado en la entrada.

—No te metas en esto, Tanner, porque te aseguro que no me va a temblar el pulso si te tengo que apuntarte a ti también. Llevo mucho tiempo planificando esto y no voy a dejar que lo eches todo a perder. Esta perra es la culpable de arruinar nuestras vidas y la voy a hacer pagar por todo.

—¡Maldito seas, desgraciado! ¡Suéltala!

Su padre me tomó del pelo y tironeó de mi para que me pusiera de pie, luego me empujó y retrocedió un poco para apuntarme directamente al pecho. Al estar maniatada y tener las piernas débiles, mi cuerpo se fue hacia atrás y caí sentada.

Vi que Tanner me miraba aterrado y comenzaba a caminar hacia mí. Mis ojos se agrandaron suplicándole que no hiciera nada que lo pusiera en peligro, pero Tanner no se detuvo. Su padre lo miró y luego me volvió a mirar, siempre apuntándome con el arma. Sentía un miedo atroz que me desgarraba por dentro, pero ya no era por mí, era por Tanner, sabía que su padre era capaz de cualquier cosa.

—¡Detente, Tanner! No seas estúpido, no arruines tu vida por esta maldita mujer.

—Querrás decir *mi* mujer.

¡Oh, Dios, no! ¡No! ¡No! ¡No! Tanner detente, por favor, supliqué para mis adentros, forcejeando con mi cuerpo para poder ponerme de pie.

Luego todo pasó en un instante. Escuché un estruendo y pude ver un destello de fuego cuando Tanner se arrojó por delante de mí, golpeándome y haciendo que ambos quedáramos tendidos en el suelo.

La desesperación se adueñó de mí. Pude escuchar el grito de ese hombre.

—¡Nooo! ¡Maldito estúpido!

Escuché pasos como si alguien corriera y supuse que había huido. Luego todo silencio. No podía hablar porque tenía la boca tapada, no podía moverme porque, no solo estaba maniatada, tenía a Tanner sobre mí, pero no se movía. Pensé que moriría de la angustia. El corazón me latía acelerado y yo estaba por colapsar.

¡Tanner! ¡TANNER!¡Oh, no! ¡Oh, Dios, no! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! Por favor, no, Dios mío. Mamá, papá, ayúdenme, por favor. Que no le haya sucedido nada a Tanner.

Ni siquiera me importaba si yo estaba herida porque realmente ni sentía mi cuerpo, pero no soportaba la idea de que a Tanner le hubiera pasado algo. Se había interpuesto entre su padre y yo. Me había salvado del monstruo de su padre. Quería abrazarlo y ni siquiera podía hacerlo porque tenía las manos atadas. Comencé a llorar desconsoladamente.

Sentí unos pasos y luego alguien que separaba a Tanner de mí. Lo miré y me sentí fallecer. Tanner estaba inmóvil y con los ojos cerrados y… tenía la camisa manchada de sangre.

—¡Dios mío! ¿Qué sucedió? —gritó, el conserje, que me miraba horrorizado—. ¿Ambos están heridos? Ya la ayudo.

Vino hacia mí y lo primero que hizo fue sacarme la cinta de la boca. Inspiré fuerte y grité todo lo que mi cuerpo me permitió.

—¡TANNER! ¡NOOOOOO! ¡Llame a una ambulancia, por favor! ¡LLÁMELA AHORA!

El conserje sacó su teléfono del bolsillo de su saco y ya no vi nada ni escuché nada, solo me centré en él. Me arrastré hasta Tanner y apoyé mi cabeza en su pecho. Su corazón latía débilmente. Levanté el rostro y comencé a besarle todo le rostro.

—Aguanta, amor, aguanta, te lo suplico. Te amo. No me dejes, por favor. Te necesito, te amo, eres el amor de mi vida… No me dejes…

Pero Tanner no podía escucharme.

Capítulo 21

«Si me ves por alguno de tus pensamientos, abrázame que te extraño.»
—Julio Cortázar



Estaba destrozada. Dos semanas habían pasado desde que su padre lo había herido. Dos semanas que me habían parecido años. Lo echaba de menos con desesperación. Estaba en estado de coma y los médicos no sabían cuándo despertaría y ni si quiera si llegaría a hacerlo. Pero lo pensaba esperar toda la vida si era necesario. Apenas había salido del hospital un par de veces y habían sido mis hermanos quienes me habían sacado a la fuerza y me habían obligado a bañar y a comer algo. Había llorado tanto que después de ese día, Levi había conseguido que me permitieran bañarme en un baño del hospital, porque si no, no me hubiera bañado más. Si Tanner no despertaba, si no regresaba a mí, ya no me importaba nada. Mis hermanos habían viajado a San Francisco enseguida que se enteraron de lo sucedido. Levi, Ava, Eric y el pequeño Alvin, estaban alojados en mi piso. Eleonora había viajado con ellos en un avión privado que ella había contratado, pero había querido alojarse en un hotel, aunque tampoco salía mucho del hospital.

Tanner había sido sometido a dos operaciones quirúrgicas para poder reparar sus pulmones, y después de eso solo había que esperar y rezar.

Rezar… eso era lo que hacía continuamente. Les pedía a mis padres que lo ayudaran, que le dieran fuerzas para salir de esa situación. Que le dijeran que lo estaba esperando y que, si no podía volver… me llevara con él.

En ese momento estaba sentada en una silla y apoyaba la cabeza en la cama que él estaba acostado mientras lo tomaba de una mano.

—Daryl, corazón, deberías ir a comer algo —dijo, Eleonora, acariciándome la cabeza.

—No voy a dejarlo.

—Entonces voy a salir y te voy a traer algo para que comas aquí.

—No tengo hambre, Eleonora.

—Escúchame, corazón —dijo, se sentó a mi lado y me tomó del mentón para levantarme el rostro y poder mirarme a los ojos—, tienes que alimentarte y cuidarte porque cuando Tanner despierte te tiene que ver bien. Imagino que no querrás terminar enferma y no estar bien para cuando mi hijo despierte, y tampoco querrás que Tanner te vea tan demacrada —dijo, tajantemente.

—Solo quiero que despierte —dije, sollozando—. ¿Por qué no despierta, Eleonora?

Me abrazó y lloramos juntas, como hacíamos todos los días.

—Ya va a despertar, corazón. Yo estoy segura de que lo va a hacer y lo hará por ti, porque Tanner merece vivir la historia de amor que ustedes estaban creando. Te aseguro que va a

despertar.

Por varios minutos seguimos abrazadas y llorando, hasta que ella se apartó y me miró.

—Te voy a traer algo caliente para que tomes y algo para comer, ¿está bien? —consultó, y yo moví la cabeza afirmativamente, logrando que sonriera.

Eleonora abandonó la habitación y yo volví a apoyar mi cabeza en la cama, llevándome su mano a mi mejilla.

—Vuelve conmigo, te lo suplico —susurré, mientras mis lágrimas mojaban su mano.
—Ya estoy aquí. —Su voz ronca hizo que mi corazón comenzara a latir tan rápido que pensé que iba a infartar.

Levanté el rostro para mirarlo y sus ojos brillosos estaban clavados en los míos. Quería abrazarlo, apretarlo contra mi pecho, pero estaba vendado y no quería hacerle daño, así que tomé sus manos y las llevé a mis labios para besarlas mientras reía y lloraba a la vez.

—Estás aquí, mi amor —susurré, sin dejar de llorar—. Es lo único que importa…
—Creí que no volvería a verte —dijo, con la voz estrangulada, y ya no aguanté, lo abracé por el cuello y comencé a besarle todo el rostro mientras mis lágrimas se unían a las suyas.
—No he pasado tanto miedo en toda mi vida —dije, sin dejar de abrazarlo—. No me dejes nunca, por favor.
—Nunca lo haré —afirmó, con contundencia.

En ese momento dos enfermeras entraron en la habitación y, al verlo despierto, salieron rápidamente en busca del doctor.

—No me voy a separar de ti —dije.
—No lo hagas, por favor. Quédate a mi lado toda la vida.



Una semana después seguíamos en el hospital, pero Tanner ya no necesitaba de ningún aparato y, si seguía recuperándose así, en unos días podían darle el alta. Con su madre habían llorado largamente. Eleonora me había contado que, antes de que Tanner viajara a San Francisco a encontrarse conmigo, aunque había descubierto las mentiras de su padre, entre ellos la relación no había cambiado mucho, pero que ella no lo había presionado porque quería darle tiempo. Lo sucedido había hecho que se olvidaran de todo y madre e hijo se habían fundido en un abrazo y no había día que no se abrazaran. Eleonora le daba todos los abrazos y besos que no había podido darle antes. Me emocionaba verlos así y estaba feliz por ambos.

También habíamos tenido que contarle lo sucedido con su padre. Después de herirlo, Amadeo Cappellari había huido, pero la policía no había tardado en dar con su paradero. Al verse descubierto se había resistido a ser arrestado disparando contra los efectivos policiales, quienes no habían tenido otra opción que abatirlo dándole muerte en el lugar. Cuando su madre se lo contó yo estaba presente, en realidad no me había despegado ni un solo día de él. No sé si lo

sospechaba, pero no vi ninguna emoción en su rostro, solo cerró los ojos por un segundo y, cuando los abrió, dijo:

—Él se buscó ese final.



En ese momento estaba ayudándolo a comer algo y Eleonora entró en la habitación seguida por mis hermanos y Eric con Alvin en brazos.

—¿Qué están haciendo todos aquí? —pregunté, mirándolos sorprendida.
—Yo les pedí que vinieran —respondió, Tanner.
—Es una reunión familiar —dijo, Ava, con una amplia sonrisa.
—Para lo que voy a hacer debería arrodillarme, pero lamentablemente no voy a poder —dijo, y mi corazón se aceleró porque supe en ese instante lo que estaba ocurriendo—. Hice venir a la familia para que sean testigos de lo que tengo para decirte. —Estiró una mano hacia su madre y ella depositó una cajita en ella—. Compré este anillo al día siguiente de que te marcharas a esta ciudad porque me juré que haría todo lo que estuviera a mi alcance para recuperarte. Iba a levantarme cada día para ser mejor persona, para luchar por ti, siempre lucharé por ti. Daryl Domenech, eres mi gran amor, te amo tanto que no puedo ni quiero vivir un segundo sin ti. Te quiero en mi vida para siempre y te prometo que trabajaré por ser mejor persona cada día, una persona digna de ti. Tienes mi amor incondicional y eterno, mi más profundo respeto, mi orgullo por ti y mi absoluta lealtad. ¿Me harás el honor de ser mi esposa?
—Tanner…

Lo miré.
Me miró.
Y sucedió.
Solo existíamos nosotros.
Todo desapareció a mi alrededor, la familia, el hospital, todo.
Sus ojos se fundieron en los míos y supe con certeza que eso que él había dicho era lo que yo anhelaba. Me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—No hay nada en el mundo que desee más. Soy tuya mi amor, y lo seré siempre. Solo soy feliz si estoy contigo.

Nuestros labios se unieron en un beso dulce y los aplausos de todos hicieron que sonriéramos contra los labios del otro y lloráramos de emoción.

—Me haces el hombre más feliz del mundo. Te amo, Pecas.

Me tomó una mano y deslizó el precioso anillo en mi dedo. Y volvimos a besarnos. Cuando nos separamos, volvió a mirar a su madre quien le extendía un ramo de margaritas.

—Para ti, mi amor. Te regalo margaritas porque representan nuestro amor. Yo te regalo éstas; tú, regálame las que llevas en tu piel, esas son mías para siempre.

—Para siempre…
—¡Que viva el amor! —exclamó, Eleonora, y todos aplaudieron.

Nos volvimos a besar. Y después vinieron las felicitaciones, besos, abrazos, llantos de emoción y alegría. Luego de tantos días de sufrimiento y dolor, la felicidad volvía a reinar en nuestras familias y en nuestros corazones.

Ya no había ni una duda en mí sobre su amor. Hasta había arriesgado su vida por mí. Tanner me quería sin límites, sin restricciones, y yo lo amaba de la misma forma y con la misma intensidad.

Lo tenía a él, sano y salvo.

No deseaba nada más… mi felicidad era completa.

—Te amo, mi Tanner.
—Te amo, mi Pecas.

Epílogo 1

«El amor no reconoce barreras. Salta obstáculos, brinca vallas, penetra paredes para llegar a su destino lleno de esperanza.»
—Maya Angelou



Seis meses habían pasado desde que Tanner había sido herido, seis meses desde que nos habíamos comprometido en matrimonio. Yo había dado mi palabra a mis hermanos de dirigir la construcción de San Francisco hasta el final y la pensaba cumplir, así que Tanner se había mudado a esa ciudad conmigo y manejaba su empresa desde allí. Viajábamos a Uruguay cada dos semanas y nos quedábamos algunos días, pero la mayor parte del tiempo vivíamos en EE. UU.

Eleonora se había incorporado a la empresa Montaguen y apoyaba a Tanner desde Uruguay, lo que le daba a él la posibilidad de no tener que estar viajando tan seguido. Madre e hijo estaban forjando una sólida relación y cada vez se los veía más unidos. Al fin, Eleonora había conocido lo que era ser amada por su hijo y recibir un abrazo sincero y amoroso, y Tanner recibía el amor de su madre con alegría y respeto. Se amaban y se lo demostraban, y eso era una gran alegría para todos.

Nosotros… que decir de nosotros… éramos felices como nunca habíamos imaginado que se podía llegar a ser. Mi idea era casarnos cuando volviéramos definitivamente a Uruguay, pero Tanner no me había dado chance de esperar tanto. En esos seis meses había intentado de mil formas adelantar la fecha, pero con tanto trabajo en nuestras empresas había sido imposible.

Pero ahora el día había llegado.

Me estaba terminando de alistar para unirme en matrimonio con Tanner Cappellari.

No podía estar más feliz.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, Lori, mientras me miraba emocionada.

—No lo estoy, de verdad que no. Solo estoy ansiosa por estar con él.

—Eso es amor —dijo, Ava, mientras se limpiaba una lágrima.

—No llores porque vamos a terminar llorando todas —dije, sabiendo que estaba perdiendo la batalla contra las lágrimas.

—Es que eres mi hermanita, la pequeñita que siempre cuidé y deseo para ti un mundo perfecto —dijo, tomándome de ambas manos.

—Puedes estar tranquila porque lo tengo, y yo lo deseo para ti y estoy feliz porque sé que ya lo tienes. ¿Puedo pedirte un favor?

—Pídeme lo que quieras.

—Dile a Levi que entre porque necesito hablar con ustedes. —Ava me miró y fue hasta la puerta de la habitación para darle paso a nuestro hermano—. Tú te quedas —dije, mirando a Lori que se levantaba para irse—, porque lo que tengo para decir también es para ti. Tú eres mi

hermana del alma.

Levi entró y al verme quedó paralizado y parecía que había perdido la capacidad de hablar. Lo miré y sonreí.

—¿Cómo estoy?
—Dal, eres un ángel. Estás hermosísima.

Mi vestido de novia era de corte sirena y falda con aplicaciones de encaje. Era sencillo y de estilo juvenil. Tenía aplicaciones de tul bordado y crepé. Con escote V, espalda *corset* y tirantes. El pelo lo llevaba suelto, con ondas y recogido en uno de los lados con un aplique de pequeñas perlas. Mi ramo, por supuesto, eran unas margaritas blancas.

—Gracias, hermanito. Ven aquí porque quiero hablar con ustedes tres.

Los tres se acercaron emocionados y yo tuve que hacer un esfuerzo enorme porque el nudo que tenía en la garganta me impedía hablar.

—Quiero que sepan que los amo. Les voy a estar agradecida de por vida, no solo por cuidarme, sino por todo el amor que me dieron y me siguen dando, por su generosidad, por su apoyo incondicional y por estar siempre para mí. Ustedes me entienden hasta cuándo ni yo lo hago —dije, y sonreí, aunque las lágrimas de todos ya eran imposibles de disimular—. Me dan el abrazo en el momento justo porque me entienden solo con mirarme a los ojos. Son mi roca firme, mi fortaleza. Ustedes me han hecho la vida bonita, feliz, y sé que somos y seremos inseparables. Si algún día la distancia nos separa físicamente, nuestras almas permanecerán unidas. Los amo. Gracias por ser mi amor incondicional y por estar siempre a mi lado.

Los tres se abalanzaron sobre mí y terminamos en un abrazo de cuatro.
La primera en separarse fue Lori.

—Bueno, gente, creo que es mejor que nos limpiemos las lágrimas y vayamos a celebrar una boda.
—Sí, porque si no tu futuro esposo va a venir por ti y te va a llevar directo al altar privándome de ser el que te entrega —dijo, Levi, riendo y llorando a la vez—. Vamos, Dal. —Estiró su mano para que se la tomara.
—Te amo, hermanita. Nos vemos en unos minutos —dijo, Ava, y salió de la habitación junto a Lori.
—Siempre juntas —dijo, Lori, mirándome antes de irse.
—¿Estás lista? —preguntó, Levi.
—Nunca estuve más lista para algo.
—Se que ya te lo dije, pero es que estás verdaderamente deslumbrante. Estás hermosa, hermanita —dijo, Levi, llevando mi mano a sus labios para depositar un beso.
—Se que te lo he dicho unas cuantas veces, pero lo vuelvo a decir, te amo con todo mi corazón hermanito y... tú también estás muy guapo.
—Yo también te amo. Mamá y papá deben estar brindando por ti y orgullosos de vernos juntos celebrando tu boda.

¡Oh! No me hagas esto, Levi. ¡No me hagas llorar!, pensé, porque no sabía si podría parar.

Tragué saliva para bajar el nudo en la garganta y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Lo sé. Gracias.
—¿Nos vamos?
—Nos vamos.

Salimos de la habitación con decisión.

La boda se celebraba en la casa de Eleonora quien la había decorado hermosamente para la ocasión. Las flores por todo el jardín eran absolutamente preciosas y, sobre todo, resaltaban las margaritas blancas, y yo sabía que eso había sido a pedido de Tanner. Desde la puerta del jardín hasta la glorieta habían dispuesto un improvisado pasillo con una alfombra roja llena de pétalos blancos.

Comenzó a escucharse la canción «Beautiful In White» por Shane Filan. La piel se me erizó y tuve que hacer un gran esfuerzo para no largarme a llorar de emoción. Estaba agarrada del brazo de Levi y se lo apreté. Levi me miró y sonrió.

◆◆◆

Letra de la canción:

Not sure if you know this
No estoy seguro si lo sabes
But when we first met
Pero cuando nos conocimos
I got so nervous I couldn't speak
Me puse tan nervioso que no podía hablar.
In that very moment
En ese preciso momento
I found the one and
Encontré la indicada y
My life had found its missing piece
Mi vida halló la pieza que faltaba
So as long as I live I love you
Así que mientras viva te amaré
Will have and hold you
Te cuidaré y te abrazaré
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
And from now 'til my very last breath
Y desde ahora hasta mi último aliento
This day I'll cherish
Atesoraré este día
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
Tonight
Esta noche
What we have is timeless
Lo que tenemos es eterno
My love is endless
Mi amor es infinito
And with this ring I
Y con este anillo yo
Say to the world
Le digo al mundo entero
You're my every reason
Tú eres toda mi razón
You're all that I believe in
Tú eres todo en lo que creo
With all my heart I mean every word
Con todo mi corazón te dijo cada una de estas palabra
So as long as I live I love you

Así que mientras viva te amaré
Will haven and hold you
Te cuidaré y te abrazaré
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
And from now ‘til my very last breath
Y desde ahora hasta mi último aliento
This day I’ll cherish
Atesorará este día
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
Tonight
Esta noche
You look so beautiful in white, yeah yeah
Te ves tan hermosa de blanco, sí, sí.
So beautiful in white
tan hermosa de blanco
Tonight
Esta noche
And if a daughter is what our future holds
Y si una hija es lo que nos depara el futuro
I hope she has your eyes
Espero que ella tenga tus ojos.
Finds love like you and I did
Y espero que encuentre el amor como tú y yo lo hicimos
Yeah, and if she falls in love, we’ll let her go
Sí, y si se enamora, la dejaremos ir.
I’ll walk her down the aisle
Caminaré con ella hasta el altar
She’ll look so beautiful in white, yeah yeah
Y ella se verá tan hermosa vestida de blanco, sí, sí.
So beautiful in white
tan hermosa de blanco
So as long as I live I love you
Así que mientras viva te amaré
Will have and hold you
Te cuidaré y te abrazaré
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
And from now ‘til my very last breath
Y desde ahora hasta mi último aliento
This day I’ll cherish
Atesoraré este día
You look so beautiful in white
Te ves tan hermosa de blanco
Tonight
Esta noche
So beautiful in white
tan hermosa de blanco
Tonight
Esta noche

◆◆◆

—Es la hora, pequeña —dijo, Levi, poniendo su mano libre sobre la mía que descansaba en su brazo.

Las puertas se abrieron y solo tuve ojos para él, para el amor de mi vida. No podía ver más allá de su imponente figura. Estaba de pie bajo la glorieta y me miraba con un amor infinito. Con sus manos cruzadas por delante parecía como si tratara de evitar salir corriendo para agarrarme y no soltarme más. Nuestros ojos brillaban de emoción y pude ver cuando se llevó una mano al rostro para limpiarse unas lágrimas que corrían por su rostro. Eleonora estaba a su lado y lo miraba emocionada y con una sonrisa radiante. Tanner estaba imponente con *smoking* negro, chaleco gris y moño del color del *smoking.* Mientras caminaba hacia él, sonreí y él también lo hizo. En

ese momento vinieron a mi mente imágenes de nuestra historia, sobre todo del día en que nos conocimos. Ese día, al mirarlo a los ojos, tuve la sensación de que ese hombre pondría mi mundo de cabeza, y no me equivoqué. No fue el golpe del coche lo que me sacudió el cuerpo entero, fue Tanner, él sacudió mi vida y mi corazón. Ahora estaba a unos pasos de él para convertirnos en marido y mujer. En ese momento y sin dejar de mirarme, Tanner se acercó para venir a mi encuentro.

—Te entrego a mi hermana porque sé que la amas y ella te adora. Sean felices, protéjanse y respétense. Eres parte de nuestra familia, Tanner. Cuentan conmigo siempre —dijo, Levi, me dio un beso en la mejilla y le palmeó el hombro a Tanner.
—Gracias, Levi. Es un honor convertirme en su esposo y también ser parte de su familia.

Levi se alejó y se fue a parar junto a Eleonora.
Tanner me tomó de la mano fuertemente, me miró y sonrió de felicidad.

—Estás hermosísima, Pecas. Eres la mujer más bella, absolutamente hermosa. Me tienes deslumbrado.
—Igual que tú a mí.

Caminamos hacia donde estaba el juez y nos paramos delante de él para que comenzara con la ceremonia y nos convirtiera en marido y mujer.
Fue una ceremonia sencilla, bonita, romántica y rápida, y fue especial. Perfecta. Ambos lloramos emocionados cuando repetimos nuestros votos con convicción y seguridad.

—Puede besar a la novia —anunció, el juez.

Miré a mi esposo que en ese momento me miraba con esa intensidad que lo hacía siempre y sonreía feliz. Mi sonrisa no se me borraba del rostro.

—Mi bella esposa. Te amo —dijo, tomándome el rostro entre sus manos y mirándome a los ojos.
—Mi hermoso esposo. Te amo.

Nuestros labios se unieron y nos besamos con un sentimiento infinito. El aplauso y vítores de los invitados nos hizo sonreír y separarnos.

—¡Vivan los novios! —gritaron en aquella hermosa noche de septiembre, familiares y amigos.

A partir de allí se abalanzaron sobre nosotros y todo fue abrazos, besos, llanto de felicidad y alegría, mucha alegría.
Un rato más tarde la fiesta estaba en su apogeo. Tanner y yo disfrutábamos cada momento para guardarlo en nuestra memoria para siempre. Celebrábamos nuestro amor.
En determinado momento estaba bailando con Lori y Tanner me abrazó por la cintura desde atrás.

—Amor, deberíamos irnos.
—¿Ya se van? —protestó, Lori, mientras Tanner me giraba para mirarme de frente.
—Tenemos cosas importantes que hacer —respondió, mi esposo, mirándome con anhelo, con

el mismo que lo miraba yo.

—Si sabré. Las cosas que viven haciendo, porque convengamos que práctica no les falta, tortolitos —dijo, Lori, pero con una sonrisa.

—Eso es muy cierto —dije, sin dejar de mirar a Tanner—, pero a nosotros nos gusta seguir aprendiendo.

—Arrgg, no quiero escuchar más —protestó, Lori—. Váyanse de una vez. Voy a avisar a todos así nos despedimos y los liberamos de una buena vez.

Lori se fue y Tanner, que me tenía tomada por la cintura, me dio un dulce beso en los labios.

—¿Lista para comenzar nuestra luna de miel?

—Estoy lista para todo lo que sea contigo, siempre estoy y estaré lista. —Le dediqué la sonrisa más amplia, sincera y llena de amor que pude.

—Gracias, mi vida, por hacerme tan feliz. Jamás soñé con sentirme amado de esta forma ni de sentir este amor que siento por ti. Tu amor me envuelve, me protege de todo y me complementa.

—Gracias a ti por todo lo que has hecho por mí, arriesgaste tu vida por mí, pero no lo hagas nunca más porque si te hubiera perdido me hubiera ido contigo. No puedo vivir sin ti, Tanner Cappellari. No me dejes nunca.

—No pienso hacerlo, y tú tampoco me abandones. Vivamos nuestra vida amándonos y acompañándonos siempre. Haré todo lo que esté a mi alcance para que tus sueños se hagan realidad.

—Tú eres mi sueño hecho realidad.

—Y tú el mío, Pecas.

Nos besamos, fundiendo nuestros labios para sellar nuestra promesa.

Recordaríamos esa noche toda nuestra vida.



Con mucha emoción nos despedimos de nuestra familia y amigos. Todos nuestros invitados formaron un arco humano para que lo atravesáramos al irnos de la fiesta. Nos lanzaron arroz y nos vitorearon hasta que el coche en el que partimos se alejó.

Comenzábamos nuestra vida de casados.

Nuestra noche de bodas la pasábamos en la suite nupcial de un hermoso hotel en Montevideo y al día siguiente nos íbamos por unos días a New York para luego volver a San Francisco. Habíamos elegido esa ciudad para no perder mucho tiempo en horas de vuelo dado que el trabajo de ambos requería que no nos ausentáramos por mucho tiempo. Tanner me había prometido que apenas termináramos con el proyecto de San Francisco, nos iríamos a nuestra segunda luna de miel, y esa vez sería de varias semanas.

Cuando entramos en la suite quedamos maravillados porque todo estaba preciosamente decorado con rosas, incluso había una botella de champan junto a dos copas. Tanner me llevaba en sus brazos y me miraba con adoración. Apenas me bajó al piso, me tomó por la cintura y me besó apasionadamente.

—¿Te puedo sacar este hermoso vestido?

—Puedes hacer lo que quieras —susurré, en sus labios.
—Eso es toda una invitación, señora Cappellari —señaló, con los ojos oscuros de deseo.
—Lo es.

Con mucha delicadeza y besando cada porción de piel que iba quedando al descubierto, fue deshaciéndose de cada una de mis prendas hasta dejarme en ropa interior, una sensual ropa interior de encaje blanco de dos piezas.

—¿Tienes idea de lo hermosa que estás en estos momentos, Pecas? Eres tan preciosa —dijo, observándome por completo—. Quiero guardar esta imagen en mi memoria para siempre.
—Pero me vas a ver todos los días y noches de tu vida —dije, sonriente.
—Pero nuestra noche de bodas no se va a repetir y es la primera vez que estamos juntos como marido y mujer.

Me acerqué y comencé a besarlo mientras comenzaba a desprender los botones de su camisa porque él ya se había deshecho del saco. Poco a poco, Tanner respondía al beso con más ardor. Devorábamos la boca del otro con hambre. Con desespero. Por unos segundos interrumpió el beso, se separó de mí y sin contemplación ninguna se deshizo de lo que quedaba de su ropa quedando gloriosamente desnudo para mí. Me recostó en la cama y siguió observándome embelesado, como si yo fuera lo más hermoso que había visto en su vida, como me miraba siempre. Todo mi cuerpo temblaba de deseo por él. Se acercó lentamente y, con delicadeza, sensualidad y lentitud, me sacó la ropa interior. Apoyo una mano sobre el colchón de forma a retener su propio peso. Me miraba a tan solo unos centímetros de distancia de mi rostro. Sus labios carnosos y sensuales estaban un poco inflamados por mis besos, y eso lo hacía aún más apetecible. Sus hermosos ojos me contemplaban llenos de necesidad y podía notar su pecho inflarse y desinflarse más rápido de lo normal.

—Te amo, Pecas… mi mujer…

Sonreí feliz y enterré mis manos en su pelo para acercarlo a mí y reducir los pocos centímetros que nos separaban. Sus labios se acoplaron a los míos, besándolos, acariciándolos, mordiendo y saboreando todo a su paso. Una de sus manos bajó a mi pecho y lo comenzó a acariciar, a masajear. Me encendí por completo. Mi cuerpo lo reclamaba, me ardía. Con cada beso y cada caricia el deseo por él se avivaba al punto de hacerse insoportable. Sus labios abandonaron los míos y bajaron por mi cuello, mordiéndolo suavemente y haciéndome gritar y retorcer bajo el suyo.

—Amooor —susurré, desesperada.
—Lo sé… yo estoy igual —musitó, entre jadeos, y continuó besando cada parte de mi cuerpo.
—Tanner —jadeé—, quiero sentirte. Te necesito. Necesito tenerte dentro de mí.

Su mano bajo hasta mi sexo y me penetró con sus dedos.

—Ya estás lista para mí, Pecas.
—Estoy ardiendo…

Su miembro empujó en mi entrada y lentamente se adentró en mi cuerpo.

—¡Joder! No hay mejor lugar que este. Tu cuerpo es mío —susurró, jadeante y tomando aire como para controlarse.

Cuando llegó lo más profundo posible, se detuvo y me miró.

—Te amo, Tanner. —Y subí las caderas para suplicarle en silencio que empezara a moverse.

Arqueó la espalda y cerró los ojos y, cuando los abrió, salió de mi cuerpo y volvió a penetrarme, más fuerte, más profundo, comenzando con el vaivén continuo y constante de las caderas buscando ese placer que crecía más y más y calmando el fuego y la necesidad que solo se aplacaba con nuestros cuerpos deslizándose en esa sintonía del placer.

Tanner acallaba cada gemido mío con sus besos mientras yo me aferraba a él con piernas y brazos. Lo sentí temblar, ponerse rígido y comenzar a estremecerse.

—¡Ahora, amooor! —gritó.
—Tanneeer.

Y el clímax nos alcanzó a la vez y fue demoledor. Estallamos en mil pedazos en los brazos del otro y nos abrazamos fuerte sintiendo los latidos acelerados de nuestros corazones.

Era feliz… era inmensamente feliz.

—Pecas, no te duermas porque es nuestra noche de bodas y te voy a tener toda la noche despierta —susurró, con la respiración agitada.

Sonreí y le di un beso en el hombro.

—No me quejo.

Tanner subió el rostro y me miró.

—Te voy a amar cada instante, cada momento, cada segundo de mi vida —afirmó, mirándome como siempre hacía.
—Tampoco me quejo.
—Y ahora… regálame tus margaritas.

Salió de mi cuerpo, me hizo girar, dejándome con mi pecho sobre el colchón y comenzó a besar mi espalda hasta llegar al tatuaje de margaritas y besarlo con adoración.

—Estas son mías, solo mías —dijo, entre beso y beso.
—Solo tuyas y para toda la vida.

Después de eso, se volvió a desatar la locura.



Epílogo 2

«La medida del amor es amar sin medida.»
—San Agustín



5 años después…
Nochebuena

Como todos los años, la mesa de nuestra casa estaba colmada de gente y los niños corrían por todo el salón jugando y esperando a que Santa Claus decidiera pasar a dejar los obsequios. Nuestro pequeño Christian, de 3 años, corría atrás de su primo Alvin y atrás de él gateaba Luna, la hija de Levi y su esposa Martha. A nuestro pequeño le habíamos llamado así por su padre, Tanner Christian Cappellari Montaguen. Adorábamos a ese pequeño y estábamos tan orgullosos de él que en ese momento lo observábamos y reíamos como tontos. Chris, como le decíamos todos, era igualito a su padre, pero con el pelo rubio como yo.

—¿Te parece que le gustará lo que le compramos? —preguntó, Tanner, mientras me tenía abrazada por la cintura.

—No hay juguete que no le guste, estoy segura de que lo vamos a tener despierto hasta altas horas de la noche porque no va a querer meterse en la cama.

—¿Hijos, les parece que nos sentemos a cenar? —consultó, Eleonora, acercándose a nosotros.

—¿Te parece que podremos sentar a estos diablillos, mamá? —preguntó, Tanner, riendo y sin dejar de mirar a los niños.

—No se preocupen que yo me encargo —dije, y palmeé varias veces mis manos con energía para llamar su atención—. Niños, si no cenamos Santa Claus no va a pasar a dejar los obsequios. Recuerden que los está mirando y solo va a bajar por esa chimenea si comieron todo lo que se les sirva en el plato.

Chris nos miró, rio y salió corriendo hacia los brazos del padre que ya se encontraba en cuclillas y con los brazos abiertos para recibirlo.

—Ya escuchaste a mami, si no cenamos no creo que venga Santa Claus.

—Eso es así —dije, acariciándole sus mejillas regordetas.

—¿Me va a traer regalos? —preguntó, nuestro pequeño.

—¿Te portaste bien? —preguntó, Tanner y Chris sacudió su cabeza afirmativamente.

—Por supuesto que se portó bien, él es el angelito de la abu —dijo, Eleonora, sonriéndole mientras le estiraba los brazos.

Chris se estiró para ir con su abuela y esta lo recibió y lo colmó de besos por todo su rostro. Luego se encaminaron hacia la mesa mientras nosotros los mirábamos y sonreíamos.

—Te das cuenta de que lo está malcriando, ¿verdad? —dijo, Tanner, mirándome sonriente mientras me volvía a abrazar por la cintura.

—En realidad le está brindando todo su amor. Nuestro hijo es afortunado por tenerla como abuela.

—Se merece disfrutarlo, después de todo… —No terminó la frase, pero yo sabía que se refería a que su padre lo había separado de ella siendo un pequeño.

—Lo está disfrutando, y también a Alvin y a Luna, y también lo hará con el bebé de Ava y Eric que viene en camino.

Eleonora hacía de abuela de todos los niños de la familia que en unos meses se iba a agrandar porque a Ava le quedaban dos meses de embarazo para tener su segundo hijo.

Tanner me miró y me dio un dulce beso en los labios.

—Nosotros también deberíamos agrandar la familia. —Volvió a darme otro beso y, cuando le iba a responder…

—Ey, tortolitos, ¿pueden venir a la mesa así cenamos? Porque me estoy muriendo de hambre —Y ese fue Eros que nos miraba y reía. Él y su madre siempre pasaban las fiestas navideñas con nosotros.

Tanner lo miró y volvió a besarme, haciendo que Levi bufara y los demás rieran. En la mesa estaban mis hermanos con sus parejas, Eleonora, Eros, Sonsoles y nosotros, además de todos los niños.

La cena de Nochebuena fue preciosa como siempre que estábamos juntos. Reímos tanto que Ava tuvo que ir al baño varias veces porque decía que si no se iba a hacer pípí encima.

Unos minutos antes de la medianoche todos salimos al jardín para que Tanner y Eros se encargaran de colocar todos los obsequios bajo el árbol de Navidad. Cuando ellos volvieron faltaban apenas unos minutos para la medianoche.

—Tarea cumplida —dijo, Tanner, y levantó a Chris y con el otro brazo me abrazó—. Entremos a la casa que ya están las copas servidas con *champagne* para que hagamos el brindis.

Cuando volvimos al *living* todos observamos el hermoso árbol y los niños comenzaron a gritar de emoción.

—¡Vino Santa! —gritó, Alvin, y salió corriendo hacia al árbol.

Chris forcejeó con el padre para que lo bajara y también salió corriendo detrás de su primo.

—¡Esperen niños que este año es Ava la encargada de entregar los regalos! —gritó, Eric, aunque siguieron corriendo sin prestarle la mínima atención.

Después del tradicional brindis, de desearnos feliz Navidad y de salir al jardín a ver el espectáculo de fuegos artificiales, Ava repartió los obsequios y disfrutamos de los pequeños emocionados con todos sus juguetes. Tanner me había obsequiado una preciosa pulsera de oro blanco con tres dijes que eran las iniciales de Chris, la de él y la mía. Cuando la había visto había quedado maravillada. Yo le había comprado unos gemelos de oro en los que había mandado grabar una pequeña margarita, esa flor que era muy significativa para nosotros y a él le habían encantado.

—Pecas, tengo otro obsequio para ti, pero te lo voy a dar esta noche, cuando estemos solos y en nuestra cama —susurró, en mi oreja, haciéndome reír.

—Yo también tengo otro obsequio para ti.

—¿Será ese conjunto de ropa interior en color negro con liguero y que es sensual como el demonio?

—Puede que sí.

—¡Madre mía! ¿A qué hora se van nuestros invitados? —preguntó, haciendo que yo largara una carcajada.

Dos horas más tarde todos se habían ido y Tanner y yo contemplábamos a nuestro hijo que recién se había dormido abrazado al peluche con el que siempre lo hacía.

—Como ha crecido, ¿verdad? —dijo, Tanner, mientras le daba un beso en la mejilla y lo arropaba bien.

—Crece a pasos agigantados. Cada día me asombra más. La maestra me dijo que es un niño muy inteligente —comenté, orgullosa.

—Igual a la madre —afirmó, Tanner, abrazándome y pegándome a su cuerpo—. Y ahora vayamos a nuestro dormitorio porque quiero mi otro obsequio. —Tironeó de mí y me llevó raudamente hasta allí.

Apenas entramos pegó mi espalda a la pared y comenzó a besarme apasionadamente. Mientras me besaba me iba subiendo el vestido hasta que tuvimos que interrumpir el beso para que me girara y pudiera bajar la cremallera. El vestido resbaló por mi cuerpo dejando a la vista la sensual lencería.

—¡Madre mía! Esta ropa interior la fabricaron como tortura masculina. Eres jodidamente sensual y me vuelves loco.

Comenzó a besar mi espalda, me sacó el sujetador y, como siempre hacía, se detuvo con su boca unos minutos en mi tatuaje, luego siguió hasta llegar a mis nalgas y besarlas con devoción. A los minutos se estaba sacando toda su ropa y volvía por mí. Me hizo girar y asaltó mi boca con su lengua en un beso caliente y de entrega absoluta. Me tenía aprisionada entre la pared y su cuerpo mientras yo enredaba mis manos en su pelo y lo apretaba contra mí.

—Te voy a llevar a nuestra cama, Pecas, y te aseguro que me voy a dar un festín con tu fantástico cuerpo —susurró, jadeante, y me levantó en volandas para depositarme allí—. Abre las piernas para mí, Pecas. Así…

Me quitó las braguitas y colocó mis piernas sobre sus hombros para tener acceso pleno a mi sexo. Lamió mi parte más íntima y, cuando jadeé, sonrió y empezó a paladearme. Levanté la cabeza y ver la suya entre mis piernas hizo que me estremeciera y gritara de placer. Estaba por colapsar. Sus manos apretaban mis nalgas y su boca no me daba tregua.

—Aaah…Tanner…

Mi cuerpo se sacudió por completo y me sumí en una bruma de placer gritando su nombre y arqueando la espalda ante la electricidad que me recorrió el cuerpo entero. No había terminado de recuperarme cuando Tanner se acomodó entre mis piernas y me penetró llenándome por

completo.

—Joder… este es mi paraíso —jadeó.

Me agarré a sus hombros y enrosqué las piernas alrededor de sus caderas. Comenzó a embestirme lentamente, pero no había pasado mucho tiempo cuando las embestidas se hicieron más rápidas y la fricción de nuestros cuerpos y nuestros gemidos y jadeos nos llevaron cada vez más rápido a ese punto sin retorno. Jadeamos nuestros nombres como si de un mantra se tratara y explotamos en un orgasmo delicioso que nos consumió por completo y nos dejó temblorosos y desmadejados.

Tanner estaba sobre mi cuerpo y respiraba con dificultad. Cuando pude recuperar la respiración y el control de mi cuerpo, acerqué mis labios a su oreja y susurré:

—Gracias por este otro obsequio, fue impresionante.

Levantó el rostro y me miró orgulloso.

—¡Vaya si lo fue! ¿Y cual es el mío? Porque tú también dijiste que tenías uno.

—Es verdad, pero vas a necesitar recuperarte un poco.

—Mmmm… suena tentador.

—Te puedo adelantar algo… —Me acerqué a su oreja y susurré—: Vamos a volver a ser padres. Felicidades.

Lo sentí contener la respiración y luego mirarme agrandando los ojos. De pronto una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Pecas… ¿estás embarazada?

—Sí, amor. Otro hijo nuestro crece en mí.

Me abrazó tan fuerte que casi no me dejaba respirar.

—Gracias, gracias, gracias por tanta felicidad. Nunca imaginé que se pudiera ser tan feliz. Me haces el hombre más feliz del mundo. Te amo tanto, amor. No creo que puedas imaginar lo que me haces sentir. —Comenzó a darme besos por todo el rostro para terminar en mis labios y besarme con un sentimiento infinito.

—Sí que lo imagino, porque yo lo siento por ti. Te amo con todo mi corazón.

—Tenemos una familia maravillosa que ahora se va a agrandar con la llegada de otro pequeñín. No puedo pedir más.

—Puede que sea pequeñina —dije, sonriendo.

—Y si es pequeñina la llamaremos Margarita. ¿Te gusta?

—Me encanta, no hay mejor nombre que ese. Y presiento que será nena porque siempre te prometí que te regalaría margaritas y te voy a regalar la mejor, te voy a regalar a tu hija Margarita.

Salió de mi cuerpo y besó mi abdomen, luego subió a mis labios y volvió a besarme.

—Te amo, amor de mi vida. Mi bella mujer, la razón de mi felicidad. Tú y mis hijos son el motor de mi vida y agradezco todos los días por tenerlos conmigo.

—Y nos tendrás junto a ti siempre. Te amo, Tanner Cappellari.
—Gracias por haberme dado esta familia tan hermosa, Pecas.
—La hicimos juntos, amor... y eso es lo importante.

Y nos volvimos a besar y volvimos a emocionarnos sabiendo que esa familia y esa enorme felicidad que sentíamos era nuestra realidad.

FIN



Otras obras de D.D. Gianni:

Déjame amarte



SINOPSIS:

Dayanna Degreen es una joven de 25 años, bella, exitosa y millonaria, pero con una vida marcada por la tragedia familiar. Si bien disfruta de su trabajo, su vida es ordenada y solitaria. Vive en un lujoso hotel ubicado en la ciudad de Madrid del cual es propietaria. Se refugia en el trabajo para acallar su soledad, se conforma con su vida tranquila y piensa que no necesita nada más para ser feliz. Le huye al amor, la aterra volver a necesitar a alguien, a perder a esa persona que se convierta en importante en su vida. Ella piensa que, si no lo tiene, no lo pierde, pero lo que no sabe es que, del amor no se puede huir.

Kyle Adams es un actor de fama mundial, ídolo de todas las generaciones tras cosechar grandes éxitos en su carrera y tener gran carisma con la gente. Es atractivo y sexy a rabiar, pero a sus 31 años sigue sin querer ningún compromiso sentimental y vive la vida sin ataduras de ningún tipo. Las mujeres deliran por él, lo consideran un hombre irresistible, lo que hace que tenga una larga lista de conquistas amorosas.

Sus caminos se cruzan en un país distinto al que viven. Para ella, un país con recuerdos de su infancia. Para él, un país que no conocía, pero no olvidará jamás. Una noche que invita al romanticismo y una amiga que insiste en que Dayanna olvide su ordenado mundo y, por una vez, solo disfrute y se deje llevar. Si él es el candidato imposible y ella la chica que no está preparada para dejarse amar, seguro que será solo sexo, ¿no?

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LFERBbleVxYsACmX7z1yP?si=eec10a7a930d411f

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Déjame sanar tu corazón



SINOPSIS:

Dafne Davidsson es una brillante y bella joven de 26 años, con una carrera profesional exitosa y con una idea clara sobre el amor: No existe. Por eso ha decidido disfrutar de la vida y no comprometerse con nadie. Su corazón está blindado y nadie tiene la llave para abrirlo. Es la CEO de una cadena hotelera y su vida transcurre entre el trabajo, sus amigas y relaciones esporádicas.

Alvar Hills es contratado como gerente general por la empresa en la que trabaja Dafne. Es un hombre atractivo y sexy, que inmediatamente se integra a la empresa y congenia bien con todos, aunque Dafne lo trate de evitar a toda costa porque le hace sentir emociones que nunca había experimentado.

Unas miradas intensas, un viaje de negocios que los hace compartir más tiempo del que tenían planeado, atracción y pasión arrolladoras imposibles de negar, y todo lo planeado se olvida en una noche que los cambiará para siempre.

Pero ¿serán esos sentimientos tan poderosos que logren que Dafne baje sus barreras? Y Alvar ¿podrá confiar en Dafne luego de que los celos de otro hombre la obliguen a mentirle para evitar que su hermano se vea perjudicado?

Descúbrelo en esta apasionante historia de amor, pasión y sanación.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/6CBJDKE9h74NVaftycvFV9?si=b38517408e374e01

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi ángel



SINOPSIS:

Darcy Davis desde que tiene uso de razón, estuvo enamorada de **Helio Clay,** el mejor amigo de su hermano. Siempre lo admiró desde lejos y tuvo que ver la larga fila de conquistas amorosas que desfilaban por su vida. Ella está convencida de que, aunque ya

sea una hermosa mujer, Helio la sigue mirando como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Lo que ella no sabe es que, para Helio ella es inalcanzable, y que ella fue quien le cambió la vida y lo salvó. Ella fue su ángel. Descubre esta historia de amor apasionada y amistad verdadera, en la que te emocionarás, reirás y te enamorarás de todos sus personajes. ¡No te la pierdas! Cerrarás el libro con una sonrisa y también te garantizo alguna lágrima de emoción.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LRBQHbbRZpBL3jJLJAfZT?si=2329985174fb4b3e
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Hasta que llegaste tú

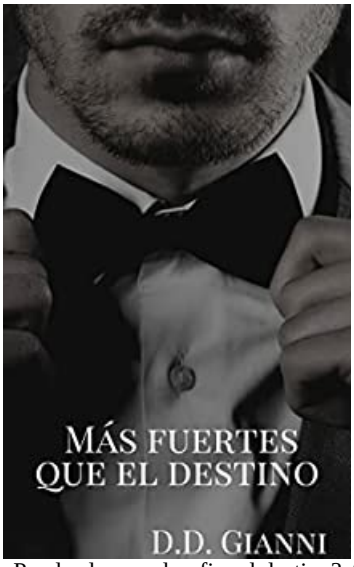
SINOPSIS:



Delfina Darner es una joven de 25 años, bella y con una carrera profesional exitosa. Si bien nunca se ha enamorado y disfruta de su soltería junto a sus amigos, no está cerrada al amor. Está convencida de que se enamorará cuando el destino lo decida.
Hermes Darwich a sus 38 años es un hombre poderoso y sumamente atractivo, pero que ha sido traicionado y ha dejado que esa experiencia marcara su vida convirtiéndose en un hombre amargado, desconfiado y negándose a amar, negándose a abrir su corazón y negándose a ser feliz. Juzga y mide a todas las mujeres con la misma vara que mide a la mujer que lo traicionó engañándolo con su mejor amigo.
Ellos se conocen por accidente cuando Delfina vuelca una bebida en su camisa y reconocen en esa mirada a la persona que, sin saberlo, estaban buscando. A partir de allí, sus caminos se comienzan a entrelazar. La atracción entre ellos es inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que corre por sus cuerpos cuando están cerca del otro. Sin darse cuenta, Hermes irá abandonando todas sus reglas y verá como Delfina pondrá sus propósitos y su vida de cabeza, llevando luz a su oscuro corazón. Delfina se rendirá ante la pasión y el amor que siente por ese complicado y sexy hombre y aceptará sus reglas, hasta que su desconfianza la hiera profundamente.
Pero cuando todo parece encaminarse, una persona llegará a sus vidas para poner su relación a prueba.
¿El amor que sienten pasará esta prueba de fuego? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida.
Personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/4Vsn5QrxqWsPHSaKnmg9cr?si=00176b9501d048a2
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Más fuertes que el destino

SINOPSIS:



¿Puede el amor desafiar al destino? Averígualo en esta romántica y apasionada historia de amor.

Cuando una noche en el bar de su hotel, la joven, bella e inexperta en el amor, **Dalina Dukart** conoce al poderoso, atractivo, autoritario e independiente **Henry Woollardy**, no se imagina que la historia de ellos acaba de comenzar y que ese hombre pondrá su mundo al revés, tanto como ella lo hará cambiar todas sus creencias sobre el amor. La atracción entre ellos será inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que se desata en sus cuerpos cuando están cerca del otro.

Aunque se resistan, el destino, porfiado e implacable, se empeñará en cruzar sus caminos y los embarcará en un romance excitante, sensual, pero repleto de inseguridades y desconfianza. En ese camino y, como si de un juego de montaña rusa se tratara, su relación subirá y bajará emocionalmente y deberán enfrentarse a la traición de una persona cercana y a la desconfianza que los rodea, pero donde su pasión nunca decaerá.

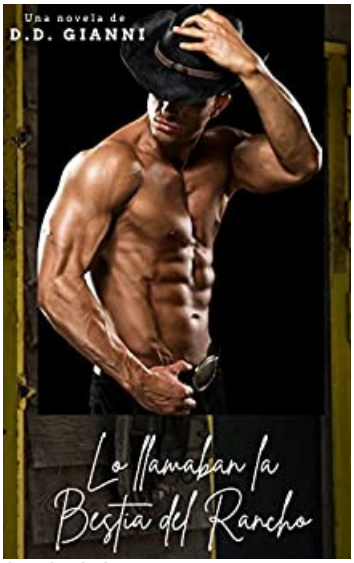
¿Podrán ser más fuertes que el destino?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida, con personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír, embarcándose, tanto ellos como los personajes principales en sucesos hilarantes.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/3xTp2lp5x3nykIr1SjEy2R?si=b3bee82c5782493b

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Lo llamaban La Bestia del Rancho



SINOPSIS:

Dallas Delmont es una hermosa joven de 25 años que ha dedicado su tiempo al estudio y acaba de recibirse de doctora. Su vida

es demasiado tranquila, así que, su amiga Kate, que se acaba de recibir con ella, le propone pasar las vacaciones en su rancho para descansar y salir de juerga con sus amigos antes de comenzar a trabajar en la clínica médica. Lo que Dallas ignora es que el hermano de Kate, que vive en el rancho, pondrá su mundo patas arriba y lo que prometían ser unas divertidas y tranquilas vacaciones con su amiga, se convierten en un viaje que transformará completamente su vida.
Johan Scott a sus 36 años es un hombre amargado, taciturno y con un carácter tan endemoniado que se ha ganado el mote de La Bestia del Rancho. La gente le teme y lo compadece por igual. Su vida cambió unos años atrás cuando en un accidente de tránsito perdió a su mejor amigo y el quedó lisiado de una pierna de por vida. La culpa y los remordimientos lo transformaron en el ser huraño y amargado del presente, un hombre que cree que no merece ser feliz y vive encerrado en sus demonios negándose a ser amado.
Ellos se conocen en el rancho y la atracción es inmediata. Dallas reconoce que al malhumorado, altanero y grosero hermano de su amiga todos lo podrán apodar La Bestia del Rancho, pero tiene el rostro de un ángel y el cuerpo de un sexy guerrero y que, por más que se lo niegue, le aborrece y le atrae a partes iguales. Por su parte, Johan se siente confundido y aterrorizado porque cada vez que se cruza con la hermosa Dallas, siente que, después de muchos años, alguien lo mira y no ve a una Bestia, sino que ve a Johan, al hombre deprimido, solitario y con un atormentado corazón, pero también siente que él no merece que nadie lo vea de esa forma porque él no merece ser feliz. Además, está convencido que una mujer tan bella como Dallas jamás se fijaría en un hombre lisiado física y emocionalmente.
Pero nada se puede hacer cuando el amor y la pasión te golpean con fuerza. Ninguno podrá luchar contra la pasión arrolladora que les despierta el otro, mientras otro sentimiento más poderoso crece en su corazón.
¿Su amor podrá superar todas las barreras autoimpuestas y las que la propia vida les presente? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/5mIndWgxh8b26VZCFOGFxP?si=dc6583bf1bc9475a
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi destino eres tú



SINOPSIS:
Después de muchos años, **Denise De la Corte**, una hermosa joven de 26 años, vuelve a su país de nacimiento, Uruguay, con el único objetivo de concurrir al velatorio de su padre, Feliciano De la Corte, quien la separó de su vida cuando era una niña, enviándola a un internado en España y condenándola al sufrimiento y la soledad. Su madre había fallecido en el parto y él, un importante hombre de negocios prefirió dedicar todo su tiempo a su empresa olvidándose de su hija. Pero lo que Denise pensó que sería una despedida para dejar atrás los rencores, aliviar el dolor y otorgar el perdón, se transforma en un viaje que cambiará su vida para siempre. Para poder cumplir una promesa se ve obligada a acatar las exigencias establecidas por Feliciano De la Corte, que incluyen trabajar codo a codo en su empresa junto a su joven socio. Esto, y las cartas que le deja en las que le abre su corazón y le confiesa detalles de su vida y de la de otros personajes de la historia, la llevan a un destino muy distinto al que había imaginado para ella.
Aitor Sarrasqueta, es el socio minoritario de la empresa De la Corte Corp, y tampoco ha tenido una vida fácil. Hasta el momento del fallecimiento de su socio no conoce a Denise, pero está convencido de que su hija no es más que una mocosa superficial y malcriada que lo único que quiere es el dinero de Feliciano, por eso no duda en que la chica le entregará el control total de la empresa vendiéndole sus acciones. Con eso él podrá cumplir su sueño, y de paso se podrá deshacer de ella para no

volver a verla nunca más.
Antes de conocerlo, Denise está convencida de que el socio de la empresa debe ser un señor de la edad de su padre, que al igual que este, su único objetivo en la vida debe ser aumentar su poder y riqueza. Hombres que ella odia y que quiere tener muy lejos de su vida. Por su parte, Aitor cree que Denise es una chica superficial que solo aspira a satisfacer sus caprichos, sin importarle el trabajo ni el esfuerzo que requiera ganar el dinero que ella solicita. Mujeres que el aborrece y en las que jamás se fijaría.
Nada los prepara para la sorpresa que se llevan al conocerse, dejándolos totalmente desconcertados y sintiendo una atracción y un deseo por el otro que les es difícil de manejar.
Pero cuando se rinden a esas emociones, la vida no les da tregua, volviéndolos a sorprender con hechos que pueden alterar su vida para siempre. Las cartas de Feliciano De la Corte les revelan información tan crucial que los puede unir o separarlos para siempre. Sin saberlo, sus caminos estaban entrelazados desde el nacimiento mismo, pero esos caminos ¿los llevarán al mismo destino? ¿Estarán destinados a estar juntos?
Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/5wPwKNXiCgOAl8X1zFynqY?si=f6cb73242b1a412f
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Y de repente tú



SINOPSIS:
Historia de amor narrada desde el punto de vista de ambos protagonistas. Si bien la historia comienza siendo narrada por la protagonista femenina, a partir de que la pareja se conoce, la historia es contada por ambos.
Dakota Durban está lista para comenzar sus vacaciones en Alicante, España. Allí pasará unas semanas con su gran amiga Nicole, quien le aseguró que la va a hacer olvidar de su perfecto mundo, de todas sus responsabilidades y sus prejuicios, y la obligará a divertirse como nunca lo ha hecho. Dakota es una hermosa chica de 27 años con una cargada agenda de trabajo, y su forma de ser es recatada, seria y educada, prefiriendo la vida tranquila a las agitadas noches de Alicante que le describe su amiga, pero en sus vacaciones está dispuesta a seguirle la corriente y disfrutar, aunque sea en esas semanas libres.
Almar Suescún es uno de los propietarios del bar «Naked Heart», un lugar en el que aprovecha su irresistible atractivo y sensualidad para estar todas las noches con una mujer distinta, o con varias.
Él es el tipo de hombre atrevido, descarado y sensual, del cual una chica como Dakota prefiere mantenerse alejada a toda costa. Ella es la chica hermosa y sumamente sexy que Almar jamás permitiría que saliera del «Naked Heart» sin lograr lo que él siempre busca en una mujer, solo placer.
Y de repente se conocen y cada uno rompe los esquemas del otro y el control de sus vidas. Se atraen tanto que solo vislumbran

problemas. Y los problemas surgen porque la atracción es poderosa y la seducción inevitable.
Pero… no solo son completamente distintos y quieren cosas distintas, también viven en continentes distintos.
Pero… el destino siempre hace de las suyas.
Conoce esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/73O9VO4e6wzsNzJjjFC3Ml?si=030135417e174631
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Doctora de mi corazón



SINOPSIS:
Devon Dulcet es una joven pediatra que ve como su vida se desmorona cuando le determinan incapacidad para lograr un embarazo y, ante el diagnostico irrevocable, su esposo la abandona sin miramientos, culpándola de arruinar su vida al privarlo de tener hijos. Al sentirse sola a todos los niveles y embargada por un profundo dolor, busca refugio en su amada profesión y en sus amigos, logrando con el tiempo salir adelante. Pero Devon tiene claro que no va a volver a pasar por ese dolor y, para eso, también se hace una promesa, cerrar su corazón al amor y a cualquier emoción parecida porque, ¿quién amaría a una persona que no puede formar una familia con hijos? Ella cree que no merece ser amada, pero se equivoca. Nada la prepara para la sacudida que se produce en su vida cuando se cruza con una pequeña paciente ávida de atención, y con su autoritario, pero atractivo padre.
William Cavaller es viudo, abogado e importante empresario, pero, sobre todo, padre amoroso de Aurora, una niña de 3 años. Su primer matrimonio fue una farsa y juró que nunca más pasaría por ese calvario. Además, ahora que su hija es parte de su vida, no permitirá, por nada del mundo, que una mujer juegue con los sentimientos de la pequeña. Pero ¿qué sucedería si un hermoso ángel se cruza en su vida para cambiar el rumbo que él había marcado?
Sí; sus vidas se cruzan y, aunque ambos hacen todo lo posible para evitarse, es difícil escapar de la pasión y el deseo irrefrenable que se despierta en ellos cuando se enfrentan y, aunque sus planes sean huir de esas nuevas y desconcertantes emociones, parece que el destino tiene otros planes distintos, y la pequeña Aurora también.
Pero cuando ambos se dejan llevar por esa emoción nueva que crece a pasos agigantados y los deja totalmente vulnerables, el pasado regresa con intenciones de estropearlo todo.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/6QBgdK08VmfO7fEbPt9ElW?si=168337f36db84010

Siempre fuiste tú



SINOPSIS

Fascinación, eso era lo que sentía **Dareen Dayet** por **Alex Kastillén**, el atractivo y sexy hermano mayor de los mellizos Amanda y Elir, sus mejores amigos y, también, el mejor amigo de su hermano. Dareen siempre lo había observado con anhelo, pero sabiendo que él la miraba, pero no la veía, o eso creía ella. A sus 24 años aún no había conocido el amor, salvo el amor platónico que sentía por Alex. Pero una noche y gracias al club secreto «Los Elegidos», puede ocultarse tras una máscara y dejar a Dareen para convertirse en Lady Red, una mujer sensual y atrevida que, no solo despierta la curiosidad de Alex, o Lord Dark, como es llamado en ese club, sino también una pasión arrolladora y un deseo irrefrenable como nunca él había sentido. En la piel de Lady Red, ella ve la posibilidad de cumplir su sueño de besarlo y estar con él, y Alex ve la misma posibilidad en una mujer que le recuerda mucho a la que ha deseado desde siempre en secreto, pero que nunca podrá ser suya.

El problema surge cuando después de esa noche maravillosa, apasionada e inolvidable, cada vez que se ven, sus cuerpos parecen reconocerse y la atracción flota entre ellos y les es imposible dominarla, sobre todo cuando se ven forzados a compartir tiempo en un crucero con sus hermanos para festejar el cumpleaños de los mellizos.

Alex sabía que lo que Dareen le hacía sentir debía enterrarlo en el fondo de su corazón, pero cada vez le resultaba más difícil de reprimir; y Dareen tenía claro que los daños colaterales de ese encuentro íntimo y clandestino serían difíciles de superar, pero no pudo evitarlo.

Y cuando ese sentimiento silencioso y agazapado en sus corazones ya no puede ser ocultado, la vida no les dará tregua, les pondrá obstáculos y les deparará sorpresas que los obligarán a reprimirlo. Pero… el amor es más fuerte y siempre triunfa ¿verdad?

Descúbrelo en esta hermosa historia de profundo amor, colmada de pasión arrolladora, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/3wPBYzbkvEOTlQV2cU4KpB?si=1ac6017bcdd34da6

Una reina para King



Carter King, un hombre tan atractivo como egocéntrico y soberbio, ve como el testamento de su padre pone su vida patas arriba al enfrentarlo a la difícil decisión de casarse o perder la empresa familiar. Con todo a su disposición, el pasar por el altar no estaba en sus planes, y la única solución que se le ocurre es hacer un «trato» con alguien y seguir con su vida de soltero con «discreción», eso sí, para hacerlo necesitaría a una mujer que no lo complicara en lo relacionado a temas de enamoramiento, celos, reproches y toda esa «mierda del amor». Ni se le ocurriría planteárselo a alguna de las mujeres con las que salía porque correría el riesgo de que terminaran reclamándole lo que él no estaba dispuesto a dar.
A no ser que la arpía de…
Della Davenport conoce a los King desde que era pequeña, son parte de su familia, salvo el hijo mayor, Carter, con el que nunca se entendió y al que considera el imbécil más pedante y creído que había conocido en su vida. Adora a sus hermanos y a su madre, incluso había querido mucho al señor Lucas King y su muerte le había causado un profundo dolor, pero a Carter no había manera de que pudiera tolerarlo y prefería tenerlo lejos de ella.
Una propuesta inesperada les cambiará la vida y, lo que parecía que sólo los afectaría en… casi nada, termina cambiando su vida por completo.
Acompaña a Della y Carter en esta aventura romántica, apasionada y divertida, donde disfrutarás de una gran historia de amor y en la que, como siempre, no faltará el drama y los personajes despiadados.
Conócelos y descubrirás que, ni él es tan pedante ni ella tan indiferente.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/2uGrGM5vxPBl2ePOQ9GKBZ?si=02fc107b69434a00

Sobre la autora:



D.D. Gianni es el seudónimo que uso para escribir. Mi nombre es Daniela. Soy contadora y vivo en Montevideo, Uruguay.
Leer es uno de mis pasatiempos favoritos y, a partir de allí, también desarrollé la pasión por escribir. Mi cabeza nunca para de imaginarse y crear historias (sobre todo románticas) para compartirlas con Uds. Realicé el curso «Escritura de una Novela paso a paso» dictado por la escritora novelista Cristina López Barrio (dejo el certificado en mi perfil: https://www.amazon.com/author/ddgianni)

Espero disfruten mis historias. ❤️

: @ddgianni_books

Página autor Amazon : https://www.amazon.com/author/ddgianni